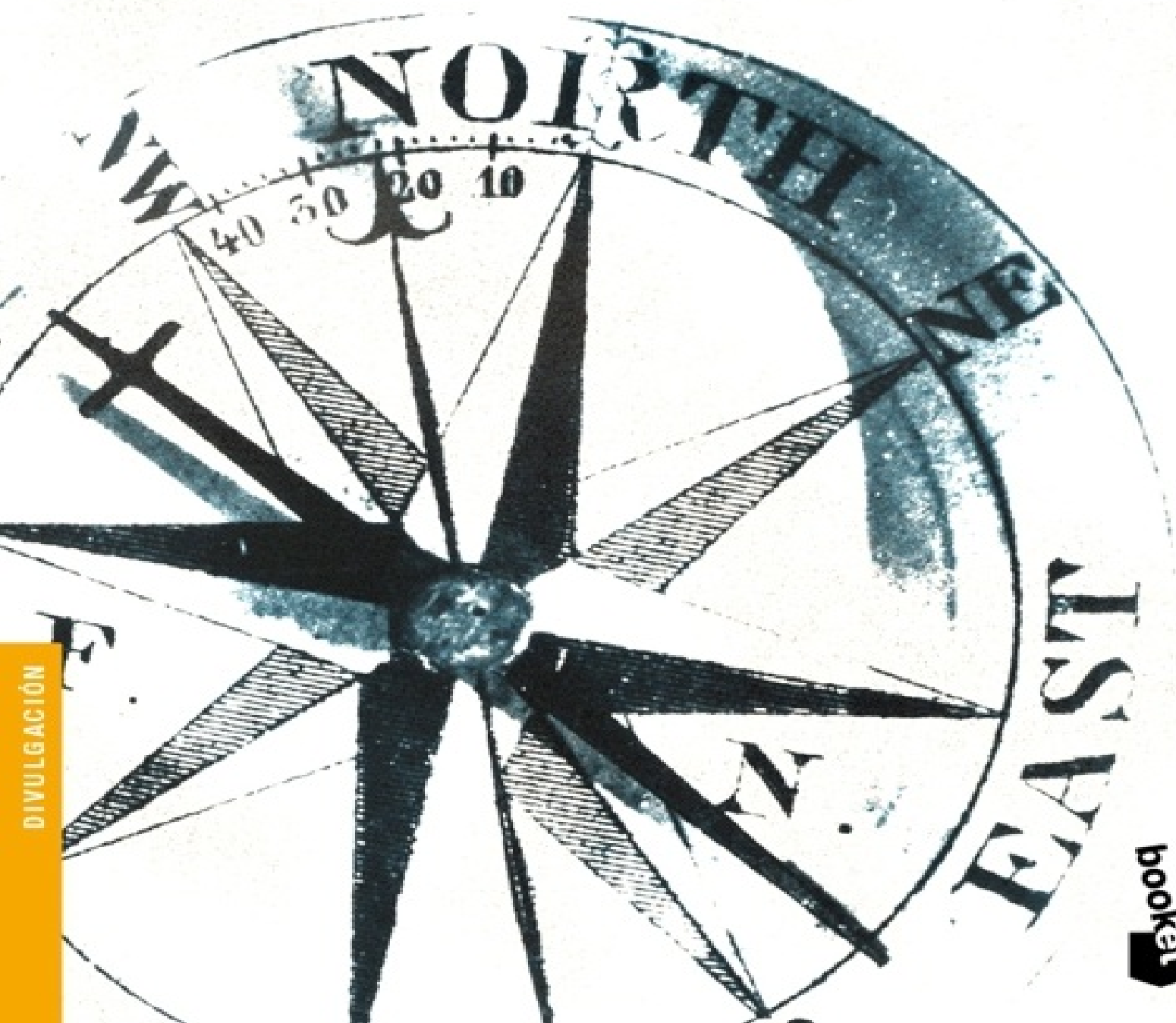


JUAN ANTONIO CEBRIÁN

PASAJES DE LA HISTORIA

Veinticinco momentos míticos, de las Termópilas al Barón Rojo



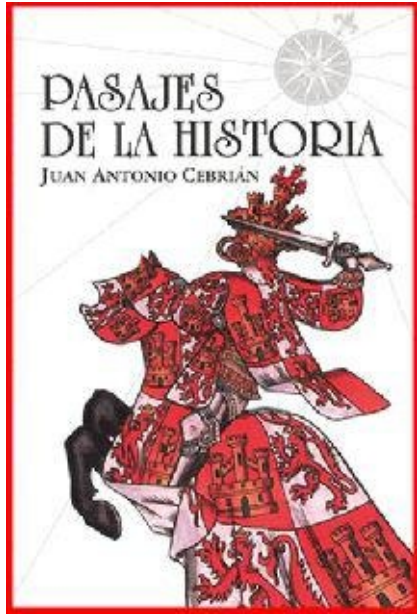
Annotation

La austeridad de Esparta y su entrega heroica en el paso de las Termópilas; la crueldad y ferocidad del implacable Iván IV; la intrigante Lucrecia Borgia; los enigmáticos mundos soñados por Edgar Allan Poe; la trepidante carga de la Brigada Ligera; los apasionantes viajes de Stevenson, el «contador de historias» o los míticos vuelos del Barón Rojo y los últimos caballeros del aire. Pasajes de la historia recoge veinticinco semblanzas cuyo autor, Juan Antonio Cebrián, ha recopilado en un libro que adopta el nombre de una de las secciones más populares de La rosa de los vientos, dirigido por él mismo en Onda Cero y que conmemora este año su décimo aniversario. Una obra que destaca por el rigor y la amenidad excepcional de todo un genio de la divulgación histórica. «En estos pasajes queda reflejada la propia condición humana, con sus virtudes y defectos; la lectura de éstas páginas no le dejarán indiferente. Estoy convencido de que, tras vivir los acontecimientos aquí expuestos, usted sacará muchas y buenas conclusiones sobre nuestro inmediato presente. Sólo me resta desear que tanto oyentes como lectores mantengan viva la hoguera de nuestra tribu humana y, a buen seguro, las generaciones posteriores se lo agradecerán. Ése es, como dijo Poe, mi anhelo del porvenir.»

DATOS DEL AUTOR: Juan Antonio Cebrián (Albacete, 1965) es periodista y escritor. Ha realizado, entre otros, los programas de radio La red, Azul y verde y el mítico Turno de Noche. Asimismo fue fundador y director de la revista LRV y también dirigió la colección literaria «Breve historia» donde se dieron cita autores nacionales e internacionales de reconocido prestigio en el campo de la divulgación histórica. En la actualidad dirige La Rosa de los Vientos en Onda Cero Radio y colabora habitualmente con diversas publicaciones. Ha sido distinguido, dentro de su importante trayectoria, con varios galardones entre los que destacan el Premio al Mejor Locutor (1994) por la Asociación de Corresponsales Diplomáticos y el Premio a la Mejor Divulgación (1998) por el Fondo Mundial de Protección a la Naturaleza WWF Adena. Entre su extensa bibliografía se encuentran los publicado por La Esfera de los Libros La aventura de los godos (2002), La cruzada del sur (2003), La aventura de los romanos en Hispania (2004), Mis favoritos, los personajes más apasionantes de la historia (2005), La aventura de los conquistadores (2006) y El misterio de Tutankamón y otros personajes favoritos de la historia (2007). En Temas de Hoy se ha convertido en un autor imprescindible de la colección Nombres de la Historia después de publicar con gran éxito El mariscal de las tinieblas, la verdadera historia de Barba Azul (2005) y Los Borgia, historia de una ambición (2006).

PASAJES DE LA HISTORIA

JUAN ANTONIO CEBRIÁN



Juan Antonio Cebrián

Pasajes de la Historia

PASAJES DE LA HISTORIA es una sección del programa radiofónico La Rosa de los Vientos de Onda Cero, que ahora nace en las páginas de este libro. Son seis largos años los que ha pasado el autor contando decenas de relatos para disfrute de algunos y asombro de la mayoría, ya que muy pocos pensaban que la Historia pudiera ser material apetecible para la audiencia nocturna. Pero se consiguió, primero en Turno de Noche y en la actualidad desde La Rosa de los Vientos. En estos años Historia se ha consolidado como uno de los apartados más demandados por los oyentes y, en atención a ellos, el autor ha escogido entre los más de 200 emitidos.

Bienvenidos por tanto a la austeridad de Esparta y a su entrega heroica en el paso de las Termópilas, la genialidad de Julio César al mando de unas legiones envueltas por una nube de galos, las exploraciones, aventuras y ardor combativo de los vikingos, la leyenda negra de Atila, la nobleza y virtud de nuestro caballero por excelencia, el Cid, el esplendor del imperio mongol de Gengis Khan, las fantásticas maravillas descritas por el entusiasmado Marco Polo y a la pureza espiritual de la inocente Juana de Arco, la universalidad del desbordante Leonardo da Vinci, la crueldad y ferocidad del implacable Iván IV, los avatares de la desgraciada Armada Invencible, los enigmáticos mundos soñados por Edgar Allan Poe y la megalomanía de George Amnstrong Custer con su formidable 7º regimiento de Caballería.

Juan Antonio Cebrián (Albacete, 1965), periodista, cuenta además en su haber con dos master en comunicación y realización de programas. En la actualidad dirige en Onda Cero el programa La Rosa de los Vientos y con anterioridad ha sido el responsable de La Red, Azul y Verde y el ya mítico Turno de Noche.

Durante su ya larga trayectoria profesional ha recibido, entre otros, el premio al "Mejor Locutor" por parte de la Asociación de Corresponsales Diplomáticos (1994) y a la "Mejor Divulgación", del Fondo Mundial de Protección a la Naturaleza WWF Adena (1998).

Pasajes de la Historia

Primera edición: abril de 2001 — Juan Antonio Cebrián

Segunda edición: mayo de 2001

Tercera edición: mayo de 2001

Cuarta edición: mayo de 2001

Quinta edición: mayo de 2001

Sexta edición: agosto de 2001

Imagen de la portada: El Rey Juan II de Castilla con armadura de (* nffiriega *)
(Armorial de Borgoña, siglo XV)
(C) Juan Antonio Cebrián Zúñiga
(C) Ediciones Corona Borealis
Santa Engracia, 90, 7ª planta
28010 Madrid
Tel: 914 459 340
Tel: 619 232 615
Fax: 914 455 765
Depósito Legal: M-18825-2001
ISBN: 84-95645-04-1
Impresión: Lettergraf.
Impreso en España — Printed in Spain
Ediciones Corona Borealis MADRID

Este libro está dedicado a una musa que lo ha hecho realidad. Sin su luz, constancia y cariño nada hubiese sido posible.

Por ella y para ella, como todas las cosas de mi vida.

Mi querida, mi amada, mi esposa Silvia.

"Yo era un niño y ella una niña, en un reino a orillas del mar..."

Edgar A. Poe

Del poema Anabel Lee

PRIMER PRÓLOGO

Tengo que confesar algo que me llamó la atención la primera vez que le conocí, y de esto hace ya seis enriquecedores años: su cultura renacentista. Es algo que se nota en cada uno de sus programas de radio. Preguntádle por la extensión geográfica de un país o de una provincia, por las estadísticas demográficas de una nación, por las especies de animales que se encuentran en peligro de extinción, por los desiertos más grandes o los ríos más largos del mundo, por el tamaño de una montaña cualquiera del Himalaya, por las fechas de las batallas de la Segunda Guerra Mundial, por los hitos más relevantes de la exploración espacial, por el prototipo aéreo más avanzado de la USAF, por el último hallazgo arqueológico de Sudamérica o por el más reciente descubrimiento parasicológico.

Con razón se le denomina cariñosamente, entre su círculo de amigos, como "el hombre dato": todo le interesa y lo sabe casi todo. Esa visión universalista, esa cultura cosmopolita, es lo que hace que cualquier tema sea susceptible de interesarle y de abordarlo. Y cuando lo hace, lo hace con rigor y con una amplia perspectiva, como no puede ser de otro modo.

Estoy seguro que a él le encantaría haber sido Leonardo da Vinci, ese homo universalis del que se habla en el libro, para experimentar con todo tipo de artilugios y adentrarse aún más en los secretos del hombre y del universo. Que le hubiera gustado ser Marco Polo para patear cada rincón de la milenaria China y hacer una entrevista en exclusiva al Kublai Khan. A él, en definitiva, le gustaría ser todos y cada uno de los personajes que admira: un Edgar Allan Poe escribiendo su inmortal poema "Nunca más", un Vincent van Gogh pintando en su casita de Arlés "Los girasoles", un Cid Campeador galopando a lomos de su Babieca por los campos de Castilla, un Leónidas defendiendo espartanamente el paso de las Termópilas y, en resumen, un Indiana Jones con el deseo de indagar en las últimas fronteras inexploradas de la tierra, de sumergirse en lo más recóndito de los océanos, de surcar el horizonte de los cielos y de recorrer los 32 rumbos posibles de la rosa de los vientos.

Juan Antonio es un "tusitala", el nombre que le dieron los indígenas de Samoa al escritor Stevenson, queriendo decir con ello que es un "narrador de historias", capaz de embelesar y de sorprender con cada uno de sus relatos.

Sé perfectamente que contar historias de la Historia no difiere mucho de contar un cuento. Lo que varían son los datos y la veracidad de los hechos. Pero tanto en un caso como en otro el planteamiento, nudo y desenlace tiene que estar siempre presente, aliñado con el énfasis y aderezado con la emoción. Sin emoción ni pasión no se pueden transmitir sentimientos y en todos estos pasajes de la historia, desde el púlpito de la imparcialidad, hay mucho sentimiento derramado, mucha ironía no contenida, mucho humor no disimulado, mucha sabiduría y, sobre todo, mucho cariño.

Nos decía Marcelino Menéndez y Pelayo que un pueblo que no conoce su

historia está condenado irrevocablemente a la muerte, es decir, está condenado a repetirlo y Juan Antonio es uno de esos hombres que se ha empeñado en que no lo repitamos, al menos en cuanto a su vertiente negativa, recordándonos los sucesos más lamentables y truculentos que se deben evitar y señalando con el dedo a los personajes más oscuros y siniestros, dignos de figurar en la historia de la infamia de la humanidad. Él sabe que una cosa es continuar la historia y otra es repetirla.

Y es que él no crea la historia sino que la recrea para nosotros; él vive con intensidad cada episodio y lo revive para nuestro deleite con todas sus consecuencias; él nos adentra por pasajes conocidos y nos conduce por atajos desconocidos en la búsqueda de la objetividad y del alma secreta de cada personaje; él nos hace verosímil los sucesos más inverosímiles; él, a su manera, nos propone algo que ya dijo Emerson en su día: que al fin y al cabo la historia no existe, que no hay más que la descripción de la vida y Juan Antonio sabe describirla hasta en sus más mínimos detalles porque busca y encuentra aquello que realmente nos une e identifica como especie humana y no tanto lo que nos separa o diferencia.

Y a fe que lo consigue cada día, a su manera, alimentando la hoguera de los sueños con su voz y ahora con su escritura.

Jesús Callejo

SEGUNDO PRÓLOGO

Desde un lugar lejano.

A lo largo de 24 horas después de entrar en el Canal, acechando como un gigantesco animal de presa a su enemigo, la Armada aprovechó la suave brisa para lentamente infiltrarse junto a las verdes y suaves colinas de la costa de Cornualles. Desde lo alto del puente del galeón Rata Santa María Encoronada el caballero castellano Don Juan Antonio Cebrián Zúñiga podía darse cuenta perfectamente de que los ingleses no habían reparado en la presencia de la flota española y sabía que si se actuaba con rapidez, se les podría devolver con creces el golpe sufrido en Cádiz años atrás. Cada minuto contaba y siempre fiel al espíritu agresivo de los caballeros de Malta, con los que había practicado el corso en el Mediterráneo, propuso sin dudar atacar a los ingleses en el puerto de Plymouth, para coger a la flota de Drake en sus amarraderos y terminar así, de un solo golpe y a cañonazo limpio, la empresa de Inglaterra. Horas más tarde hubo un tenso debate a bordo del San Martín, pues aunque otros notables capitanes como Oquendo y Valdés estaban también de acuerdo con la idea de un ataque inmediato, la mentalidad conservadora y prudente del duque de Medina Sidonia, se impuso finalmente y la maniobra de agresión fue abortada. No obstante el duque, que sabía bien de la valía de sus capitanes y del comportamiento que habían tenido en la gloriosa jornada de las Terceras, dudó un instante, apenas unos segundos... un tiempo mínimo, insignificante, que sin embargo iba a decidir el destino de la Armada, de su país, del enemigo y, porqué no, del mundo. Era el 29 de julio de 1588...

Alguien podría decir que toda la historia anterior es una pura invención, pero no es así, porque si siguen leyendo estas líneas descubrirán un gran secreto. No es algo desconocido para nadie, principalmente para las decenas de miles de oyentes que desde hace más de una década le siguen fielmente, que Juan Antonio Cebrián es un gran periodista y también es conocido de forma general, que los buenos periodistas jamás desvelan sus fuentes, ni el nombre e identidad de sus informantes. Pero yo, que no soy periodista, tras años observando a Cebrián y tras analizar los hechos de forma objetiva y desapasionada, he decidido contarles cual es el secreto que se esconde detrás de los relatos históricos con los que ha amenizado la noche a tanta gente y durante tantos años, porque ¿nunca se han preguntado cómo es posible que Cebrián manifieste su opinión sobre los sucesos que narra con esa seguridad? ¿no les ha fascinado nunca su capacidad de recordar fechas, lugares, forma de los accidentes geográficos, el aspecto que tenían los grandes héroes? ¿no se extrañan de que pueda opinar con tan insultante seguridad sobre la ropa de piel de rata de Atila o lo tonto que era el rey Carlos VII de Francia? Pues ahora van a saber la terrible verdad.

Siendo como es el autor un periodista, lo primero que sorprende y que, a buen seguro, los no historiadores agradecerán, es la forma en la que se acerca a los hechos

que cuenta. Leer este libro no es sólo algo agradable y placentero que nos enseña mucho sobre los hombres y su pasado, es algo más, es convivir directamente con los protagonistas de las historias seleccionadas, ver el mundo tal y como ellos lo veían, es entender la dignidad y el valor de Leónidas y sus trescientos, seguir la dura peripecia de Gengis Khan sólo y huérfano en la llanura, acosado por sus enemigos y abandonado por los suyos o viajar con Marco Polo a lugares ignotos. Porque si algo bueno tiene esta obra, no es simplemente acercarnos a situaciones y lugares sorprendentes y atractivos, sino hacerlo de tal modo que tenemos la sensación de que el narrador sabe algo que los historiadores en general no saben. Ese "algo", es el gran secreto de Juan Antonio Cebrián que yo voy a contar, pues no por sencillo deja de ser sorprendente. Estimados lectores, Cebrián cuenta las cosas de forma tan amena y próxima por una sencilla razón: estuvo allí. Claro ustedes no lo creen, pero yo lo se. Equipado con su grabadora de periodista y con su libreta azul de gusanillo y pertrechado de un simple bolígrafo Cebrián anota y anota todo lo que oye. Así, camuflado de hópłita, de legionario romano, de caudillo huno o de indio crow, recorre incansable los lugares que describe en sus historias, observa el paisaje, habla con los lugareños e interroga a los protagonistas, a los que se acerca con aire inocente y, en la mejor tradición del buen periodista, pregunta y pregunta, escribiendo sin parar datos en su libreta de gusanillo hasta saber todo lo que necesita. Por eso, de una manera tan sencilla como inteligente, obtiene informaciones vedadas al resto de los hombres y los grandes líderes del pasado no dudan en darle cualquier tipo de información, por comprometedor que sea, ya que ¿cómo van a sospechar de Cebrián si no saben quien es?

De esta sencilla manera a Cebrián le resulta muy fácil hacer libros como este, pues nada escapa a su ingeniosa y escrutadora inteligencia, que da como resultado que pueda opinar sobre lo que pensaba Custer antes de que le machacaran a su 7º de Caballería o la impresionante escena protagonizada por los legionarios de la X Legión ante el cadáver de Julio César.

Así pues, ahora que ya saben donde esta el truco, espero que se adentren en el mundo del pasado, vivan con emoción los relatos escogidos por el autor y disfruten, como yo he disfrutado, con la lectura de esta pequeña maravilla, escrita con sensibilidad, buen gusto, humor y una pizca de ternura. A mi ya sólo me queda encontrar su Máquina del Tiempo.

Carlos Canales

INTRODUCCIÓN

La historia es una asignatura considerada por muchos estudiantes como un tocho. Ese prejuicio se ha trasladado incomprensiblemente a los medios de comunicación. Tengo muchos compañeros que así lo consideran. Dice una vieja ley del periodismo que el comunicador, que lo quiera ser de verdad, tiene por fuerza que estar ilustrado en varias disciplinas. Una de ellas, la que nos ocupa.

Mi afán a lo largo de tantas lunas ha sido el de poder transmitir todo lo que he ido aprendiendo durante tantos años de trasiego por el mundo. Viajando he descubierto una realidad sorprendente, la del género humano, no en vano somos el fruto obtenido tras centenares de saltos evolutivos y parece que esto se nos olvida con facilidad.

Antaño los clanes se reunían en torno a la hoguera para contar las historias de su tribu, a fin de legarlo a los jóvenes para que no se perdiera nunca, pues en esas historias radicaba la identidad y fuerza del grupo. Pienso que hoy en día esas hogueras ancestrales son libros, televisores, periódicos o radios y nosotros, los juglares de nuestro tiempo, con la misión de mantener viva la llama, para que nadie se olvide jamás de lo que fuimos o somos. Solo así seguiremos caminando firmemente hacia el futuro.

Esa es la deuda moral contraída con la sociedad que nos escucha o lee. Es una tarea de alta responsabilidad, por lo que debemos estar sumamente preparados para asumirla en cualquiera de los soportes desde los que trabajemos.

Mi pequeño granito de arena están a punto de conocerlo en papel, tras haberlo escuchado al calor de la noche. Porque este libro es, sin duda, hijo de la palabra sonora.

Para llegar a este parto literario, ha sido necesaria una larga gestación en una madre llamada radio.

Pasajes de la Historia es una sección del programa radiofónico La Rosa de los Vientos, que ahora nace de forma impresa en las páginas del libro que usted tiene en las manos.

No ha sido fácil llegar hasta aquí, el camino fue largo, tortuoso y en algunos puntos jalonado de incomprensión, pero créanme que ha merecido la pena.

Han sido seis años contando decenas de historias para disfrute de algunos y asombro de la mayoría, ya que muy pocos pensaban que la historia pudiera ser material apetecible para la audiencia nocturna. Pero se consiguió, primero en Turno de Noche y en la actualidad desde La Rosa de los Vientos, Pasajes de la Historia se ha consolidado como uno de los apartados más demandados por los oyentes. Bueno será por tanto que, en homenaje a todas esas personas que nos apoyaron para hacer de un sueño una auténtica realidad, ofrezcamos una muestra escrita de tantas noches de narraciones apasionadas.

La selección de acontecimientos y personajes se ha hecho considerando los gustos de quienes en su día escucharon los relatos. Sobre los casi 200 emitidos, hemos elegido para el arranque de lo que bien pudiera ser una colección, estos 13. Ellos están aquí, porque sus vidas han conseguido enamorarme o en algunos casos convencerme hasta la predilección.

Les invito, por tanto, a realizar el mismo experimento que yo he venido realizando a lo largo de mi vida, que no es otro sino el de entrar en la historia con la capacidad de sorpresa intacta, con el alma y la visión de un niño dispuesto a convertirse en esponja absorbente de conocimientos.

Bienvenidos a la austeridad de Esparta y a su entrega heroica en el paso de las Termópilas; la genialidad de Julio César al mando de unas legiones envueltas por una nube de galos; las exploraciones, aventuras y ardor combativo de los vikingos; la leyenda negra de Atila; la nobleza y virtud de nuestro caballero por excelencia, el Cid; el esplendor del imperio mongol de Gengis Khan, las fantásticas maravillas descritas por el entusiasmado Marco Polo, la pureza espiritual de la inocente Juana de Arco.

La universalidad del desbordante Leonardo da Vinci; la crueldad y ferocidad del implacable Iván IV, los avatares de la desgraciada Armada Invencible; los enigmáticos mundos soñados por Edgar Allan Poe y la megalomanía de George Amnstrong Custer con su formidable 7º regimiento de Caballería combatiendo a los últimos indios de las praderas.

Todos esos escenarios y personajes descritos en este libro me han hecho llegar a la conclusión de que la historia de los humanos, a pesar de sus contradicciones y desvaríos, bien pudiera recibir nuevas oportunidades. Estudiándola y conociéndola, lo conseguiremos.

Sólo deseo que tanto oyentes como lectores mantengan viva la hoguera de nuestra tribu. Las generaciones posteriores se lo agradecerán. Ese es, como dijo Poe, mi anhelo del porvenir.

Juan Antonio Cebrián

Las Rozas, 2 de febrero de 2001

LEÓNIDAS Y LAS TERMÓPILAS

"¡Esta noche, cenaremos con Plutón! Esta es nuestra última cena antes de comer con los muertos"

Frase atribuida al rey espartano Leónidas en el paso de las Termópilas.

Austeridad espartana

"Con esto o sobre esto", así de rotundas eran las palabras que las madres espartanas decían a sus hijos cuando les entregaban el escudo de guerra antes de que estos entraran por primera vez en combate. Ese mensaje encerraba para Esparta toda una filosofía de vida, el significado era concluyente, el hoplita sólo podría regresar de dos formas, victorioso o Muerto.

Esparta fue sin duda la ciudad más guerrera del Peloponeso griego, y una de las más importantes del mundo antiguo. Su historia llena de una Austeridad extrema y de un heroísmo sin límite, marcó profundamente una huella en el ánimo de una civilización todavía incipiente.

Esparta, también Lacedemonia, tuvo sus orígenes en las invasiones de los dorios hacia el 1100 a.C. y sobre el mapa deberíamos encontrarla en la orilla derecha del río Eurotas en las laderas del monte Taigeto, a unos 32,5 kilómetros del mar. Esta antigua ciudad, incluso en sus momentos más florecientes, tan solo era un grupo de cinco pueblos con casas sencillas y algunos edificios públicos.

Los pasos que conducían al valle del Eurotas se defendían con suma facilidad, y así la ciudad no contó con un recinto amurallado hasta bien entrado el siglo IV a.C. Los espartanos comentaban de forma jocosa y quizá algo soberbia que el mejor muro para Esparta era el de sus escudos. Y no debía faltarles razón, cuando aquellos escudos en un número no superior a nueve mil fueron más que suficientes para defender esa ciudad sin murallas, así como para vencer a sus enemigos ancestrales de Atenas en la guerra del Peloponeso, además de poner freno al ímpetu invasor de los persas.

Desde luego, después de analizar los datos militares, hay que reflexionar seriamente sobre cómo tan pocos pudieron doblegar a tantos en una franja tan prolongada de años.

Los habitantes de Esparta estaban divididos en ilotas (esclavos), quienes realizaban los trabajos agrícolas; periecos (hombres libres) sin derechos políticos, dedicados esencialmente al comercio y, por último, los ciudadanos espartanos (homoioi o iguales), que eran la clase gobernante del ámbito político y militar, estrechamente ligados por línea genética a los invasores dorios.

Después de los primeros siglos, hacia el VI a.C., las instituciones espartanas aparecen bastante sólidas, y es aquí, donde se produce la intervención aristocrática anulando definitivamente las tendencias democráticas que ya, por aquel entonces,

comenzaban a manifestarse en otras ciudades-estado griegas como Tebas o Atenas.

La austeridad y rigidez de los espartanos no es fruto de la casualidad ni de las ideas de un solo hombre, sino de la consumación de un largo proceso histórico que va desde la llegada de aquellos primeros dorios sometidos permanentemente a la hostilidad de las numerosas tribus locales, hasta la defensa heroica del paso de las Termópilas a cargo del rey Leónidas y sus 300 hólitas, de los que hablaremos posteriormente.

Pero antes debemos fijar nuestra atención en un aspecto fundamental para poder entender bien por qué Esparta hizo de la disciplina y el honor una forma de vida.

Los espartanos desde sus orígenes habían sido sometidos a toda clase de inclemencias (climatológicas, militares, etc.), si tenemos en cuenta, además, su escasa población, pocas eran las opciones a barajar: o eras muy fuerte o desaparecías, y Esparta escogió lo primero, inculcando a las jóvenes generaciones todos los argumentos necesarios para sobrevivir.

Por eso, no se debe dejar a un lado la figura de Licurgo, auténtico impulsor de la personalidad espartana. De acuerdo con la tradición, fue el artífice de la constitución de Esparta. Licurgo era hijo del rey Eunomio, y su aparición en la historia es borrosa e imprecisa, encontrándolo por primera vez en los escritos de Herodoto. Fue este semilegendario personaje el que, al parecer, confirió a Esparta la impronta militar de la que hicieron gala los espartanos a lo largo de los siglos, en especial el siglo V, cuando Licurgo fue elevado a la categoría de un dios por sus compatriotas, siendo ensalzadas las virtudes austeras y guerreras de la antigua Esparta.

A los niños espartanos se les criaba severamente para que fueran los soldados mejor preparados de toda Grecia. También a las niñas se las entrenaba para que fueran resistentes y tuvieran hijos guerreros. Una costumbre poco conocida era que tanto niños como niñas, practicaban deportes en común (carreras, lanzamiento de disco y jabalina) y según nos cuenta Plutarco se les podía ver desfilando desnudos en procesiones, así como cantando y bailando en determinados rituales, todo esto, claro está, bajo la atenta mirada de sus educadores.

Como cualquier otro pueblo, Esparta también tiene su historia negra. Las madres debían ofrecer a la ciudad hijos robustos y bien constituidos, lo contrario era una condena de muerte segura. A lo largo de los años, miles de niños y niñas con defectos psíquicos y físicos fueron arrojados desde lo alto del monte Taigeto.

Es triste averiguar que Esparta no desaparece por conquistas, guerras o fruto de la propia evolución territorial, si no por la falta de población que pudiera sostener aquella ciudad tan exigente con sus moradores.

El hólita griego fue el mejor soldado del mundo antiguo. Sobre aquellos temibles infantes destacaban, por méritos propios, los hólitas espartanos que desde bien jovencitos se instruían en las artes militares convencidos de que, para un ciudadano de Esparta, su único horizonte era el de combatir para mayor honra de la

ciudad que les había visto nacer.

Hasta los 6 años se les permitía andar libres incluso portar suaves túnicas, pero con 7 años cumplidos el pequeño estaba ya directamente en manos del Estado, al que no dejará de pertenecer hasta su muerte. Desde esa edad hasta los 11 años recibirá el calificativo de chiquillo o lobezno, de doce a quince, muchacho y, por fin, a los dieciséis, irene, es decir, efebo. En el primer, segundo, tercer o cuarto año. Entre 8 y 11 años de edad, los niños estaban distribuidos en bandas, o tropas, dirigidas por jóvenes irenes y subdivididas en patrullas lideradas por el muchacho más avisado del grupo, llamado buagos. A estos niños, seguramente, se les enseñaba a leer y a escribir pero según nos cuentan los historiadores, no sería ésta una instrucción fundamental.

A los 12 años dejaban de llevar túnica para recibir su primer manto, prenda que conservarían durante todo el año. Un tejido muy áspero pero fuerte, como el carácter y personalidad que los pedónomos (educadores) pretendían inculcar a los futuros guerreros. El resto de su educación consistía en aprender a obedecer, soportar la fatiga con paciencia y vencer en la lucha. Les afeitaban la cabeza, se les acostumbraba a caminar descalzos y a jugar desnudos la mayor parte del tiempo, dormían en salas colectivas sobre lechos de cañas. La higiene no era su principal virtud, sólo se frotaban con aceite los días festivos y estos eran muy pocos. Eran azotados por cualquier motivo aún cometiendo pequeñas faltas. Todo servía con tal de seguir abasteciendo la agresividad de los muchachos.

La comida que recibían era a todas luces insuficiente, esperando que se provocara en ellos el ingenio necesario para conseguir alimento de cualquier manera. En ocasiones, los aprendices muertos de hambre robaban en alguna de las granjas cercanas a Esparta. Por cierto, si un lobezno, muchacho o irene, era pillado infraganti cogiendo comida, no se le castigaba por el hecho de robar, sino por el de haber sido sorprendido.

El entrenamiento llegaba a ser tan duro que para entenderlo mejor, referiremos la historia de un niño espartano. Éste había capturado un zorrillo, pero al ser sorprendido por sus educadores lo ocultó bajo su manto y antes que ser descubierto permitió que el animal le desgarrara el vientre aguantando el dolor sin proferir un lamento hasta morir, para orgullo de su familia.

Una vez cumplidos los 20 años llegaba el momento determinante para averiguar si esa estricta educación había servido para algo. El futuro guerrero espartano se enfrentaría a la prueba fundamental, el encuentro con la sangre, la crima, es decir, la caza del hombre por el hombre. En esas noches de luna llena espartana, algunos ilotas (esclavos) eran liberados y perseguidos campo a través por los aspirantes a hóplita. Si cualquiera de estos cazaba y mataba a un esclavo, sus compañeros alborozados le felicitaban y abrazaban recibiendo así su bautismo y aceptación como nuevo soldado de Esparta. Ya estaba dispuesto para la guerra. A partir de ahora, se le permitiría recibir armamento consistente en un escudo redondo y pesado, una larga lanza de dos

metros procedente del fresno, y la temida espada cortante, además de una suerte de defensas corporales. Eso sí, después de tantos años caminando descalzos no había sandalia que un espartano pudiera calzar, porque sus pies se habían convertido en el mejor calzado de la época.

Esta condición de militares se prolongaría durante cuarenta años, hasta que una vez cumplidos los 60, el ciudadano espartano abandonaría el servicio de las armas para incorporarse al senado de la ciudad, los servicios públicos, o al entrenamiento de los jóvenes lobeznos o irenes.

Según Jenofonte, los hólitas espartanos estaban organizados en compañías. Cada compañía (enomotía) estaba mandada por un enomotarca. Las compañías se juntaban para formar grupos de cincuenta (pendikostíes), cada uno con su propio jefe (pendekonter). Dos grupos de cincuenta formaban un lójo, la unidad táctica más pequeña del ejército. El lójos estaba mandado por un lojagós (en el ejército griego moderno este grado es equivalente al de capitán). El ejército espartano se componía de seis divisiones. Cada división (mora) estaba mandada por un polemarcha y constaba de cuatro lójos.

La población espartana, debido a su constante dedicación al ejército, iba en continuo descenso, bien por los muertos en combate, o por los niños no perfectos que eran lanzados continuamente desde lo alto del monte Taigeto. Entre el siglo VII y el principio del V, los efectivos militares descendieron de 9.000 a 8.000 hombres y cien años después, eran sólo de 3.600. A los veteranos se les movilizaba en caso de emergencia y sólo se ocupaban de guardar el bagaje. Los ilotas y los periecos no podían ser parte del ejército y además se les prohibía terminantemente portar armas.

El poder supremo en Esparta estaba en manos de dos reyes hereditarios que guiaban al ejército en la batalla. Inicialmente, ambos reyes tomaban parte de las campañas, pero poco antes de las guerras médicas la participación se restringió a uno solo. Sin duda alguna, el rey más famoso de Esparta fue Leónidas.

El paso de las Termópilas

La batalla de las Termópilas, acontecida en el mes de julio del 480 a.C., es uno de esos momentos cumbre para la historia de la humanidad por muchos motivos. Allí en pocas horas se sublimaron algunos de los valores fundamentales para el ser humano: lealtad, heroísmo, responsabilidad.

El principal protagonista de este pasaje de la historia es Leónidas, un rey del que poco sabemos, pero algunos apuntes podemos ofrecer a nuestros hólitas lectores.

En aquellos tiempos, como ya hemos dicho, Esparta contaba con dos monarcas de los que sólo uno participaba en las acciones guerreras de la ciudad. Aquél verano tan calentito por tantas razones, nuestro héroe Leónidas iba a escribir una de las páginas más brillantes de toda la historia griega. Éste líder pertenecía a la dinastía de los Agidas, llegó al trono sucediendo a su pariente Cleómenes en 491 a.C., por matrimonio con su hija Gorgo. Su carácter y determinación se opondrían al máximo

poder de la época constituido por el imperio Persa.

Cuando Jerjes, rey de los persas, invadió la península helénica en el 480 a.C., sin saberlo consiguió por fin, muy a su pesar, la unión de las enfrentadas ciudades griegas; esto le supondría más de un quebradero de cabeza. Jerjes, que era hijo de Darío, sucedió a éste en el 485 a.C. y en sus primeros años como rey de los persas, sometió y pacificó a varias de las naciones del mundo antiguo. Sólo se oponían a su ambición las incómodas ciudades griegas. Así pues, en el 480 a.C., fijó como nuevo objetivo para sus hordas la península Helena. En pocos meses movilizó un ejército tan grande que todavía hoy los investigadores no se ponen de acuerdo en la estimación de cifras, pero debemos suponer que estaría entre los doscientos cuarenta mil y dos millones de hombres.

Desde la gran batalla de Maratón habían pasado diez años, y Jerjes aprendió de memoria la dura lección que recibió su padre al confiar en una fuerza expedicionaria demasiado pequeña. Él mismo se puso al frente del poderoso contingente, haciéndose acompañar por algunos griegos exiliados como Demarato, antiguo rey de Esparta.

Después de atravesar Macedonia, Jerjes se volvió hacia el sur e inició la marcha sobre la misma Grecia. Todo parecía fácil para los temibles persas, pero no contaban con la coalición de los de hasta entonces enemistados griegos. Las rencillas vecinales se dejaron a un lado para asumir un destino común.

En el 481 a.C. fue convocado un gran consejo panhelénico en la ciudad de Corinto. Desde allí, pidieron ayuda a todos sus aliados sin recibir respuesta. Sólo quedaban Esparta y Atenas para oponerse a los invasores.

Para que el pequeño ejército griego pudiera resistir con éxito, se necesitaba un espacio estrecho al que el gran ejército persa sólo pudiera enviar pequeños contingentes. Los griegos podrían así luchar de igual a igual con los persas y, en ese caso, el hoplita griego siempre era superior al soldado persa.

Tal emplazamiento existía, era el paso de las Termópilas. Este singular pasillo estaba situado en la frontera noroccidental de Fócida, a unos 160 kilómetros al noroeste de Atenas. Era una estrecha franja de terreno llano entre el mar y escarpadas montañas. En aquellos tiempos, el paso no tenía más de quince metros de ancho en algunos puntos, por lo tanto, era el lugar propicio para la defensa del ejército griego.

El gran consejo panhelénico confió el mando de las tropas griegas a Leónidas, rey de Esparta. Así, hoplitas llegados de cualquier punto de Grecia, conformaron un ejército de aproximadamente 7.000 hombres. Conocedores de los movimientos persas, rápidamente se situaron en el paso de las Termópilas, ubicándose en buena parte tras un antiguo muro construido por los tesalios años antes con el propósito de mantener a raya a los focios en tiempo de guerra. Leónidas también destacó una pequeña guardia focense en un paso desconocido pero accesible en el monte Oeta, guardando y protegiendo así la retaguardia de su ejército. Todo estaba dispuesto para el gran combate.

Jerjes envió unidades de reconocimiento con el fin de averiguar datos precisos sobre su enemigo, y cuando estas patrullas regresaron al campamento persa, el rey no daba crédito a lo que sus exploradores le contaban: nada más y nada menos que un puñado de hombres tras un muro haciendo deporte y untando sus largos cabellos con aceite. El soberano persa algo divertido se dirigió entonces al espartano Demarato comentándole la situación, la respuesta de éste no se hizo esperar: "una dura lucha sin duda se avecina, y es la costumbre de los espartanos arreglar su cabello con especial cuidado cuando están a punto de enfrentarse a un gran peligro". Jerjes pensó que aquello era una broma, y esperó cuatro días para que las fuerzas helénicas se retiraran. Una vez transcurrido éste tiempo, entendió que los griegos permanecerían en sus puestos y ordenó un primer y fulminante ataque. La suerte estaba echada. Durante tres días, Leónidas y sus hombres hicieron levantarse de su trono a Jerjes otras tantas veces. Los hólitas no sólo resistieron, sino que provocaron más de veinte mil muertos en las filas del ejército persa.

Pero en aquel grupo compacto de curtidos hombres también afloró la traición, un focense llamado Efiates vendió el futuro de sus compañeros de armas, cuando ofreció a los persas por una fuerte cantidad de dinero, el conocimiento del paso a través del monte Oeta.

Después de la traición, los griegos quedaban sometidos a las exigencias de dos frentes de combate abiertos. En consecuencia, la defensa de las Termópilas se hacía imposible.

Los persas aprovecharon muy bien la nueva situación, y Jerjes destacó a su general Hydarnes para atravesar la ruta alternativa. Tras un combate desigual con la pequeña guardia focense, los supervivientes de ésta advirtieron a Leónidas sobre la llegada de un fuerte contingente persa por la retaguardia. Era el momento para tomar una decisión, la retirada parecía lo más aconsejable, el sacrificio de 7.000 hombres sólo retrasaría unas horas, o con suerte unos días, la avalancha persa, y esos hólitas serían necesarios en otros frentes. Pero Leónidas era espartano, y él había elegido ese lugar para dar sentido a su vida llena de rigurosidad, disciplina y honor. Desde que era un niño como cualquier otro espartano, se había estado preparando para un momento así. Ni él, ni sus hombres, pensaban faltar a su cita con el destino.

La mayoría de los soldados griegos se dispusieron para la retirada, el propio Leónidas escogió 300 hombres bajo un riguroso criterio de selección. Sólo le podrían acompañar en aquel día aquellos que hubiesen dejado descendencia en Esparta, de esa manera ninguna familia quedaría destrozada, además obligó a 400 tebanos a permanecer junto a los espartanos, y admitió de buen grado a 700 tesianos que se presentaron voluntarios. Por tanto, el grupo quedó reducido a 1.400 hombres dispuestos a luchar hasta el fin.

Los persas enviaron mensajeros con el propósito de animarles a una rendición más o menos honrosa, advirtiéndoles que de no cejar en su empeño, las flechas de sus

arqueros cubrirían el sol, y que su muerte sería segura. Ante esta afirmación, conocida es la respuesta del hólita espartano Dienices: "Aún mejor lucharemos en las sombras".

Esa noche de tensa espera, Leónidas se reunió con sus hombres y brindó con ellos, todos eran conscientes de que sería su último momento y que pronto caminarían por los reinos oscuros de Plutón.

A la mañana siguiente, Leónidas no esperó más, y prefirió morir atacando. Los persas quedaron perplejos ante lo que se les venía encima, aquel exiguo grupo de hombres lanzándose contra un muro infranqueable de lanzas.

Pronto los espartanos empezaron a derribar enemigos por docenas, mientras tesianos y tebanos luchaban con ardor desmedido. La superioridad numérica de los persas se hizo notar, las lanzas griegas comenzaron a quebrarse por el uso excesivo, las espadas se mellaban después de mil golpes. El enjambre persa rodeaba irremisiblemente a los últimos hólitas.

El formidable e impetuoso rey de Esparta fue de los primeros en morir, sus hombres cerraron filas en torno al cuerpo del líder para evitar que cayera en manos ajenas, consiguiendo una última defensa desesperada, mientras los tesianos seguían combatiendo en grupos dispersos y los tebanos veían como se desvanecía la valentía inicial, para entregarse bajo promesa de ser bien tratados al enemigo.

El fin había llegado para más de 1.000 griegos que sembraron con sus cuerpos las Termópilas, les rodeaban otros 20.000 del ejército persa. A un lado y a otro del estrecho paso se podían observar toda suerte de escenas dantescas: hólitas ensartados por decenas de flechas; inmortales traspasados por las lanzas griegas; armaduras y defensas hechas añicos por los tremendos golpes del hierro; cuerpos masacrados por la atrocidad del combate.

El cadáver del rey Leónidas fue despedazado con saña por orden del orgulloso Jerjes, que preguntó con gesto preocupado a Demarato si en Grecia había más espartanos como esos 300 que habían caído, éste le respondió con cierta ironía que no 300, sino 8.000 eran los que le estaban esperando. Los muertos griegos fueron enterrados allí mismo. Años más tarde fue levantado un pequeño monumento funerario con una inscripción en la que se podía leer: "Extranjero, ve a decir a Esparta que aquí yacemos por obedecer sus leyes". Desde luego, tanto los espartanos como sus aliados murieron de la manera y forma que ambicionaba cualquier lacedemonio de la época. Se cuenta como anécdota que antes de marchar a la batalla los lacedemonios celebraron sus propios funerales con juegos solemnes. La mujer de Leónidas dijo a su esposo: "¿Qué encargo me dejas?" Y éste, de forma lacónica, respondió a su amada: "Quiero que te cases con uno digno de mí, y que tengas hijos dispuestos a morir por la patria".

Después del épico y desigual enfrentamiento, el gran ejército multinacional comandado por los persas inundó los territorios griegos. Pero se iba a encontrar con

una inesperada y férrea oposición alentada por la leyenda de Leónidas. Ese verano fue muy intenso para Jerjes, que tuvo que soportar cómo sus tropas eran derrotadas en numerosas batallas como Platea, Salamina, etc. Los griegos, por fin estaban unidos y consiguieron expulsarle, pero esa unión les duró poco como ya sabemos por otros pasajes de la historia.

Aquel canto sublime y heroico ofrecido por Leónidas y sus hombres en ese lejano paso de las Termópilas permanecería perenne a lo largo de los siglos para estímulo de las nuevas generaciones de griegos que verían en él al gran héroe, al gran líder que toda nación ambiciona tener.

CÉSAR O NADA

"¡Vayamos allá donde nos llaman los dioses y la injusticia de los hombres! ¡La suerte está echada!"

Palabras pronunciadas por Julio César antes de cruzar el río Rubicón. Sus legionarios respondieron "¡O César o nada!"

Antes de César

Es difícil para cualquiera contar en pocas páginas la historia de uno de los imperios más grandes y sólidos que vieran los tiempos. Aún así, intentaremos ofrecer algunos apuntes precisos para poder conocer mejor la historia de Roma, y la de uno de sus más brillantes hijos, Cayo Julio César.

Según nos cuenta la historia, Roma fue fundada en el 753 a.C. tras la muerte de Remo a manos de su propio hermano Rómulo. Por lo tanto, un imperio que vería prolongar su dominio durante más de mil años nació con la sangre de sus propios hijos. Esta leyenda es muy importante para entender el carácter de los romanos.

Roma, en origen, era una pequeña población constituida por unas pocas casas de adobe y paja. Sus habitantes eran agricultores que daban muchísima importancia a la tierra que cultivaban, marcando así notables diferencias con otros pueblos del ámbito oriental o griego. Estos romanos primigenios siempre lucharon por su tierra, primero defendiéndose y posteriormente atacando, con el ánimo de que ningún enemigo externo a Roma pudiera ponerla en peligro. No es extraño comprobar cómo en los diferentes momentos de la historia de Roma, sus generales no hablan de ataques, invasiones, o agresiones a otros pueblos, sino de acciones promovidas para mejor defensa de la ciudad.

El imperio romano está considerado como el más violento de la historia. Paradójicamente, las conquistas romanas no fueron por gusto, sino por un instinto brutal de supervivencia. Cuando Roma se sentía amenazada como fue el caso de etruscos, cartagineses o bárbaros, era cuando tomaba las armas, y entonces con furor desmedido, invadían, conquistaban, y a ser posible eliminaban a su enemigo, alejando para mayor seguridad la frontera exterior todo lo posible.

La fortaleza de Roma se sustentaba en el carácter y personalidad de sus hijos. A lo largo de sus primeros siglos republicanos, podemos observar cómo afloraron determinadas características que sin duda alguna, fueron tremendamente útiles para su grandeza. Sepamos ahora como se dividía la sociedad romana.

Había tres clases de habitantes en Roma: ciudadanos romanos, extranjeros y esclavos. Éstos últimos lo eran bien por nacimiento o por haber sido apresados en las diferentes campañas militares.

En cuanto a los extranjeros, diremos que siempre la ciudad albergó miles de ellos procedentes del entorno greco-romano, dedicados la mayoría a toda suerte de

negocios.

Dentro de la categoría de ciudadano romano existían varios censos de los que destacaremos tres esenciales: en primer lugar estaba el censo de los senadores, hombres notables de la ciudad. Se accedía a este cargo por varios motivos, uno de ellos por derecho propio, al ser cabeza de una familia aristocrática de rancio abolengo, aunque eso sí, el futuro senador debería acreditar poseer una fortuna suficiente en cuanto a dinero y tierras, de lo contrario, no se le aseguraba el cargo. También se conseguía el escaño senatorial cuando algún ciudadano era promovido a un alto cargo sacerdotal, así como cuando un militar conseguía la corona cívica, la más alta distinción concedida a un soldado en tiempos de guerra.

En rango inferior a los senadores, estaban los caballeros. Ciudadanos con escaso poder económico pero suficiente para mantener un caballo. Eso les permitía participar en las diferentes guerras de la ciudad. La mayoría de ellos se dedicaba al comercio y a las finanzas, actividades prohibidas para los senadores.

Por último, hablaremos del *capite censi* o censo por cabeza, compuesto por ciudadanos que no llegaban al mínimo de riqueza exigido y liberados por tanto de las obligaciones militares al no poder costearse ni caballo, ni armadura. Esta gente sería muy necesaria como veremos después, para empezar a edificar el imperio, pues gracias a ellos se nutrieron las legiones romanas.

Los romanos consiguieron una calidad de vida inusual para la época, alcanzando una edad media de 60 años. Cifra bastante superior a la que por entonces existía en los países vecinos. Fueron creadores e impulsores de la sensacional dieta mediterránea, utilizando como base imprescindible el aceite de oliva. El romano medio tenía un menú muy variado y abundante, destacando el nabo como gran plato nacional, además de otras hortalizas, verduras y frutas, sin olvidarnos de buen pescado y carne, siendo regados éstos alimentos por estupendos vinos.

Como anécdota, recordaremos que los enemigos de los romanos llamaban a éstos "comedores de nabos", con el mal ánimo de insultarles y menospreciarles; que sepamos, este tipo de acusación nunca consiguió el efecto deseado como nos ha demostrado la historia.

Así pues, nos encontramos con unas personas sanas y robustas que alcanzaron una estatura media de 1,70 m. Eso les facilitó la visión de sus enemigos desde otra perspectiva.

No faltaban fiestas que pudieran acreditar el excelente gusto gastronómico de nuestros protagonistas muy aficionados a la reunión en torno a banquetes pantagruélicos, donde alardeaban de lo mucho que podían comer y beber, aunque tuvieran que recurrir con frecuencia al vómito. La imagen no debía ser nada estética.

En cuanto a la vestimenta diremos que la toga era el claro símbolo de la ciudadanía romana. Ésta era una enorme prenda de lana en forma de media luna que se enrollaba alrededor del cuerpo sin broches, por lo que suponemos, era bastante

pesada. Se podía ver a senadores, caballeros, y magistrados vistiéndola en actos públicos y a ciudadanía en general en los días festivos. Con la toga, el romano también vestía una túnica de lana cuyas mangas llegaban hasta los codos, y su borde inferior hasta las rodillas, por detrás era unos cuatro dedos más larga. Para ceñirla al talle se usaba un cinturón de piel o cáñamo. En cuanto a colores no había mucha variedad, siendo estos los que proporcionaba el color natural de la lana. Los soldados vestían una túnica sensiblemente más corta siendo ésta del mismo color.

Los legionarios se calzaban con sus famosas caligae o sandalias de cuero claveteadas en la suela. Los ciudadanos usaban los perones, que solían ser de color cuero y se anudaban con cordones o hebillas. Los senadores calzaban unos zapatos especiales llamados calce; de color rojo o negro, con una hebilla de plata en forma de media luna que les distinguía.

Aunque la vestimenta romana era prácticamente igual para todos, existían unos símbolos y adornos bastante visibles que marcaban de forma clara la diferencia entre las distintas clases sociales.

El pueblo romano siempre se preocupó mucho por su aspecto procurando en todo momento marcar moda. Eso lo ha mantenido hasta nuestros días. Cualquier habitante de la eterna ciudad, buscaba siempre la mejor oportunidad para deleitarse en un largo y exquisito baño, con este fin, Roma llenó sus laberínticas calles con un buen número de las populares termas. El aseo también llegaba al cuidado de pelo y barba. Los hombres llevaban el cabello corto, y las mujeres recogido en moños o trenzas. En la época de César, todos los varones se afeitaban siguiendo el patrón griego. Como vemos, los romanos no distaban en exceso de los italianos y españoles modernos, y se acomodaban a lo que hoy entendemos como perfil típico mediterráneo.

Las mujeres gozaban de mayores libertades que, por ejemplo, las griegas. Podían divorciarse de sus maridos conforme a las leyes recuperando incluso su dote. Las tareas fundamentales de cualquier mujer romana se centraban en el cuidado de la casa, las labores del hogar y la educación de los hijos. Por lo general, los matrimonios entre nobles quedaban concertados durante la infancia, para evitar así la intrusión de plebeyos poco interesantes para la genealogía familiar. Está claro que ser aristócrata romano en el siglo de César no debía estar nada mal.

Conozcamos ahora algo más concreto sobre nuestro protagonista.

Sobre César sólo manda César

El siglo I a.C. posiblemente sea el más importante de toda la historia romana. En este tiempo, nos toparemos con los hombres y las decisiones que impulsarán la llegada del imperio. Hay que destacar por méritos propios, a varios personajes que marcarán el fin de la república, como Mario, Sila, Craso, Pompeyo y, por supuesto, César.

El gran Mario, aquél que fuera Cónsul en siete ocasiones, fue el primero que entendió que Roma debería tener algo más que un ejército compuesto por las clases

dominantes. Por eso acometió con decisión la modernización de las legiones, haciendo de los legionarios auténticos soldados profesionales, e incorporando a filas a las clases menos pudientes. Asunto éste muy alabado por facilitar el acceso a una posibilidad más que real de ascenso económico y social.

Nacido en el 157 a.C., de escasa formación cultural, Mario era ante todo un excelente romano que supo ver como nadie, en la unificación de toda Italia, la futura fortaleza de Roma. A pesar de eso, se vio involucrado en un cruel conflicto civil, llamado la guerra social. De sus victorias exteriores destacan, por apabullantes, las obtenidas ante los pueblos nómadas germánicos como cimbrios y teutones. Su final fue más que amargo teniendo que soportar cómo uno de sus lugartenientes, Lucio Cornelio Sila, conseguía el poder al asalto. Terminando sus días alcoholizado y presuntamente suicidado.

Sobre Sila se pueden decir muchas cosas, pero todas ellas nefastas. Fue el dictador más cruel y sanguinario que tuvo Roma, además de ser el primer general que llegó al poder por las armas. Ordenó en un tiempo de terror, la ejecución y muerte de millares de presuntos enemigos. Abdicando en el 79 a.C. y dedicándose a lo que más le divertía, la lujuria.

Tanto Mario, como Sila, intervinieron en los primeros años de nuestro auténtico protagonista Cayo Julio César, y más tarde, veremos cómo Craso y Pompeyo entraron en los últimos.

Era una calurosa mañana del decimotercer día de Quintilis en el 653 después de la fundación de Roma (100 a.C.), cuando la herinosa Aurelia se disponía para el parto. Los asistentes al futuro nacimiento reflejaban en su rostro cierta preocupación, la madre era joven y fuerte, pero algo no iba bien, el niño no podía salir, y los médicos decidieron abrir y extraer al bebé. Afortunadamente el alumbramiento fue un éxito, había nacido Cayo Julio César mediante una operación que desde entonces llevaría su nombre: Cesaria.

Aunque en el tiempo de su nacimiento la familia de César no era muy adinerada (no olvidemos que nació en uno de los barrios más humildes de Roma), nuestro personaje tenía algo a su favor, y es que era descendiente directo según la tradición, de la mismísima y erótica diosa Venus. Esa circunstancia le ponía en contacto con la aristocracia romana. Además era sobrino del gran Mario y muy pronto se hizo partícipe de sus ideas políticas. Mario fue casi como un padre para el joven Cayo, al haber perdido éste muy pronto a su progenitor. Eso convirtió a su madre Aurelia en su única educadora, confidente y cómplice. A la temprana edad de 16 años se casó con Cornelia, la hija de Cinna, uno de los partidarios más fieles a su tío, siendo nombrado flamen dialis o sacerdote de Júpiter. Todo esto ocurría en el 84 a.C.

Julio César siguiendo la tradición romana, era adulto desde los 15 años y se preparaba junto con su esposa para ser un feliz y próspero ciudadano. Esa presunta felicidad iba a durar muy poco, tan sólo dos años, pues un peligro se cernía sobre ellos

encarnado en la figura de Sila.

Lucio Cornelio Sila estaba dispuesto a escribir una de las páginas más oscuras y terribles en la historia de Roma, porque traicionando su antigua lealtad al Cónsul Mario, tomó las armas desde Asia y marchó contra Roma, siendo así, como ya hemos dicho, el primer general romano que llegó al poder por las armas. No sería el último.

Después de haber exterminado a todos sus enemigos, ordenó numerosos divorcios para deshacer vínculos y alianzas entre las familias romanas más influyentes, y le tocó el turno al matrimonio de César y Cornelia. Pero cuando los emisarios de Sila llegaron a la casa de César y le comunicaron la decisión del dictador sólo obtuvieron como respuesta una de las frases que desde entonces pasaría a la historia "Dile a tu amo que en César solo manda César".

La respuesta del tirano no se hizo esperar, condenando a muerte al joven sacerdote descendiente directo de la diosa Venus. Esto conmocionó a los mismísimos partidarios de Sila que no tardaron en avisar a César. A éste no le quedaban muchas opciones y eligió la más aconsejable. Muy a su pesar, y aquejado de unas fuertes fiebres, huyó a uña de caballo de su querida Roma.

César encontró cobijo en los bosques próximos a la ciudad, allí se refugió, siendo curado de sus fiebres por las gentes más humildes. Seguramente, ya veían en aquel joven menudo, endeble y de incipiente alopecia, pero de mirada firme y decidida, al que sería futuro líder de Roma. Bajo el manto de bosques y aldeanos, aquél hombre crucial para el imperio venidero, esperaba ansioso su incierto destino.

Inevitablemente llegó el exilio y a continuación, un perdón que Sila concedió a instancias de sus seguidores, pronunciando otra celeberrima frase: "Alegraos con su perdón, pero no olvidéis lo que os digo, porque un día ese joven de aspecto indolente e inofensivo causará la ruina de vuestra causa. ¡Hay muchos Marios en César!".

Una vez llegado a Roma, César pidió a Sila que le destituyera de su cargo como sacerdote de Júpiter, cosa que el dictador concedió al instante, quitándose de un plumazo a un molesto senador, ya que César tampoco contaba con recursos económicos para serlo.

Con 19 años se alistó como oficial en las legiones de Minucio Termo que combatía en Oriente. En este destino el joven asombró a todos ganando la famosa corona cívica, después de protagonizar heroicas gestas en el asalto a una ciudad enemiga. La corona cívica era la más alta condecoración romana al valor, y todo aquél que la ganara, entraba por derecho propio en el senado romano, por tanto, Julio César fue nombrado senador por segunda vez. Pero en esta ocasión César aprovecharía bien su cargo para su ascenso social, intentando emular a su tío el gran Mario, siguiendo los postulados políticos de éste y soñando con profundas reformas sociales para una Roma aquejada de una grave crisis.

Con 25 años y buscando una mejor formación, viajó a la isla de Rodas para estudiar retórica. A su vuelta nos encontramos con otra de las famosas historias que

nos hablan del carácter y personalidad de Cayo Julio César: en plena navegación su barco fue interceptado por piratas cilicios (griegos), que hicieron presa sobre pasajeros y tripulación. Según la costumbre de la época, lo habitual era pedir rescate a las familias por aquellos que a juicio de los captores lo valieran, pero al ver a César, el jefe de los piratas exclamó: "que por aquel joven aristócrata sin importancia no se pagarían ni 20 talentos de plata". César, ante esto, reaccionó de forma violenta y desairada, espetando al curtido capitán que por él, no 20 sino 50 talentos se pagarían, ya que era descendiente de la diosa Venus. Los piratas sonrieron irónicamente pero aceptaron el reto, pidieron el rescate y advirtieron al preso que de no pagarse le crucificarían.

César, en compañía de tan sólo un esclavo, aguardó con paciencia y resignación su incierto futuro desde la guarida de los piratas. Aquellas largas noches de espera las empleó en lanzar contra esos analfabetos sus recién aprendidos discursos retóricos, ante el gesto asombrado de aquellos hombres. A todo esto, su madre Aurelia ya había recibido la petición económica de los griegos y rápidamente, no sin esfuerzo, consiguió la cantidad convenida, enviándola con la esperanza de recuperar pronto a su hijo.

Los 50 talentos de plata llegaron a la isla pirata, y una vez el jefe de ellos fue satisfecho en su demanda, puso en libertad al prisionero, pero éste no estaba dispuesto a dejar pasar ese momento sin venganza y le dijo: "Ahora deberás temer tú, porque volveré para crucificarte a ti y a los tuyos".

Regresó a Italia, donde convenció a unos armadores para que fletaran naves de guerra que él mismo guió hacia la morada de los piratas, donde les venció, y cumpliendo su promesa ordenó crucificar a todos, empezando por su jefe. A partir de entonces, nadie volvió a poner en duda la palabra de Julio César.

Desde ese momento, inició una carrera política imparable, recurriendo al soborno siempre que era necesario, ganando todas las elecciones a las que se presentaba y llevando a juicio a muchos senadores corruptos, granjeándose así la simpatía del pueblo.

A los 31 años, recaló en Hispania donde ejerció varios cargos. Pacificó y sometió a numerosas tribus celtíberas. En esos recién anexionados territorios hispánicos, fue donde ocurrió uno de los capítulos más característicos en la vida de Cayo Julio César. Quiso el destino que nuestro protagonista se postrara ante una estatua del gran conquistador macedonio Alejandro Magno, aquél que muriera con tan sólo 32 años después de haber explorado y sometido a buena parte del mundo antiguo. César humillado, lloró amargamente pensando que teniendo la misma edad que el gran comandante, él no había conseguido prácticamente nada.

Regresó con más determinación que nunca a la vieja Roma, para seguir prosperando en su ya más que sólida aventura política.

En el año 63 a.C. se produce otro de los grandes momentos para César, tenía 37

años y había conseguido, por buenas o malas artes, llegar al cargo más alto dentro de la iglesia romana, iba a ser elegido Pontifex Maximus es decir, máximo sacerdote de Roma. Pero los enemigos acechaban, y corría el rumor de que cerca del templo donde le iban a ordenar, esperaban armados para darle muerte. César, conocedor de estos rumores, no quiso renunciar a su destino y dirigiéndose a su madre exclamó: "Madre, hoy verás a tu hijo muerto en el foro o vistiendo la toga del sumo Pontífice".

Por lo que sabemos, los disconformes no alcanzaron su propósito y César continuó subiendo hasta que en el 59 a.C. se unió al hombre más rico de Roma, Craso, y al general más carismático, Pompeyo, formando el primer triunvirato. Además, en este tiempo creó un cuerpo de leyes que posteriormente serían la base del derecho romano.

Por fin, en el 58 a.C., César comenzaría a escribir una de las páginas más brillantes para Roma, llegaba la campaña de las Galias.

Campaña de las Galias

La campaña de las Galias es, desde el punto de vista militar, la obra magna de Julio César, y por si fuera poco, la más difundida, ya que nuestro genio se empeñó desde el primer momento, en el envío continuo a Roma de todas aquellas crónicas donde se narraban los grandes logros y victorias conseguidas por él y sus legiones. Por supuesto, sobre las derrotas era mejor no hablar.

Así pues, esta casi epopeya de las legiones romanas nos pone en contacto directo con un mundo hasta entonces prácticamente desconocido y que los ciudadanos de Roma sorprendidos y estremecidos, agradecieron a César hasta el delirio, por la profusión en los detalles de todo tipo. Fueron el best-seller de la época, los estudiantes de latín de hoy en día saben a lo que me refiero. En definitiva, nos encontramos ante la mayor operación de marketing de su tiempo.

En el año 58 a.C. César es nombrado procónsul de la Galia Cisalpina (norte de Italia), y hacia allí se dirigió al mando de 10 legiones con el ánimo de pacificar y, sobre todo, parar el empuje de las tribus helvecias y germánicas que amenazaban con la invasión del territorio italiano.

El éxito inicial fue notable, dispersando a los germanos y prácticamente exterminando a los helvecios. Ahí bien pudiera haber parado, ya que el objetivo se había cumplido, pero Julio César intuyó que su gran momento había llegado, se sentía fuerte y al frente de una tropa tremendamente fiel y dispuesta. Por delante la Galia, un territorio inmenso que comprendía la zona que hoy ocupan Francia, Bélgica y Luxemburgo, era la gran oportunidad para que Roma dejara de mirar tan sólo al mediterráneo, entrando por fin, decididamente, en el interior del continente europeo. Sólo existía un problema, los 3.000.000 de hombres armados que le esperaban, más incluso que toda la población de la península Italiana. Aún así, Cayo Julio César desatendiendo las sugerencias de algunos de sus generales y no escuchando las muchas críticas que llegaban desde Roma, dio la orden de iniciar la campaña.

Aquellos 50.000 legionarios avanzaron como un solo hombre, detrás de su general.

Sepamos ahora cómo eran esas legiones romanas en cuanto a estructura y disposición numérica. Recordando siempre que los contingentes militares romanos tenían que acomodarse a las vicisitudes y contratiempos de cada guerra, es decir, se sabía cuántos partían hacía el combate, pero no se sabía si recibirían refuerzos. En consecuencia, era frecuente que echaran mano de aliados ocasionales y, por supuesto, que se avituallaran sobre el terreno que ocupaban.

La legión romana

La campaña de las Galias fue un hecho militar sin precedentes, ya que no más de 50.000 hombres consiguieron derrotar a 3.000.000 de fieros guerreros celtas. ¿Cómo se consiguió? Por varios motivos, uno de ellos es que uno de los tácticos más brillantes de la historia estaba al frente de tan reducida tropa. Pero otra causa fundamental fue la preparación de esa tropa, la mejor sin duda de aquella época.

Como ya sabemos, el gran cónsul Mario fue el artífice de una auténtica revolución en el mundo militar romano cuando dio vía libre para que los proletarios se alistaran en las legiones, esto provocó un cambio significativo en la concepción del ejército romano. Los nuevos profesionales hicieron de la milicia una forma de vida, intentando prolongar su estancia todo lo posible, sabiendo que ahora tenían un sueldo asegurado y ricas tierras cuando llegara su jubilación.

La legión romana se convirtió en la mejor máquina de guerra de su tiempo, los legionarios eran sometidos a constantes entrenamientos, hasta que llegaran a convertirse en autómatas, por el conocimiento preciso de todos los movimientos que deberían hacer en el campo de batalla.

La característica principal de la legión era su elasticidad, pudiendo operar desde una, hasta diez juntas, pero siempre manteniendo cada legión autonomía propia.

Las legiones fueron famosas por sus largas marchas, eran capaces de recorrer 30 kilómetros cada día. En la campaña de la Galia, César consiguió que marcharan 50 kilómetros llegando a comentar que las guerras se ganaban por los pies.

Cada legionario debía acarrear un pesado equipo de 30 kilos, consistente en capote, mudas, raciones de campaña, instrumentos de cocina, herramientas para construir el campamento, etc. Además del armamento.

El legionario romano utilizaba la famosa espada corta hispana (gladius hispaniensis), terriblemente cortante y mortal de necesidad, si el legionario conseguía hundirla tan sólo 5 cm en el cuerpo del enemigo. También portaba dos magníficas jabalinas arrojadas (pilum), una pesada y la otra más ligera y como protección, el gran escudo oblongo y su característico yelmo, así como la cota de mallas de clara inspiración celta.

Una legión estaba constituida por unos 4.800 hombres distribuidos en diferentes secciones que pasamos a detallar: la unidad táctica era la cohorte; cada cohorte estaba formada por tres manípulos de dos centurias cada uno; cada centuria tenía 80

legionarios mandados por un centurión; cada manípulo constaba de dos centurias, en total 160 hombres.

Los centuriones se colocaban en la primera fila de la primera línea. Seis centurias formaban una cohorte, así, cada cohorte tenía 480 legionarios mandados por el centurión más antiguo. Como eran diez cohortes las que formaban una legión, cada legión constaba de 4.800 hombres, en teoría, porque siempre estaban sujetos a los rigores de la batalla, aumentando o disminuyendo su número en base a los acontecimientos.

La legión se formaba en tres líneas, la primera tenía cuatro cohortes, y la segunda y tercera tres cohortes cada una, presentando un frente de combate de unos trescientos metros de longitud.

El liderazgo de una legión lo asumía un legado con un cuadro de mandos compuesto por seis tribunos. En ausencia del legado, el centurión de más alto rango ocupaba su puesto. Cada centurión estaba auxiliado por un suboficial encargado de la administración de la centuria, también existían portaestandartes y cometas que se encargaban de transmitir las órdenes acústicas.

El centurión de mayor rango de la legión se llamaba primus pilus, que era el centurión de la primera centuria de la primera cohorte. Llegar a esta posición era la meta de todos los legionarios.

Dentro de la centuria, los legionarios se distribuían en grupos de ocho (contubernium), cada grupo llevaba una mula que portaba utensilios para la elaboración del pan y otros para la construcción del campamento fortificado.

Desde los tiempos de Mario, las legiones utilizaron las famosas águilas sagradas de plata. Cada legión tenía la suya, portada por el legionario más valiente, perderla suponía un deshonor y una penosa humillación, miles de legionarios lucharon y murieron por defender aquellas águilas símbolo del poder de Roma.

Las legiones fueron diseñadas para enfrentarse a un enemigo superior en número. Los romanos siempre tuvieron esto presente y subordinaron la táctica a la estrategia, consiguiendo brillantes resultados.

Roma nunca tuvo más de veintiuna legiones operativas. A pesar de eso, siempre estuvieron dispuestas para intervenir en el tiempo y momento preciso.

La Galia fue el ejemplo, porque en ese apetecible lugar para Roma se iban a enfrentar la mejor organización militar, contra la mejor fuerza bruta; la previsión ante la improvisación; los movimientos controlados en oposición a la embestida desorbitada; las armaduras contra las pieles desnudas. ¿Cuál de los dos conceptos impondría su ley? Pronto lo veremos.

Los galos

Dentro de la civilización celta, los galos eran los más numerosos. Cuando César entró en conflicto con ellos, los celtas ocupaban un territorio de aproximadamente seiscientos mil kilómetros cuadrados sin contar las Islas Británicas, y tenían poder

suficiente como para armar a más de 3.000.000 de guerreros, cifra ésta superior a la de toda la población italiana.

En los tiempos previos a la campaña de las Galias, los galos estaban evolucionando claramente hacia los nuevos conceptos de ciudad, poseyendo una lengua común, además de una fama merecida en escultura y tratamiento de los metales, consiguiendo la acuñación de monedas y el armamento más notable de la época; no olvidemos que los romanos se inspiraron en los yelmos y en las cotas de malla celtas para crear los suyos propios.

Los galos, desde su llegada a la zona en el siglo VII a.C., eran conocidos como un pueblo nómada, aventurero e inestable. El propio César nada más entrar en contacto con ellos dijo: "Es un pueblo que siente codicia por lo nuevo".

En toda la Galia estaban implantadas más de sesenta tribus, poblando unas ochocientas ciudades y miles de aldeas, todas ellas dispuestas para la resistencia.

Si los romanos querían tomar la Galia no lo tendrían fácil. Aunque los galos estaban profundamente desunidos, la llegada de los nuevos invasores consiguió que por lo menos en una ocasión, todos los intereses galos se fundieran bajo causa común.

En la campaña de las Galias, César se enfrentó a un gran príncipe de los galos, Vercingétorix. Éste, a pesar de la gran superioridad numérica que manejaba frente a los invasores, no supo, dada su escasa formación militar, frenar la habilidad y conocimientos estratégicos de los generales romanos. Los galos solo acertaron a situar frente a las legiones enormes contingentes de temibles guerreros, que apenas iban protegidos por pieles con un armamento muy distinto al de sus enemigos: lanzas de acometida no arrojadizas, espadas más largas y pesadas, y escudos menos fuertes.

Debió ser impresionante ver como aquella horda de hombres, que lavaban su pelo con agua alcalina para emblanquecerlo y teñían su cuerpo de azul, se lanzaba contra los cuarenta kilómetros de defensas establecidas por los romanos en el sitio de Alesia, una de las ciudades sagradas para los celtas y último gran reducto defensivo de los galos.

La batalla de Alesia

La memoria histórica de tan increíble campaña la conocemos por los ocho libros que recogen las innumerables crónicas que César enviaba constantemente a Roma (de los ocho volúmenes, siete fueron escritos por el propio César), la verdad es que novedades no faltaron a lo largo de los casi ocho años que duraron los acontecimientos.

Desde que César irrumpe en las Galias persiguiendo a los restos de las tribus helvecias hasta que consigue la rendición de todos los galos en el 51 a.C., de los tres millones de guerreros anteriormente citados que se le enfrentaron, dio muerte a un millón, esclavizó o hizo prisioneros a otro millón y sometió al resto. Estas cifras no tienen parangón en toda la historia del mundo antiguo.

Además de la conquista del territorio continental, el líder romano realizó

desembarcos anfibios en la Britania (56-55 a.C.), y fijó las fronteras del Rhin.

Pero, sin duda alguna, el punto álgido de toda la campaña lo encontramos en el mes de septiembre del año 52 a.C., muy cerca de la ciudad sagrada de Alesia.

Después de más de seis años de guerra, los galos por fin habían entrado en coalición. Tras haber sufrido muchas derrotas por separado, llegaba el momento de unir sus fuerzas para intentar expulsar de una vez por todas a los romanos. Al frente de la alianza se encontraba el príncipe Vercingétorix. Una de las primeras medidas que adoptó fue la de intentar matar de hambre a su enemigo con una política de tierra quemada. Los galos arrasaron cosechas y aldeas que pudieran surtir de provisiones a las legiones invasoras. Desde luego, todos aquellos esfuerzos resultaron infructuosos.

Tras algunas escaramuzas y batallas de resolución incierta, llegó para las tropas de César una gran victoria en la ciudad de Avarico, donde de sus más de 40.000 defensores, sólo pudieron escapar vivos 800.

Ante esto, el abrumado Vercingétorix tomó a sus 80.000 hombres y buscó refugio en un sitio sagrado para los galos, la inexpugnable ciudad de Alesia.

Alesia era el último gran núcleo urbano de los galos, edificada en forma de rombo sobre una gran meseta de más de 1.500 m de longitud y 1.000 m de anchura con una altura de 150 m. A sus pies existían varios ríos. Las condiciones de defensa eran por tanto muy razonables, y Vercingétorix se atrincheró con su ejército, esperando la llegada de refuerzos. Estos se estaban aproximando, cuando alguien se adelantó: era Julio César como ariete de sus diez legiones.

Las legiones romanas se situaron cerca de la ciudad. César pensó que lo más conveniente, dadas las circunstancias, era someter a Vercingétorix a una presión agobiante con el fin de provocar su rendición. Pero sus espías pronto le advirtieron sobre la llegada inminente de una tropa inmensa de galos consistente en 250.000 guerreros. Por tanto, si los romanos no se retiraban serían atrapados entre dos fuegos y por si fuera poco, solo quedaban provisiones para treinta o cuarenta días. Es aquí cuando aparece la genialidad de César, fraguando una idea que sorprendería a propios y extraños, porque el gran general había decidido que para sus legiones era el momento del ahora o nunca.

Llevaban demasiados años de largas marchas e interminables batallas, sus hombres ya estaban cansados y sabía que no tendría muchas más oportunidades para asestar un golpe, militar y moral, tan contundente, como el que ante él se ofrecía, por lo tanto, decidió quedarse allí y esperar.

Puso rápidamente a trabajar a todos sus ingenieros comenzando la construcción de dos anillos defensivos: el primero rodeaba Alesia, consistía en una suerte de trincheras, zanjas y pozos; unos cubiertos por el agua de los ríos locales que previamente habían sido desviados; otras zanjas fueron erizadas con innumerables hileras de estacas, abrojos y trampas mortales. Este cinturón se extendería a lo largo de 17,5 kilómetros. El segundo perímetro defensivo era si cabe más espectacular,

tenía una extensión de 22,5 kilómetros y en él se situaron cada veinticinco metros, torres de defensa de tres alturas, empalizadas, muros de arena, etc. En total, cuarenta kilómetros de fortificaciones. En el interior de los dos perímetros se ubicaron veintitrés campamentos, además de una gran torre de vigilancia, dejando en el exterior otros siete campamentos con toda la caballería de reserva. Aquellos 50.000 legionarios trabajaron de forma titánica durante trece días, consiguiendo una de las obras militares más perfectas de toda la guerra antigua. Encerraron a los galos por el norte, se aprestaron para la acometida que llegaba desde el sur y aún sobraron dos días.

Los historiadores militares, todavía hoy, siguen debatiendo sobre aquella decisión de César y, por supuesto, basándose en los resultados, nadie es capaz de discutir o criticar la aptitud del que ya sería considerado, desde entonces, como uno de los mejores líderes militares de todos los tiempos.

El 25 de septiembre del año 52 a.C. aquellas diez legiones romanas vieron algo tensas cómo se aproximaban las primeras formaciones de guerreros galos. Estos se situaron a 1,5 kilómetros de las defensas romanas. Todo estaba listo para uno de los combates más sangrientos y épicos de toda la historia europea antigua.

Los primeros encuentros entre las dos formaciones fueron tremendamente exigentes, siendo sometidas ambas a una presión hasta entonces desconocida. Durante los dos primeros días de combate, las bajas se pudieron contar por miles, aún así, las defensas romanas no cedieron ni un solo palmo de terreno, aunque la situación comenzaba a ser desesperada.

Los galos utilizaron una de sus tácticas favoritas, el ataque nocturno. El campo de batalla iluminado por la luz de miles de antorchas veía cómo centenares de aquellos guerreros caían constantemente.

Pero la determinación de unos, y el empuje de otros, encontrarían el momento más vibrante en la noche del tercer día. Los galos se encontraban al borde de la desesperación, superaban en varias veces el número de los romanos, atacaban desde el norte con las tropas de Vercingétorix y desde el sur con los 250.000 galos de refuerzo, sin conseguir quebrantar lo más mínimo la moral de las 10 legiones romanas que resistían ya a duras penas. En esa noche se percataron sobre la existencia de un punto menos defendido en las fortificaciones romanas, se trataba del monte Réa escasamente guardado por los restos de una legión. Era una buena oportunidad para penetrar de una vez por todas entre los romanos y acabar con ellos, pero aquellos escasos y cansados 4.000 legionarios ofrecieron una resistencia casi suicida, haciendo pagar muy caro cada palmo de terreno que entregaban al enemigo.

Poco a poco, fueron cayendo uno tras otro. Cuando estaban a punto de sucumbir en torno a sus águilas sagradas, se produjo el milagro, el momento crucial que tiene cada batalla. A lo lejos se escuchó un clamor, las tropas legionarias rugían ante el poderoso galope de la caballería que hasta entonces se había mantenido a la

expectativa. Al frente de esa caballería cabalgaba Cayo Julio César, vistiendo sus mejores galas guerreras sobre las que destacaba su impresionante capa escarlata. Aquella visión casi fantasmagórica, enardeció los ánimos de los legionarios, que de estar a punto de perderlo todo, pasaron al ataque con una ofensiva general en toda las líneas, los galos quedaron perplejos y desconcertados, empezando de forma sorprendente la retirada y al poco la desbandada. La victoria para las legiones romanas fue total e indiscutible. César ordenó la persecución, causando innumerables bajas. Los galos de Alesia, ya muy mermados en número y provisiones, no tuvieron más remedio que capitular con Vercingétorix al frente, el cual sería enviado a Roma y muerto por estrangulamiento años más tarde.

En el 51 a.C., sin nada más que oponer al invasor, la Galia se rendía y Cayo Julio César entraba en la historia.

La herencia de César

Después de la brillante victoria en la Galia, el imperio romano se había situado sobre el centro y norte de Europa al oeste del río Rhin, y estaba a punto de alcanzar su máxima expansión.

En Roma habían ocurrido muchas cosas y no todas buenas para el reciente conquistador, porque tras la muerte de Craso en el desastre de Carre (53 a.C.) se había disuelto el primer triunvirato, siendo elegido su viejo amigo Pompeyo nuevo cónsul de Roma. Éste estaba casado con Julia, la hija de César, pero ella había muerto en el 54 a.C. en circunstancias no aclaradas, asunto que distanció a los dos generales. La desconfianza llegó a tal extremo que Pompeyo solicitó la disolución del ejército de las Galias, considerando a César casi enemigo de Roma y, claro está, el futuro Dios romano no se mostraba muy de acuerdo con esa idea.

En el año 49 a.C. desplegó sus legiones en una de las riveras del pequeño río Rubicón, era consciente de que si vadeaba ese cauce provocaría una guerra civil, por tanto, no obligó a sus legionarios a seguirle, tan sólo pidió voluntarios. Ante la demanda, escuchó conmovido una respuesta tan unánime como segura. Las gargantas de aquellos curtidos veteranos exclamaron: "¡O César o nada!".

Al brillante general que sabía como nadie manejar y estimular a sus hombres, esta aptitud le emocionó a tal punto que, mirando hacia la otra orilla, pronunció una de sus famosas frases: "Alea jacta est", es decir, "la suerte está echada" y ordenó el paso del Rubicón.

Pompeyo poco pudo hacer ante el avance de los experimentados soldados de César, y escapó de Roma propiciando que aquellas legiones tomaran toda Italia en pocas semanas sin apenas derramar sangre.

Julio César sabía que Pompeyo seguiría constituyendo un peligro allá donde estuviera y le persiguió hasta Grecia, donde le batió en los campos de Farsalia. Posteriormente, la persecución llegó hasta Egipto, donde se encontró con una situación de conflicto civil entre los hijos de Ptolomeo II. Uno de estos, Ptolomeo XII,

pensando que ganaría el favor de César, mandó decapitar a Pompeyo, pero el efecto fue el contrario. César, muy enojado, se atrincheró en Alejandría con dos legiones y ordenó quemar sus naves para evitar el mal uso por parte de los egipcios con la nefasta consecuencia que ya todos conocemos, la destrucción de la gran biblioteca de Alejandría con todos los conocimientos de la época acumulados hasta entonces. Se supone que en aquel recinto ardió el equivalente a unos cien mil libros.

Pero no todo fue nefasto durante la estancia de César en Egipto, también conoció el amor de la mano de Cleopatra, la bella y culta hija de Ptolomeo. Con ella vivió un tiempo de pasión que culminó en un largo viaje por el sagrado río Nilo, cuya singladura duró dos meses en un inmenso barco adornado con oro puro y escoltado por cientos de naves. Fruto de aquel amor nació un hijo que llevó el nombre de Ptolomeo César, conocido por los egipcios como Cesarión, el pequeño César, que tan sólo viviría 17 años.

Poco duraría la felicidad de Julio César y Cleopatra, que ya era reina de Egipto. Tras unos meses de tensa paz, César tuvo que embarcar hacia nuevas campañas como la de Hispania, donde le esperaban los hijos de Pompeyo a los que aniquiló en la batalla de Munda. También recordemos la breve contienda del Ponto (Turquía). Esta expedición de César en julio del 47 a.C. se hizo famosa por la frase que la adornó después de la batalla de Zela: "Veni, vidi, vici", (Llegué, vi, vencí), eso es lo que exclamó César tras haber sometido en tan sólo cinco días al ejército del rey Farnaces.

Julio César había conseguido en pocos años ampliar de forma más que notable el territorio bajo la influencia de Roma, pacificando a todas las nacionalidades que lo integraban, y consiguiendo ser el personaje más carismático y amado de su época. No le fue difícil, por tanto, hacerse nombrar dictador perpetuo, proclamando unos juegos como jamás hasta entonces se habían celebrado.

En su mente ya se empezaba a gestar la idea del imperio y él sería su cabeza visible. Esto debió horrorizar a sus enemigos republicanos que pronto comenzaron a urdir un plan para la eliminación física de aquel que tanta sombra procuraba a sus ideas. En los Idus (15) de marzo del 44 a. C. la confabulación tomó cuerpo, cuando de veintitrés puñaladas (aunque sólo una fue mortal de necesidad) abatieron a Cayo Julio César bajo la estatua del que había sido su gran amigo Pompeyo.

Cuenta la historia que uno de los conjurados era Bruto, tutelado de César y supuesto hijo de éste. Y aquí tenemos la última frase que Cayo Julio César acertó a pronunciar en vida: "Bruto, tu también hijo mio". El cuerpo de César quedó yermo sobre el suelo, pero la rabia del pueblo pronto alcanzó a los conspiradores, haciendo presa en ellos y dándoles el fin que todos podemos imaginar.

Debió ser impresionante la imagen de Marco Antonio mostrando el cuerpo del gran líder de Roma al pueblo que tanto había amado. Ese cuerpo cosido a puñaladas estremeció tanto a los que le contemplaban, que muchos no pudieron soportarlo cayendo desvanecidos víctimas de la emoción.

Pero lo más vibrante aún estaba por llegar, porque cuando las gentes debatían acerca del lugar propicio para la incineración del gran César, un murmullo se dejó escuchar desde el fondo de la multitud, alguien se acercaba.

Aquella muchedumbre fue abriendo paso a dos antiguos y curtidos legionarios, no se sabe bien a qué legión pertenecían, pero podemos intuir sin temor a equivocarnos que seguramente eran de la décima, la favorita de César. Estos fornidos hombres portaban sendas antorchas y, por supuesto, sus espadas al cinto. Avanzaron con paso firme y decidido hacia donde se encontraba su general, y cuando llegaron ante él, prendieron fuego a la tribuna donde estaba expuesto el cadáver.

Un éxtasis desmedido se hizo entonces dueño de la situación, los romanos allí presentes comenzaron a lanzar sus túnicas, adornos, todo lo que tenían a mano. Destrozaron los tenderetes del mercadillo próximo a la plaza pública, para que la pira continuara creciendo. Muchos legionarios con los ojos empañados por las lágrimas lanzaron sus viejas condecoraciones, porque sin su comandante ya no servirían de nada.

Con este combustible creado por la emoción del pueblo más poderoso del mundo, la hoguera se mantuvo viva durante toda la noche. Cuenta la historia que el crepitar de las llamas se podía escuchar en cualquier rincón de ROMA.

Y así pasó el gran Cayo Julio César su última jornada en la capital que le vio nacer, la eterna ciudad de las siete colinas.

En el mismo sitio de la cremación, se construyó un altar que serviría de epicentro para un templo dedicado a un nuevo Dios romano, el propio Julio César.

Muchos son los legados de César, entre ellos podemos destacar el establecimiento de un cuerpo de leyes que darían como fruto el derecho romano, también el calendario Juliano hecho en base a los conocimientos recogidos de los astrónomos egipcios y, por supuesto, la máxima expansión del que ya era Imperio Romano, que sólo Trajano pudiera ampliar dos siglos más tarde.

Cuando César murió, estaba preparando nuevas expediciones de conquista para mayor grandeza de Roma. El nuevo objetivo se había fijado en Oriente y serían los persas las nuevas víctimas sometidas al poder imperial. Nunca sabremos que hubiese ocurrido en aquellas empresas, pero sí sabemos que su sobrino nieto Octavio Augusto tomó las riendas del gobierno y levantó el Imperio que Cayo Julio César diseñó como arquitecto. Ese será otro pasaje de la historia.

ETIL, PADRE UNIFICADOR DE LOS HUNOS

"Son seres imberbes, musculosos, salvajes, extraordinariamente resistentes al frío, al hambre y a la sed, desfigurados por los ritos de deformación craneana y de circuncisión que practicaban, e ignorantes del fuego, de la cocina y de la vivienda."

Texto del historiador romano Amiano Marcelino, donde observamos la visión deformada que se tenía de los hunos.

Demonios contra la cristiandad

Corría el año 376 d.C. cuando los romanos, en un ya fracturado imperio, comenzaron a recibir las primeras noticias de unos seres terribles que, al parecer, habían surgido de la nada, empujando a las tribus bárbaras de Oriente y obligándolas a fuertes migraciones, propagando mensajes desoladores sobre su apariencia y comportamiento. Fue así como aquellos demonios irrumpieron en la geografía Europea. Habían llegado los hunos.

El origen del pueblo huno es incierto, pero muchos datos recogidos a lo largo de los siglos, nos hacen pensar que los hunos aparecieron en algún punto de las extensas llanuras del Asia central, desde donde iniciaron su expansión posiblemente al ser rechazados por los chinos bien parapetados detrás de su magnífica gran muralla.

Pronto arrasaron grandes zonas de Asia subdividiendo su poder en varios grupos, asentándose unos en los territorios conquistados, y nomadeando el resto buscando nuevas latitudes para continuar la rapiña.

Aquellas hordas invencibles hicieron del mar de Azov su cuartel general, y desde el sur de Rusia se lanzaron a la conquista del Occidente Europeo.

Desde que los hunos extendieron su amenaza en el siglo IV hacia los territorios de Oriente y de Occidente fueron objeto de descripción por numerosos historiadores griegos y romanos. Pero fue sin duda alguna Jordanes el autor que más se documentó sobre ellos al manejar escritos provenientes de aquellos que les trataron como Olimpodoro o Priscus. Éste último viajó por los territorios hunos en el 449, siendo muy útiles las descripciones que pudo hacer sobre las costumbres y forma de vida de las tribus hunicas. Al perderse los escritos originales de los primeros, Jordanes se convierte para nosotros en una referencia obligada a la hora de contar la historia de aquellos guerreros.

Finalizando el siglo IV, nos encontramos con lo que de los hunos nos dice el historiador Amiano Marcelino: "Son seres, imberbes, musculosos, salvajes, extraordinariamente resistentes al frío, al hambre y a la sed, desfigurados por los ritos de deformación craneana y de circuncisión que practicaban, e ignorantes del fuego, de la cocina y de la vivienda". Como veremos después, estas palabras escritas por el historiador romano no reflejaban la auténtica realidad. Por cierto, cuando se decía esto nacía en la Panonia (Rumanía), un tal Etil, corría el año 395 d.C., y nuestros

protagonistas estaban alcanzando el punto álgido de su expansión y gloria.

La potencia dominante de la época no se podía imaginar la tormenta de hierro y fuego que se estaba preparando en algún lugar del Este europeo. El infierno había pactado el juicio final con Atila.

Tras la invasión de Europa, los hunos se volvieron a dividir, creándose dos grandes tribus, la de los blancos asentados en el Cáucaso y la de los negros que se expandió por el Danubio haciendo de la Panonia su base de operaciones. La separación no les hizo olvidar costumbres y rituales que mantuvieron perennes, hasta la reunificación promovida por Atila. Lo cierto es que su presencia aterrorizó a los romanos de Oriente y Occidente, que temerosos inventaron un buen número de leyendas oscuras sobre el origen de los hunos, llegando a recurrir a la demonología cristiana para afirmar que, los hunos descendían de ángeles caídos y brujas. El asunto llegó a tal extremo que acuñaron monedas donde se podía ver a los hunos representados en forma de serpiente demoniaca con cabeza humana.

Eran, en consecuencia, los auténticos ogros de su época. Supongo que los propios hunos escuchaban complacidos estas narraciones que sin pretenderlo, se habían transformado en una aterradora propaganda previa a sus devastadores asaltos a ciudades y pueblos.

Zósimo los describió como una tribu bárbara de guerreros que vivían, comían, luchaban, pactaban, y prácticamente dormían a caballo. Y es que no se podía concebir la vida del guerrero huno sin su equino. En él pasaba buena parte de la jornada. Cuando los hunos iniciaban una campaña, eran capaces de marchar más de cien kilómetros al día siempre a lomos de su animal, eso quiere decir que no disponían de mucho tiempo para cocinar. Era frecuente que situaran bajo la montura varios trozos de carne cruda que iba macerando a lo largo de los días. Cuando estaba a punto, se convertía en un bocado exquisito para los jinetes. También había tiempo para preparar platos más elaborados, uno de sus favoritos consistía en guisar un enorme trozo de carne de oso. Cuando ésta estaba al gusto del cocinero, le añadía varias setas silvestres y posteriormente todo era regado con leche agria. El resultado era excelente, para ellos, claro.

En la vestimenta los hunos no eran exigentes, gustaban de las pieles de rata. Se puede decir que era su indumentaria favorita. Unían varias de estas pieles para proteger su cuerpo, y su amor por ellas era tal que roedor y huno llegaban a ser una misma cosa.

Tampoco eran muy aficionados al agua en ninguno de los usos que nosotros solemos hacer de ella, lo cierto es que muchas veces no se ha sabido si los pueblos asediados por los hunos, huían por el ardor combativo de estos, o por el hedor que desprendía aquella horda.

Como hemos podido ver a grandes rasgos, las historias negras rodeaban a los hunos a finales del siglo IV d.C. Todo esto cambiaría significativamente con la

llegada del personaje más importante surgido de aquellas tribus bárbaras llegadas de Oriente, su nombre era Atila.

El Imperio huno

La historia de las tribus hunicas, como así gustaban llamarse, está llena de personajes que evocan aventuras, conquistas y batallas con algunos nombres dignos de mención, tal es el caso de Uldis, uno de los primeros reyes hunos de los que se tiene constancia; Balamir, vencedor de los alanos, que tras derrotarles consiguió unirles a su causa, y por supuesto, el gran jefe Turda, líder de los negros, la tribu más numerosa de los hunos, Turda generó una descendencia que daría muchos quebraderos de cabeza a los imperios de Oriente y Occidente, fue padre de cuatro hijos legítimos (en aquella época las niñas y los bastardos apenas contaban): Oktar, Ebarso, Rugila y Mundzuk, que a su vez era padre de Bleda y Etil.

A la muerte de Turda, sus hijos asumieron el mando, siendo Ebarso el encargado de reinar sobre las tribus del Cáucaso, quedando los otros tres para gobernar conjuntamente las tribus asentadas en el valle del Danubio.

Etil, o Atila como más tarde le llamaría su pueblo, nace en el 395 d.C. Su año de nacimiento coincide con dos hechos que conviene significar, uno de ellos es la segunda y definitiva ruptura del Imperio romano en dos, Oriente y Occidente, hecho acontecido el 17 de enero. Ese mismo invierno los hunos inician una de sus campañas más provechosas, que llenaría sus graneros y sus noches de relatos en torno a las hogueras de la tribu. Fue la campaña donde arrasaron Tracia, Dalmacia y Armenia, consiguiendo un gran botín y numerosos prisioneros. Las historias de estas incursiones fueron las primeras que escuchó Atila en boca de sus mayores, y esto al parecer, le estimuló bastante.

En el 401, Atila, con 6 años, y su hermano Bleda, con 10, quedaron huérfanos tras la muerte de su padre Mundzuk, siendo desde entonces acogidos bajo la tutela de Rugila, que se convertiría pocos años más tarde en el nuevo rey de los hunos danubianos. Éste sometió a una enorme presión y hostigamiento a los romanos de Oriente, hasta conseguir tributos consistentes en el equivalente al sueldo de un general romano, unas 300 libras de oro. Fue tal su fuerza y crueldad que, a su muerte en el 435, todas las iglesias de Constantinopla hicieron tañer sus campanas para alegría de los feligreses que escuchaban la buena nueva en boca de los sacerdotes que exclamaban: "Rugila ha muerto, y ese demonio murió fulminado por un rayo enviado por Dios".

Empiezo a sospechar que nuestros amigos bárbaros condicionaron en demasía la vida del ciudadano romano que, por otra parte, ya empezaba a presagiar el fin del mundo conocido por él. Roma finalizaba su periodo influyente y Atila estaba dispuesto a dar un gran empujón para que todo se terminara antes, evitándoles así más sufrimientos innecesarios.

Son muchos los tópicos erróneos que la leyenda negra se encargó de elaborar

sobre la figura de Atila. Por ejemplo, uno de los más extendidos afirmaba de forma tajante que el rey de los hunos era un ser cruel, despiadado y muy inculto. Las dos primeras acusaciones las aceptamos. Sus contemporáneos e investigadores posteriores coinciden en ello, pero por otra parte, no podemos olvidar que cualquier líder del siglo V que pretendiera seguir siéndolo, debería mostrar fortaleza. Sobre la última afirmación algo hemos de decir para mayor justicia hacia el personaje. Si revisamos en profundidad la historia real, pronto veremos cómo esas aseveraciones se encontraban algo distantes de lo que en verdad ocurrió.

Como ya hemos dicho, Atila, una vez fallecido su padre, pasó junto con su hermano Bleda a ser educado por su tío Rugila, y éste procuró para los dos pequeños la mejor atención posible.

Curiosamente, los primeros maestros de Atila fueron los propios prisioneros capturados por los hunos en sus correrías. Estos rehenes ocasionalmente provenían del ámbito grecolatino, lo que les convertía en candidatos ideales para instruir a los jóvenes aristócratas hunos en esas lenguas esenciales.

Atila a los 13 años, cuando marchó a Roma en calidad de rehén amistoso, hablaba y escribía a la perfección latín y griego. Por lo tanto, el nivel cultural del que sería rey de los hunos era bastante superior al de la media existente. La formación de Atila en Roma duró aproximadamente cuatro años con viajes a Ravena (entonces era una especie de capital administrativa del imperio) y a Constantinopla. En este tiempo, el adolescente tuvo la oportunidad de aprender todo lo necesario sobre la historia, carácter y costumbres de los romanos. Al parecer, lo que aprendió no le gustó mucho, pues nunca llegó a entender cómo era posible que un pueblo que se había mantenido vigente a lo largo de mil años, jamás hubiese perdido una sola batalla.

Con más decisión que nunca, y sin volver a creer en los historiadores romanos, regresó una vez cumplidos los 17 años a sus queridos territorios ancestrales. El destino y su pueblo le estaban esperando.

Tras su regreso a Panonia, su tío Rugila le encargó diferentes misiones diplomáticas que culminó con éxito, haciéndose muy popular entre los suyos que ya hablaban de aquel joven pequeño y musculoso. Y es que Atila, a pesar de su baja estatura, tenía una poderosa estructura corporal. Él mismo comentaba orgulloso que poseía un cuello ancho y fuerte como el de un toro, además de unos cabellos largos y enrevesados. Si nos fijamos de los cánones de belleza que mantenían los hunos, aquel chico debió ser un sex symbol para su tribu. Cuando Atila subía a su caballo, esa imagen fundida de hombre y bestia era, sin duda alguna, impresionante.

Como cualquier otro muchacho, Atila también conoció el amor, a veces por los sentimientos y otras impuesto por los diferentes pactos que se debían establecer, por eso sabemos que se casó varias veces y que tuvo innumerables hijos, unos pocos legítimos y la gran mayoría bastardos.

Entre sus esposas oficiales destacan Enga (madre de su primogénito Ellak),

Kerka (considerada primera emperatriz del Imperio huno) y Erka; de estas dos últimas diremos que eran sus favoritas, dándose la fatal coincidencia de que murieran en el mismo año, lo que supuso un trance más que doloroso para Atila. Por supuesto, no nos olvidamos de la última mujer que tuvo, una hermosa princesa bactriana, llamada Ildico que como veremos, fue protagonista indirecta del capítulo final en la vida de nuestro protagonista.

A la muerte de Rugila en el 435 d.C., Bleda y Atila son proclamados correyes del territorio huno. Hasta ese año, el propio Atila se había encargado, en nombre de su tío de pactar alianzas con algunos de sus enemigos tradicionales como los chinos, guardando así las espaldas de lo que ya empezaba a considerarse Imperio huno. En esa fecha, conocida es la reunión sostenida entre delegados del imperio romano de Oriente con los nuevos líderes hunos. La cita tuvo lugar muy cerca de Belgrado, conociéndose como Tratado de Margus, donde los hunos obtuvieron bajo amenaza, increíbles mejoras en el pago de tributos.

Allí es donde, por primera vez, Atila afirma ser el emperador de las tribus hunicas ante la mirada perpleja de su hermano Bleda. Con su nuevo título autoconcedido, Atila parte hacia innumerables campañas para terror de sus enemigos, venciendo a muchos pueblos eslavos y germanos, y siempre con la mirada amenazante sobre la eterna Roma.

Bleda, mientras tanto, permanecía ocioso y entregado a los placeres propios del cargo, rodeado de bufones (en especial Cerco, su querido enano mauritano) que le hacían olvidar la amargura de estar bajo la sombra de su hermano menor. Poco a poco, comienza a exigir sus derechos de primogénito que no llegaron a nada, por la fatalidad de su inesperada muerte en un lamentable accidente de caza. Bleda sucumbió por la ferocidad de un oso que de varios zarpazos le segó la vida. Aunque los romanos hicieron circular el rumor de que había sido Atila el causante de la muerte de Bleda, nunca llegó a probarse nada. Pero lo cierto es que aquel oso que se topó casualmente con Bleda, hizo un favor a las ideas de Atila que no quería por nada del mundo que alguien y menos el incapaz Bleda se opusiera a sus planes imperiales. No obstante, tras aquella muerte surgieron voces discrepantes con Atila, pero éste pronto las acalló al ofrecer a su pueblo todo un símbolo de unidad, la espada de Marte que milagrosamente aparecería envuelta por la leyenda.

Atila hizo enterrar con todos los honores a su hermano mayor y correy Bleda. Pocos sospechaban sobre la culpabilidad de Atila en la muerte de su hermano, pero esos pocos callaron cuando casualmente se hizo realidad una famosa leyenda de los hunos muy extendida por cierto en otras culturas.

Según nos cuenta esa leyenda, un antiguo rey de los hunos llamado Marak, hizo un gran hoyo, y en él enterró una formidable espada que le habían entregado los espíritus de sus antepasados. Marak transmitió a su pueblo que aquél que encontrara la espada, debería llevársela a su rey para así poder guiar a las tribus hunicas hacía las

mayores cotas de conquista y gloria. La dudosa casualidad quiso que al poco de la ceremonia funeraria, apareciera un viejo pastor recién llegado de las tierras cercanas al río Don. Venía en compañía de algunos oficiales con aspecto nervioso y rostro marcado por la impaciencia, portaban algo envuelto en pieles que, al parecer, aquél pastor había encontrado gracias al rastro de sangre dejado por una vaca tras pincharse con la punta de un objeto semienterrado. Con emoción contenida, se acercaron al sitio donde se encontraba Etil. Después de una breve conversación, el nuevo emperador se dirigió a la multitud mostrando lo que de esas pieles extrajo. Se trataba de una magnífica espada y, según proclamaba Etil, era aquella de la leyenda, nada más y nada menos que la famosa espada de los espíritus, la que según la tradición, todo aquél que la poseyera o empuñase, estaría llamado al liderazgo y defensa de todo el pueblo huno. Los romanos también conocían esta leyenda, aunque su espada no venía de los espíritus sino de Marte, dios de la guerra.

Atila era un profundo conocedor de las costumbres y supersticiones de su pueblo, por eso recurrió a un gesto contundente para adornar de una aureola legendaria su legitimación imperial. Su actitud firme y decidida al empuñar y alzar hacia el cielo la espada, hizo rugir de pasión a todo un pueblo que desde entonces ya no le volvería a llamar Etil, cambiando este nombre por el de Atila, que en lenguaje huno significaba padrecito, porque efectivamente, Atila además de rey o emperador, se había convertido en progenitor de las ideas y sentimientos para una nueva nación. Había nacido el Imperio huno. Aunque como veremos, la historia no fue muy benévola con este nuevo poder, siendo uno de los más grandes y efímeros que vieron los tiempos. Su duración fue apenas la de su líder, para alivio de las potencias enemigas.

En el año 440, Atila blandía la espada espiritual y gozaba del entusiasmo y apoyo unánime de su pueblo. Los emperadores de Oriente, Teodosio II y de Occidente, Valentiniano III, tenían motivos más que fundados para empezar a temblar.

Una vez obtenido el reconocimiento de toda su tribu, Atila inició nuevas campañas victoriosas expandiendo aún más sus ya de por sí amplias fronteras, y propagando un mensaje de terror como hasta entonces jamás se había conocido. Pero Atila tenía un imperio, y éste no se debía sustentar tan sólo en el pánico infundido a los numerosos rivales. También procuró sentar las bases para la creación de una pequeña burocracia que hiciera legible su idea sobre el estado. Mandó construir palacios, aunque su techado favorito siempre fue el de la tienda de campaña o el de las estrellas. Asimiló numerosas costumbres de los pueblos sometidos, pero aún así, la leyenda negra siempre precedía al hombre, siendo considerado el azote de Dios. Este título nunca le gustó por no creer en ningún Dios. Los hunos eran muy supersticiosos, pero no tenían panteón religioso conocido. Según las últimas investigaciones habría indicios que bien nos podrían hacer pensar lo contrario, pero hasta ahora lo que sabemos es que sus chamanes invocaban a través de rituales ancestrales siempre a los

espíritus de los muertos, nunca a los dioses.

Hay un asunto que no puede escapar a nuestra atención y que seguramente favorecería de forma indirecta el horror que inspiraba la figura de Atila en el siglo V. La aparición de éste personaje sobre el territorio europeo coincidió con la de una serie de catástrofes naturales extendidas por todo el continente: fuertes terremotos en ciudades como Constantinopla, así como en la Hispania y en la Galia, además de inundaciones y climatología extrema. Todo esto en un corto espacio de tiempo, llegando los habitantes de la época a pensar que, sin duda alguna, Dios y Atila estaban propiciando la llegada del fin del mundo.

Los emperadores romanos de Oriente y Occidente, ante tal cúmulo de desgracias, se ven obligados a aceptar las exigentes condiciones de Atila, al que muchos cristianos consideran ya un instrumento furioso que Dios había enviado para su castigo. A pesar de esto, Teodosio II está decidido a eliminar al "enemigo público número uno", preparando un plan para el asesinato de Atila. Transcurría el año 449, cuando nuestro protagonista se entera de la trama concebida contra él y la desarticula. Estas conjuras fueron una constante a lo largo de su vida. Fue un año difícil, pues entre traiciones y atentados, tuvo que ver apesadumbrado como dos de sus mujeres favoritas fallecían.

Poco duró el dolor; el recién enviudado decide pedir la mano de Honoria hermana del emperador Valentiniano III, pero éste, indignado, rechaza la propuesta, provocando la ira del emperador huno que sólo pretendía estrechar la colaboración con Roma gracias a ese matrimonio. La reacción no se hace esperar, y los violentos hunos se lanzan como una horda de fuego por toda la Galia.

En el año 451 Atila se pone al frente de un ejército integrado por más de 500.000 guerreros provenientes de las tribus hunicas y de sus múltiples aliados, iniciando así la rapiña de las Galias, y consiguiendo muchas victorias con los habituales saqueos. Destruye algunas ciudades y somete a sitio a otras, como fue el caso de Orleáns o París. Aquí se produciría un hecho sorprendente cuando, debido a la intercesión de Santa Genoveva, Atila levanta el cerco a la ciudad. En el caso de Orleáns, se obtendría la capitulación. Pero la llegada de Aecio, el general romano más famoso de su época (con el que Atila mantenía una vieja amistad desde la adolescencia), provoca después de alguna batalla, el repliegue de los hunos sin que Aecio les persiga. Así llegaría el verano y el sitio propicio para la última gran victoria del imperio romano. Ocurrió cerca de Troyes en lo que se llamaría batalla de los campos Catalaúnicos o Mauriacos.

El general Aecio, gracias a la táctica de luchar pie en tierra, consiguió hacer descabalar al ejército huno. Los romanos asestaron un golpe difícil de asumir ocasionando, según cuentan los historiadores, más de 160.000 bajas. El propio Atila, viéndose perdido, organizó una gran hoguera para darse muerte allí mismo, pero una vez más Aecio le permitió escapar.

Atila consiguió reunir a los restos de su ejército y preparó planes de invasión contra la península italiana. Hacia allí se dirigió con sus huestes entrando a sangre y fuego desde el norte, y haciendo temblar los cimientos del mismísimo imperio. Por destacar algo positivo de esta campaña, diremos que los supervivientes de una ciudad tomada al asalto por los hunos, escaparon, internándose en una zona de tierras pantanosas donde se protegieron, fundando poco más tarde una pequeña ciudad que muy pronto los siglos vieron florecer con el nombre de Venecia.

En aquel verano del año 452 todo parecía perdido para Roma, el emperador Valentiniano III, ante las pésimas noticias que llegaban desde el norte, envió embajadores para intentar firmar un tratado de paz, pero Atila lo rechazó decidido más que nunca en acabar con Roma. Fue entonces cuando surgió el milagro de la mano de un senador llamado Gennadius Avemus, al proponer la brillante idea de enviar como mediador al sumo pontífice de Roma, León I. Ante esta petición, Atila no mostró ningún tipo de oposición, y esperó en su campamento pacientemente a la expedición que en Roma se estaba organizando.

El 4 de julio del año 452, se produjo una de las reuniones más curiosas y extrañas en toda la historia de la humanidad. Se iban a encontrar el representante de Dios en la tierra, con el azote de ese mismo Dios, en esa misma tierra. Era el preámbulo para el capítulo final en la vida del poderoso Atila.

El encuentro entre León I y Atila pasó a la historia. Pero poco sabemos acerca de los discursos que se pronunciaron, sí podemos decir que Atila, como buen huno, era tremendamente supersticioso, por eso todas las personas que llevaban nombre de animal le infundían un enorme respeto, y encima aquél, que se hacía llamar León, era embajador de un Dios único para aquel pueblo de extrañas gentes llamadas cristianos. Eso seguramente le hizo escuchar de forma atenta todo lo que el Papa le contó. Si sumamos a esa circunstancia el enorme tributo que León I le prometió y, sobre todo, que los guerreros de Atila ya estaban cansados de tanta guerra, no es de extrañar que Atila aceptara el acuerdo y levantara el campamento pensando en pacificar sus viejos territorios que, por aquel entonces, se habían sublevado después de su prolongada ausencia. El jefe de los hunos olvidó por el momento su gran sueño, el saqueo de Roma.

Después de este episodio, Atila inicia en septiembre una de sus últimas aventuras, limpiando de enemigos su territorio natal y cobrando el impuesto que el Papa León I le había prometido. A pesar de todo, éste saneado botín no logra satisfacer la ambición del que se considera así mismo, el hombre más poderoso del mundo, y empieza a gestar un temible plan para aniquilar definitivamente a todo el Imperio romano. Incluso llega a poner fecha para el inicio de la invasión, será el 20 de marzo del año 453. Estos planes, afortunadamente para los romanos, no llegaron a consumarse.

En ese tiempo Atila contaba con la edad de 58 años cuando en su vida apareció

un último amor, Una hermosa princesa bactriana de tan sólo 17 años, cuyo nombre era Ildico. La joven poseía una larga y abundante cabellera rubia y unos enormes ojos azules que cautivaron al viejo y curtido rey de los hunos. Ildico no había sido violada cuando, en compañía de los suyos, fue capturada tras un combate librado entre los bactrianos y los hunos, comandados por el primogénito de Atila. La muchacha fue entregada como un regalo especial que el hijo mayor de Atila quiso hacer a su padre. Entre los hunos existía una tradición muy arraigada y ésta no era otra, sino la de casarse como acto de desagravio con las hijas y esposas de los príncipes o reyes, muertos a manos de los hunos. El excitado rey no quería incumplir la ley, y menos ante la belleza de semejante doncella. Nada mejor que celebrar la futura invasión de Roma con una gran boda real, jalonada por varios días de festejos, comida y bebida para todos sus guerreros.

Atila se preparó con ilusión para las nupcias. Ildico, mientras tanto, lloraba amargamente la muerte de su padre y hermanos por la espada de los hunos, temerosa ante el incierto horizonte que se le planteaba. Así llegamos a la noche de bodas, era el 15 de marzo del 453.

El fin de los hunos

Ildico fue vestida para la ocasión y esperaba resignada el momento para la culminación del matrimonio. Atila entró en la tienda real dispuesto para cobrar una presa más, en su larga vida de cazador, pero en ese momento la enfermedad y una larga lista de excesos, hicieron del predador una víctima. La joven contempló horrorizada cómo de la nariz y boca de Atila manaban abundantes ríos de sangre, haciendo retorcer al que minutos antes era un orgulloso y altivo emperador. Aquél hombre murió ahogado en su propia sangre. Un episodio que, por cierto, no era la primera vez que se producía, lo que procuró que al día siguiente Ildico no muriera a manos de los lugartenientes de Atila, concedores del mal que aquejaba a su líder.

Inundados por el dolor, los hunos comenzaron los preparativos para despedir al que había sido el personaje más temido de su tiempo.

Cuenta la leyenda que el cuerpo de Atila fue enterrado en tres ataúdes, uno de hierro, otro de plata y el último de oro puro. Algunos guerreros de su guardia personal se ofrecieron voluntarios para buscar un lugar seguro en el afán de que nadie descubriera jamás la tumba de Atila. Estos fieles custodios, junto a sus mejores generales, se suicidaron gustosos para que no se desvelara el misterio. El sepulcro de Atila, como el de tantos otros líderes de la antigüedad, tal es el caso de Alejandro Magno o Gengis Khan, todavía no se ha descubierto, aunque son muchos los investigadores que andan involucrados en el empeño.

Se consumaba así el acto final para el imperio huno. Sólo había permanecido vigente trece años que marcaron con odio la historia europea.

El testamento de Atila no fue cumplido, sus hijos pronto se enzarzaron en disputas y guerras y los aliados deshicieron pactos anteriormente firmados bajo el

temor de Atila.

Los hunos ni siquiera fueron capaces ante la falta de un líder claro, de permanecer como entidad étnica, entroncándose con las diferentes tribus germánicas y eslavas. Hoy en día es prácticamente imposible encontrar un solo vestigio, por pequeño que fuera, del imperio más odiado y temido de todos los tiempos.

Atila mantuvo en jaque al imperio romano durante muchos años, pero aquel padre no supo inculcar a sus hijos las enseñanzas necesarias para que de su idea imperial surgiera algo más que un período de pánico y desolación, obteniendo el fin que consiguen los edificios que se construyen sin buenos cimientos que les sustenten. Ese fin, por supuesto, es el derrumbe y la destrucción. Así terminó el Imperio de Atila.

LA ERA VIKINGA

"A furare normannorum libera nos Domine" (de la furia de los hombres del norte, líbranos, Señor)

Oración típica en cualquier iglesia de la Nortumbria británica, tras los crueles acontecimientos del 793 en Lindisfarne.

Orígenes escandinavos

Hubo un tiempo en el que, tras la caída del Imperio Romano, desapareció cualquier vestigio de cultura en Europa. A ese período se le conoció como la edad oscura o de las tinieblas y se prolongaría durante aproximadamente cuatro o cinco siglos.

Hoy sabemos que esto no fue así porque gracias a la arqueología y a los buenos historiadores hemos podido averiguar que existieron gentes y culturas intentando sobrevivir en aquellos enigmáticos siglos.

Por aquel entonces, muy poca gente, salvo los religiosos, conocían la escritura, y eso nos ha impedido constatar muchos detalles sobre las costumbres y vida cotidiana de los pobladores de Europa en aquellos años. Seguramente, estaban demasiado ocupados en intentar parar el avance irrefrenable de unos temibles guerreros que llegaban como manadas de lobos desde los puntos más remotos del norte continental. Eran los vikingos, aquellos que durante tres siglos hicieron temblar a buena parte del mundo como no se conocía desde los tiempos del mismísimo Atila, esparciendo un mensaje de crueldad, rapiña y guerra, utilizando como vehículo transmisor de ese discurso, sus fantasmagóricos drakkar o barcos del dragón.

Los vikingos aparecieron y vivieron en los territorios de Escandinavia, repartidos

entre Dinamarca, Suecia y Noruega, siendo ya conocidos por los romanos que admiraban de ellos su capacidad para construir hermosas naves arqueadas en proa y popa, además de su habilidad indiscutible en el manejo y conocimiento de las artes marineras.

También eran agricultores, artesanos y comerciantes y, por lo que sabemos, tuvieron entre el siglo V y VIII un momento de cierto esplendor que les permitió alcanzar una más que envidiable calidad de vida.

Todo cambiaría al coincidir algunas circunstancias desfavorables, como las de una miniglaciación que cortó en seco su expansión agrícola, a esto se sumó un incremento exagerado de la población, llegando a sobrepasar el millón de habitantes a mediados del siglo VIII. Era demasiado censo para tan pocas tierras fértiles. Y ese fue sin duda, el principal motivo por el que los vikingos se vieron obligados a lanzarse al mar en busca de nuevas latitudes y aventuras con las consecuencias que todos conocemos.

Bueno será por tanto que, dada la magnitud alcanzada por aquellos osados, averigüemos cuales son los aspectos cruciales de este pueblo extraño, valiente y en algunos puntos fanático, que tantas historias inspiró y del que la leyenda se encargó de mitificar en exceso.

El origen etimológico de la palabra vikingo es confuso y se presta a numerosas interpretaciones, pero una de las más fiables puede ser la que nos hable de viking como hombre proveniente del fiordo, aunque más tarde, los habitantes de Escandinavia se llamarán a sí mismos vikingos cuando salgan de sus pueblos en busca de aventuras y tesoros. Por tanto, cuando un noruego, danés o sueco decía "la próxima primavera iré de vikingo", quería significar que cuando la climatología fuera propicia se alistaría en una expedición destinada a la exploración o al saqueo de otros parajes.

Sobre los pueblos nórdicos que habitaron Escandinavia en los albores de la Edad Media, sabemos muy poco, tan sólo los apuntes que hicieron sobre ellos otras culturas como la latina. Ésta nos ha transmitido que eran en principio una suerte de pueblos nómadas y agricultores que se conectaban entre sí por fuertes lazos lingüísticos y religiosos, sin modificar apenas sus costumbres cotidianas, a pesar de las grandes distancias que entre esos pueblos existían. También sabían y admiraban el profundo conocimiento que sobre los tenebrosos mares del norte los vikingos poseían y su habilidad a la hora de construir barcos ágiles y marineros.

Los vikingos no siempre fueron depredadores, mucho antes de sus incursiones por Europa se dedicaron a la agricultura, ganadería y sobre todo al comercio. Pero como ya hemos dicho, los territorios escandinavos sufrieron una fuerte crisis motivada por la rigurosidad climática (hoy en día sabemos que en aquellos siglos Europa atravesó por una pequeña glaciación, acentuándose ésta en Escandinavia) y una tremenda explosión demográfica. Todos estos condicionantes crearon el escenario adecuado para que sin muchas tierras que cultivar y con un millón de almas que

alimentar, los jefes tribales se enzarzaron en multitud de pequeños conflictos locales provocando el final que todos intuimos, y este no fue otro que la salida de Escandinavia de numerosos grupos que esperaban encontrar en la emigración una alternativa a tanta miseria y hambruna.

Lo que comenzó siendo temporales visitas a otras tierras con el único propósito de cultivarlas y volver más tarde para recoger el fruto, se fue convirtiendo poco a poco en organizadas expediciones guerreras con el ánimo de obtener algo más que grano.

A mediados del siglo VIII Europa intentaba salir de su edad oscura, pero gracias a los vikingos se adentró en un período de tinieblas, ya que desde entonces la cristiandad tuvo más razones que nunca para rezar pidiendo a su único Dios mares embravecidos que impidieran la llegada de aquellas temibles hordas infernales.

Costumbres y curiosidades

Para profundizar en el conocimiento sobre las costumbres y vida cotidiana de los pueblos vikingos, debemos recurrir de forma obligada a las tres únicas referencias disponibles. La primera es la arqueología, pues debido a los hallazgos arqueológicos consistentes en ruinas, utensilios y armamento encontrados por los expertos, podemos hacer una valoración más o menos certera, sobre cómo fue la vida vikinga. Estos restos diseminados por toda la geografía europea y aún más allá de estos límites, nos serán muy útiles a la hora de establecer una perspectiva razonable que nos ponga en contacto con las otras dos fuentes de las que disponemos: sagas y relatos.

Las sagas nórdicas fueron escritas entre los siglos XII y XIV y se obtuvieron gracias a la transmisión oral que los pueblos del norte tenían como costumbre. En esas sagas averiguamos cómo vivían, luchaban y morían los vikingos. Eran narraciones que se contaban en torno a la hoguera sobre las gestas acometidas por el pueblo, y que servían para que, además del legado de conocimientos, se pudieran soportar de la mejor manera las aburridas noches de invierno. Se lograron recuperar 120 sagas, siendo las principales las de Landnamabók y Flateyjarbók, a pesar de esta recopilación, la mayoría se perdieron en el discurrir de los siglos, olvidándose para siempre esas aventuras y a sus artífices.

Por último, tenemos los relatos proporcionados por los pueblos que entraron en contacto con los vikingos. Estas historias como es de suponer, fueron bastante deformadas por aquellos que tenían la misión de escribir para sus coetáneos. Casi siempre, el encuentro de éstas gentes con los vikingos se consumó de forma trágica, y esos acontecimientos lo reflejaron en los textos, transmitiendo la imagen horrible que entonces tenían de los hombres del norte. El ejemplo más claro lo podemos encontrar en la crónica anglosajona.

Pero los vikingos, aunque no eran muy aficionados a la escritura, si que manejaban un código de enigmáticos conocimientos, nos referimos a las misteriosas runas, auténticos símbolos mágicos porque cada una de ellas encerraba su propio

poder. Al principio se utilizaron en las prácticas adivinatorias, pero muy pronto se dieron cuenta de su valor figurativo y así las veinticuatro runas se convirtieron en los caracteres que dieron origen a los primigenios alfabetos rúnicos.

Fueron los druidas celtas los que al parecer enseñaron esa ancestral sabiduría a los diferentes pueblos del norte, como los antiguos godos, británicos, germanos y, por supuesto, escandinavos.

El término runa significa, desde un punto de vista etimológico en el lenguaje germano, secreto o misterio. A pesar de esto, gracias a ellas se pueden interpretar algunas de las circunstancias que envolvieron el ánimo del pueblo vikingo. Arqueología, sagas y crónicas constituyen las piezas básicas de un mosaico que al ensamblarse nos habla de una raza fuerte y bien constituida.

Como ya hemos dicho, las condiciones de vida en Escandinavia llegaron a ser, por diferentes motivos, muy extremas, aún así, sabemos que el aspecto de nuestros protagonistas era bastante saludable.

La imagen del guerrero alto y bien musculado se correspondía con la realidad, ya que la altura media era notablemente superior a la de la época, sumando a esto que los nórdicos estaban continuamente entrenándose en la preparación de futuros combates. Por tanto debemos fiarnos de las últimas estimaciones científicas que nos hablarían de los vikingos como de unas personas que llegaron a alcanzar una estatura media de 1,72 metros, siendo su longevidad media de unos 40 años.

En cuanto a las enfermedades que los escandinavos padecían con más frecuencia, debemos significar la artrosis y, en definitiva, todo el catálogo de enfermedades reumáticas. Según parece, que un vikingo llegara a cumplir los 60 años se convertía en una proeza mayor que sobrevivir a unas cuantas incursiones.

En contra de lo que se pueda pensar, los vikingos cuidaban muchísimo su aspecto personal, se bañaban y aseaban con frecuencia y, a diferencia de los hunos, se cambiaban de ropa a menudo. Tanto hombres como mujeres daban mucha importancia al cabello, siendo muy cuidadosos en su arreglo. Los varones, por ejemplo, consideraban que la barba era signo ineludible de masculinidad y ésta llegaba a estar tan crecida que muchos las trenzaban como hacían con su cabello que, por lo general, era bastante largo, cubriendo al menos la nuca para depositarse en los hombros, aunque en algunas ocasiones llegaba a la cintura. El pelo de los vikingos varones era casi siempre rubio o pelirrojo, pero también existían los morenos, sobre todo entre los daneses.

Sobre las mujeres se sabe que dejaban su pelo suelto cuando eran doncellas, recogéndolo cuando se casaban. Tanto los de un sexo como los de otro gustaban de utilizar cintas en la frente para sujetar su abundante cabellera.

En cuanto a la vestimenta, diremos que los hombres utilizaban varias prendas, siempre de lino o lana, con una sorprendente variedad cromática, siendo sus colores favoritos el rojo, verde y azul, aunque tampoco despreciaban el marrón, blanco, negro

y gris.

Así pues, en el ropero de los hombres podemos encontrar túnicas largas, camisas, varios modelos de pantalón (ceñidos, holgados, ajustados a la rodilla) y por supuesto, magníficas capas y guerreras de piel, además de flexibles zapatos de invierno y verano. Como vemos, unos auténticos dandys de su época.

De la moda femenina, podemos contar que durante la era vikinga su atuendo permaneció prácticamente invariable, consistiendo en una especie de camisón confeccionado en lino o lana que cubría su cuerpo sin ser entallado, sobre este camisón se situaban dos prendas de lana sujetadas por tiras de piel y, en algunos casos, broches de bronce, plata u oro, según fuera el poder económico de su casa. Cuando llegaba el frío utilizaban botas de piel (posiblemente de foca), además de estupendas capas y sombreros del mismo material. Desde luego, a tenor de las imágenes y relatos que nos han llegado, hay que pensar que las vikingas eran mujeres muy hermosas, siendo casi todas de piel blanca, cabellos rubios y ojos azules, utilizando para aumentar su belleza, maquillajes que aplicaban en sus ojos y complementos como colgantes, anillos, pendientes y brazaletes.

Ya sabemos que comían y vestían muy bien, y que su aspecto era agradable. Sepamos ahora cómo se llevaban entre hombres y mujeres.

La sociedad vikinga era tremendamente machista dando toda la importancia al hombre, encargado de obtener los recursos económicos y alimenticios que pudieran sustentar a su numerosa familia, y digo bien numerosa, porque los vikingos eran polígamos, aunque esta condición quedaría erradicada una vez se pasaron en masa a las filas cristianas.

Las mujeres se limitaban a cuidar de la casa, prole y patrimonio, esperando pacientemente la llegada de su pareja de alguna campaña.

Al parecer, el divorcio fue aceptado en algunas sociedades, pero no era frecuente, debiendo reunirse muchas circunstancias para que éste se produjera, También sabemos por algunos cronistas árabes que en ocasiones, tras la muerte del marido, la mujer le acompañaba de forma voluntaria en su viaje final. En cambio el vikingo dejaba sola a su compañera de producirse lo contrario. A pesar de estos datos, el papel que jugaba la mujer vikinga sigue siendo un misterio por la poca información que se maneja. Sí se sabe que las vikingas permanecían vírgenes hasta el matrimonio y que, al ser una sociedad poligámica, la mujer que pasara tres inviernos en una casa y que portara las llaves de ésta compartiendo lecho y comida con su hombre, se podía considerar la esposa oficial sin ceremonia previa. Hay otras fuentes que defenderían un papel más relevante de la mujer vikinga en su sociedad, pero ese postulado sigue siendo una nebulosa en la historia.

Los vikingos poseían un excelente sentido del humor, otorgando mote y apelativos a todo aquel miembro de la tribu que lo mereciera, así no es de extrañar que a uno le llamaran barbarota, a otro estreñado o a una chica demasiado

complaciente con los hombres sol de noche.

Los viajeros árabes, que tantas cosas nos transmitieron sobre la forma de vida de estos pueblos, siempre se mostraban perplejos ante esta peculiar forma de entender la vida, llegando a decir que las canciones de los vikingos eran las más horribles del mundo, porque aquellos bardos no cantaban sino que emitían gruñidos guturales sin mantener el más mínimo sentido musical. Sin hacer caso de las malintencionadas críticas musulmanas, los vikingos permanecieron fieles a sus celebraciones y enormes festejos.

Los períodos de inactividad se llevaban mucho mejor con pantagruélicos festines, donde se reunían para cantar, bailar y, sobre todo, beber su magnífica cerveza, por supuesto, siempre en sus famosos cuernos que servían para este fin y no para otro como veremos posteriormente.

Cualquier asunto feliz, por pequeño que este fuera, motivaba la reunión de todo el pueblo. Una buena cacería donde se hubiera cobrado una succulenta pieza, era el pretexto ideal para encender la confortable hoguera donde se contaría la gesta. Como es natural, el cazador exageraría todo lo posible los detalles de la aventura. Después de comer, beber, reír y aterrorizarse con las historias de los vicios, cada familia buscaría acomodo bajo el techado de sus austeras pero calientes cabañas.

Así pasarían el invierno los diferentes pueblos escandinavos, alimentándose del grano almacenado en verano, de la escasa caza obtenida de los bosques cercanos y sobre todo, soñando con la siguiente primavera, que a buen seguro proveería a la aldea de excelentes botines secuestrados en otros lugares a los que llegarían con sus drakkar. Barcos construidos y aparejados durante el frío tiempo invernal.

Tras la lectura de estos párrafos bien pudiera pensar el lector que la vida de los escandinavos era tremendamente despreocupada, confiándolo todo al destino o a lo que pudieran traer aquellas naves estrechas y largas, cuajadas de brutos insolentes dispuestos para el atropello.

Pero no todo era guerra, saqueos y fiestas, también los vikingos mantenían profundas creencias religiosas no exentas de simbología, como otras religiones. Los cristianos tenían la cruz, los musulmanes la media luna y los vikingos, entre otros iconos, poseían el de un mensajero que les ponía en contacto con su todo poderoso Odín, nos referimos al cuervo que se podía observar en el centro de cualquier vela marinera vikinga.

Panteón nórdico

Los vikingos eran un pueblo extraño y muy fanatizado por una religión pesimista. En ella casi todo estaba relacionado con la espera del Juicio final o Ragnarok.

El panorama mitológico vikingo era extremadamente complejo y se sustentaba en el difícil equilibrio que procuraba el gran fresno universal Yggdrasil. Este árbol poseía tres raíces, una de ellas bebía en el arroyo Hvelgelmir del Niflheim y era

continuamente roída por la serpiente Nidhogg y sus crías, con el único fin de derribar el árbol sagrado y desestabilizar la armonía por él generada. La segunda raíz bebía en el arroyo Urd, situado en el Asgard o reino de los dioses, en este lugar las tres nornas controlaban el destino de los hombres. Por fin, la tercera raíz daba al pozo de la sabiduría del Jot nheim o reino de los gigantes, vigilado muy de cerca por Heimdall, el guardián de los dioses.

Estaba claro que algún día la perseverancia de Nidhogg y sus malutas víboras daría su fruto. El Yggdrasil estaba condenado al desplome y en ese momento llegaría el final para todos, la gran batalla con la que todo vikingo soñaba, el Ragnarok, donde hombres, dioses y gigantes librarían el combate definitivo en el que todos morirían.

Antes, hagamos una visita al mundo sobrenatural de los vikingos empezando nuestro recorrido por el Asgard, universo regentado por el dios principal Odín, padre de los dioses. Odín poseía tres grandes palacios en Asgard: el Gladsheim, sala donde se reunían los dioses, el Valaskiaf, donde estaba el magnífico trono llamado Hlidskialf, en él que Odín se sentaba para observar los nueve mundos conocidos, estos mundos habían surgido de la interacción del Muspellheim y el Niflheim (luz y tinieblas) y en ellos moraban todas las criaturas. Y, por último, el recinto más famoso de Asgard llamado Valhalla.

El Valhalla era el lugar destinado a los guerreros muertos en combate. Cuando este hecho se producía, Odín enviaba a sus valquirias, semidiosas vírgenes que volaban a lomos de sus caballos hacia el campo de batalla y seleccionaban escrupulosamente a los guerreros que habían dado muestras de heroísmo y valor, asignándoles el nombre de Einheriar y procurándoles un cómodo viaje a través del Bifrost o puente arcoiris que conectaba el Midgard o tierra creada por los hombres con el Asgard.

En el Valhalla los guerreros eran recibidos con honores y allí permanecerían disfrutando de abundante comida y soberbia hidromiel hasta la llegada del Ragnarok, donde tendrían la posibilidad de luchar y volver a morir al lado de sus dioses.

Como ya hemos dicho, Odín era el dios principal y padre de todos los demás. Tenía un solo ojo, ya que el otro le fue arrebatado por beber un sorbo de agua en el pozo de la sabiduría. Circunstancia que le propició el Conocimiento universal y la creación de las runas.

Odin poseía dos cuervos cuyos nombres eran Hugin y Munin, éstas aves eran los ojos y oídos del dios supremo en la Tierra. Cada mañana salían para buscar las noticias de los hombres, que después ofrecían a su amo, consiguiendo de ésta manera estar a la última sobre el acontecer de los humanos.

Odin tenía tres esposas, su primera mujer se llamaba Jord y con ella engendró a Thor, su hijo más fuerte y poderoso; Frigg era la segunda y su favorita, sólo a ella la dejaba sentarse en el trono de Hlidskialf,— la tercera era Rinda, con quién tuvo a su hijo Vali, el único que sobreviviría al Ragnarok.

Entre la descendencia de Odín, el que gozaba de mayor aceptación era Thor, uno

de los dioses favoritos para los vikingos, por ser el más fuerte de todos y por mostrar un odio desmedido hacia sus enemigos los gigantes. Siempre empuñaba su famoso martillo Mjolnir que lanzaba y recuperaba como un boomerang con su especial guante que impedía todo daño en la mano. Además, utilizaba un cinturón mágico llamado Megingjord que cuando quedaba sujeto a su cintura le aumentaba notablemente su poder.

La fuerza de Thor era de tal calibre que Odín no le permitía vivir en el Asgard, temeroso de que sus pisadas de trueno pudieran derrumbar el puente de arco iris. En consecuencia fue construido un enorme palacio en las afueras que llevaba el nombre de Bilskirnir, donde vivía con sus dos esposas y los hijos que tuvo con ellas. Alguno de los cuales sobreviviría al Ragnarok. Tanto Odin, padre de los dioses, como Thor su hijo predilecto y dios del trueno, eran los más venerados por todos los escandinavos.

Pero había otros dioses que también eran muy importantes en el panteón nórdico. Y bueno será que conozcamos alguno de ellos en un lado y otro.

Freyr era el dios más importante de los dioses Vanir (menores) y además era hijo de Njord, dios del mar y de los vientos. A Freyr se le concedió el trono de Ayheim, el mundo mágico de las hadas y los duendes. Siempre viajaba en su jaba de oro Gullinbusti o a bordo de su espléndido barco plegable Skidbladnir, también era el dios del sol, creador de vida y fertilizante para los campos. Por esos motivos, Freyr era uno de los dioses más queridos y venerados por el pueblo.

Tyr era el dios de la guerra y del orden marcial, siendo el más valiente de los dioses Aesir (mayores). Su nombre era invocado junto al de su padre Odín, antes de que los guerreros vikingos entraran en combate. Era frecuente ver ese nombre grabado en las espadas de guerra. Uno de los episodios más importantes que protagonizó fue el de la atadura del lobo Fenrir el maléfico hijo de Loki. Tyr perdió una mano en las fauces de la bestia mientras la ataba con un cordel mágico.

El dios más importante para los bardos era Bragi, dios de la poesía y de la música, al que se podía ver tocando su arpa de oro y mesando su larga barba canosa.

Balder era el dios de la luz y la verdad, y los vikingos decían que era el más hermoso de todos los dioses Aesir. Su melena rubia representaba los rayos solares que inundaban la tierra. Posiblemente, fue el dios más amado al ser considerado el único sucesor de Odín tras la batalla final del Ragnarok. Balder iniciaría después del último día una era de prosperidad y bonanza para el pueblo nórdico. Poseía enormes conocimientos sobre las runas y las hierbas medicinales, estaba casado con Nanna, diosa de la vegetación y tenía un hermano gemelo llamado Hodur, que era su antítesis, al ser dios de la oscuridad y el pecado.

En el país de los gigantes vivía su líder, el malvado Loki. De su mano llegaban a Midgard la catástrofe, el engaño y la confusión. Era hijo de los gigantes Laufey y Farbauti y al casarse con Angrboda engendró a tres de los más horribles monstruos del universo: el lobo Fenrir, la serpiente Jormugand y Hel, la diosa del mundo de los

mueritos. Loki era enemigo mortal de Odín y asesino de su hijo Balder en el Ragnarok.

En los dos bandos, las deidades masculinas y femeninas, asumían misiones muy concretas tendentes a suministrar al género humano placeres o desasosiegos según la procedencia.

Las diosas que poblaban el Asgard eran sumamente reconfortantes, como por ejemplo Frigg, hija y segunda esposa de Odín, que se convirtió en su favorita, siendo la única autorizada a sentarse en el trono de Asgard. Frigg era la diosa del amor y de la fidelidad, y con su rueca tejía las nubes que sobrevolaban el Midgard.

Su hermana Freya era la diosa de la fertilidad y del amor físico, y estaba considerada como la más bella del Asgard.

Por último, destacaremos a Mun, diosa de la eterna juventud que proporcionaba a los dioses exquisitas manzanas que les mantenían a salvo de enfermedades y envejecimiento.

Como ya hemos visto, el panteón nórdico está tan enrevesado como las ramas del fresno sagrado Yggdrasil. Dioses, gigantes, bestias y hombres mezclados, a la espera de un final estremecedor.

Una religión pesimista debe presentar un idéntico final, y ese epílogo lo tenemos en el Ragnarok, auténtico día del juicio final para los vikingos. En esa batalla fatal aparecerán sobre el Figrid (terreno elegido para la lucha), todas las fuerzas contendientes, y allí se exterminarán los unos a los otros.

Todo se iniciará cuando Loki sea expulsado al Midgard y comience sobre éste un tiempo de negritud y cataclismo, provocando grandes heladas que cubrirán la faz de la Tierra. El mundo se sacudirá y la serpiente Nidhog terminará de roer la raíz del árbol Yggdrasil, para que cuando Loki asesine a Balder, es decir, cuando muera la luz y la vida, el árbol termine por desplomarse, dando paso al último momento para todos. Habrá llegado entonces el Ragnarok.

La primera secuencia la encontraremos en Heimdall. Este avisará con su gran cuerno desde el puente del arco iris, el cuervo lanzará el triste presagio que hará salir de Asgard a los dioses y hombres, que esperaban este fatídico trance. En el otro lado aguardan Loki y sus huestes infernales y pronto se enzarzarán en un combate como jamás vieron los tiempos, despedazándose entre ellos, para que al final, en medio de un gran caos, Surja el último superviviente, levante su espada y con un rayo fulminante entregue todo a la oscuridad.

Pero todavía existían motivos para la esperanza. Los vikingos soñaban con la resurrección de Balder, el sucesor de Odín tras el Ragnarok.

Este nuevo mesías renacerá para dar una segunda oportunidad a los escasos supervivientes en Midgard, ofreciendo una nueva era donde la luz imperará sobre las tinieblas. El Yggdrasil verá reverdecer sus ramas y la tierra volverá a emerger del mar para fertilizarse de nuevo, propagándose el milagro de la vida como antaño, pero con

una diferencia, ahora Balder, asumirá el mando del universo creado por su belicoso padre Odín, siendo el nuevo rey del panteón nórdico.

Los escandinavos, a pesar de su religión pesimista, albergaban la idea de vivir en un nuevo mundo más luminoso y pacífico del que tenían. Pero por si acaso este mundo no llegaba, antes de cada expedición o guerra se encomendaban a sus dioses conocidos para preparar un buen viaje hacia el Valhalla.

Lo del renacimiento de Balder estaba muy bien, pero nada mejor que empuñar la espada de Tyr y abalanzarse sobre el enemigo, procurando o buscando la mejor muerte posible. Nadie les podía asegurar que regresarían vivos después de una de sus terribles incursiones a bordo de sus impresionantes drakkar.

Expediciones y aventuras

Hoy en día no se pueden concebir las celebérrimas expediciones vikingas sin sus magníficos drakkar o barcos del dragón, llamados así por utilizar en el mascarón de proa una talla que representaba la cabeza de aquel legendario animal. Sobre cómo eran esas naves y el uso que hicieron de ellas sus tripulantes, sabemos bastante gracias a la multitud de restos arqueológicos obtenidos en los yacimientos diseminados por buena parte de la geografía que conocieron los nórdicos con preferencia en Escandinavia. Los expertos han podido trabajar con muestras extraídas de los propios asentamientos vikingos, descubriendo como en algunos casos barcos enteros esperaban pacientemente a que alguien se topara con ellos. En otras ocasiones los pecios yacían en lo más profundo de una ensenada o fiordo. Aún así los arqueólogos submarinos han conseguido rescatar numerosas naves de diversos tamaños.

Los nórdicos no sólo gobernaban naves guerreras, también poseían una importante flota comercial para el tráfico de mercancías por los mares del norte. Estos barcos eran notablemente superiores en tamaño y tonelaje a los guerreros y tenían, como es evidente, un mayor calado. En algunas ocasiones, estos grandes navíos también eran pertrechados y abastecidos para la guerra y acompañaban a los drakkar en muchas de sus expediciones, sirviendo como auténticos almacenes y bodegas de la flota mixta, ya que las naves de guerra carecían de estos compartimentos.

En lo respectivo a los drakkar, diremos que eran naves largas y estrechas de eslora variable, siempre con quillas poco profundas que permitían al barco adentrarse a través de los ríos por poca profundidad que éstos tuvieran. Además, la increíble maniobrabilidad de los drakkar, permitía a sus tripulantes hacer desembarcos y reembarques muy rápidos en las playas. Si añadimos a todo esto que los nórdicos desde el siglo VIII generalizaron en sus naves el uso de un sofisticado velamen, tendremos como resultado que aquellos barcos fueron sin duda los mejores de su época, propiciando que la era vikinga se prolongara durante más de tres siglos. Los drakkar son, por tanto, la auténtica llave que nos hace entrar en la dimensión vikinga.

Si queremos convertirnos en cerrajeros de aquel tiempo, no tenemos más remedio que fundirnos con el alma de esas naves intrépidas y aventureras que a un

ritmo endiablado de más de 11 nudos surcaron buena parte de los mares y océanos conocidos.

En la construcción de los drakkar se utilizó con frecuencia la madera del roble, aunque muy pronto comenzó a escasear, recurriéndose a otras maderas provenientes de la encina, fresno y abedul, entre otras, dejando el tallado de los remos para el pino. Aunque el roble no se encontraba con la misma facilidad que antes, se mantuvo siempre como proa insustituible de casi todos los navíos guerreros.

Como ya hemos dicho la longitud de los barcos era muy variable dependiendo de las necesidades de campaña o del poderío económico de cada rey local. Estimándose que un drakkar era apto para la guerra a partir de trece pares de remos, lo que nos daba una tripulación aproximada de treinta y cinco hombres, lo que se consideraba una especie de mínimo exigible.

Los drakkar que podemos apreciar como estándar, tendrían veinte o veinticinco pares de remos y una tripulación de unos sesenta hombres.

Todavía existían barcos más grandes, encontrándose modelos de hasta treinta y cinco pares de remos con una tripulación cercana a los cien hombres. Bien es cierto que estos barcos eran menos numerosos.

El drakkar no poseía bodegas ni camarotes, por eso los vikingos debían hacer vida sobre la cubierta (remar, comer, dormir). En ella se encontraban todos los utensilios necesarios para el viaje y el combate. Situaban sus escudos a babor y estribor y en ocasiones fijaban un toldo para protegerse de las inclemencias meteorológicas.

La construcción de los barcos se iniciaba en invierno, época de inactividad por excelencia. Cuando alboreaba la primavera ya estaban listos para zarpar en busca de aventuras. A veces un drakkar podía salir en solitario, pero casi siempre eran varios los navíos que se reunían para ejercer su poder sobre otras costas llegando a contabilizarse más de trescientas naves en alguna expedición. Por supuesto que los drakkar se hicieron tremendamente populares gracias a su estilizada forma y al empuje motriz generado por sus remos de pino, pero no olvidemos el papel destacado que jugó el velamen impulsor hacia las desconocidas latitudes ofrecidas por el mar abierto.

La vela grande y cuadrada fue adoptada por los pueblos escandinavos hacia el siglo VIII. Según los estudiosos, estaba confeccionada en lana, aunque al parecer también las hubo de lino. Las sagas nórdicas nos hablan de velas con ornamentos y tintes consistentes en rayados de color rojo, blanco y azul, entre otros, y simbología variada como la figura del cuervo, gran mensajero de Odín. El mástil medía aproximadamente la mitad de la longitud total del drakkar y era abatido cuando llegaba el combate. Como timón se utilizaba en la popa un gran remo muy eficaz para las diferentes maniobras.

Aquellos barcos de treinta metros de largo por cinco de ancho, dieron

innumerables victorias al pueblo nórdico y también les convirtió en descubridores.

A los vikingos se les recuerda por sus invasiones crueles y despiadadas, sobre todo a partir del siglo VIII, pero también es cierto que mantuvieron firmes y apacibles relaciones comerciales con otros pueblos cercanos. Por ejemplo: los vikingos suecos siempre mostraron interés por las cosas de los eslavos, procurando que todas sus expediciones se encaminaran hacia el Este. Allí se les conocía como Rus, que en idioma eslavo viene a significar hombre que rema. Hoy son muchos los que ven en esa denominación el origen de la palabra Rusia (tierra de remeros).

A diferencia de los suecos, daneses y noruegos se fijaron en Occidente. Los primeros se dirigieron hacia el norte de Francia y los segundos con mayor preferencia a las Islas Británicas. Aunque estas rutas no eran oficiales, porque nadie era dueño de ellas y con frecuencia unos y otros intercambiaban posiciones, pudiéndose ver a vikingos daneses en Inglaterra y a noruegos por Francia.

Las incursiones más feroces comenzaron a finales del siglo VIII, pero se sabe que a mediados de ese mismo período ya se habían realizado numerosas expediciones.

Ya que la historia oficial necesita fechas significativas, ofreceremos una en la que casi todos los especialistas coinciden a la hora de establecer el arranque de la era vikinga. El 8 de junio del 793 d.C. en un lugar de la costa oriental de la región inglesa de Northumbria, llamado Lindisfarne, aconteció lo que se consideró el primer gran saqueo de los vikingos hacia los británicos. Seguramente fue en su monasterio donde se acuñó una de las frases más conocidas por la cristiandad en aquellos momentos de penumbra: "de la furia de los hombres del norte, líbranos, Señor".

Desde el año 793 con el saqueo de Lindisfarne, hasta el 1066 con las batallas de Stanford Bridge y Hastings, los vikingos inundaron de muerte y pesar a muchos pueblos de Europa. Pero también es cierto que debido al odio generado, estos pueblos acuñaron un sentimiento de unidad para defenderse del enemigo exterior. Recordemos que en ese siglo VIII, Inglaterra estaba sumamente dividida y enzarzada en guerras civiles. Por otra parte, los francos se encontraban a un paso de alcanzar el imperio con Carlomagno, pero no se decidían a darlo. Mientras tanto desde el sur de Europa, amenazaban las huestes musulmanas. Y en medio de esa vorágine aparecieron los vikingos, sometiendo a todos los territorios europeos a una durísima prueba.

Fueron, desde luego, unos años horribles, pero quién sabe, a lo mejor los vikingos de forma indirecta dieron un empuje trascendental a lo que hoy conocemos como Europa.

Ahora veamos como se asentaron los invasores nórdicos por los diferentes puntos de la geografía conquistada.

Los vikingos suecos establecieron rutas comerciales para el trato con los eslavos, consiguiendo penetrar más allá, hasta entrar en contacto con ciudades como Constantinopla, Bagdad, o Jerusalén. No eran los más violentos de la familia, siendo conocidos como Rus (remeros) por los eslavos, o Varegos (los que llegan de los mares

de Varens y Báltico) por los árabes orientales. Los suecos no encontraron apenas oposición entre sus hermanos escandinavos, ya que éstos optaron por otras presas más cercanas y apetecibles.

Los vikingos noruegos se lanzaron sobre mar abierto hacia las islas situadas en los mares del norte, y así llegaron y conquistaron las islas Feroe, Orcadas, Shefland, Irlanda, Islandia y por supuesto, Groenlandia. Por tanto les cabe a los noruegos haber sido los primeros europeos que llegaron a los territorios de lo que un día se vino a llamar de forma oficial América y lo hicieron cinco siglos antes que el propio Cristóbal Colón. Aunque, por decirlo todo, debemos recordar la hipótesis que mantienen algunos expertos que no dudan en atribuir a los irlandeses ese honor. Estos habrían llegado a los territorios americanos huyendo del empuje de los noruegos que, concedores de las rutas marítimas trazadas por los irlandeses desde Islandia, no habrían tenido nada más que seguirlas hasta los nuevos asentamientos (Groenlandia se encontraba a dos días de navegación de Islandia). También los vikingos noruegos se asentaron de forma esporádica en Gran Bretaña, siendo su primera invernada la del año 851. Esto no duraría mucho, porque en sucesivas décadas, diferentes reyes anglosajones, como Alfredo, les batieron y expulsaron, dejando paso a las nuevas invasiones de vikingos daneses. Son los noruegos los más viajeros y colonizadores de todos los nórdicos, llegando incluso a fundar ciudades como Dublín o creando naciones como Islandia, donde se logró establecer una población de más de 20.000 personas a finales del siglo X.

Posiblemente debido a esa superpoblación de Islandia, un jefe local llamado Erie "el rojo", se vio obligado a zarpar con sus naves en el verano de 985, arribando a la costa de Groenlandia. Tierra que así se llamó por ser en aquél tiempo estival muy verde. Siete años más tarde su hijo Leif llegaría a Terranova, provocándose el primer enfrentamiento entre nativos y europeos. Leif, después de aquella escaramuza, afirmó que los amerindios eran hombres pequeños y horriblemente feos. Sin duda, esta fue una apreciación enormemente subjetiva, fruto de la tensión de aquel encuentro.

Como ya hemos visto las tres grandes tribus vikingas viajaron mucho y es curioso averiguar la suerte de los nombres que otros pueblos daban a los nórdicos. Por ejemplo muchos francos conocieron a los daneses como normandos.

La situación de los vikingos daneses era diferente a la de noruegos o suecos, al estar todo su país rodeado por otras naciones. En consecuencia crearon fuertes ejércitos que les posibilitaran la conquista, además de una adecuada defensa. Los daneses se interesaron esencialmente por la isla de Gran Bretaña y por el norte de Francia, aunque también pensaron en Irlanda, invadiéndola y entrando en guerra con los vikingos noruegos que ya se encontraban allí. En lo que respecta a su presencia en Inglaterra, la presión llegó a ser tan grande que no bastó con el tributo que les entregaban los diferentes reyes locales (a ese tributo se le denominó el oro danés), sino que al final se quedaron definitivamente creando el Danelaw (tierra de la ley

danesa), situación que se mantuvo algún tiempo.

En cuanto a Francia, Carlomagno siempre combatió muy bien a los normandos, fortificando sus costas y aprendiendo la forma de guerrear que tenían los escandinavos. Pero a la muerte del gran emperador su reino se dividió, lo que facilitó la entrada de muchas hordas vikingas, sobre todo danesas, que rápidamente se establecieron en el norte, además de asolar muchas ciudades como fue el caso de París. La situación llegó a ser tan crítica que los jefes francos no dudaron en pactar con los daneses y entregarles a cambio de la paz, la región que hoy llamamos Normandía (tierra de los hombres del norte).

Los vikingos también procuraron rapiñar la península Ibérica y son varios los testimonios escritos que quedaron sobre aquellas incursiones. En total, entre el 846 y el 1028, se puede considerar que fueron cuatro los intentos de invasión, ya que los normandos vieron en Galicia una tierra propicia para la creación de la Normandía del Sur. A pesar de la desorganización que por aquellos días sufría el viejo reino gallego al estar muy amenazado por el poder musulmán y otros reinos peninsulares, obispos, reyes y población en general, se pusieron de acuerdo para enfrentarse a la amenaza exterior normanda, logrando no sin esfuerzo, rechazar todos los ataques. Aún así los vikingos provocaron algunas alteraciones en Galicia, como, por ejemplo, que se pidiera al Papa Nicolás I que la sede episcopal de Iría Flavia fuera trasladada a Santiago de Compostela para mayor seguridad. Aquellos invasores rechazados en Galicia bajaron Portugal y remontaron el Guadalquivir hasta Sevilla, ciudad que arrebataron a sus dueños árabes por poco tiempo, pues los musulmanes contraatacaron provocando gran mortandad entre los mayus (bárbaros infieles). También hay crónicas que sitúan naves vikingas en Tenerife, Norte de África y buena parte de las islas mediterráneas.

La guerra vikinga

Los vikingos fueron considerados los mejores combatientes de su tiempo y esto lo consiguieron en buena parte debido al fanatismo que les inculcaba una religión extraña y fatalista.

Desde pequeños sabían que morir con honor en el campo de batalla era lo mejor que les podía ocurrir. No soportando la idea de fallecer a la anciana edad de 45 o 50 años, víctimas de la artrosis.

Odín esperaba lo mejor de ellos y sólo aceptaría a los más acreditados. No existía mayor orgullo que el de caer en una batalla tras haber masacrado al enemigo, a ser posible empuñando su temible espada bañada en sangre. Eso facilitaría su identificación a las valquirias, hermosas doncellas guerreras que Odín enviaba para recoger a los héroes.

La mezcla de mitología, leyenda y realidad ha generado innumerables tópicos sobre costumbres y comportamiento de los vikingos. Algunas narraciones bastante deformadas por la exageración han hecho pensar de forma errónea que los vikingos

usaban cascos con cuernos y nada más lejos de la realidad. Si bien es cierto que algunos jefes poseían estos cascos y los utilizaban en contadas ocasiones como ceremonias rituales o exhibiciones públicas, pero nada más. La función de los cuernos era la de servir como vasos en los que bebían cerveza o vino.

Los auténticos cascos vikingos eran cónicos, siendo de hierro o piel endurecida, teniendo muchos de ellos una protección nasal. Utilizaban muy poco la armadura, quedando ésta restringida para las clases acomodadas y reyes, aunque tampoco éstos la usaban a menudo, ya que al ser tan pesadas, restaban capacidad de movimientos y, como es sabido, los vikingos precisaban libertad a la hora de trabajar con sus poderosas armas.

La panoplia de armamentos era la habitual en aquella época, con la excepción de que volvieron a poner de moda el uso del hacha de combate la cual presentaba tres variantes: el hacha barbuda (muy utilizada al principio de la era vikinga), el hacha segur con su mortal hoja de media luna (fue la de uso más extendido) y las temibles hachas de mano, muy utilizadas en abordajes y combates cuerpo a cuerpo. También se utilizaban lanzas de fresno con dos modelos, una diseñada para su lanzamiento y la otra para acometidas.

En cuanto a los escudos, diremos que eran circulares, pequeños y de escaso grosor, lo que les convertía en muy operativos. Éstos escudos eran de piel y se reforzaban con protecciones de hierro, pintándose preferentemente de color rojo o negro.

Los vikingos eran excelentes arqueros, alcanzando notoriedad sus arcos largos de madera de tejo. Cuenta la leyenda que esos arcos tenían cuerdas elaboradas con cabello de mujer que, al parecer, permitía un certero disparo. El arquero portaba un carcaj cilíndrico que contenía cuarenta flechas con diferentes puntas.

Como vemos los vikingos tenían armaduras (cascos, anillos concéntricos, cota de mallas, escudos) y armamento (lanzas, hachas, dagas, arcos), pero no había nada que igualara el poder que adquiriría un guerrero al empuñar su objeto más preciado, nos referimos, claro está, a la temible espada. Este arma sin parangón formaba una unidad indivisible con su dueño que llegaba al grado de veneración absoluta, ya que seguramente la habría heredado de su generación anterior, infundiéndole valor sublime desde el más allá. Cada espada recibía un nombre y era consagrada casi siempre a Odín, padre de los dioses o a Tyr, dios de la guerra. Con frecuencia se podía ver estos nombres grabados en las empuñaduras y filos de estas espadas que, por otra parte, eran largas y pesadas, estando afiladas por los dos lados.

Curiosamente, en la mayoría de las ocasiones estas espadas fueron importadas de los reinos francos donde se conseguía un excelente resultado en el tratamiento del metal, aunque los nórdicos siempre les daban su toque personal, grabando inscripciones y decorando las empuñaduras.

También fueron consumados especialistas en el lanzamiento de piedras,

constatándose que en muchas de sus famosas batallas navales los barcos portaban proyectiles pétreos de diverso calibre que eran lanzados con extraordinaria precisión. Porque el vikingo luchaba con la misma determinación tanto en la tierra como en el mar.

Cuando la guerra era entre ellos dirimían sus diferencias casi siempre sobre las aguas, uniendo varias naves entre sí y creando sólidas plataformas donde los hombres se movían a su antojo, pasando de un barco a otro, según fueran las necesidades. Debía ser un auténtico espectáculo visual ver colisionar dos de aquellas moles con su cargamento de guerreros dispuestos a luchar hasta el completo exterminio de un bando o de otro. El acercamiento era lento y progresivo, lanzándose los contendientes toda suerte de proyectiles (piedras, jabalinas, flechas), hasta que al fin las formaciones de madera chocaban, dando paso a la acción cuerpo a cuerpo, con el final que todos podemos imaginar. Según contaban sus enemigos los vikingos luchaban hasta la locura, dando muy pocas batallas por perdidas, pero no pensemos que eran alocados que se lanzaban como posesos en cuanto veían a un presunto enemigo, pues son conocidas sus famosas formaciones de escudos cerrados.

Los vikingos avanzaban parapetándose detrás de una sólida y compacta muralla de escudos solapados entre sí, que protegían la primera línea y el cielo de la vanguardia, con eso solían rechazar la primera embestida de sus oponentes, dando paso a la ofensiva de las líneas posteriores y consiguiendo que el pánico hiciera presa en su adversario. Por lo general cada grupo de guerreros hacía piña en torno a su líder y le seguía en sus ambiciosos proyectos. Pero existían casos extremos que conviene comentar.

Muchos vikingos optaron por no servir a ningún rey en concreto y derivaron a lo que se puede considerar como tropa mercenaria. Cada verano diversas formaciones de guerreros salían de Escandinavia para ponerse al servicio del rey que mejor pagase. Estos reyes consideraban que tener una guardia vikinga era signo de distinción y poder frente a sus enemigos. Fue muy famoso el caso de los jomsvikings, considerados como auténtica tropa de élite de la época.

Los jomsvikings se alistaban entre los 18 y 50 años, su preparación era muy exigente y rigurosa, desechando sus líderes a los más débiles. Su forma de vida era tremendamente severa con los integrantes de esta auténtica hermandad militar que alcanzó su máximo esplendor a finales del siglo X.

Entre sus normas podemos encontrar que les estaba prohibido huir del enemigo, así como mostrar cualquier indicio de miedo o temor. Un jomsviking estaba hermanado con sus iguales, y juraba proteger la vida de éstos y vengarles en caso de muerte o afrenta. No podían abandonar el campamento por más de tres días. La presencia de mujeres o niños no estaba permitida y, por supuesto, no se contemplaba la posibilidad de hacer prisioneros. A pesar de estos temibles apuntes sobre los jomsvikings, lo cierto es que no fueron decisivos en casi ninguna de las batallas en las

que participaron.

Existían otras bandas mercenarias vikingas, pero su comportamiento era sumamente anárquico. Se les podía ver luchar en grupos reducidos en cualquier punto de Europa occidental u oriental; llegando en ocasiones a ponerse al servicio de ciudades y reinos árabes. Su comportamiento heroico daba como resultado que muchos reyes del medievo quisieran tener tropas vikingas bajo su mando. Como el caso de los gallegos que alistaron en su ejército vikingos noruegos para sus disputas internas o para defenderse del empuje musulmán.

La contratación de formaciones mercenarias fue y sigue siendo habitual en cualquier guerra. Así como las situaciones llamativas de algunos guerreros en las hordas vikingas.

Existió otro caso peculiar de casta guerrera. Antes de la llegada del cristianismo al mundo pagano de los vikingos, se escuchó hablar en las largas noches de invierno sobre la ferocidad de los que estaban considerados los guerreros más fanáticos de Escandinavia, nos referimos a los berserks.

Según nos cuentan las sagas nórdicas, el propio Odín seleccionó estos linajes y les insufló poder sobrenatural, para que fueran los más valientes y determinantes sobre el campo de batalla.

El conocimiento adquirido por los berserks no se aprendía, más bien se heredaba, porque seguramente nos encontramos ante unos pobres perturbados mentales que por línea genética habían desarrollado formas diversas de paranoia, incluso de epilepsia, lo que les provocaba grandes convulsiones y ataques cuando llegaba la excitación previa a una batalla.

El berserk era temido por sus propios compañeros, que en ocasiones sufrían sus ataques de ira.

Los reyes paganos les tenían habitualmente como guardia personal, siendo su número no superior a doce. Antes del combate se les podía ver muy alterados, llegaban a morder sus propios escudos víctimas de una rabia incontenible y sin poder esperar más, se lanzaban como posesos desprovistos de protección contra el adversario que veía perplejo cómo aquellos locos semidesnudos se acercaban profiriendo alaridos guturales, desorbitando sus ojos y blandiendo cualquier arma que tuvieran a mano.

El asunto era de tal magnitud que, en numerosas ocasiones, el ímpetu y el desbarajuste mental del berserk le hacía olvidar que viajaba en un drakkar y cuando recibía la visión del enemigo, se abalanzaba contra él, poniendo fin a su vida, ahogado irremediabilmente en las frías aguas del mar, sin que sus compañeros pudieran hacer nada por salvarle.

El fin de los guerreros berserks llegó con la cristiandad, siendo considerados, desde entonces, simples pendencieros violentos y quedando sometidos a un cierto aislamiento social. Hoy en día, su caso sería un estupendo cuadro clínico en el aula de

cualquier facultad de medicina en la especialidad de psiquiatría.

Los vikingos creían en la licantrópía y es habitual leer en las sagas nórdicas sucesos relacionados con hombres que vestían pieles de lobo y de oso, viviendo, atacando y comunicándose cómo estos animales tan respetados por las comunidades escandinavas. Y ciertamente, lobos y osos son las criaturas con los que más frecuencia se ha relacionado a estos extraños guerreros-bestia, para los que tenían un nombre alternativo, los wolfcoasts o pieles de lobo. Esta anotación licantrópica abona, aún más si cabe, la leyenda vikinga.

Durante más de tres siglos, el signo del cuervo se paseó a sus anchas por buena parte de la geografía conocida y desconocida del mundo. Aquellas hordas de temibles guerreros que un día se vieron impulsadas a salir por la escasez y el hambre de sus lugares natales, asolaron y devastaron el ya de por sí debilitado paisaje europeo. Pero también asimilaron los conocimientos de las culturas que iban sometiendo, lo que facilitaría a la postre su integración en la sociedad de una incipiente cultura occidental.

Se ha fijado la batalla de Hastings acontecida en el año 1066 como el fin del periodo de influencia vikinga y es cierto que, desde ese momento, con la invasión normanda de la isla de Gran Bretaña, los vikingos dejaron de representar una gran amenaza para todos. Aunque conservaron su presencia en alguno de los territorios anteriormente conquistados como las Islas Feroe y Groenlandia, que hoy pertenecen a Dinamarca e Islandia, que fue durante muchos siglos dominada por noruegos y daneses, hoy independiente y de cuyo territorio nos viene el Parlamento más antiguo de Europa. Las islas Shetland y Orcadas, que fueron escandinavas hasta bien entrado el siglo XV y, por supuesto, la que hoy es región francesa de Normandía, considerada como el primer estado de creación vikinga.

Aquellos hombres del norte abrieron rutas marítimas y dejaron numerosos vestigios de su presencia y costumbres en los lugares que visitaron.

En nuestros días sus nombres están grabados con caracteres rúnicos en cualquier piedra, lápida o catedral; barcos congelados en las cuevas de los fiordos; armas encontradas en las excavaciones y sobre todo las historias épicas que nos han llegado en mejor o peor estado, que siguen fomentando y alentando la imaginación de los más ensoñadores.

Y aunque el cristianismo aplacó su ancestral ímpetu, la leyenda creada en torno a sus aventuras, sigue creciendo.

No hemos vuelto a tener noticias de Asgard y de sus habitantes. Pero es seguro que en el Valhalla, Odín y los mejores guerreros vikingos, siguen preparando celosos y siempre dispuestos la llegada del Ragnarok.

Confiemos que la maléfica serpiente y sus abominables crías tarden muchos siglos en roer la raíz del árbol sagrado, evitando así que loki y sus seguidores infernales emerjan de los abismos para provocar que el gran cuerno de Heimdall

cubra con sú sonido aquel maravilloso imperio sobrenatural. Mientras tanto, nos alejamos sigilosos, dejándoles dormir en su reino de sueños fantásticos y legendarios. La batalla final para los vikingos aún tardará en llegar.

EL CID CAMPEADOR, LA NECESIDAD DE UN HÉROE

"Este hombre, el azote de su tiempo, por su ansia de gloria, por la prudente tenacidad de su carácter, por su heroica valentía, fue uno de los milagros de Dios"

Comentario de un cronista musulmán que detestaba a Rodrigo Díaz de Vivar.

La complejidad del siglo XI

Rodrigo Díaz de Vivar fue el caballero más descollante del siglo XI español. Su aparición en la historia fue necesaria para unificar los criterios divergentes bajo el manto de un interés común. Desde luego, nadie puede negar que no exista un antes y un después del Cid Campeador. Y por si fuera poco, su cantar de gesta escrito años después de su muerte, lo elevó de forma y manera definitiva a la categoría de héroe popular. Con figuras como él, la reconquista adoptó un impulso más que resolutivo, porque no en vano, cada pueblo que pretenda serlo, precisa de símbolos alentadores y sublimes para su buen navegar por los océanos del tiempo.

Rodrigo Díaz nació dentro de un contexto político y geográfico extremadamente complejo. La invasión árabe del siglo VIII había propiciado toda clase de mezcolanzas y avatares a una población que según los años y los territorios, aceptaba en mayor o menor grado a los nuevos conquistadores.

La presencia musulmana se consolidó en diversas zonas como el este, centro y sobre todo sur de la Península. Pero aquella resistencia provocada por Pelayo y los suyos desde las montañas cántabro-astures había conseguido hacer del Norte peninsular un bastión inexpugnable, donde afloraron diversos reinos cristianos que lejos de mantener un objetivo común, es decir, la guerra total contra los árabes, pronto quedaron enzarzados en una suerte innumerable de luchas políticas y guerras fratricidas, lo que retrasó bastante la tan ansiada reconquista, esperando los cristianos más de setecientos ochenta años hasta ver cómo caía el último reducto musulmán en Granada.

En el siglo XI los árabes vieron cómo, para su desgracia, cambiaba la situación, pasando del esplendoroso califato de Córdoba, donde tan sabiamente había gobernado la dinastía omeya, a una panoplia de reinos independientes llamados Taifa (la palabra viene de la original Taifah, ésta es de origen berebere y significa tribu o familia). El reino de Taifa basaba su poder en la fortaleza de una ciudad y sus terrenos adyacentes.

Los cronistas de la época llegaron a contabilizar unos veinte reinos de Taifas, destacando entre ellos, los de Sevilla, Zaragoza y Valencia.

En el otro bando nos encontramos reinos como Castilla, Galicia, León, Navarra o Asturias que soñaban con una ampliación constante de sus fronteras, dentro o fuera de las demarcaciones religiosas.

Como vemos, la llegada del Cid Campeador en un siglo tan difícil, iba a suponer, dada su valentía y lealtad, un auténtico quebradero de cabeza a todo aquél que osara oponerse a su empuje, ya fuera éste cristiano o musulmán.

De vivir a Santa Gadea

Nuestro héroe vio la luz hacía el 1043, en una pequeña aldea localizada a unos nueve kilómetros de la ciudad de Burgos. Las gentes de ese lugar llamado Vivar, no podían imaginar lo conocidos que iban a ser desde entonces, gracias al más sobresaliente de sus hijos.

Su padre Diego Laínez, era un famoso hidalgo de la época que había conseguido para Castilla las fortalezas de Ubierna, Urbel y la Piedra. En consecuencia, Rodrigo nace en el seno de una familia de la nobleza menor castellana. Don Diego se encontraba al servicio del infante Don Sancho, primogénito del rey Fernando I de Castilla.

El joven Rodrigo va creciendo rodeado por las circunstancias que envolvían a un reino cuajado de intrigas, y muy pronto goza de las simpatías del infante Sancho, que ve en el muchacho las cualidades que más tarde le harán uno de los principales protagonistas de su siglo.

En 1062, sin haber cumplido los diecinueve años, Rodrigo es alzado a la categoría de caballero. Desde entonces, su brazo y espada servirán con absoluta lealtad al que sería proclamado tres años más tarde rey de Castilla por fallecimiento del gran monarca Fernando I, llamado "el magno". El padre del nuevo rey Sancho II "elfuerte" no había sido mal gobernante, pero en su testamento cometió un error fatal, dividir el reino entre sus cinco hijos. Al mayor, Sancho, le correspondió Castilla, al segundo, Alfonso, le tocó en suerte León y Asturias, al pequeño de sus varones, García, Galicia y las posesiones portuguesas, mientras que a las dos hijas Elvira y Urraca, les correspondieron las ciudades de Toro y Zamora respectivamente. Al parecer los hijos del rey Fernando no quedaron muy conformes con ésta división territorial, sobre todo, los mayores Sancho y Alfonso, como veremos posteriormente.

Pero ahora volvamos a la historia de nuestro joven caballero Rodrigo, y sepamos por qué y dónde empezó con la acumulación de tanto sobrenombre favorable.

En 1066 el rey de Castilla nombra a Rodrigo Díaz de Vivar portaestandarte de los ejércitos castellanos, es decir, desde entonces Don Rodrigo será alférez de Castilla, o lo que es lo mismo, jefe principal de la tropa. Fue en estos años cuando el nuevo abanderado de las huestes castellanas se ganó a pulso el apelativo de campeador. El sitio donde seguramente se hizo merecedor de éste título fue en las guerras que

Castilla libraba por tierras aragonesas y navarras con el fin de asegurar sus fronteras del Este. En esos lugares Don Rodrigo manejó con tanto ardor las armas, que sus soldados comenzaron a denominarle "campi docto" (maestro de armas en el campo de batalla) o Campeador.

El Campeador luchó contra los enemigos de su rey con valentía y ferocidad, sin pensar que éstos fueran cristianos o musulmanes, que por cierto, andaban en situación más que delicada por aquellos años.

No olvidemos que tras el poderoso Califato de Córdoba la situación de los árabes se había tornado en defensiva. Ya no soñaban con la expansión por Europa, tan sólo aspiraban a proteger los pequeños territorios que rodeaban a sus ciudades.

Los reinos de Taifas se habían convertido en vasallos de los reinos cristianos que, lejos de anexionárselos, se conformaban con la entrega de abundantes tributos llamados parias. La fórmula funcionó durante los aproximadamente sesenta años que duró el establecimiento de éstos pequeños reinos. Todo era muy sencillo, el reyezuelo de turno, si quería gozar de la protección militar que le podía dar un reino cristiano, pagaba las parias y el cristiano enviaba a su ejército para solventar el problema.

En ocasiones las Taifas se negaban a pagar o lo hacían de forma insuficiente, ante lo cual los cristianos presionaban arrebatándoles buena parte de su territorio. La tensa situación estalló con la entrada fulminante de los almorávides, pues los reinos de Taifas optaron por pedir ayuda a sus hermanos bereberes del norte de África antes que seguir pagando los abusivos impuestos. Ésta medida tuvo consecuencias terribles para unos y otros, como veremos si seguimos avanzando en la lectura de este pasaje.

La escenografía de los acontecimientos hizo del siglo XI un tiempo fundamental para entender nuestra historia. Casi se puede afirmar que supuso el arranque definitivo para la reconquista peninsular. El primer fuego en la forja de lo que un día se llamaría España.

Los reinos cristianos comenzaron a mirar de una forma más clara hacía Europa con las primeras alianzas internacionales que abonaron campos para las cruzadas, mientras que los árabes lo hacían con África.

Al-Andalus abría sus puertas a los sucesivos reajustes religiosos y militares que llegaban por oleadas desde el Magreb (almorávides, almohades, etc.), convirtiendo el sueño califal en una simple provincia de los diferentes imperios musulmanes que se iban creando.

Un siglo de plenitud donde la población se multiplicó por tres, favoreciendo migraciones hacia terrenos hasta entonces de nadie. Ciudades, comercio y cultivos florecieron como nunca y los intercambios entre un mundo y otro fueron constantes. Y en medio de todo eso surge la figura de Don Rodrigo Díaz de Vivar, hijo de su tiempo y que, desde luego, estaría a la altura de las tremendas exigencias históricas y éstas, a fe que no fueron pequeñas, porque pasó de ser héroe a villano, sin perder su compostura caballeresca. De alférez a mercenario sin olvidar la lealtad hacia su rey,

un auténtico ejemplo de lo que fue el siglo XI.

En 1067 Don Rodrigo como alférez de Castilla se pone al frente de las tropas enviadas por el rey Sancho II para someter a sitio a la Taifa de Zaragoza. Allí gobierna Moctádir, que tras cruentos combates, se ve obligado a pagar las parias. Según nos cuenta el hebreo José Ben Zaddic, tal fue el valor demostrado por Rodrigo que los árabes comenzaron a llamarle "Sidi", es decir, "Señor o maestro". Había nacido una leyenda, un mito encarnado en el cuerpo de un joven caballero castellano de apenas veinticuatro años de edad: el Cid Campeador.

Tras asegurar la frontera oriental, el rey Sancho II se vio libre para reivindicar lo que él pensaba de derecho, todas las posesiones territoriales que su padre tan ingratamente había repartido entre sus hermanos. Por supuesto que éstos no pensaron lo mismo y pronto, unos y otros, se vieron abocados a una enloquecedora guerra fratricida. Sancho contaba con la baza de poseer un poderoso y muy preparado ejército a cuya vanguardia se situaba el Cid.

La campaña iniciada en 1070 se convirtió en una marcha arrolladora jalonada de éxitos para las huestes de Castilla, cayendo en pocos meses León y Galicia, los reinos de sus hermanos Alfonso y García.

Tras la decisiva batalla de Golpejera, Alfonso se ve forzado a un exilio no deseado, encontrando acomodo en la Taifa de Toledo a la espera de noticias. Mientras tanto Sancho rinde la ciudad de Toro y sitia a su hermana Urraca en Zamora. Corría el año de 1072 cuando se establece el campamento castellano cerca de las murallas de esa localidad. Pero cuando todo se aprestaba para una resolución rápida, de los muros defensores de Zamora salió un caballero con la difícil misión de dar muerte al rey Sancho II. Este noble, llamado Vellido Dolfos, ha pasado a la historia como avieso y alevoso traidor, pero seguramente no era más que un pobre mandado. Vellido consigue su objetivo siendo perseguido por el Cid. Pero ya nada se pudo hacer. Ahora era Alfonso el que reclamaba desde Toledo la legitimidad dinástica, asunto al que nadie se opuso a pesar de las muchas sospechas que circulaban por la corte de Castilla sobre la presunta participación de Alfonso en la muerte de su hermano mayor con la complicidad de Urraca.

El futuro Alfonso VI no gozaba, por ser leonés, de mucha popularidad entre los castellanos. Pero aquellos reinos precisaban la mano firme de un rey, y más en esos años inciertos. Había llegado el momento para la proclamación y, a pesar de las muchas desconfianzas generadas por Alfonso, todos estaban dispuestos para acatar su mandato. Antes debería pasar por una dura prueba que le eximiera de culpa. Doce nobles y caballeros castellanos le esperaban en la iglesia burgalesa de Santa Gadea.

La tradición, más que el rigor histórico, nos habla de una reunión en las que los notables del reino de Castilla debaten con profusión la idea de aceptar o no al futuro Alfonso VI. Pero como hemos dicho los tiempos imponían su demanda y ésta no era otra sino la de reunirse en torno a un rey fuerte. Con tantas dudas nadie se atreve a

caminar hasta Alfonso y tomarle juramento como monarca. En medio de la discusión se destaca la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, él será quién someta al aspirante a una exigente y comprometida prueba, jurar delante de la cruz y de Castilla que nada ha tenido que ver en la muerte del rey Sancho. La voz y la actitud del Cid son tan severas que, desde entonces, nos cuenta el Cantar, el rey Alfonso VI acuñó un odio que ya no abandonaría jamás en su tortuosa relación con el Campeador.

Alfonso jura, es proclamado nuevo rey y, en contra de lo que se pueda pensar, intenta reconciliarse con Don Rodrigo. A tal punto llega ese ánimo que el 19 de julio de 1074 le concede la mano de su hermosa prima Doña Jimena, hija del conde de Oviedo, con la que tendría tres hijos: Cristina, María (en el Cantar de gesta son conocidas como Doña Elvira y Doña Sol) y Diego, su único hijo varón, que moriría años más tarde en la batalla de Consuegra.

La situación comenzó a truncarse cuando en 1075 Alfonso VI envía al Cid Campeador para reclamar las parias impagadas por la Taifa vasalla de Sevilla. En esta ciudad gobernaba Almotámid, que no sólo no pagó, sino que además reclutó a Don Rodrigo para sus querellas militares contra la Taifa de Granada, mantenedora de un ejército mercenario en el que luchaban algunos nobles leoneses como García Ordóñez, enemigo mortal del Cid y leal amigo del rey Alfonso VI.

El Campeador salió victorioso de los lances guerreros contra Granada, regresando a la corte con una más que estimable recaudación. Pero los nobles a los que se enfrentó meses antes, abonaron una situación desfavorable para Don Rodrigo, llegando a decir que éste se había apropiado indebidamente de una cuantiosa parte de las parias sevillanas y que, por lo tanto, había cometido delito de traición. Lo cierto es que nunca sabremos si realmente se quedó con ese botín, lo que sí sabemos es que el reyezuelo sevillano premió con muchos regalos la eficaz tarea desarrollada por Don Rodrigo. Baste comentar que el celeberrimo Babieca proviene de aquella aventura. Las explicaciones del Campeador sobre cómo había obtenido sus regalos no debieron ser suficientes para Don Alfonso, que al final le encontró culpable, enviándole a un más que inmerecido destierro, enclaustrando a su mujer e hijos en el monasterio de San Pedro de Cardeña. Cuando esto pasaba, corría el año de 1081 y Don Rodrigo tenía treinta y ocho años.

Los exilios del Cid

Mermado de gente que le siguiera y, sobre todo de moral, el antaño alférez de Castilla se ve obligado a marchar dejando atrás familia, honor y privilegios. Y es aquí cuando empieza la verdadera leyenda del Cid Campeador.

Don Rodrigo se convierte en un mercenario de la época, ofreciendo su espada a todo aquél que quiera pagar. Primero lo intenta con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer II, pero éste comete el error de no alistarle para su ejército. Una vez rechazado por el catalán, nuestro protagonista se dirige a la Taifa de Zaragoza, muy necesitada por entonces de guerreros valerosos como él. El rey musulmán de

Zaragoza Almotadir y su hijo Almutamín, encontraron en Don Rodrigo al general propicio para la dirección de sus aguerridas huestes. Gracias a la sabiduría guerrera de Don Rodrigo, las tropas zaragozanas derrotan a las de la Taifa Leridana tomando la capital. También infringen un duro castigo a las columnas catalanas de Ramón Berenguer II. La fama del burgalés comienza a extenderse por todos los campos de batalla. Sus hombres, ahora musulmanes, renuevan con fuerza el título ya adquirido de Sidi.

Cuenta la historia que en un período no superior a cinco años, el Cid Campeador consigue más de cien victorias. Su gesta y sus proezas inundan los reinos cristianos. En castillos, pueblos y posadas, todos hablan de Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

Mientras tanto, el rey Alfonso VI se había empeñado en una febril reconquista de territorios. Su idea de una Hispania unida bajo la cruz ha cobrado impulso, sobre todo tras la caída de ciudades como Madrid (1083) y Toledo (1085). Pero las Taifas habían colmado el vaso de la paciencia y no soportando más la exigente presión económica y militar, decidieron apostar todo a una carta, abriendo la puerta definitiva para la llegada del nuevo poder musulmán que había nacido en el Norte de África.

Los almorávides conformaban una secta fundamentalista beréber, habían dado una vuelta de tuerca al Islam y, con su líder Yusuf, operaban desde su capital Marrakech. La petición del Al-Andalus fue recibida de muy buen grado y pronto las hordas almorávides pusieron pie en la Península, dejando tras de sí una estela de fuego y destrucción. Fue terrible para los cristianos, pero también fue la hecatombe para las débiles Taifas, que vieron como en 1091 se extinguían para siempre víctimas de sus supuestos defensores. Los almorávides, a lo largo de su efímera historia organizaron tres diferentes invasiones peninsulares, comenzando la primera en 1086, con el punto culminante en la batalla de Sagrajas, donde derrotaron de forma aplastante al ejército de Alfonso VI.

Tras la humillante derrota de Sagrajas, también llamada Zalaca, el rey Alfonso trata de reorganizar su maltrecho ejército, ha sufrido cuantiosas pérdidas, además de la muerte de muchos y leales nobles. Es entonces cuando decide perdonar al que siempre le había sido fiel Don Rodrigo. Éste, a pesar de todo, regresa a Castilla orgulloso y convencido, guerreando junto a su rey para aplacar la furia almorávide.

Durante dos años, soberano y vasallo luchan codo con codo. Todo hace pensar que se ha restablecido la situación de confianza mutua, pero en 1089 los celos vuelven a surgir, cuando el Cid Campeador, junto con su tropa se demoran en exceso ante la llamada de Alfonso. El rey esperaba que Don Rodrigo se sumara a su ejército para dar batalla a los almorávides y, aunque la presencia del Cid no fue necesaria a la postre, pues los árabes se retiraron, Alfonso VI cayó víctima de un enfado irresponsable y, dejándose llevar por él, ordenó el segundo exilio para el buen caballero burgalés.

Don Rodrigo Díaz de Vivar tiene 46 años cuando inicia su marcha final de Castilla. Una vez más sale desprovisto de bienes y honores, pero le quedan los sobrenombres que ha ido ganando de manera justa por los campos de batalla en la guerra y en la vida. El Cid Campeador vuelve a Zaragoza. Entre lo poco que posee como patrimonio se cuenta su magnífico caballo Babieca, un ejemplar de raza andaluza que solo admite la monta de su señor. También le acompaña su férrea Tizona, gran espada que sobrevivió a los siglos, siendo expuesta en la actualidad en una urna de honor dentro del Museo del Ejército. Por fin, en nuestros días, se ha podido verificar la autenticidad histórica de la que se consideró la espada legendaria del Cid. Ésta, según las últimas investigaciones, fue forjada entre el 1000 y el 1010, en una de las diferentes herrerías cordobesas. No nos olvidamos de la Colada, otra espada muy utilizada por Don Rodrigo, con la que asestó innumerables mandobles. Con todo esto se vuelve a poner al servicio de la Taifa zaragozana, recobrando un prestigio que jamás perdió entre los súbditos musulmanes que posiblemente valoraron más sus hazañas en ese tiempo. Volvió a pelear con el conde de Barcelona Ramón Berenguer II, al que nuevamente apresó en Morella hacia el 1091, liberándole más tarde, tras haber surgido una amistad que les uniría para siempre.

En 1092 el rey moro de Valencia, Cádiz, muere víctima de una revuelta, asumiendo la jefatura del reino Ben Jehat, que era proclive a los intereses almorávides. El Cid, como hombre fuerte de Zaragoza, había prestado apoyo militar a Cádiz y no vio con buenos ojos la entronización del nuevo jerifalte, por lo tanto partió con sus tropas para poner sitio a Valencia, situación que se prolongaría unos meses, hasta que cayó en 1094.

Tras la rendición de Valencia el Cid no cumplió con las capitulaciones y mandó ejecutar a Ben Jehat y a sus afines. Después de esto, la sombra de Don Rodrigo se alargaba por todo el Este peninsular, rindiéndole vasallaje tanto moros como cristianos. Tan poderosa figura comenzó a inquietar al líder almorávide Yusuf. El que se ha considerado auténtico padre fundador de Marruecos tomó la decisión de enviar una temible hueste a cuyo frente puso a su sobrino Mohamed. Este contingente llegó a la capital levantina en octubre de 1094, pocos meses más tarde de que lo hiciera el Cid. El asedio sólo duró unos días porque el Campeador, sin esperar más, salió de Valencia con todo lo que tenía dispuesto para embestir a los recién llegados almorávides. El choque resultante en Cuarte debió ser tan brutal como resolutivo, pues los árabes muy diezmados abandonaron en desbandada sus posiciones e intenciones finales.

La Batalla de Cuarte supuso una victoria tan aplastante para el Cid que ya nadie osaría interponerse entre el burgalés y su destino.

En los cinco años siguientes Don Rodrigo Díaz de Vivar gobernó Valencia como un príncipe, siempre mirando hacia Castilla. Tanta lealtad terminó por abrumar al rey Alfonso VI, que al final hizo las paces con su buen caballero.

El Cid consiguió ver casadas a sus hermosas hijas emparentando con la rancia nobleza. Cristina se unió al infante navarro Ramiro, mientras que María lo hizo con Ramón Berenguer III, hijo del antaño enemigo y ahora fraternal aliado.

En 1097 volvió a derrotar a los almorávides en Bairén y un año más tarde había conseguido la expansión máxima de sus dominios. Era un hombre hastiado y agotado por tantas guerras e insidias. Muy envejecido por los avatares muere víctima de las fiebres en el verano de 1099. Tenía 56 años cuando cerró los ojos en el corazón de su querida Valencia.

Doña Jimena lloró desconsoladamente la pérdida de su amado Rodrigo y en su honor se mantuvo tres años más en el gobierno de la ciudad que tantas alegrías había dado a la veterana pareja.

En 1102 la situación se volvió insostenible, y con la ayuda de un agradecido Alfonso VI, la esposa del Cid abandonó Valencia para recluirse con los restos de su marido en el Monasterio de San Pedro de Cardena, donde al parecer acabó sus días.

En 1808 los franceses invadieron España, llegando tropas gabachas a las estribaciones de Cardena. Conocedor el jefe francés de la historia del Cid, lejos de rendir homenaje, profanó las tumbas de Rodrigo y Jimena, colocando sus osamentas bajo la cama donde dormía, un acto que dice muy poco a favor de ese individuo. A pesar de todo, los restos se recuperaron y hoy reposan en paz en la catedral de Burgos.

Héroe de leyenda

Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, representa a la perfección el papel protagonista de la época que le vio nacer. Se convirtió por méritos propios en el defensor de los valores más carismáticos de aquel siglo tan marcado por las circunstancias. Su gesta y sus hazañas sobrevivieron a la muerte del ser humano y en forma de cantares y poemas recorrieron los caminos gracias a la inestimable ayuda de los juglares.

El siglo XI necesitaba con toda urgencia símbolos unificadores y aquel caballero, mercenario y aventurero oportunista, consiguió sin pretenderlo que todos fijaran sus miradas en él.

El Cid fue más importante una vez muerto y hasta la leyenda quiso que ganara batallas tras su fallecimiento. Su espíritu se paseó en justicia por todos los siglos que restaban a la reconquista.

En 1304 Pere Abbat transcribe a manuscrito el Cantar de gesta más famoso de las letras castellanas. "Mío Cid" es un poema épico apasionado y apasionante, con unas tres mil setecientas líneas supervivientes, donde se cuenta en tres partes o "cantares" bien diferenciados, los últimos años vitales del caballero burgalés, exilios, matrimonios y afrentas, momentos fabulados mezclados con otros ciertos.

Todo el "Mío Cid" es excitante, porque en ese tramo escrito de nuestra historia medieval nos encontramos, frente a frente, con la epopeya. Y eso ocurrió aquí, en nuestro país, bajo el suelo que pisamos y que un buen día también pisó el caballero

más importante de aquel lejano siglo XI.

Aquel anónimo juglar de Medinacellí nunca supo que su poema medio inventado iba a llegar tan lejos. Desde su creación, en torno a 1140, hasta nuestros días, el Cantar del "Mío Cid" ha sido uno de los documentos que más ha hecho soñar a todas las generaciones que han tenido la fortuna de leerlo, para poder emular con la imaginación las aventuras de aquellos hombres que tuvieron que enfrentarse, con más o menos acierto, a los designios del destino.

Moros y cristianos, nobles y vasallos, caballeros y soldados, jinetes dispuestos a morir por su dama, cabalgaduras heroicas y caballos inmortales, armaduras, alfanjes y espadas; castillos y palacios de ensueño, iglesias y mezquitas; la media luna contra la cruz y al revés.

La Edad Media es, sin duda alguna, el tiempo que más estímulos ha provocado en nosotros y el Cid Campeador, su caballero más estimulante. Por todo ello, gracias Rodrigo.

GENGIS KHAN, EMPERADOR DE LA TIERRA Y SEÑOR DE TODOS LOS OCÉANOS

"Mis hijos vivirán para desear tierras y ciudades como éstas, pero yo no"

Vaticinio de Gengis Khan cumplido por su nieto Kublai al conquistar el Imperio Chino.

Temujin

"Lo mejor que un hombre puede hacer es perseguir y derrotar a su enemigo, apoderarse de sus pertenencias, montar sus caballos, y usar el cuerpo de sus mujeres y dejarlas llorando y gimiendo". Estas palabras tan contundentes fueron pronunciadas por el hombre más poderoso del siglo XIII, aquél que fuera considerado por el prestigioso diario norteamericano Washington Post como el personaje más relevante del segundo milenio. Fue llamado por su pueblo Gengis Khan, es decir, jefe de jefes, rey de reyes, emperador de todos ellos, pero hasta el año de su proclamación, todos le conocieron como Temujin, forjador de hierro y acero fino.

Las palabras iniciales de nuestro relato nos orientan sobre cómo era el pueblo mongol y la concepción que tenían del mundo. Los mongoles habían perdido en el siglo XII el tren del progreso, se encontraban profundamente desunidos y se agrupaban en torno a clanes y tribus que combatían entre sí por el dominio de los territorios fértiles cercanos al desierto de Gobi. Y en ese contexto de guerras fratricidas, nació nuestro protagonista. Por tanto, es difícil trasladar al lector toda la grandeza que Gengis Khan fue capaz de crear en un puñado de años. Aún así, lo

intentaremos.

Los mongoles en contra de lo que se pueda pensar, no tenían parentesco directo con los chinos; el origen de su etnia provenía de la mezcla entre iraníes y turcos, su sangre mezclada daba como consecuencia a unas personas cuyos rasgos estaban claramente diferenciados de los pueblos vecinos. La región de Mongolia estaba habitada por unas 30 tribus, cuya población se situaba entre el millón y medio, y los tres millones de personas. Esos clanes tenían denominaciones diversas, pero quiso el capricho de la historia que uno de ellos diera nombre a todos, los tártaros; aunque Temujin no pertenecía a ésta tribu, él era Kiyad, enemigo mortal de los tártaros, a los que derrotaría posteriormente. Así pues, nos encontramos con una treintena de grupos nomadeando por un territorio de más de 1.000.000 de kilómetros cuadrados y enfrentados entre sí, con el beneplácito de China, el poderoso enemigo del sur, que no en vano tenía justificadas razones para temer a los mongoles, llegando incluso a levantar la gran muralla para evitar las frecuentes invasiones que llegaban desde aquel enigmático desierto.

Sin esperar más, nos ubicamos en la década de los 60 dentro del siglo XII y esperamos la llegada de Yesugai Baguthur, líder de los Kiyad, una oscura tribu del noroeste que regresa tras unas victoriosas jornadas guerreras. Curiosamente viene acompañado de un prisionero tártaro al que ha permitido seguir con vida.

Yesugai contempló con orgullo como su bella mujer Hulun había traído al mundo un hermoso niño de aspecto sano y cabellos rojizos. Rápidamente buscó el nombre más apropiado para aquel descendiente suyo, y esa gracia la encontró en el prisionero recientemente capturado, Temujin. Era costumbre de los mongoles poner a sus hijos el nombre de sus enemigos más valerosos y Temujin, el líder de los tártaros, había sido un valiente adversario. Por eso Yesugai pensó que al poner a su primogénito el nombre de su rival, trasladaría a su pequeño el espíritu combativo del tártaro, así lo hizo y, al parecer, acertó.

La madre del nuevo Temujin aceptó de buen grado la decisión del líder Kiyad. Era una mujer complaciente, pero también temerosa. Por no pertenecer al clan de su esposo, éste la había raptado a una tribu rival en un ejercicio de rapiña típico de los mongoles, teniendo que asumir de esta forma un incierto futuro. Hulun encarnaba perfectamente el ideal femenino de su pueblo, era una mujer fuerte e inteligente que supo inculcar en su pequeño una educación destinada a que Temujin sobreviviera y mandara sobre su gente con ciertas garantías.

Temujin apenas tuvo infancia, su padre Yesugai fue invitado con mentiras a participar de una fiesta en un poblado cercano donde encontró la muerte presuntamente envenenado por antiguos enemigos tártaros. El que sería padre de la nación mongol vio como el suyo propio moría cuando tenía tan solo nueve años. Y por si fuera poco, dos tercios de la tribu Kiyad abandonaron al joven Khan, buscando la protección de jefes más fuertes.

Temujin había nacido en torno al año 1167 muy cerca del río Onon, situado a unos 320 kilómetros al noroeste de la actual capital de Mongolia, Ulan Bator. Aquellas eran unas tierras muy fértiles, con abundante agua y por lo tanto ambicionadas por las tribus próximas. Temujin, escaso de gente que le apoyara, pronto tuvo que hacer frente a los pretendientes que querían ocupar su lugar natal. La defensa no tuvo éxito, viéndose obligado a emprender la huida. Y aquí comienza la leyenda de Temujin, un niño que para subsistir se vio obligado a pescar y a cazar marmotas, mientras su madre recogía bayas.

Los años fueron pasando. Cuando tenía trece presentaba el aspecto formidable de un joven guerrero que ya parecía adulto dada su fortaleza física y elevada estatura, destacando en la lucha cuerpo a cuerpo, en el tiro con arco y, sobre todo, en la monta y doma de caballos. Con esa edad se vio lo Suficientemente preparado como para pedir el apoyo de los antiguos lugartenientes de su padre e iniciar así la reconquista de su tierra, cumpliendo con el juramento de venganza por la muerte de su progenitor.

La respuesta de sus presuntos leales fue negativa. Y temerosos de aquel Khan adolescente, procedieron a su captura para entregarle posteriormente a la tribu hegemónica de los Tai-schutos, cuyo líder era Tartugai.

El futuro de Temujin se presentaba muy sombrío con la humillación añadida de una inminente venta como esclavo en cuanto surgiera la ocasión. Pasaba las noches sujeto a un yugo de madera que le ceñían al cuello, siendo vigilado muy de cerca por un soldado. Pero en una de esas noches, consiguió asestar un golpe mortal a su centinela y escapó, refugiándose en el cauce seco de un río para, más tarde, conseguir que un cazador errante y solitario le ayudara liberándole del pesado lastre.

La huida llegó a ser desesperada, los enemigos le buscaban por todos los caminos, sometiendo a un riguroso control todos los carruajes que transitaban por aquellas rutas. En uno de esos carros viajaba el evadido escondido bajo un montón de lana maloliente, los soldados se acercaron al carro, lanceando el contenido y ocasionando a Temujin una herida en la pierna, pero el joven líder no profirió ni un solo lamento y consiguió salvar la situación y, por supuesto, la vida.

Después de esta circunstancia, aquel Khan sin reconocimiento, ni trono, buscó a los pocos fieles que aún le quedaban y con ellos partió en busca de la ayuda y la protección de tribus amigas.

Estableció una beneficiosa alianza con Toghrul Khan, líder de los keraitas, la tribu mongol más fuerte del momento. Toghrul vio de buen grado la llegada de Temujin y le ofreció la mano de su querida hija Burte. El matrimonio se realizó en base a una antigua tradición mongol, el novio interpretaba un ritual donde simulaba un enfrentamiento con los parientes de la novia, hasta conseguir raptarla. Burte fue una magnífica esposa que dio a Temujin los cuatro hijos que posteriormente gobernarían el imperio creado por su padre.

Temujin, con tan solo diecisiete años, empezó a gestar la idea panmongólica que

le acompañó durante toda su vida. El primer paso fue batir a los enemigos más cercanos a su nuevo clan como, por ejemplo, los Inekeitas, que fueron masacrados casi en su totalidad, de los que dejó sólo unos pocos supervivientes para ser vendidos como esclavos. Tras estas victorias iniciales la fama de Temujin comenzó a crecer y pronto muchos mongoles quisieron estar bajo su mando. Al final obtuvo la fuerza necesaria para enfrentarse a su odiado enemigo Tartugai. Con un contingente de 13.000 guerreros se midió a un ejército de 30.000 confiados Tai-schutos, que fueron arrasados por los enérgicos y bien preparados hombres de Temujin.

La venganza del futuro Gengis Khan fue terrible, ordenando según la leyenda, que sesenta jefes murieran en agua hirviendo, exterminando al resto de aquel clan mongol sin mostrar piedad alguna. Temujin, después de esto, ya sería imparable.

Los años que siguieron al desastre de los Tai-schutos fueron empleados con tenacidad e infinita paciencia en la unificación de la totalidad de los clanes mongoles. Temujin fue sometiendo una tras otra, a las más de treinta tribus, hasta que por fin, en el año 1203, se revolvió contra su antiguo aliado Toghrul Khan, deshaciendo el pacto de amistad que tantos buenos frutos le había dado. Temujin se puso al frente de una horda compuesta por varios clanes llegados del Este y venció a los keraitas, expulsándoles de su territorio. La campaña la completó un año más tarde, cuando derrotó a los naimacos de la Mongolia Occidental.

Por fin el futuro emperador se había quedado sin enemigos. Solo restaba hacer oficial el poder que aquél curtido hombre del desierto había adquirido a lo largo de veinticinco largos años de crueles conflictos y argucias diplomáticas.

En 1206 fue convocada la kurultal o asamblea de todos los jefes tribales. En ella Temujin fue nombrado líder supremo de toda Mongolia, bajo el nombre de Gengis Khan. La palabra Gengis deriva del turco tingiz, que significa océano. Los mongoles mantenían la vieja creencia de que el mundo era una inmensa llanura rodeada por océanos, por tanto, ese título significaba que Temujin se convertía en emperador del mundo conocido, rey de reyes y, por supuesto, señor de todos los océanos.

Más poder no cabía. El todo poderoso Khan tenía treinta y nueve años y fue coronado junto a su bien amada esposa Burte y los cuatro herederos varones obtenidos de ese primer matrimonio, Yuri, Yagatay, Ogoday y Tuli.

Sólo esos cuatro hijos fueron considerados los legítimos continuadores del nuevo imperio Mongol, al que tras la muerte de su padre gobernaron con eficacia.

Después de la proclamación, Gengis se entregó a la dura y afanosa tarea de organizar su país, creando instituciones y códigos de leyes como el Yasa, donde se reunían las tradiciones de su pueblo, además de sus pensamientos e inquietudes sobre como debía conducirse el territorio.

Gengis Khan creó un auténtico Estado en armas, movilizando a toda la población, incluidas las mujeres, a las que por cierto se dio un trato inusual para la época, al serles concedido el derecho a la propiedad privada, así como el de combatir

si fuera necesario. Las mujeres mongoles montaban y disparaban tan bien como los hombres y ejercían un papel fundamental en el concepto de familia.

La nación y el ejército de los mongoles

Gengis favoreció tanto al género femenino por la educación que recibió de su madre Hulun. Las mujeres controlaban cosechas y despensas, además de fabricar armamento y correajes, por tanto, si los jinetes de Gengis fueron los mejores, seguramente fue por la participación decisiva de aquellas mujeres que tan buenas armas y pertrechos les suministraron.

Dada la escasez de población y las permanentes guerras en las que estaban involucrados, los soldados de Gengis Khan, nunca fueron muy numerosos. Según las estimaciones más fiables el gran estratega y mejor conductor de tropas no movió jamás ejércitos abundantes, ya que su cifra nunca superó la de 110.000 hombres. Pero como ya sabemos, la eficacia de esos temibles guerreros fue extrema.

Los mongoles formaban parte de la milicia entre los quince y setenta años y eran permanentemente instruidos, Incluso en tiempos de paz con reuniones donde se ejercitaban en la lucha, tiro y monta de sus ponys.

Los jinetes mongoles estaban considerados como los mejores del mundo y en el campo de batalla no tenían rival. Éstos centauros utilizaban como única armadura cuero de caballo, curtido por la orina del propio animal. Ésta indumentaria les proporcionaba gran agilidad, comparada con la pesadez de las cotas de malla de los caballeros europeos.

para protegerse empleaban un pequeño escudo, también de cuero, situado bien sujeto al brazo izquierdo. Vestían túnicas y debajo de éstas otras prendas bien ceñidas al cuerpo. Ésta composición de vestimenta ofrecía una resistencia extraordinaria a la punta de cualquier flecha enemiga.

Su principal potencia de fuego residía en formidables arcos hechos de madera y tensados por tendones. Las flechas disparadas eran muy variadas, pues en el carcaj de un arquero mongol se podían encontrar varios tipos, unas diseñadas para matar y otras que silbaban y herían, aterrorizando a sus enemigos. A nadie le apetecía mucho situarse frente a una nube de aquellas flechas mongoles. También utilizaban lanzas con gancho y lazo, dagas y enormes espadas, que según decían los chinos, llegaban a medir metro y medio.

Como vemos, cada jinete mongol se convertía en un arsenal andante, y a esto hay que sumar el enorme conocimiento que el mongol tenía de su alter ego, el caballo. Los jinetes ejecutaban maniobras complejísimas en el campo de batalla, gracias a la habilidad en el manejo de unos estribos con forma de disco, que otorgaban al guerrero gran capacidad de movimiento, virando, acometiendo y retirándose, en pocos segundos, para sorpresa de sus adversarios.

Con su cuello grueso, patas cortas y cabeza grande, el pony mongol parecía tOrPe, pero sobresalía por su resistencia y agilidad.

La caballería de Gengis se caracterizó por conseguir cubrir grandes distancias en muy poco tiempo, eran capaces de recorrer mil kilómetros en apenas cinco jornadas, debido a que cada jinete utilizaba cuatro o cinco caballos, que montaba alternativamente para evitar el cansancio de los equinos. Por tanto una horda de 20.000 jinetes era seguida por una manada de 80.000 caballos. Una estampa impresionante.

La tropa que no se encontraba en campaña, se entrenaba en el gorugen o gran cacería mongola anual. En ella los jinetes se divertían rodeando una gran superficie y acercándose paulatinamente a un punto prefijado. Cada hombre recibía una flecha para matar a la pieza, y no acertar con ésta en el blanco, suponía un pequeño descrédito para el tirador. En este juego también podían participar las mujeres.

La infantería resultaba tan extraordinaria como la caballería, y destacaba por el ardor en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero algo fallaba en el ejército de Gengis, esos soldados, si bien se mostraban imbatibles sobre la llanura, no poseían los conocimientos necesarios para el asedio a ciudades.

Con ese fin, Gengis contrató, a base de oro, muchos ingenieros militares que llegaron de todos los confines conocidos: chinos, afganos, turcos, etc., que pronto adiestraron a los mongoles en las tácticas más novedosas del momento. Por ejemplo, de los chinos aprendieron a usar las devastadoras catapultas, desde las que lanzaban proyectiles de todo tipo, como piedras de cincuenta kilos, cadáveres de animales y humanos (preferentemente infectados por alguna enfermedad contagiosa) o bombas llameantes impregnadas en nafta, para el incendio posterior de la ciudad sitiada. También supieron como utilizar la pólvora para derribar las murallas que impedían su avance. Y se adentraron en el conocimiento de la construcción de túneles y galerías. Aquellos brutos del llano se estaban convirtiendo en sofisticados aristócratas de la guerra.

Los mongoles siempre combatieron en inferioridad numérica, por ese motivo, desarrollaron una estrategia que les daría notables éxitos. Cuando llegaban al punto elegido para la lucha, se mostraban feroces ante el enemigo, pero cuando todo hacía ver que el enfrentamiento sería inevitable, los jinetes viraban en seco, e iniciaban una supuesta retirada. Los oponentes pensaban entonces que la victoria se había decantado hacia ellos, y se lanzaban en una alocada persecución, tendente a provocar el mayor número de bajas posible; tras unos kilómetros, los mongoles se giraban, y de forma compacta se ofrecían a un adversario que llegaba muy desorganizado por la carrera anterior. Las tropas de Gengis cubrían el cielo con miles de flechas, asestando un terrorífico golpe acompañado por sus gritos de guerra.

La victoria para los mongoles era segura, y el oponente masacrado. Esta táctica siempre salió bien en todas las campañas de Gengis Khan y en las que siguieron a su muerte, encabezadas por sus descendientes directos, Ogaday Khan, Mangu Khan y Kublai Khan.

El imperio más grande del mundo

En el año 1211, Gengis Khan se sintió lo suficientemente fuerte como para acometer su empresa más ambiciosa, la conquista de China.

A tal fin, reunió una hueste de 70.000 guerreros, que como una plaga inundaron el norte del gigantesco Imperio. En aquellos tiempos, China contaba con una población cifrada en más de cien millones de habitantes, y la zona elegida por la horda mongol tenía el 20 por 100 del total. Gengis agrupó a su ejército en la mítica Karakorum, la ciudad de arenas negras, enclavada en el corazón de su querido desierto del Gobi; y allí, dio la orden de marchar sobre una China muy dividida por los conflictos dinásticos.

Las disensiones internas de los chinos fueron bien aprovechadas por el jefe mongol que, uno tras otro, fue aplastando a los diferentes ejércitos que la dinastía Kin iba enviando.

La campaña se alargaría unos años, y alcanzó su punto álgido con la toma de Yenking, actual Pekín. Este hecho se produjo en 1215 y fue de especial relevancia para las tropas mongol, al ser capaces de vencer una resistencia obstinada de miles de chinos bien parapetados, tras unas murallas de doce metros.

La toma de la futura Pekín era el paso decisivo que facilitaría a Gengis Khan una oportunidad única para lograr el control de toda China. Pero en Mongolia, las tribus se mostraban convulsas tras la larga ausencia de cinco años que su emperador había necesitado para la empresa. A Gengis no le quedó más remedio que volver para pacificar el territorio, dejando a uno de sus generales más queridos, Muqali, como responsable continuador de la campaña. Labor que finalizó con éxito en el año 1218, cuando dominó toda la península coreana.

Gengis comenzaba a ser emperador de emperadores, y sus yurtas poblaban un terreno cada vez más extenso. Las yurtas eran las moradas típicas del desierto, resistentes tiendas de campaña que servían para todo tipo de funciones. Eran confeccionadas con tela de fieltro y se convertían en el hogar del mongol y en la cuadra de sus ponys. Pero también fueron utilizadas para el mercadeo y almacenado de diversos materiales y alimentos. Por cierto, hablando de alimentación, hay que decir que los mongoles fueron los creadores del famoso steak tartare, carne cruda macerada entre la silla de montar y el espinazo del caballo, durante las largas galopadas.

Además de la exquisita carne cruda que podía ser de caballo, vaca o camello, los mongoles disfrutaban bebiendo kurniss, leche fermentada de yegua. Y en tiempos de rigurosa escasez, practicaban un corte en el cuello de su caballo para extraer sangre con la que se alimentaban, curando posteriormente la herida producida. Como vemos, equino y humano llegaban a fundirse en uno. Pero jamás los mongoles recurrieron al canibalismo, como decía su leyenda negra. Comer cosas imposibles sí, pero sobre la ingesta de enemigos no existen pruebas acreditadas.

Tras el completo dominio del norte de China y de la península coreana, las fronteras de Mongolia se habían extendido notablemente. Además, muchos reinos fronterizos eran vasallos del Khan. Así llegó el año 1219, uno de los más sangrientos de la historia.

Después de las conquistas en Oriente, Gengis se fijó en Occidente, ya que los límites de su Imperio tocaban a Karhezm, el reino más poderoso del Islam. Los territorios de Karhezm comprendían Irán, Irak y buena parte del Turkeistán occidental. Al frente de ese Imperio se encontraba el shah Ala-ed-Din Mulianimad.

Gengis Khan era consciente del poderío musulmán y conocía la formidable maquinaria bélica del sultán, que contaba con más de 400.000 soldados dispuestos a defender las fronteras de Karhezm. Por tanto, el emperador no estaba dispuesto a iniciar una nueva guerra, y envió una caravana de mercaderes con lujosas ofrendas consistentes en jade, marfil, oro y pieles de camello blanco. Pero la respuesta que encontraron aquellos cuatrocientos cincuenta comerciantes cuando llegaron a las puertas de la ciudad de Utrar, fue la muerte y el saqueo, al pensar el gobernador que esos supuestos emisarios, no eran más que espías enviados por Gengis. Este hecho contrarió profundamente al líder de los mongoles, que rápidamente despachó a un diplomático a Samarkanda, con el fin de pedir explicaciones y sobre todo, exigir la cabeza del gobernador de Utrar. El shah, lejos de excusarse, ordenó la muerte del embajador. Para los mongoles, los diplomáticos eran intocables, y la muerte del enviado por el Khan fue el detonante de una de las guerras más sanguinarias que vieron los siglos.

La ira de Gengis no se hizo esperar y él mismo se puso al frente de una horda que entró a sangre y fuego en el Imperio Karhezm. Cuentan los escrupulosos cronistas árabes, que en la primera batalla librada los mongoles causaron 160.000 bajas entre el ejército del shah, provocando el pánico de los supervivientes que huyeron despavoridos. Lo siguiente fue vengar la muerte de sus emisarios sitiando Utrar. Tras cinco meses de agónico asedio, pasaron a cuchillo a sus moradores, matando al gobernador de una manera horrible, cuando vertieron plata fundida en sus Ojos y oídos.

Después del escarmiento, Gengis dividió sus tropas en varias columnas, consiguiendo una maniobra envolvente que atrapó a Mulianimad en un callejón sin salida cerca del mar Caspio, donde rodeado por los generales mongoles, murió víctima de la pleuresía según unos y suicidado según otros.

La resistencia musulmana continuó en la figura de Jalal, hijo de Mulianimad, pero duró poco tiempo, dando a los mongoles una victoria tan aplastante, que aún hoy, es recordada por los habitantes de aquellos países que sufrieron como nadie el rodillo de Gengis Khan.

La victoria sobre la desconsolada tierra karhesmia no hizo más que acrecentar la aureola del emperador, con episodios trágicos como la toma y destrucción de Utrar,

Bujará, o Sarnarkarída donde, tras arrasarla, capturó a más de treinta mil personas que constituían la flor y nata de los profesionales musulmanes, Funcionarios cualificados, herreros, artesanos y de otros gremios, fueron trasladados a la fuerza a Mongolia, donde Jugarían un importante papel en el enriquecimiento cultural de la zona.

Gengis contaba, desde luego, con un formidable e invicto ejército, pero también es cierto que esas huestes fueron conducidas por magníficos Comandantes que eran, a la sazón, los mejores estrategias militares de la época, como, por ejemplo, Jebe y Subedei. Estos fieles soldados gozaban de la total confianza de su Khan cumpliendo al milímetro sus deseos, hostigando a los restos del ejército karhesmio por todos los territorios del Indo, donde abrieron una puerta hacía la India.

También, Subedei bordeó el mar Caspio entrando en Georgia, donde apenas encontró oposición; dado que en aquellos años los príncipes rusos se hallaban muy lejos de la unidad, enzarzados en eternas guerras civiles. Los mongoles se aprovecharon como siempre de las circunstancias políticas de sus enemigos y, aunque en 1223, los rusos dejaron atrás sus disputas para enfrentarse al nuevo invasor, la horda mongol les venció en el río Kalka. En esa batalla, 80.000 rusos y aliados no pudieron hacer nada, frente a los 20.000 arqueros mongoles.

El poder mongol se extendía a lo largo de cientos de miles de kilómetros. Desde Europa oriental, hasta la península coreana, todo el mundo bajaba la voz para hablar de Gengis Khan, nadie osaba oponerse a él. Contaba con el mejor ejército de su tiempo y, sobre todo, con la ambición necesaria para la conquista, no en vano, era el señor de todos los océanos.

Gengis aseguró su nuevo imperio con numerosos acuartelamientos y un férreo sistema de comunicaciones. Por fin, se fijó su último gran objetivo, concluir la conquista de China.

Aquel siglo violento

El gran líder ordenó el reagrupamiento de sus tropas en Karakorun, y hacia allí se dirigía cuando de repente, tras pasar casi cinco años por las estepas del Asia central, sintió como la muerte llamaba a su persona.

En este capítulo final en la historia del emperador de emperadores se mezcla leyenda y realidad. Si atendemos a lo primero, veremos como Gengis sufrió una aparatosa caída de su caballo cuando se encontraba en una cacería de asnos salvajes. Las heridas ocasionadas por este hecho, trajeron como consecuencia un fatal desenlace. La realidad nos dice que el supremo jefe mongol murió el 18 de agosto de 1227, postrado en la cama de su yurta, posiblemente afectado por el tifus y rodeado por sus apesadumbrados hijos.

Gengis Khan murió cuando tenía 60 años, pero con su muerte no terminó la historia de los mongoles, por el contrario, sus herederos fueron dignos continuadores de la obra emprendida veinte años antes.

Gengis había hecho testamento dejando a sus cuatro hijos todo el imperio,

repartido de esta manera: al primogénito Yuri le correspondieron las estepas del Aral y del Caspio (muerto antes que su padre, sus territorios los heredó su hijo Batu); para Yagatay fue la región entre Samarkanda y Tufán; al tercero, Ogoday, el que sería proclamado en 1229 gran Khan, le correspondió la región situada al este del lago Baikal; y por fin, a su cuarto hijo Tuli, le tocó asumir el gobierno de los ancestrales territorios mongoles, incluido el lugar natal de la familia, cerca del río Onón.

Antes de fallecer, tuvo la oportunidad de hablar con su hijo Ogoday, transmitiéndole las últimas órdenes para la invasión del reino traidor de Ningxia, que años antes le negara tropas para el ataque a Karhezm. Casi a punto de expirar, consumó su último acto de venganza, Ogoday cumplió la orden y masacró a los ningxios.

Hay mucha controversia sobre la posición exacta de la tumba de Gengis Khan. Según cuenta la historia secreta de los mongoles (libro escrito en 1240 para ensalzar la obra de Gengis) el emperador fue enterrado en un lugar secreto supuestamente cercano al monte Altay.

En su viaje final le acompañaron cuarenta doncellas vírgenes que fueron sacrificadas junto a sus cuarenta mejores caballos. Además, muchos guerreros mongoles, conocedores de la ubicación, se suicidaron gustosos junto a su jefe, y más de mil jinetes galoparon sobre la tumba varias veces, hasta que el lugar quedó irreconocible.

La ubicación exacta de la tumba de Gengis Khan sigue siendo un misterio, aunque recientes investigaciones a cargo de arqueólogos chinos, nos hablan sobre la posibilidad de que ese sepulcro se encuentre cercano al lugar de nacimiento de Temujin, como era costumbre en el pueblo mongol.

El siglo XIII fue del dominio mongol. A Gengis le sucedió Ogoday su hijo, que prosiguió con las exitosas campañas, y a la muerte de éste, otros Khanes del linaje mantuvieron vivo el sueño del emperador, hasta que Kublai Khan, hijo de Tulj y nieto de Gengis, cumplió con el viejo sueño de su abuelo, la conquista de China, creando la dinastía Yuan.

Pero tras aquel siglo inicial, el poder mongol se fue diluyendo en varios kanatos, que pronto se enfrentaron entre sí, hasta que se perdió la idea original. Incluso Occidente permaneció ajeno a su figura, hasta que en el siglo XX se recuperó con vigor, hasta tal punto que, algunos consideran hoy en día a Gengis Khan como el personaje más influyente del segundo milenio. No está nada mal, para un nómada del desierto.

En la actualidad, por paradojas del destino, Mongolia vive prácticamente dentro de los mismos límites geográficos que vieron nacer a Temujin. Más de un millón y medio de kilómetros cuadrados, con unos dos millones seiscientos mil pobladores (casi los mismos que en el siglo XIII).

Curiosamente, si el emperador levantara la cabeza, vería preocupado la

precariedad por la que atraviesa su tribu.

Hasta hace bien poco, Mongolia se encontraba unida a los intereses rusos, siempre vigilada por los anteriormente conquistados chinos. Para colmo, el señor de todos los océanos, no tendría ni un solo metro de costa donde poder disfrutar del mar.

Afortunadamente, desde el año 1992 los mongoles eligieron el cauce democrático. Esa opción ha permitido que jóvenes generaciones establecidas en taiga, estepa y desierto, puedan conocer y reivindicar la figura del hombre más importante de su país.

Hoy en día, la imagen de Gengis Khan se puede contemplar sin temor a la represión, por las calles y comercios de la capital Ulan Bator o de cualquier ciudad mongol. También se puede ver sobreimpresionada en el papel moneda.

Lejos de la prohibición impuesta por soviéticos, chinos y gobiernos mongoles afines, el viejo guerrero resurge poderoso para proclamar el orgullo y el afán de independencia, de la etnia que le vio nacer y morir como héroe.

El siglo XIII está considerado por todos los investigadores como el más violento de toda la historia. Sólo encuentra parangón en el perdido siglo XX. Uno de los que procuraron que eso sucediera así, fue el protagonista de nuestro pasaje, su nombre Gengis Khan.

MARCO POLO, UN VIAJERO ILUSTRADO

"No he contado ni la mitad de lo que vi, porque nadie me habría creído"
últimas palabras pronunciadas sobre el lecho de muerte por el viajero Marco Polo, conocido entre sus incrédulos vecinos como señor Millón.

Orígenes de los Polo

Marco Polo es uno de los viajeros más célebres de la historia, pero también uno de los más controvertidos y cuestionados. Sus narraciones fascinaron a unos y confundieron a otros. Hoy en día sabemos que la exageración fue una constante en la vida de Marco, pero eso no resta un ápice de emoción a una de las aventuras más intensas del siglo XIII. Además, gracias a su obra literaria testimonial llamada El libro de las maravillas del mundo, otras mentes inquietas soñaron con emular las proezas del incansable veneciano. Tal fue el caso del mismísimo Cristóbal Colón, que casi doscientos años después, tenía el libro de Marco Polo entre sus textos favoritos.

Exagerado o no, el protagonista de nuestro pasaje abrió puertas y caminos para que mucha gente de aquella Europa medieval aislada por propia voluntad, se empezara a interesar por otras latitudes y culturas con el consabido mestizaje que tanto nos ha beneficiado. Lo cierto es que Marco Polo, de no ser por su trabajo escrito, hubiese pasado inadvertido para todos, porque ni siquiera sus propios coetáneos valoraron el alcance de su gesta, por pensar que aquel comerciante no era más que un excéntrico cuyas invenciones no dejaban de asombrarles.

¿Era realmente Marco Polo veneciano? Los orígenes de la familia Polo se pierden en la bruma de los tiempos. En el siglo XI se puede observar presencia de la familia en Venecia (ciudad fundada sobre los pantanos gracias a los supervivientes que escaparon de Atila y sus hunos en el siglo V). Con certeza, hasta el siglo XIII no se puede hablar de los Polo como un clan familiar establecido en aquel lugar. Procedían de Croacia, más concretamente de Dalmacia, y al parecer, fijaron su residencia en Constantinopla, ciudad desde la que dirigían sus operaciones comerciales, manteniendo incluso una casa abierta en Soldan (Mar de Azov).

La familia Polo, que sepamos, estaba conformada por cuatro hermanos: Marco (el viejo), Nikola (padre de Marco el joven), Mafeo y Flora. Fue Marco (el viejo) el primero que compró casa en Venecia bien entrada la década de los 70.

Sobre nuestro protagonista diremos que es muy difícil precisar el lugar exacto donde nació, pero las últimas investigaciones nos hacen pensar que fue en la isla de Korcula (Croacia). En aquél sitio los Polo sostenían una pequeña industria naviera. La duda sobre su lugar natal también la recoge la enciclopedia británica que, en su edición de 1999, ofrece las dos opciones, Venecia o Korcula.

Viajes de familia

El escudo familiar de los Polo representaba tres aves acuáticas (la palabra pola en veneciano antiguo significaba pájaro, pero también, la palabra pol en croata quería decir lo mismo). Es un dato más que se añade a la confusión sobre la raíz genealógica de una familia entregada por completo al comercio y los viajes en una zona claramente influenciada por Venecia y otras ciudades italianas.

Marco Polo nace en 1254 en algún lugar bañado por el mar Adriático, por tanto, sea Korcula u otro sitio, no hay que negar que nuestro viajero favorito vio la luz en un cielo de clara influencia veneciana. Sobre su madre y lengua natal no tenemos datos fidedignos, tampoco de sus primeros años de infancia, encontrando la primera referencia histórica en el 1271, cuando a la edad de 17 años y huérfano de madre, acompaña a su padre Nikola y a su tío Mafeo, en el segundo gran viaje hacia Asia iniciado por éstos.

La primera epopeya viajera del clan comienza en 1255 cuando salen rumbo a Oriente en busca de negocios, dejando Nikola a su mujer con un pequeño bebé llamado Marco, al que no volvería a ver hasta catorce años después.

Mafeo y Nikola se establecieron en Constantinopla, donde permanecieron más de cinco años para, posteriormente, viajar hasta Crimea, donde les esperaba su hermano Marco (el viejo), que se encontraba al frente de los mercaderes venecianos de aquel territorio. Después de intentar en vano establecer una relación económica con los tártaros basada en el tráfico de joyas, los Polo concibieron la idea de abrir una ruta comercial con Rusia, llegando hasta la ciudad de Sarai (noroeste de Astracán), donde culminaron con éxito sus negocios, prolongando su estancia durante un año. Pero la guerra se adueñó de aquel territorio y los dos hermanos tuvieron que huir, intentando regresar a Venecia a través de un camino más seguro trazado por el Este. En ese punto se encontraba Bujará, que fue considerada por los hermanos como la ciudad más hermosa de toda Persia. Esto ocurrió en 1261, permaneciendo en la resplandeciente corte persa durante tres años, hasta que entraron en contacto con expedicionarios mongoles que viajaban hacia Catay, donde les esperaba Kublai, el nuevo gran Khan, proclamado pocos años antes tras la muerte de su hermano Manghu.

Los mongoles mantenían el Imperio más grande del mundo medieval, y su Khan ardía en deseos por conocer noticias sobre Occidente. Los jefes de aquella comitiva mongol se lo hicieron saber a los hermanos Polo, que viendo la posibilidad de realizar grandes transacciones, pronto decidieron unirse a la caravana con destino a China.

Los venecianos desde luego, no fueron los primeros europeos que viajaron a Oriente. Desde hacía muchos años las visitas habían sido continuas. Otros mercaderes ya mantenían intercambios comerciales con aquellos territorios casi desconocidos. Sobre todo fueron los religiosos los que más acentuaron éste empeño, con el afán de evangelizar a un inmenso mundo pagano. Con la llegada al poder de Kublai Khan, un tiempo de prosperidad y esplendor se adueñó de todo el Imperio mongol, lo que

propició que se reabrieran las antiguas rutas comerciales con Europa. Estas habían sido muy florecientes siglos atrás, pero la irrupción del Islam en el siglo VII las había postergado al olvido. Los mongoles dominaban un vasto territorio al que habían provisto de excelentes caminos y carreteras, en unos casos cubiertos de arena y en otros bien pavimentados para mejor tránsito de jinetes y carruajes. Se decía que esas vías eran tan seguras que una frágil doncella portadora de una pepita de oro podía recorrer esos caminos sin temor a que nadie la importunara. Kublai era consciente de que el intercambio cultural y comercial beneficiaba claramente a su pueblo, por eso puso tanto interés en ofrecer a los mercaderes occidentales todas las facilidades para que éstos accedieran al Imperio mongol, que ya había establecido su nueva capital en Cambaluc (la actual Pekín), abandonando definitivamente la legendaria Karakorun de Gengis Khan.

Nikola y Mafeo viajaban con aquella caravana mongol rumbo a Catay y una de las paradas fue Samarkanda. Ésta ciudad fascinó tanto a los hermanos que llegaron a decir "es una ciudad muy grande y noble, y en sus llanuras hay plantados árboles frutales, que proveen de toda clase de frutas a su población". El viaje hasta la corte imperial de la nueva dinastía Yuan se prolongó durante más de un año, siendo al fin recibidos de manera muy cálida por un entusiasmado Kublai, que les cubrió con honores y una cantidad ingente de preguntas sobre la civilización de la que venían. Así, el emperador se interesó por los gobernantes de Europa y por su forma de administrar y hacer justicia. También quiso saber cómo eran sus ejércitos y su forma de combatir. Nada escapaba a la curiosidad del Khan, vestimenta, costumbres y religión de aquellos hombres tan distintos a los suyos. Los hermanos Polo trataban de responder de la mejor manera posible, gracias a sus recién aprendidas lenguas tártaras. Y las respuestas complacieron tanto al poderoso líder que decidió devolverles a Occidente, situándolos al frente de una embajada que regresaría con el ánimo de solicitar al Papa Clemente IV un destacamento compuesto por 100 sabios y religiosos que dominaran las siete artes. Así mismo, Kublai pidió que le trajeran aceite del santo sepulcro y para su protección en el largo viaje, les entregó una tablilla de oro que serviría como salvoconducto por todos los caminos del Imperio mongol.

Nikola y Mafeo tomaron el pasaporte entregado por Kublai y se lanzaron a la aventura de regresar a Venecia para trasmitir los deseos del Khan. Nadie sabe porqué el viaje de vuelta duró más de tres años, pero seguramente, podemos intuir que gracias a esa tablilla de oro fueron tan lujosamente recibidos en todos los khanatos que visitaban, que el placer deceleró notablemente la marcha, además de las extremas circunstancias climatológicas.

En 1269 los hermanos Polo llegaron a Venecia tras catorce años de ausencia y, como es natural, se encontraron con muchas novedades. Nikola se enteró que desde hacía algún tiempo su estado civil era el de viudo, pero la pena por su mujer fallecida se aplacó al ver a su hijo Marco, un brillante y sano adolescente de 15 años. Los Polo

también vieron con preocupación que el Papa Clemente IV había muerto en 1268 y que la Iglesia no se ponía de acuerdo a la hora de elegir un nuevo pontífice. La espera fue muy tensa, durante dos años Nikola y Mafeo no supieron a quien contar los deseos del Khan.

Por fin en 1271 y viendo que la cosa iba para largo, los hermanos Polo esta vez acompañados por el joven Marco, decidieron regresar a Catay antes de que la ruta establecida por ellos se olvidara. Hicieron parada en Acre, donde se entrevistaron con Tebaldo Visconti, a la sazón legado pontificio, pero éste les comunicó que dada la situación actual de la Iglesia, poco podía hacer por ayudarles en lo que él mismo consideró una importantísima empresa. Los Polo siguieron camino rumbo a Jerusalén, donde pretendían hacerse con el santo óleo y cumplir, en parte, con la misión encomendada por Kublai. En eso estaban, cuando llegó la noticia de la elección del nuevo Papa, que no fue otro que Teobaldo Visconti, que eligió el nombre de Gregorio X. Los Polo retornaron a Acre, donde fueron recibidos de inmediato por el nuevo Papa que solo les pudo ofrecer la ayuda de dos frailes dominicos, en lugar de los 100 sabios solicitados. Éstos frailes se llamaban Fray Nicolás de Vicenza y Fray Guillermo de Trípoli, que pronto les abandonarían ante el peligro musulmán. A los Polo no les quedó más remedio que continuar el viaje con algunos presentes entregados por Gregorio X, consistentes en ricas telas y una colección de exquisitos cristales tallados. Por cierto, en éste momento de nuestro pasaje, conviene recordar que el futuro Gregorio X, había llegado hasta Acre amparado en el séquito del príncipe inglés Eduardo, el que sería más tarde Eduardo I y en esa comitiva se encontraba un joven escritor que se había especializado en literatura artúrica, llamado Rusticello, que trabó amistad con Marco. El encuentro de los dos jóvenes fructificaría veintisiete años más tarde en una prisión de Génova. Paciencia, a ese episodio llegaremos.

El gran viaje

La segunda gran marcha de la familia Polo se había iniciado en Palestina, desde donde fijaron su primer objetivo, Ormuz, ciudad en la entrada del Golfo Pérsico que servía como terminal y distribuidor de innumerables caravanas, provenientes de los más remotos puntos de la India y China. En Ormuz, los Polo pensaban tomar una embarcación que les hiciera más fácil el largo viaje, pero cuando llegaron desestimaron esa posibilidad al comprobar la endeblez de lo que eran auténticos cascarones de nuez. Por tanto, decidieron llegar a Catay por vía terrestre asumiendo una ruta tan novedosa como peligrosa, ya que pocos europeos, por no decir ninguno, se habían atrevido a transitar por caminos que no fueran los propios de la seda. Así pues, nos encontramos a la tríada Polo afrontando marchas de 32 kilómetros diarios por toda suerte de terrenos.

Caminaron por llanuras agobiantes, disfrutaron de valles fértiles y treparon por montañas consideradas como las más altas del mundo. Les acecharon los bandidos,

pasaron hambre, estuvieron a punto de la congelación. Pero siguieron avanzando a pesar de todo, convirtiéndose en los primeros europeos que atravesaron el Pamir, así como el gran desierto del Gobi.

Esta dificultosa travesía culminó cuando tras tres años y medio de agotadoras caminatas se toparon con una avanzadilla del gran Khan de los mongoles, que conoedor de su llegada, había enviado un séquito para recibirles con la alegría y el entusiasmo que ya les demostró en su primer viaje. Kublai Khan, en aquel junio de 1275, se encontraba en su palacio de verano situado en Shangtu a unos 290 kilómetros al noroeste de Cambaluc y en el exterior de la Gran Muralla China.

Marco Polo tenía 21 años y gracias al largo tránsito había tenido tiempo de sobra para utilizar su talento y lucidez en el aprendizaje de las diferentes lenguas y dialectos del Imperio de Kublai. Eso provocó que aquél hombre de estatura mediana y profundos ojos negros (según la descripción que del Khan hizo el propio Marco), pronto se fijara en el joven occidental, encargándole diferentes misiones diplomáticas y funcionariales, mientras que Nikola y Mafeo se instalaban cómodamente en la corte imperial, ejerciendo como asesores personales de Kublai.

En cuanto a los idiomas que manejaba Marco Polo, sabemos que hablaba y escribía a la perfección, mongol, turco y persa, aunque también, poseía conocimientos superficiales del chino. El Khan decidió probar a su nuevo empleado asignándole una difícil misión en un punto remoto de su Imperio. Y Marco cumplió su tarea con tal éxito que el emperador decidió elevarle a la categoría de embajador personal.

Durante diecisiete años los Polo se mantuvieron al servicio del que empezaba a ser un anciano Khan. Marco tuvo en éste tiempo la oportunidad de convertirse en uno de los padres de la antropología moderna. Sus constantes viajes por el imperio más grande del medievo favorecieron sus dotes innatas de observador curioso por todo lo que le rodeaba. Contempló las maravillas de un mundo hasta entonces desconocido para Europa. Desde Corea hasta la India, pasando por Conchinchina, Shiang, Birmania, Tibet. Nada fue ajeno a la mirada humanista de Marco Polo, que guardó esas imágenes en lo más profundo de su retina.

Kublai Khan simpatizaba enormemente con los venecianos y les llegó a proteger de tal manera que, rápidamente, surgieron enemigos que miraban con recelo su presencia. Estos, por su parte, recordaban con nostalgia su patria, y pedían constantemente al Khan que les dejara marchar. Pero Kublai siempre se mostraba reacio a esa idea, por estimar muy útil la presencia de los Polo en su corte. Al fin, surgió la tan ansiada oportunidad de regresar a Venecia. Ésta no fue otra, sino la muerte de la mujer del Khan persa Argluin. La reina llamada Bulagan era de linaje mongol y exigió en su testamento que la sucesora fuera también procedente de Mongolia. A Kublai no le quedó más remedio que acceder a la petición de su vasallo persa. A regañadientes, dio el visto bueno para que los Polo y seiscientos de sus mejores guerreros, escoltaran a bordo de catorce naves a la joven princesa Cocacin,

destinada a ocupar el lugar de la fallecida.

La flota zarpó en 1292 y tras una larga singladura bordeando por Sumatra y las costas meridionales de Asia, llegaron hasta el golfo Pérsico, donde después de penosas calamidades, entregaron sana y salva a la princesa en su destino. De los seiscientos escoltas, tan solo quedaban dieciocho, pero habían cumplido la misión, y los Polo se sentían libres para volver a casa, pasando desde Armenia a Constantinopla, y desde allí, a Venecia. Era el año 1295 y habían transcurrido veinticuatro años desde su partida.

Marco Polo tenía 41 años cuando se instaló definitivamente en la ciudad de la gran laguna. Tanto él, como su padre y tío, aparecieron en Venecia muy cansados y con un aspecto irreconocible, vestían a la manera tártara y hablaban veneciano antiguo con un acento extrañísimo. De tal guisa que sus propios parientes no acertaban a reconocer en ellos a los que muchos años atrás viajaron hacia Oriente buscando fortuna. Éstos familiares, después de tanto tiempo, llegaron a la conclusión que los mercaderes habían desaparecido para siempre y con ese pensamiento vendieron todas las posesiones de Nikola y Mafeo.

A pesar de las malas noticias, los recién llegados organizaron una fiesta donde ofrecieron un fantástico banquete adornado por música y las increíbles narraciones traídas desde Asia. A éstos relatos los asistentes contestaron con estupor y asombro, situación que aumentó cuando los tres supervivientes desgarraron sus raídas prendas tártaras, brotando de ellas toda suerte de piedras preciosas como zafiros, esmeraldas y rubíes que Kublai Khan les había regalado por los servicios prestados durante tantos años. Con éste tesoro los Polo compraron una gran casa en Venecia, que curiosamente ya no abandonarían jamás, dedicándose al comercio, oficio que había dado sentido a sus vidas. Marco Polo se casó con Donata, con la que tuvo tres hijas llamadas Bellela, Marietta y Fantina.

En 1298 tendría lugar el suceso que iba a popularizar la aventura de Marco Polo. Eso ocurrió gracias al eterno enfrentamiento entre dos ciudades estado italianas, Génova y Venecia, que se disputaban la hegemonía comercial de la época.

En la batalla de Curzola, cerca del presunto lugar natal de Marco, las dos flotas contendientes trabaron un combate del que la escuadra veneciana salió mal parada. En esa escuadra, Marco Polo era capitán de una galera, no se sabe bien si ésta nave había sido armada por el propio Marco o si nuestro protagonista había sido movilizadado por una ciudad que no le contaba entre sus habitantes más notables. Pero lo cierto es que Marco Polo fue apresado y posteriormente encarcelado, a la espera del final de la contienda. En algún lugar de Génova, Marco Polo fue internado, y en ese sitio se encontró con un viejo conocido, Rusticello de Pisa, aquél que conociera en los orígenes de su gran viaje a Catay.

Para matar el aburrimiento Marco hacía alarde de sus dotes oratorias, recordando en voz alta todas sus aventuras y exploraciones al servicio del gran Khan. En un

principio ninguno de los presos le creyó, pero era tal la convicción de Marco Polo en sus descripciones que, al final, todos aceptaron la narración del veneciano como cierta e incluso su gran amigo Rusticello le propuso una colaboración, con el fin de plasmar en papel todas las grandezas que los Polo habían contemplado y conocido. Marco acometió ilusionado la nueva empresa, y mandó traer desde Venecia sus anotaciones y documentos. Cuando llegaron, los dos amigos se pusieron manos a la obra. Estaba a punto de nacer uno de los libros viajeros más famosos de todos los tiempos cuyo título original era El libro de Marco Polo, ciudadano de Venecia, llamado Millón, en el que se narran las maravillas del mundo, que después se tituló simplemente Libro de las maravillas del mundo.

Era el principio de la pasión viajera y desde entonces, muchos se preocuparían por ensanchar las fronteras conocidas.

El libro de las maravillas

Existen dos versiones sobre por qué Marco Polo recibió de sus conciudadanos el apelativo Millón o Millione. La menos arriesgada nos diría que Millione, es el diminutivo de Emillione, uno de los nombres de Marco. Pero la que todo el mundo ha creído y sostenido a pies juntillas es la que nos habla de un mentiroso y exagerado contador de fábulas. Vamos, que hoy en día, un millón sería lo que vulgarmente conocemos como un fantasma. Lo cierto es que los venecianos apenas creyeron en aquellas historias fantásticas y lujosas que Marco les intentaba contar año tras año. Ni siquiera cuando el libro se publicó a principio del siglo XIV, los pocos afortunados que lo tuvieron en sus manos, dieron crédito a esos textos tan asombrosos.

El libro de las maravillas del mundo nos muestra un compendio de las diferentes situaciones vividas por Marco Polo y su familia. Fue escrito en francés provenzal. Y a través de docenas de capítulos, bastante tediosos la mayoría, Marco, como buen mercader, trataba de describir minuciosamente la organización comercial, administrativa y política de los países que había visitado, pasando por el colorido fascinante del mundo oriental, sin olvidar acontecimientos guerreros y religiosos.

Aquella miríada de imágenes y recuerdos fueron bien canalizados por Rusticello, que afanosamente trataba de dar sentido literario a una más que posible desbordante imaginación. Pero a buen seguro, su experiencia como autor especializado en relatos centrados en el acontecer de la tabla redonda artúrica, le vino muy bien para dar forma al que sería el primer gran libro de viajes.

En el prefacio del relato, podemos leer lo siguiente "hasta hoy no ha habido hombre, cristiano o pagano, tártaro o italiano, o de cualquier raza... que haya explorado tantas de las varias partes del mundo y de sus grandes maravillas como éste mismo... Marco Polo". Después de lo anteriormente citado, el lector se dará perfecta cuenta de que nuestro protagonista hacía ya muchos años que se había quedado sin abuela. Algo parecido debieron pensar los ilustres venecianos cuando leyeron esta referencia a la grandeza de un desconocido Kublai Khan y su palacio, "todo de oro y

plata, decorado con pinturas, los techos adornados de manera parecida..., en el salón principal se podía servir de una vez a 60.000 personas, ningún hombre pudiera imaginar nada más perfecto en diseño y ejecución. El tejado llamea todo él de escarlata y verde y azul y amarillo y todos los colores... tan brillantemente barnizados que refulge como el cristal. Su centelleo puede verse desde muy lejos".

Marco Polo describió los paisajes de China, Vietnam, Birmania, Shian, Tibet, India y Persia entre otros. Nos habló sobre cómo vivían y pensaban las gentes que poblaban Oriente. Pero está claro que, seguramente, víctima de la emoción, confundió realidad con leyenda. Veamos lo que dijo sobre el tesoro interminable del Khan: "12.000 trajes preciosos de paño de oro donados por el Khan a sus principales caballeros; 156.000 trajes recamados de gemas y perlas con destino a los mismos caballeros para las trece grandes fiestas del año; 100.000 corceles blancos; 100.000 servidores personales; 5.000 elefantes, portadores cada uno de ellos de dos gigantes cajas de gemas preciosas, chapadas de oro y rico aderezo; innumerables camellos; 10.000 halconeros; tiendas cubiertas de millares de pieles de marta cibelina, y así sin número ni cuento".

Ni siquiera el propio Marco acertó a descifrar de donde venía semejante fortuna, llegando a pensar que, el desconocido para los europeos papel moneda, era el causante de tanta abundancia.

Marco Polo conoció el dinero de papel, la pólvora y la pasta alimenticia y todos éstos secretos orientales fueron dados a conocer a un estupefacto Occidente que no terminaba de reaccionar ante las maravillas descritas por uno de sus hijos que, al parecer, también participó de las excelencias de Kublai, sirviendo durante tres años como gobernador de una de sus más ricas ciudades, Yang-chou, de la que llegó a decir que tenía doce mil puentes, otros tantos talleres gremiales, además de un millón seiscientos mil familias censadas. Es difícil ratificar esto, porque tras muchas investigaciones en los anales de la ciudad, no se ha encontrado ni el más mínimo indicio sobre la presencia de Marco en la misma.

El libro de las maravillas del mundo no solo nos ofrece una visión mercantil y administrativa de Oriente, también, como ya hemos dicho, se detiene en innumerables hechos costumbristas y religiosos, por ejemplo, vemos a un enojado Marco Polo ante la costumbre que tenían algunos pueblos de incinerar a sus muertos. Se fija con detenimiento en el lugar que la mujer ocupaba en esa sociedad y, por supuesto, no elude hablar sobre religión y milagros de la zona. Nos cuenta cómo visitó Saba, encontrándose con la tumba de los tres reyes magos, afirmando que él mismo les vio en un gran recinto compartimentado en tres habitáculos, donde reposaban sus cuerpos incorruptos, quedándoles todavía piel y pelo.

El viajero narra situaciones criptozoológicas, como la del pájaro aguja, que defecaba diamantes en lugar de heces, o el ave roe, que viajaba hasta Madagascar para anidar y poner sus inmensos huevos. Tan grande era que, con una garra podía elevar a

un elefante para posteriormente soltarlo y comérselo.

Marco Polo también ejerció como etnólogo, recogiendo viejas historias populares, como aquella que le contaron las gentes de la ciudad de Tabas sobre el anciano de las montañas, uno de los reyes más legendarios de toda Asia. El anciano vivía en un palacio al sur del mar Caspio. Jefe de una secta islámica herética fundada en el siglo XI, pasaba ante sus súbditos por ser el vicerregente de Dios. Cerca de su palacio se hallaba un jardín que quería representar el paraíso, cruzado por ríos de leche, miel, vino y agua y surtido por una pléyade de hermosas doncellas. El anciano drogaba a sus súbditos jóvenes con hachís, para posteriormente internarles en el supuesto edén, haciéndoles pensar que estaban gozando de los placeres propios de los elegidos. Antes de salir, les volvía a drogar, y una vez fuera del recinto, los jóvenes solo pensaban en la posibilidad de volver y con esa promesa, el anciano les ordenaba todo tipo de asesinatos y venganzas sobre sus enemigos. Misiones a las que los nuevos asesinos se entregaban aún a riesgo de perder la vida, en el afán de poder regresar al paraíso perdido y seguir disfrutando de él.

En 1299 Génova y Venecia firmaron la paz, lo que propició que nuestro peculiar personaje regresara a su ciudad, dejando a Rusticello empeñado en la publicación del libro. Un año más tarde, murió su padre Nikola y al poco su tío Mafeo. El señor Millón, como le llamaba Julio Verne, no volvió a interesarse más por los viajes, permaneciendo desde entonces en su casa veneciana desde donde dirigía los negocios familiares recién heredados. La sociedad veneciana se tomó a burla el libro de Marco Polo, rechazando de plano lo que en él se exponía, fuera cierto o no, que de todo había.

El libro de las maravillas, del que hoy se conservan unos 200 ejemplares de aquellos años, no gozó del beneplácito popular y tuvo que esperar 150 años hasta que los viajeros del siglo XV lo tomaron como referencia ilustrada, para alentar sus futuras expediciones de conquista. Marco Polo, exagerado o no, abrió muchas puertas a humanistas, intelectuales y exploradores, que en otros siglos buscaron más allá de los límites permitidos, emulando al excéntrico señor Millón para los venecianos y audaz viajero para todos.

El 9 de enero de 1324, aquel pionero hacía testamento con casi setenta años. En su lecho de muerte sus amigos y confesores le imploraban una rectificación sobre sus mentiras y exageraciones, pero Marco, lejos de eso, les miró con la vehemencia del primer quijote, y sonriendo exclamó "No escribí la mitad de lo que vi".

Vaya este relato dedicado a la memoria de todos los millione, que con su entusiasmo hicieron de la tierra un sitio más agradable en el que vivir imaginando.

JUANA DE ARCO, LA DONCELLA DEL CIELO

"Mis voces provienen de Dios y nunca me han engañado"

Declaraciones de Juana de Arco en el juicio, donde se la condenó a morir como hereje en la hoguera.

Infancia, leyendas y guerra

Juana de Arco es uno de esos personajes carismáticos que Francia ha generado durante su historia. En ella confluyen los ríos de la leyenda y de la realidad y, gracias a su aparición decisiva, aquél país desmembrado por innumerables conflictos, comenzó a desarrollar la sensación de unidad nacional, que ya se había apuntado en los albores del reino franco.

Como buena parte de las historias épicas en la baja Edad Media, todo empezó a gestarse en el seno de las profecías ancestrales. Posiblemente en el siglo XV, el famoso mago Merlín hizo gala de su druidismo, afirmando que algún día Francia sería salvada por una doncella virgen llegada desde un bosque de hadas. Este augurio hubiese quedado como un mero cuento popular para niños de no ser porque las circunstancias agobiantes que rodeaban al delfín Carlos VII hicieron que aquella historia cobrara sentido en la figura de una niña nacida en el Este de Francia, llamada Juana.

En el siglo XV, Francia distaba mucho del país que hoy conocemos.

Las diferentes casas nobles estaban involucradas en contiendas de diversa índole, todo esto en el contexto de una de las guerras más largas y absurdas de la historia, nos referimos al conflicto sostenido por franceses e ingleses durante ciento dieciséis años (1337-1453), por el trono de Francia.

Cuando nace nuestra protagonista el 6 de enero de 1412, la guerra de los cien años entraba en el septuagésimo quinto año, encontrándose todas las partes sumamente agotadas por un extenuante esfuerzo bélico y económico. El poder feudal está más que cuestionado y, por si fuera poco, las dos grandes casas francesas malgastan esfuerzos en una guerra civil. De un lado los borgoñeses, aliados de Inglaterra y dominadores en buena parte del territorio francés. En el otro los armañacs, situados en el Sur, cuyo último gran reducto era Orleáns. En el tiempo de Juana de Arco, las dos facciones mantenían aspirantes al trono, pero ninguno de ellos reconocido por no haber sido coronados en Reims siguiendo una antigua tradición de los francos. Enrique VI, llamado el rey niño, fue proclamado en París, mientras que Carlos VII fue nombrado rey en Berry. Por tanto, el camino a Reims era el único para acceder al trono francés. Pero en ese trecho se hallaba un gran obstáculo, Orleáns. Esta ciudad situada en la cabecera del Loira fue sitiada en 1428 por un ejército inglés

enviado por el duque de Bedfor. Si esa localidad era tomada, caería todo el sur de Francia y, en consecuencia, el país entero sería conquistado por borgoñeses e ingleses. Tras el desastre de Harengs en 1429, la causa del delfín parecía perdida. Pero cuando Orleáns estaba a punto de ser tomada, apareció la virgen descrita por Merlín, y el paisaje de los acontecimientos tomó un rumbo inesperado.

Efectivamente, la fulgurante aparición de Juana de Arco en la historia francesa fue el golpe de timón necesario para encauzar un sentir nacionalista que se encontraba al borde del precipicio.

Ahora volvamos a la génesis de nuestro pasaje. Como hemos dicho, Juana nace a principios de 1412 en una familia campesina que habitaba en Domremy, localidad enclavada en la región de Champagne, que lindaba con los territorios controlados por los borgoñeses. Aún así, Domremy se mostraba leal a los intereses de Carlos VII.

Jaime de Arco era un agricultor que, aunque humilde, no se podía considerar como pobre, a pesar de eso, vio con resignada preocupación la llegada de un nuevo retoño a su hogar, era una niña y se convertía en la tercera de sus hijos. El bebé de cabellos claros y Ojos azules suponía una nueva boca a la que alimentar en tiempos de guerra. Sus otros dos hijos varones le podían ayudar en las tareas del campo, pero su nueva hija a la que puso de nombre Juana, poco podía hacer para aumentar el patrimonio familiar. Al parecer, los primeros años de la niña fueron de mucha felicidad, se la podía ver jugando con otros niños por el pueblo y sobre todo, cerca de un árbol que curiosamente llevaba el nombre de Arbol mágico de las hadas.

Siempre se comentó que Juana había sido pastorcilla de ovejas y vacas, pero esa afirmación hoy parece injustificada, más bien podemos decir que Juana mostraba dotes para el hilado y la costura. Y de no ser por unas extrañas voces que la niña escuchó en el verano de 1425, hoy no podríamos escribir este pasaje de la historia.

Hasta los 13 años de edad, Juana quería ser hilandera. Pero debido a un suceso que un médico podría explicar mejor que yo, esa niña dio los primeros pasos hacia uno de los momentos más desconcertantes de la historia emotiva de Francia.

Nadie sabe como ocurrió, ni cuantas veces sucedió antes de que Juana lo dijera. Pero lo cierto es que un día, estando ella en la iglesia del pueblo, escuchó una voz cercana a la que siguieron otras envueltas por un resplandor. La joven adolescente quedó extasiada ante la visión que ella identificó como el arcángel San Miguel, acompañado por las Santas Catalina y Margarita que entre luminosidad conminaban a Juana para que fuera en ayuda del legítimo rey Carlos.

En un principio, bien pudiéramos pensar que los cabos de ésta historia se unieron forzosamente ante la cruda realidad imperante. La leyenda que siglos antes pronosticara el mago Merlín estaba muy extendida Por la campaña francesa, y en una época de terror y confusión, lo que contaba Juana se prestaba a la perfección para dar luz al reino de las tinieblas.

Protagonista, figuración y paisaje, encajaban de forma precisa en la leyenda

popular. Por un lado la doncella, papel encarnado por Juana; también tenemos el bosque de roble, cercano a Domremy, donde destacaba el árbol mágico de las hadas, sitio elegido por Juana para sus juegos. Y al fin unas gentes ávidas de moral y estímulo, para soportar el penoso trance al que estaban siendo sometidas. Por tanto, no es de extrañar que bastante cerca de una exaltación religiosa histérica, los relatos de la niña comenzaran muy pronto a recorrer aquella comarca devastada por la guerra y el hambre. Todos necesitaban apoyo sobrenatural para superar aquello, y Juana se lo proporcionó de una manera u otra. Solo así se puede entender lo que ocurriría meses más tarde.

En mayo de 1428, Juana tenía 16 años y sus voces le dieron la indicación para que se pusiera en marcha y avisara al rey del gran peligro que se cernía sobre él. Abandonó Domremy para desesperación de su padre, y se dirigió a Vaucouleurs, donde gobernaba en nombre de Carlos VII Robert Baudrieurt. No la recibió de manera muy gratificante, mofándose de ella y expulsándola de la plaza con destino a su pueblo, llegando incluso a sugerir a un primo que la acompañaba, que una vez en Domremy lo mejor que podían hacer era propinarle una severa paliza para que olvidara su loca encomienda.

Mientras tanto, los sucesos en Francia se estaban desencadenando de forma trágica para los intereses del abrumado delfín Carlos. El 12 de Octubre de 1428, los ingleses sitiaron Orleáns ante la perplejidad de sus defensores. Todo hacía ver que en pocos meses la guerra estaría perdida. Fue cuando las voces de Juana se volvieron más contundentes e increpantes, en vano, la joven intentaba resistirse a ellas argumentando ser una pobre chica que no sabía montar, ni luchar. Pero no sirvió de nada, por que las voces reiteraron que solo era Dios el que mandaba en esta situación. En enero de 1429, Juana de Arco regresa a Vaucouleurs, y ante su tenacidad, Baudrieurt la recibe de nuevo escuchando atentamente lo que la adolescente tiene que contarle, y esto no es más que un aviso sobre una gran derrota que recibirá en pocos días el ejército de Carlos. La profecía fue hecha el 17 de febrero, y al poco, se confirmó con la estruendosa derrota de Harengs, muy cerca de Orleáns.

Después de esto, a Carlos VII no le quedaba casi ninguna opción, todo parecía perdido, y el delfín estaba resignado a su suerte. Todavía no sabía que su salvación en forma de doncella venía desde Vaucouleurs, vestida de hombre por voluntad propia, y escoltada por tan solo tres soldados que no eran muy conscientes de su misión trascendental. Estaban custodiando nada más y nada menos que el futuro de Francia.

El viaje del destino

No entiendo cómo es posible que el propio Dios diera consentimiento a la doncella para ayudar a un delfín al que todos consideraban idiota. Pero como ya se sabe, los caminos del señor son inescrutables.

Carlos VII era hijo de Carlos VI e Isabel de Baviera. Había nacido el 1403, y por lo tanto, cuando se encontró con Juana apenas tenía 26 años. Carlos, desde bien

pequeño, mantenía la incertidumbre sobre su origen legítimo. Esta duda era constantemente abonada por su madre Isabel, cuando afirmaba sin ningún rubor que su hijo era bastardo. A pesar de esto, la casa de los armañacs no tuvo más remedio que acudir a él por haber fallecido sus hermanos mayores. Legal o no, Carlos era el idóneo para asumir el trono de Francia.

Lo cierto es que, al no haber sido coronado en Reims (la ciudad estaba ocupada por los ingleses), sino en Berry, no se podía considerar a Carlos rey de los franceses. Y de momento se quedó en delfín.

El futuro Carlos VII era en sí mismo un contrasentido. Por un lado tremendamente piadoso y profundamente católico. Por el otro, fervoroso creyente de la astrología y diversas mancias. Se encontraba rodeado por una abundante corte de aduladores y conjurados, y no es de extrañar que Carlos pasara a la posteridad con el sobrenombre de Bien servido.

Hasta la llegada de Juana a Chinon, en marzo de 1429, casi todos los franceses habían asumido que Enrique VI, el rey niño, hijo del célebre Enrique V, sería el nuevo rey de Francia.

Pero Dios, San Miguel y las Santas Catalina y Margarita, habían pensado otra cosa. Y ese pensamiento fue grabado en la mente de una doncella analfabeta y algo embrutecida por los rigores del campo. Solo la convicción y la pureza de espíritu hicieron avanzar a la adolescente que tras dos días de espera consiguió al fin una entrevista con el heredero.

Tanto Carlos como su mujer Yolanda de Aragón, escucharon atónitos la exposición de la joven, y antes de aceptar la ayuda celestial que ésta les ofrecía, optaron por someter a Juana a un tribunal inquisitorial, donde se intentaría averiguar si la campesina era hereje, bruja o por el contrario decía la verdad. Esta oportunidad de ser testada por los inquisidores fue ganada a pulso, ya que Juana, previamente había descubierto una pequeña trampa puesta por Carlos, que sin mucha fortuna, se había disfrazado de paisano, enviando a otro vestido de rey para recibir a la doncella. Ésta eludió el saludo del falso, y buscó al auténtico entre la multitud, encontrándole para sorpresa de todos.

La mayoría de los cortesanos pensaban que Juana no era más que una loca visionaria. Entonces, ¿qué impulsó a Carlos a creerla?

En este punto, hay teorías para todos los gustos: por ejemplo, se cuenta que la doncella aclaró, con autorización sobrenatural, las dudas que el delfín mantenía sobre su linaje. Pero lo más seguro es que Carlos conociera las leyendas sobre la doncella que había de salvar a Francia. Aferrado a esa creencia por una situación militar desesperada, no es de extrañar que el heredero intentara jugar una última baza.

Juana de Arco fue enviada a Poitiers, donde la esperaban obispos, sabios y médicos dispuestos a evaluar de forma implacable la situación psíquica de la joven. El resultado no pudo ser más contundente: Juana no era hereje, y todo lo que hacía, o

decía, era motivado por la actitud más pura y fervorosa que ningún francés viera jamás.

Con el beneplácito de teólogos y demás sabios del reino, la doncella regresó a Chinon, dispuesta para cumplir con la misión ordenada desde el cielo: levantar el sitio de Orleáns y coronar al delfín en Reims como Carlos VII. Éste entregó gustoso a Juana un pequeño contingente compuesto por quinientos hombres con pertrechos propios de la guerra. La joven sólo aceptó una armadura, rechazando la espada que Carlos le ofrecía, y solicitando una que ella había visionado en sueños. Ésta debería encontrarse tras el altar de la capilla de Santa Catalina en Fierbois. Allí buscaron y efectivamente, en ese lugar fue hallada. Todo estaba listo para que Juana entrara en la historia.

Antes sucedieron algunas cosas que conviene comentar. El 22 de Abril de 1429, un documento llegó a Bruselas procedente de Lyon. Había sido escrito por un sire de Roslaer, y en él se hacía referencia a unos vaticinios hechos por la doncella, previos a que se produjeran los acontecimientos. Juana decía: " salvaré Orleáns y obligaré a los ingleses a levantar el sitio, seré herida por asta en batalla previa, pero no moriré de eso, y el Rey será coronado en el transcurso del verano venidero en Reims". Esto sucedió, y tal era la convicción de la joven, que incluso emplazó a los jefes militares ingleses a retirar sus tropas del suelo francés. Los británicos se enfurecieron ante la demanda, y se aprestaron para acallar definitivamente las voces de aquella insolente. En un movimiento arriesgado y audaz, Juana y sus hombres se adentraron en la ciudad sitiada, era el 30 de Abril de 1429.

En la presionada ciudad de Orleáns, Juana fue recibida de forma emotiva y entusiasta, y pronto Gilles de Rais, el que posteriormente sería nombrado mariscal de Francia, puso su espada al servicio de la que ya era doncella de Orleáns.

Los estremecidos defensores adoptaron las costumbres religiosas impuestas por Juana, rezaban el rosario y comulgaban diariamente. Su situación era crítica, y la desproporción con los ingleses era de tres a uno, pero contaban con la renovada moral traída por la doncella, y pronto fijaron el primer objetivo tendente a levantar el sitio de la plaza.

El 4 de mayo de 1429, Juana se despertó sobresaltada por una nueva orden de sus voces, había llegado el momento de atacar. Sus hombres la siguieron como uno solo hacía un enclave fortificado situado al Este de la ciudad, que rápidamente fue tomado. Era la primera victoria militar de Juana, y las tropas que dirigía se mostraban más determinadas que nunca para resolver la embarazosa situación. El 6 de mayo se reanudaron los combates, pero en esta ocasión los ingleses conocedores de la leyenda que guiaba a sus enemigos, se retiraron sin luchar, refugiándose en el castillo de les Tourelles, donde pretendían justificar su fama de invencibles. Juana y sus fanáticos leales siguieron con el ataque, lanzándose sobre los muros y almenas de la fortaleza. La propia doncella fue herida cumpliéndose así la profecía. Pero la sangre brotada no

hizo más que enardecer el ímpetu guerrero de los franceses, que bien dirigidos por Guilles de Rais, acabaron de forma exitosa la conquista del reducto.

El 8 de mayo los restos del ejército inglés abandonaban el sitio, sin ser perseguidos por los franceses al apiadarse Juana de ellos, por ser domingo. Orleáns había sido liberada, la leyenda popular ya era cierta. La noticia recorrió como la pólvora los caminos y campos de Francia. Todos al unísono aclamaban a Juana de Arco, que lejos de la complacencia, pedía insistentemente al delfín poder completar el deseo divino.

El efecto galvanizador de la nacionalidad francesa era imparable, la doncella guerrera era un símbolo inequívoco de unidad. Miles de hombres se querían sumar a la causa de Juana, que a pesar de situarse al frente de los ejércitos, nunca empuñó su espada sagrada para matar a nadie al no permitírsele su religiosidad. Ella únicamente tomaba la vanguardia e indicaba a los soldados el camino, y éstos terminaban el trabajo.

Tras limpiar la región del Loira de ingleses, el ejército francés siempre bajo el mando de la doncella de Orleáns, va tomando posiciones y ciudades que hasta entonces eran de imposible conquista. El 18 de junio de 1429, los franceses obtienen una gran victoria en Patay sobre el ejército inglés y sus refuerzos llegados desde París. Tras la caída de la ciudad de Troyes, llega el momento sublime tan buscado por la joven. El domingo 17 de julio de 1429 con gran solemnidad y estando Juana de Arco como testigo, el delfín Carlos es coronado definitivamente en la catedral de Reims, bajo el nombre de Carlos VII. Daría lo que fuera por saber que pensaba aquella campesina en ese momento místico para ella.

El triunfo de Juana no es fácil de soportar para el nuevo y envidioso rey que no ve con buenos ojos tanto halago hacia la doncella de Orleáns. Ésta decide acometer con entusiasmo frenético una campaña para la total expulsión de suelo francés del invasor inglés. Tras unos éxitos iniciales, Juana y una menguada tropa toman St. Denis sin oposición, pero se estrellan estrepitosamente contra las murallas de París donde la propia doncella es herida y retirada a duras penas por el Duque de Alenton. Los sucesos parisinos minan el prestigio adquirido por Juana, pero la llegada del invierno y con éste una tregua entre los contendientes, consiguen calmar la tensión que rodeaba a la esforzada guerrera.

El 29 de diciembre de 1429, Carlos VII tiene el último gesto de cariño hacia la doncella cuando decide que, tanto ella como su familia, entren a formar parte de la nobleza. Desde entonces serán conocidos con el título de Du Lis, utilizando azucenas en su escudo de armas.

La nueva aristócrata, desde su mundanal retiro invernal, recibe una visita de sus queridas voces. Éstas le anuncian que antes del día de San Juan Bautista (24 de junio), será apresada. El hecho se produce en mayo, cuando la doncella y quinientos soldados intentan defender la ciudad de Compiégne de los ataques borgoñeses. Al frente de

éstos se encontraba Juan de Luxemburgo, que tras dos ataques repelidos, al fin consigue refuerzos ingleses para lanzar una tercera y definitiva investida, lo que provoca una desordenada retirada de los defensores. Entre ellos se encuentra una Juana que quiere ser la última en salir de la ciudad, pero no lo consigue, siendo capturada por el borgoñés que, no obstante, concede a la famosa doncella un trato exquisito, a la espera de órdenes que le indiquen lo que se debía hacer con ella.

Los ingleses exigen que la prisionera les sea entregada, y al parecer pagan una fuerte suma por ello. Pero no podían juzgar a la doncella por la humillación a la que les había sometido, y en consecuencia, deciden comprometerla en un juicio por herejía. Cuentan con la complicidad de franceses afines a la facción de Borgoña, como el obispo de Beauvais, que casualmente ejercía su diócesis sobre la ciudad de Compiègne. Además, los ingleses obtienen el favor de la aturdida Universidad de París.

Todo estaba preparado para uno de los juicios más humillantes de la historia, sin que Carlos VII, rey coronado por Juana, quisiera hacer nada por impedirlo. Ese fue el agradecimiento mostrado hacía la mujer que posibilitó su reinado. Seguramente, la doncella de Orleáns se había convertido en un elemento demasiado perturbador para ese infeliz sujeto. Así pues, nadie movió un dedo para impedir que nuestra protagonista fuera internada en el castillo de Rouen, capital de Normandía, desde donde esperó resignada su suerte.

El fin de la pureza

Las condiciones de vida en una fortaleza del siglo XV no eran las más óptimas para una joven virgen de 19 años. Juana solicita ser recluida en las dependencias de una iglesia, donde puede ser asistida por mujeres, pero le niegan esta posibilidad, manteniendo su cautiverio en una celda custodiada por ingleses.

En enero de 1431, empiezan las sesiones preparatorias para el juicio, pero fue el 21 de febrero cuando Juana de Arco aparece ante sus jueces.

Una vez más, la doncella demuestra que la pureza es su virtud más poderosa, dejando a los inquisidores más que asombrados ante las respuestas.

A pesar de esto, le niegan toda clase de derechos como, por ejemplo, el de tener un abogado defensor, así como el de no poder asistir a misa ni recibir la comunión.

Juana soporta con estoicismo ilimitado su confinamiento en una jaula de hierro, encadenada por el cuello, manos y pies, y temerosa siempre de una más que posible violación a cargo de la soldadesca inglesa.

En aquellos tiempos, se pensaba que Satán nunca entraba en el cuerpo de una virgen, y durante el juicio, los inquisidores intentaron demostrar que la doncella había perdido su flor, pero no lo consiguieron. sí en cambio, obtuvieron exposiciones sencillas y muy coherentes, de una Juana que jamás perdió la compostura, sin que pudiera verse el miedo en su cara.

El 1 de marzo, la doncella pronostica que los ingleses en un plazo no superior a

siete años, pagarán un precio más alto que Orleáns, y efectivamente, esto se cumplió cuando seis años y ocho meses más tarde, perdieron París.

Las sesiones se tornaron virulentas, cuando los inquisidores intentaron verificar el origen demoníaco de aquellas voces que acompañaban a Juana. Ésta solicita la revisión de las actas que se hicieron en el primer examen al que fue sometida en Poitiers, pero lamentablemente estos documentos se habían perdido. Nada se podía hacer ante unos individuos dispuestos a la prevaricación, con el fin de servir a los intereses de los que les pagaban.

El 23 de mayo de 1431, cuarenta y dos, de un total de cuarenta y siete jueces, dictaron la sentencia final para la doncella de Orleáns. Esta no era otra sino la de morir entre llamas por una acusación de herejía, apostasía e idolatría. Aún tuvo la farsa un último trance, éste fue el de intentar hacer que la joven se retractara de su actitud diabólica. Pero Juana les respondió que solo Dios mandaba en ella, y que tan solo con su indicación, lo haría.

Después de esto, treinta y siete de aquellos confabulados enviaron a la prisionera al cauce civil. Y así, el 30 de mayo de 1431, se iba a consumir la pena.

Todo estaba dispuesto para la ejecución de la prisionera. Rouen era el sitio elegido, en el centro de su plaza vieja se apilaban numerosos troncos de madera sobre los que se levantaba una estaca. Ese sería el último escenario en la vida de la doncella de Dios. La situación que rodeaba aquello, solo se puede calificar de patética.

A Juana se le comunica su penoso destino por la mañana, le aceptan última confesión y poder tomar así la comunión. Después la conducen a la plaza pública, donde le espera una multitud expectante y apesadumbrada.

Antes de ser atada al madero, Juana solicita poder abrazar la cruz, esto se le concede, quedando fijada después frente a ella. Posteriormente la doncella empieza a recitar el nombre de Jesucristo, mientras los verdugos ponen fuego sobre una leña que se resiste a la quema. Inexorablemente, el humo y las llamas van cubriendo el rostro angelical de la doncella de Francia. Sus enormes ojos azules se cubren de lágrimas ante la visión de la cruz, sin dejar de pronunciar el nombre de Jesús. Todos quedan estremecidos ante la pureza de la joven, incluso sus más fieros enemigos no pueden evitar el llanto. Ya es tarde, todo ha terminado. Juana de Arco está muerta y sus cenizas serán esparcidas por el río Sena.

En 1455, se inicia un proceso de rehabilitación bajo los auspicios de la Santa Sede que, tras muchas investigaciones, declara ilegal el juicio anterior, reprochando la actitud del rey de Francia, y de su Iglesia. En los siglos siguientes, Juana pasa de ser una bruja, a todo lo contrario.

En 1869, la causa de Juana de Arco es defendida ante Roma por Monseñor Dupanloup, obispo de Orleáns. Tras los trámites necesarios y confirmados los requeridos milagros, el 11 de abril de 1909 Juana era beatificada por Pío X. Encontrándonos el capítulo final de ésta historia en 1920, cuando Benedicto XV

canonizó a Juana de Arco, que desde entonces, sería la Santa patrona de Francia.

Esta es la historia de una niña analfabeta de Domremy, que un día jugando en su querido árbol de las hadas, sintió la llamada de Dios, animándola para que ayudara a su país y a su rey de los que sólo recibió el desaire y la muerte.

Su impulso alentador unió a los divididos bajo una causa común, siendo su aparición fulgurante la chispa adecuada para encender el fuego donde se forjaría el nacimiento de una nación. Aunque ese fuego quemó su inocente carne. Triste final el que dieron los hombres a una doncella surgida del mundo mágico de las hadas. ¿Quedarán otras?

LEONARDO DA VINCI, HOMO UNIVERSALIS

"Ninguna investigación humana puede ser llamada verdadera ciencia sin pasar por las pruebas matemáticas. Para mí, todas las ciencias son vanas y llenas de errores si no han nacido de la experiencia, madre de toda certidumbre, y si no han sido comprobadas por la experiencia"

Frase que encierra el pensamiento científico de Leonardo Da Vinci.

Los primeros pasos

Leonardo Da Vinci es uno de esos ejemplos admirables que nos reconcilian sin atajos con la humanidad. Su mente prodigiosa cabalgó por territorios ignotos del conocimiento. Sin duda fue un adelantado en uno de los momentos más brillantes de toda la historia humana.

El renacimiento iluminó la penumbra dejada por el medievo y uno de los faros que propiciaron esa luminosidad fue Leonardo, que como no podía ser de otra forma, se convirtió sin pretenderlo en el puente necesario que uniera dos orillas como eran el Quattrocento y el Cinquecento italiano.

Con Leonardo nació el artista intelectual. Hasta entonces, pintores, orfebres, escultores, etc., no se podían considerar pertenecientes a una élite integrada por filósofos y escritores.

La aparición decisiva de nuestro protagonista logra que las dos familias se fundan en una sola para iniciar un camino común que arribará en nuestros días.

Cuando alguien preguntaba a Leonardo por el oficio en el que se encontraba más cómodo, siempre obtenía idéntica respuesta de éste: "por encima de todo me considero inventor", nadie puede discutir que Leonardo no inventara; es cierto que nunca llegó a ver sus Invenciones convertidas en realidad, pero su imaginación desbordante traspasó todas las fronteras conocidas.

Aquel explorador del saber, en sus 67 años de vida, fue capaz de acopiar tal cúmulo de conocimientos que, aún hoy, sigue sorprendiendo a propios y extraños. Ninguna disciplina se escapó a su desmedida curiosidad: pintura, ingeniería, medicina, botánica, alquimia, sin olvidarnos de la gastronomía, diseño textil, protocolo...

Buena parte de lo que aprendió y algo de lo que imaginó, quedó plasmado en sus famosos cuadernos, pequeñas obras donde Leonardo nos hablaba de su experiencia vital. Doscientos dieciocho códices con un total de siete mil páginas, es el legado escrito que Leonardo dejó para la posteridad.

Seguro es que tenía mucho más que ofrecer, pero el miedo a su época, unos coetáneos temerosos de lo intangible, provocó que no sólo escribiera más, sino que los textos fueran encriptados para patrimonio de mentes lúcidas y no otras.

Vamos a disfrutar en este pequeño relato recordando la vida de un genio, pero también lo haremos deteniéndonos en la existencia de un hombre que no permanecía ajeno ante los acontecimientos propios del periodo por el que le tocó transitar.

Leonardo vino al mundo el 15 de abril de 1452. El lugar de nacimiento lo encontramos en un viejo caserío situado en las inmediaciones de Vinci, una pequeña localidad toscana a unos treinta kilómetros de la esplendorosa Florencia.

Era hijo bastardo del notario Piero da Vinci, hombre que no tuvo mucha suerte a la hora de tener vástagos legítimos, ya que de sus cuatro esposas, solo pudo obtener un primogénito oficial (Antonio) en el tercer matrimonio y eso ocurrió en 1475.

Sobre su madre se sabe muy poco, al menos su nombre Catherina, una campesina de Vinci que tras ceder a Piero el fruto de su amor ocasional, se casó con un humilde hornero de la zona.

Leonardo soportó francamente mal la ausencia materna y ésto al parecer influyó notablemente en su actitud ante las circunstancias.

El pequeño niño, a pesar de no estar inscrito en la legalidad vigente, estuvo bien considerado por la familia paterna, sobre todo por su tío Francesco y por su abuelo Antonio, que también pertenecía al gremio notarial y formaba parte de la pequeña burguesía toscana.

Piero era claramente pródigo en amoríos carnales y el resultado de tanto ayuntamiento fue de doce hijos, diez de los cuales eran niños y otras dos niñas.

El joven Leonardo fue creciendo dentro de un ambiente cultural algún punto superior a la media de aquel entonces. Era un muchacho fuerte y sano, siendo de rostro bastante agraciado, detalle que le abriría alguna puerta como veremos después.

Cuando cuenta con la edad de 17 años, abandona su lugar natal. Ya por entonces conoce perfectamente el latín gracias a la instrucción recibida por el párroco de Vinci. Además, su familia le ha procurado una buena educación, lo que le distingue sobre otros jóvenes de su entorno.

En 1469 padre e hijo llegan a Florencia. La hermosa ciudad estaba alcanzando la

cúspide de su renacimiento y aceptaba de buen grado las aportaciones de artesanos e intelectuales, todo bajo el amparo de los Meddicci. En ella crecían como setas numerosos talleres gremiales creadores de maravillas como jamás se habían visto hasta entonces.

Era el momento justo para que el futuro genio irrumpiera en los anales de la historia. Una oportunidad que Leonardo no estaba dispuesto a desaprovechar.

Tras unos primeros meses en los que destaca por sus originales dibujos, Leonardo logra que su padre le presente a uno de los grandes artistas florentinos, Andrea Verrocehio que, complacido por los bocetos mostrados, acepta tutelar al joven.

Forja de artistas

Verrocchio, como cualquier artista destacado de su época, regentaba un taller artesano donde se daban cita, en torno al maestro, una cohorte de personajes ávidos de aprender todo lo relacionado con la artesanía (pintura, escultura, música). El taller era bullicioso como la ciudad que lo contenía. Por él se movían libremente aprendices, recaderos, cocineros o ayudantes del principal. Es ahí donde el joven Leonardo consigue la lumbre inspiradora para encender la hoguera de su gran talento multidisciplinar.

La belleza del muchacho, junto con su habilidad para el dibujo, facilitó las cosas que permitieron su incorporación definitiva al servicio del florentino.

Los primeros vestigios sobre la participación de Leonardo en aquella aula del arte los encontramos en sus más que seguros posados como modelo en diferentes obras de escultura y pintura. Por ejemplo, los notables exégetas leonardescos coinciden al afirmar que una de las obras más famosas de VerTocchio, su David de bronce, se basó en el bien proporcionado cuerpo de nuestro genio. También podemos intuir a Leonardo en el cuadro Tobías y tres arcángeles, donde aparecería encarnando la figura del arcángel San Miguel que en compañía de San Rafael y San Gabriel, irían escoltando a Tobías. Éste, tras su salida de la bíblica ciudad de Nínibe, buscaba solución a la ceguera de su anciano padre. En estas obras encontramos a un Leonardo de 19 ó 20 años dispuesto para asumir su lugar en el mundo.

Durante los años que permaneció al lado de Verrocchio, nuestro joven no solo desarrolló sus dotes como pintor, sino que también empezó a interesarse por otras materias, tales como música, matemáticas o gastronomía. En total Leonardo estuvo unos siete años en aquel hermoso taller.

En 1472 le podemos ver inscrito en la cofradía de San Lucas, que era por ende una especie de asociación de pintores florentinos.

En 1476 se produjo un hecho que no podemos obviar. Leonardo cuenta 24 años y es acusado junto a otros tres jóvenes de haber abusado sexualmente de un modelo adolescente que posaba para ellos. La acusación se realizó de forma anónima, un papel fue depositado en el cajón que los meddicci (clan gobernante de Florencia),

tenían habilitado para que los florentinos dejaran allí todas las cuestiones que les preocuparan (sugerencias, imputaciones, petición de juicios). La sodomía en aquél tiempo no estaba tan mal vista como algún siglo después, lo que provocó que Leonardo y sus amigos salieran de rositas de aquel episodio.

No se sabe si por ésta o por otra circunstancia, al poco de producirse el juicio, Leonardo abandonaría definitivamente el taller de su maestro. Llegada era la hora de volar libre. Leonardo da Vinci se establecía por su cuenta.

El reciente maestro pone en práctica todos los conocimientos adquiridos al lado de Verrocchio. Durante su época en el taller había participado en algunas de las obras allí creadas, como fue el caso del Bautismo de Cristo (1472-75), donde Leonardo aportó uno de los dos ángeles mostrados en el cuadro. También se le supone una intervención en La Anunciación (1475-77) que hoy podemos contemplar en la galería de los Uffizi en Florencia. La que se considera primera obra genuina de Leonardo es Ginebra de Benci (1474-75), donde se adivina el estilo característico que acompañaría al pintor a lo largo de su vida.

1478 marca el arranque profesional de un Leonardo da Vinci cada vez más obsesionado por indagar en la naturaleza del ser humano y su entorno. En ese año empieza a descollar de tal manera que pronto recibe los primeros encargos provenientes de la iglesia y nobleza florentinas. Comienzan las anotaciones en sus increíbles cuadernos, uno de los factores estimulantes para su intelecto. Nada escapa a la visión vanguardista e innovadora de un Leonardo viandante por los caminos de una creatividad sin límites.

A pesar de su genialidad no estaba desprovisto de influencias, por supuesto la de su maestro Verrocchio. A ésta podemos añadir las de Lorenzo di Credi, Pollaiuolo o el joven Botticelli.

El maestro empieza a sumergirse en un mundo imaginativo, la soledad es su fiel compañera, largos paseos por Florencia y sus campos; obras que no llegan a concluirse. Mil ideas se agolpan en la mente del creador y es muy difícil darles paso una a una.

En la ciudad predomina la guerra como asunto de conversación y Leonardo se involucra bosquejando los primeros rasgos sobre artilugios militares. Quiere ser un todo, dentro de todo. Son los primeros apuntes del hombre universal.

Mientras tanto, los monjes florentinos de San Donato en Seopeto le dan la posibilidad de pintar un cuadro donde se represente la adoración de los magos. Antes había abandonado su obra sobre San Jerónimo, cuadro que de haberse terminado hubiese supuesto una pequeña revolución en el Quattrocento. Aún así, La Adoración de los Magos (por supuesto también inacabada), supone la primera gran obra reconocida para Leonardo da Vinci.

Corría el año de 1481, tenía 29 años y sintió que Florencia se le había quedado pequeña, imponiéndose el reto de buscar nuevas aventuras para su alma extravagante

y bohemia.

Mecenazgo milanés

Con 30 años cumplidos Leonardo da Vinci sale de Florencia rumbo a Milán para iniciar la que han considerado sus estudiosos como etapa más fecunda y feliz del genio.

En Milán permanecerá diecisiete años, siempre al servicio de la casa Sforza, cuyo jefe principal no era otro que Ludovico, duque de Milán, llamado "el moro" por su tez oscura. Leonardo había logrado obtener de Lorenzo "el magnífico" (cabeza de la familia Medici) una carta de recomendación que le presentara ante los Sforza. La epístola le fue entregada con gusto en premio a los exquisitos trabajos realizados por el Vinci en las posesiones Medici. Además de ésta acreditación, Leonardo había hecho llegar al Sforza otra misiva bastante laudatoria sobre sí mismo.

Qué mejor prueba de genio que intentar lo imposible, crear máquinas más allá de las barreras del tiempo. Un diseño sobre el vuelo instrumental (Codex B. Institut de France, París).

En ella se ofrecía como un auténtico pluriempleado de la época, pues afirmaba que disponía de todos los conocimientos para desarrollar disciplinas científicas como la ingeniería militar e hidráulica y una magnífica formación artística que le permitía pintar, esculpir y diseñar como el mejor. Tan buen currículum debió fascinar al moro que, sin pensarlo más, contrató al florentino poniéndole bajo su mecenazgo.

1482 es un año de cambio para Leonardo. Florencia era una ciudad pequeña comparada con Milán y sus ambientes culturales se mostraban distintos. Quizá las intenciones refinadas y aperturistas de la corte milanés favorecieron el desarrollo humano y creativo del recién llegado maestro florentino.

Leonardo disfrutaba enormemente con los trabajos que Ludovico le va encomendando. Una de las misiones fundamentales era la de crear escenarios de placer para Milán. Así, nuestro protagonista se convierte por méritos propios, en maestro de ceremonias vistosas y espectaculares: organiza eventos, diseña moda, escribe cuadernos de protocolo y humor para amenizar ensoñadoras veladas. Todos se rinden ante el ingenio de Leonardo y éste, agradecido por la acogida dispensada, se sigue entregando con entusiasmo a su frenética actividad.

Pero no solo de algarabía y lujo se nutría su talento. En estos años la colorista Milán de los Sforza ofrece a Leonardo momentos de inspiración sublime, que él se encarga de transformar en brillantes ejecuciones pictóricas. Aquí aparece su primera versión sobre la Virgen de las Rocas, donde destaca la extremada delicadeza de los efectos atmosféricos; Dama con Armiño, una de sus pinturas más elogiadas; el cartón con Santa Ana, la Virgen, el Niño y San Juan y como no, una de las obras magnas de todo el Renacimiento, nos referimos a su última Cena, trabajo que fue realizado para el convento de Santa María delle Grazie.

Los experimentos de todo tipo dominan el periodo milanés de Leonardo. A las

creaciones pictóricas hay que añadir las de ingeniería y arquitectura. En este tiempo participa en la construcción de numerosos edificios que marcarán decididamente el alto Renacimiento italiano.

Leonardo intuye como pocos, la utilidad del agua como vehículo de vida, diseñando diversas e importantes obras hidráulicas tendentes a mejorar la situación urbanística de Milán.

Dibujó bocetos donde se podían ver invenciones militares tan asombrosas que, nadie especuló con la posibilidad de hacerlas realidad.

Como ya hemos comentado para tristeza del inventor, nada de lo que imaginó se hizo tangible.

Leonardo siguió escribiendo en sus cuadernos sobre otras cuestiones como matemáticas, geometría, botánica o anatomía. En este sentido, consiguió permiso para intervenir y diseccionar más de treinta cadáveres (casi todos de reos ajusticiados) en los que investigaba con pasión músculos, tendones y vísceras, deteniéndose en los pormenores del ojo humano.

Estos estudios del cuerpo le fueron muy útiles a la hora de seguir ahondando en su búsqueda incesante del alma.

Leonardo consiguió que su día tuviera veinticinco horas, por la mañana pintor o arquitecto, durante la tarde ingeniero o botánico, la noche la llenaba de fiestas y placeres, dejando la madrugada a la práctica forense.

Claro está que, en cualquier momento de la jornada, podía llegar la inspiración y entonces soltaba todo para entregarse por completo a la meditación, único alimento que recibía la mente más lúcida y privilegiada del gran Renacimiento italiano.

Quién sabe si, entre tanta trascendentalidad, pudo entresacar algún minuto para el amor terrenal, seguramente sí, pues a su lado estaba Atalante (10 años menor que él), que fue uno de los primeros cantantes de pastoriles italianas, y al que también cabe el gusto, según dicen, de haber sido pareja formal del ocupadísimo Leonardo da Vinci.

Ludovico el Moro mantenía la ilusión de poder rendir culto a la memoria de su padre Francesco fundador de la dinastía Sforza. Lo quería hacer en forma de la mayor estatua ecuestre que jamás se hubiese levantado. Para ese fin pensó en su fichaje más luminoso, que lejos de asustarse ante semejante petición, aceptó gustoso el reto, poniéndose a trabajar en sugerentes bocetos. La estatua ideada ofrecía un tamaño enorme para su época, ya que suponía el doble de lo normal.

Leonardo realizó una maqueta utilizando yeso y madera, pero no pudo terminar con la tarea asignada, los ballesteros del rey francés Carlos VIII se lo impidieron. Con la llegada de los franceses a Milán en diciembre de 1499, termina el periodo feliz de nuestro genio favorito.

Leonardo, artista intelectual

A su período de estancia en Milán hay que atribuir la mayor fertilidad de su

legado. En esos años pinta, construye, diseña, inventa y escribe la mayor parte de sus códices testimoniales. Como ya hemos referido, hoy se conservan doscientos dieciocho de aquellos cuadernos con unas siete mil páginas escritas al revés, por el miedo que siempre tuvo Leonardo a sus contemporáneos. La única solución para su lectura era situar el códice frente a un espejo. Gracias a estos textos, hemos averiguado mucho acerca de la personalidad abrumadora de nuestro zurdo protagonista.

De todas sus invenciones debemos resaltar varias, pero obligado es empezar por la que alcanzó mayor notoriedad, hablamos del famoso carro blindado de combate, vehículo accionado mediante manivelas que utilizan como fuerza motriz los músculos del conductor y cuya defensa consiste en una coraza cónica.

Tan novedosos como adelantados, resultaron sus diseños sobre naves acorazadas, submarinos o trajes de buzo. No debemos olvidar en estas líneas de guerra leonardescas, fusiles repetidores, ametralladoras, bombas de fragmentación, armas químicas, máscaras antigás o un sorprendente modelo de helicóptero. Nada escapó a la intuición del visionario, convirtiéndose en vanguardia pensadora de lo que llegaría por desgracia, siglos más tarde.

En cuanto a la mecánica e ingeniería, sobresalen sus máquinas destinadas a la construcción y mejoramiento de ciudades y cauces fluviales.

El mejor ejemplo lo constituye una grúa móvil muy parecida en concepción a las que hoy se utilizan en cualquier obra. También destacan sus apuntes sobre la creación de un primigenio buque de dragado o excavadora flotante que podía ser empleada para facilitar el tránsito naval por los ríos.

Leonardo pensó en ciudades futuristas con varios niveles por donde discurrirían separados peatones y carruajes. En esa urbe existiría una compleja pero perfectamente vertebrada instalación de calefacción central.

igual de interesantes resultan sus estudios sobre aerodinámica. Las indagaciones efectuadas sobre el vuelo de las aves darán como resultado ornitópteros, aparatos voladores para un solo ocupante, movidos por la fuerza muscular de las piernas y donde se puede ver un timón direccional.

Por si fuera poco, en 1510 inventa un molino de aire caliente basado en el principio de la rueda de palas y en el aprovechamiento del calor residual. El mismo sistema será utilizado en otro de sus artilugios, haciendo que el motor sea propulsado por agua, convirtiéndose así en precedente de los medidores de caudal utilizados posteriormente.

Todos estos artefactos estaban reforzados por las ideas que Leonardo dio para su construcción, con el fin de hacerlos factibles.

El excéntrico sabio tiene 47 años cuando por temor a la guerra se ve obligado a huir de la ciudad que con tanto entusiasmo le había acogido durante diecisiete años. Entre sus pertenencias se cuentan más las intelectuales que las materiales, aunque

pobre no era.

Por entonces ya había servido a dos de las más importantes casas de la época, las ya desaparecidas Médicci y Sforza, de las que había recibido más prestigio que oropel. Obligado estaba, por tanto, a buscar el amparo de nuevos mecenas.

Pasa un tiempo en Mantua, llegando después a una Venecia enzarzada en disputas bélicas con los turcos. Esa situación le permite seguir alentando su enardecido espíritu inventivo. Bien es cierto que Leonardo odiaba profundamente todo lo que supiera a violencia o guerra.

En 1502 regresa a su querida pero muy cambiada Florencia, donde se encuentra con César Borgia, hijo del papa Alejandro VI. César encarna sin discusión, la figura prototípica del hombre renacentista, y pronto surge entre ellos una simpatía y curiosidad mutuas.

Leonardo incrementa su lista de oficios, realizando numerosos trabajos para la casa Borgia, como topógrafo de campo y revisor de las diferentes fortificaciones militares que los Estados Pontificios mantenían en el centro de la península italiana.

Otro de los personajes relevantes al servicio de César es un Maquiavelo recién aparecido en el escenario político de ese tiempo y todavía lejano de las letras que le inmortalizarían. La fuerte personalidad de César Borgia inspiró a Niccola Maquiavelo para escribir en 1513 "El Príncipe", una de las obras fundamentales del Cinquecento italiano.

Pero en los meses que permanecieron juntos los tres notables, Maquiavelo no era todavía el gran comediógrafo que años más tarde fue. Llevaba tan solo cuatro años en la política y nada más conocer al genio, se confesó profundo admirador de éste, ayudándole en la obtención de encargos públicos una vez que Leonardo abandonara el mecenazgo Borgia.

En 1503, Florencia se halla en medio de una guerra con la vecina ciudad de Pisa. Leonardo colabora como ingeniero militar intentando desviar el cauce del río Amo con el fin de menguar la resistencia pisana. La operación es un fracaso que no desacredita al ilustre florentino, muy empeñado en algunas pinturas que le servirán de pasaporte para su incorporación definitiva a la galería de los principales creadores universales. Una de esas obras fue la inacabada Batalla de Anguiari, donde se refleja la victoria de Florencia sobre Pisa. Pero sin duda, la más celebrada es la considerada por todos los especialistas como la pintura más famosa del mundo, nos referimos a Monna Lisa.

Leonardo da Vinci crea nuevos conceptos científicos y artísticos, sobre los primeros algo hemos esbozado, artefactos, maquinarias y herramientas. En definitiva, nuevos postulados integradores de teorías existentes y muy innovadores en cuanto a pensamiento y diseño.

Desde la visión artística hay que atribuirle la génesis de un lenguaje pictórico, el sfúmato. Éste fue su gran recurso técnico con el que consiguió la dituminación de

paisajes y contornos.

Leonardo intuye el espesor transparente del aire. La atmósfera contiene para el genio, densidad y colorido, solo hay que saber interpretar cada situación, con eso, es suficiente para entrar en un juego de transmutaciones y fundidos realmente sugerentes. Con el sfumato, Leonardo logra acercarse a su ansiado sueño de belleza ideal cuando fusiona lo cósmico con lo humano, creando un cenit universal. Fiel reflejo de todo lo expuesto anteriormente, es la sonrisa de una florentina llamada Lisa.

La Gioconda supone una de las culminaciones apoteósicas del Renacimiento. En este retrato (de toda la obra leonardesca, es el único en el que no se ha cuestionado su autenticidad) el maestro florentino vuelca toda su ambición y sabiduría, obteniendo el resultado que hoy todos podemos ver en el museo del Louvre de París.

Los investigadores deducen que la modelo era Lisa Gherardini, una joven de 24 años, casada con un mercader llamado Francesco Bartolomeo del Giocondo. En principio, la obra no debía ser más que un encargo de los que habitualmente la burguesía solicitaba a los artistas, pero pronto, Leonardo queda prendado por la belleza de Lisa, iniciando una ilusionada actividad que se prolongará casi cuatro años, hasta conseguir la perfecta simbiosis de figura y naturaleza. En la Gioconda podemos contemplar a un Leonardo da Vinci en su total esplendor de artista intelectual, que lejos de entregar su mejor obra a las profanas manos del Giocondo, la convierte en su indiscutible compañera de viajes, hasta la consumación de sus días en la tierra.

Aquella muchacha de serena sonrisa etrusca fue sin saberlo, la mejor pareja de un hombre que, sin tocarla físicamente, la poseyó.

Tras el acabado de la Monna Lisa en 1506 llegarían otras obras, pero ninguna, antes o después, tuvo el calado popular de ésta.

A la muerte de Leonardo quiso la providencia que su último protector, el rey francés Francisco I, se hiciera con la propiedad del cuadro por la módica suma de 12.000 francos. Esa compra casi simbólica, propició que hoy podamos seguir maravillándonos ante el mejor retrato jamás concebido.

En 1506 con su ya inseparable Gioconda bajo el brazo, viaja rumbo a Milán para iniciar en esa ciudad un segundo periodo contratado por los franceses invasores de los que tiempo atrás había huido.

Trabaja al servicio de Carlos Chaumont, mariscal de Amboise, para posteriormente, recibir los encargos del mismísimo Luis XII de Francia, que por aquellos días, andaba establecido en Italia. A esta época, hay que atribuir la realización de su segunda Virgen de las Rocas, así como el acabado de una de sus obras favoritas, Santa Ana, la virgen y el Niño.

Continuó con la ingeniería y participó en el diseño y bocetos de una estatua ecuestre dedicada a la memoria de Gian Giacomo Trivulzio, comandante de las fuerzas francesas de la ciudad.

En estos años milaneses encontramos a Leonardo como sabio consagrado y

reconocido. Todos respetan su lucidez abrumadora que le permite seguir investigando en los misterios de la vida. Profundiza en sus averiguaciones matemáticas, descubre secretos botánicos, mantiene vigente su vegetarianismo a ultranza, pues piensa que los omnívoros no son más que vulgares comedores de cadáveres que convierten sus decadentes cuerpos en cementerios de carne. Visita los mercadillos comprando todas las aves que puede y las suelta para que vuelen libres, evitándoles así un angustioso final.

El artista intelectual sigue cultivando su idilio permanente con la naturaleza, que es a lo único que puede recurrir cuando todo falla. En esa naturaleza se encuentra la vida y por lo tanto, la belleza. Solo con ella se inspira nuestro genio creador.

En 1514 el fulgor de Leonardo llega a Roma. Los Medici vuelven a ocupar el poder esta vez en el Vaticano y desde la eterna ciudad reclaman a Da Vinci. Es entonces cuando el destino nos entrega una de esas situaciones cumbres de la historia. Tres de los más grandes artistas que vieron los siglos se reúnen sin pretenderlo en un mismo punto. Más genialidad no se puede contener en menor espacio. Miguel Angel, Rafael y Leonardo coinciden en Roma bajo los auspicios del Papa León X.

Leonardo se aloja en el Palacio de Belvedere, que era a la sazón residencia veraniega del sumo pontífice. En sus lujosas estancias, nuestro protagonista se dedica por completo a la realización de experimentos científicos y técnicos. Pero pronto saltan chispas en la relación que mantenían los tres genios y lo cierto es que, en esos momentos del Cinquecento, el empuje de Miguel Angel (23 años más joven que Leonardo), hace que el maestro florentino tome la decisión de aceptar la invitación que desde Francia le hacía el nuevo rey Francisco I.

De su legado artístico romano podemos destacar la que se considera como última obra acabada por Leonardo, nos referimos al cuadro donde se muestra a un turbador y enigmático San Juan Bautista (Louvre de París).

En 1515 llega al trono de Francia Francisco I. Éste conoce a la perfección los trabajos y las inquietudes de Da Vinci y, desde su país, oferta un mecenazgo consistente en alojamiento, renta, y lo principal, libertad de acción para que el sabio pueda desenvolverse a sus anchas.

Por lo que sabemos Leonardo aceptó de buen grado, ya que, por aquel tiempo el hastío y la melancolía habían hecho presa en él. Era momento para buscar nuevos paisajes y los encontró en la región de Turena. Allí, el rey le cedió un pequeño castillo palaciego en Cloux, muy cerca de Amboise, donde desarrollaría sus actividades postreras rodeado por sus discípulos, además de una pequeña servidumbre.

Leonardo se instala confortablemente, llenando las estancias del Château con los recuerdos de su azarosa vida y, por supuesto, con sus cuadros favoritos.

El rey le asigna una pensión de mil ducados anuales. Y cuenta la hiStoria que, lejos de atosigarle con encargos, lo único que busca en él es la conversación del filósofo, del humanista, en definitiva, del hombre sabio que persigue afanosamente la

eternidad; ¿Quién sabe si a través de la magia o la alquimia?

Leonardo recupera su viejo oficio de organizador de fiestas y para una de esas celebraciones, inventa un león mecánico que hace las delicias de los asistentes. Pero la enfermedad se va adueñando de un avejentado maestro que, estremecido, se percata de la parálisis que poco a poco invade su brazo derecho que aunque no es impedimento, pues Da Vinci era zurdo, hace que no vuelva a pintar.

En 1519, con 67 años recién cumplidos, el paradigma del Renacimiento se siente morir. El 23 de abril de ese mismo año, ordena la confección de sus últimas voluntades. En éstas cede lo material a sus alumnos más aventajados, entre ellos Francesco de Melzi, que se convertirá en su principal beneficiario.

Al fin, el 2 de mayo de 1519, el genio visionario más grande de todos los tiempos, pasaba a formar parte de la inmortalidad más gozosa. A su lado se encontraban los discípulos y, frente a él, la sonrisa de la Gioconda.

Su cuerpo mortal fue sepultado en la capilla de San Florentino Amboise, sitio poco apropiado para albergar restos tan principales. El olvido y la ruina posterior hizo que la tumba casi se perdiera.

En 1874 los supuestos huesos del Vinci fueron enterrados por el conde de París en la capilla de Saint Hubert, donde reposan actualmente.

Así vivió y murió el talento más adelantado. El primero que entendió la intelectualidad del arte. El genio que, sin duda alguna, supo ver siempre más allá de cualquier situación establecida. El precursor de tantas cosas y, desde luego, para honra de todos, el gran hombre universal.

IVÁN IV, EL TERRIBLE

Cuando el mal se apoderó de Rusia

"Desde los tiempos de Adán hasta este día, he sobrepasado a todos los pecadores. Bestial y corrompido he ensuciado mi alma"

Palabras de Iván IV, el Terrible, en un acceso de lucidez que le duró poco.

Una infancia poco afortunada

Leyendas y malos presagios habían envuelto la triste jornada del 25 de agosto de 1530. Esa misma noche, nacía uno de los seres más despiadados de toda la historia rusa. Su alumbramiento marcaría con profunda huella el ánimo y el sentir del pueblo que le acogió como líder.

Fue un parto muy doloroso para su madre Elena Glinskaia, princesa de Lituania, pero ilusionante y emotivo para su padre Basilio III, príncipe de Moscovia, pues al fin tenía un heredero sano y en perfectas condiciones, por tanto, para asumir algún día el trono de Rusia.

La llegada del niño pronto fue conocida en todos los rincones del reino, motivando diversos comentarios y augurios, como el de un monje que acertó a pronosticar que aquél bebé gobernaría y conquistaría al próximo kanato de Kazán. Esto también lo debió pensar la esposa del propio Khan, cuando aseguró que, aquél descendiente de Basilio, nacido con dos dientes prematuros, utilizaría uno para devorar a Kazán, pero que se cuidaran los rusos, porque el otro, lo reservaba para destrozarse a su propia gente. Así nació Iván Vasielevich, que pasó a la posteridad con el fatídico nombre de Iván IV el terrible.

Hay varias etapas bien diferenciadas a lo largo de la vida del primer zar ruso, pero la infancia no fue precisamente la más feliz. Aunque bien es cierto que sus padres volcaron la atención sobre él desde el principio, ya que su infortunado hermano Yuri no había tenido tanta suerte al nacer sordomudo. Esta condición en el siglo XVI no estaba bien vista, bueno, casi como ahora. Por tanto, en sus primeros años de vida, se nos presenta un Iván colmado de atenciones y cariño. De Yuri, no hemos tenido muchas noticias. Pero sobre las hazañas negras de Iván se podrían escribir numerosos guiones para películas horripilantes, del género gore o de terror.

Antes de proseguir con nuestro relato, hagamos una parada para comentar algo sobre los ancestros de nuestro protagonista.

Iván IV provenía de un antiguo linaje varego, que como bien sabe el lector que haya visitado el pasaje de la historia dedicado a los vikingos, significa hombre que llega del mar de Varens o Báltico, es decir, que Ivancito, era descendiente de aquellos vikingos suecos que un buen día abandonaron sus helados territorios para profundizar en su avance hacia el Este. Esos rus que dieron sentido etimológico a una nación, Rusia.

En la raíz genealógica encontramos al fundador de la dinastía, cuyo nombre era Rurik, constructor y defensor de Novgorod, ciudad de la que hablaremos más adelante.

Iván fue el penúltimo de los varegos reinantes en Rusia, y heredaría un país de casi dos millones de kilómetros cuadrados, lo que no estaba nada mal para la época, aunque el propio zar consideró esta extensión insuficiente y más tarde se empeñó en la ampliación de las fronteras cuando acometió las conquistas de Kazán, Astracán, Livonia y por supuesto Siberia.

Pero volvamos a los primeros años del tierno infante. En ese tiempo sus padres, Basilio y Elena, estaban ciertamente preocupados por la salud de Iván, ya que el niño era inapetente y presentaba un aspecto lánguido, situación que mantendría a lo largo de toda su vida. En cuanto a la dentición, diremos que, si bien nació con dos dientes prematuros, tardaría cincuenta años en desarrollarla en su totalidad, prácticamente, echó la última muela del juicio cuatro años antes de su muerte.

Cuando tenía poco más de 3 años, el 3 de diciembre de 1533, vio como su padre Basilio III, príncipe de Moscovia, moría entre convulsiones y fiebres, víctima de un furúnculo que desembocó en una infección general. Iván había perdido a su progenitor, pero encontró consuelo en el regazo materno. Desde entonces, su madre Elena se convertiría en la mejor de las regentes, protegiendo al heredero y tutelando directamente su educación.

Desgraciadamente no faltaban enemigos atribulados que cercaran el trono de Rusia, esos adversarios se representaban en la figura de los boyardos. Los boyardos eran las cabezas visibles de la vieja nobleza eslava y transilvana. En aquellos tiempos, existían unas doscientas familias de ese origen. Los nobles se habían convertido en auténticos medradores de la política rusa, su alta posición social no les confería poder legislativo, pero sí la facultad de asesorar, lo que provocaba un buen número de conspiraciones en torno a palacio, con el fin de mejorar su situación económica y territorial.

La princesa Elena apenas pudo disponer del tiempo suficiente para instruir al heredero en las lides de la política, y aún menos de la vida. Porque el 3 de abril de 1538 moría víctima posiblemente del veneno procurado por algún boyardo. Eso es al menos lo que siempre sostuvo su hijo, que a los 7 años se había quedado huérfano de padre y madre soportando desde entonces las humillaciones y menosprecios provenientes de los nobles que veían con mal disimulada alegría, la situación más propicia para sus intereses, pensando tal vez que, aquél lánguido y reservado niño, no representaría ninguna traba para sus ambiciosos deseos. Pero se olvidaron de un personaje clave en esta difícil historia, nos referimos al arzobispo primado de la iglesia ortodoxa rusa, el metropolitano Macario, que tras la muerte de Elena, asumió la protección del enfermizo Iván convirtiéndose en el mejor de los mentores.

Macario accedió al cargo de primado en 1542 y pronto se puso a desarrollar la

idea que venía albergando desde hacía años, hacer de Moscú una tercera Roma.

Como ya sabemos, Constantinopla había caído bajo dominio turco en 1453, y el metropolitano pensó que había llegado el momento para que Moscú se convirtiera en el primer emplazamiento espiritual de Oriente. Rápidamente se puso a trabajar en la genealogía de Iván, y llegó a forzar tanto la máquina de la historia, que consiguió por diferentes vías entroncar el linaje varego del heredero con la dinastía de los Augustos, proclamando a Iván IV como descendiente directo de la casa real romana. Todo estaba preparado para la entronización de aquél adolescente como primer zar coronado de Rusia.

Hasta entonces el título lo habían ostentado los descendientes de Gengis Khan además de los emperadores bizantinos, sin olvidar que, su padre Basilio III y su abuelo Iván III el Grande también lo utilizaron, pero solo a efectos protocolarios. Con Iván IV se oficializaría el hecho.

Existía un pequeño problema, y es que nuestro protagonista todavía no había alcanzado la mayoría de edad establecida en 15 años. Hasta ese momento, los boyardos controlaban la situación en Rusia, siendo la familia Chuiski la que sustentaba el poder desde la sombra. Pero Iván comenzaba a dar muestras de lo que sería esa personalidad compleja y extraña, en un futuro próximo.

La docencia de Macario estaba resultando muy eficaz. El infante aprendía a pasos agigantados, el primado como hombre culto de su época, le instruía en diversas disciplinas y materias, consiguiendo notables logros. Iván avanzaba como hombre preparado, eso es evidente, pero lo que Macario no pudo controlar fue el odio incubado por el niño durante tantos años hacia los boyardos. Muy pronto se percató del servilismo que hacia él mostraban todos los que le rodeaban y comenzó a ejercer ese mando que por linaje le había entregado la historia para aplacar su rabia desmedida. Cuentan que con 12 años se le podía ver lanzando perros al vacío desde las altas torres del Kremlin, aquella magnífica fortaleza construida por su abuelo Iván III el grande. Al parecer, el lanzamiento de canes era uno de sus deportes favoritos, gozando enormemente con la agonía de esos pobres animales. Pero el asunto perruno le parecía poco y pronto encontró una afición más estimulante: el exterminio de seres humanos, comenzando por ordenar el ahorcamiento de todo aquél que no le caía simpático, y terminando por lanzar a los perros al mismísimo Andrey Chuiski, líder de la principal casa boyarda. Al cumplir la mayoría de edad Iván ya se había consolidado como un salvaje y despiadado asesino.

El tiempo feliz

Con 16 años, nuestro niño se había convertido en un apuesto mozalbete y estaba a punto de completar su formación intelectual. Se acercaba el gran momento para Iván, y ese era el de presentarse ante la siempre muy deficitaria asamblea legislativa rusa (Duma). Este hecho, acontecido el 12 de diciembre de 1546, fue inscrito en los anales de la historia como el primer paso que dio Rusia en su camino hacia el

Imperio.

En la Duma, Iván Vasílevich pronunció un breve pero enérgico discurso, en el que anunció tres deseos que conmovieron a los allí reunidos: en primer lugar, dijo que se quería casar, hasta ahí bien. Después aseguró que lo haría con una rusa, esto provocó el murmullo de la concurrencia, para acabar en delirio cuando escucharon en los labios de aquél joven insolente que su tercer deseo era coronarse como primer Zar de Rusia bajo el nombre de Iván IV. En ese momento miró desafiante a la asamblea, pero ésta había decidido satisfacer las exigencias del heredero.

La coronación tuvo lugar en la catedral de la Asunción el 16 de enero de 1547, y un mes más tarde, Iván IV se casaba con Anastasia Romanov, una bella jovencita hija de Roman lourevitch, patriarca de una de las familias más influyentes de Rusia. La unión de Iván y Anastasia se puede considerar como el primer brote de la genealogía Romanov que obtuvo su continuidad en 1613 con la proclamación de Miguel Feodorovicht Romanov.

Con tan escasos años, el recién entronizado Iván IV había tenido tiempo suficiente para completar un curriculum frenético y escalofriante, no exento de esplendor. Alumbrado en el privilegio por la minusvalía de su hermano; huérfano prematuro tras la muerte infecta de su padre y el envenenamiento de su madre; protegido y predilecto del poder religioso ruso; extremadamente culto a la par que asesino violento; rodeado permanentemente por aristócratas conspiradores y confabulados, dispuestos a sacarle sangrientamente del trono. En medio de tanta maravilla que, por otra parte, no era más que la propia de la época, tuvo que crecer nuestro protagonista. Claro está que tanto desbarajuste no hizo sino alentar e impulsar el mal, que nuestro personaje incubaba en los nidos infernales de su alma.

Iván IV anhelaba venganza, ¿pero de quién?, eso quizá no lo supo nunca, por lo que derramó odio y terror a lo largo de todo el territorio que gobernaba. Menos mal que, tras su boda con la Romanov, el muchacho se calmó un tiempo para alegría de sus numerosos enemigos, dando paso a una tregua considerada por los investigadores como el tiempo feliz de Iván IV el terrible, zar de todas las Rusias.

A raíz de su primer matrimonio, se embarca en un empeño absoluto en conquistar la amistad de su pueblo, bajando los impuestos, iniciando reformas administrativas que recortaban el poder de los nobles y protegiendo las bellas artes. Todas estas actitudes favorecieron que Rusia alcanzara ciertas cotas de esplendor. Además, pronto llegó un primogénito y heredero de la nueva dinastía, al que pusieron de nombre Dimitri.

Aquí podemos pensar que aquella personalidad ofuscada del joven Iván, había dado paso a un talante más templado y coherente, pero existía un fuerte rescoldo de fiereza escondida en lo más intrincado de aquél humano.

En el año 1553, todo se agrió cuando durante una enfermedad de Iván IV, éste pretendió que sus nobles juraran fidelidad a su pequeño hijo, encontrando la

ambigüedad por respuesta. Una vez más, el zar se sintió solo, como siempre, y desde entonces, optó por su forma de gobernar favorita, la autocracia. Había llegado la funesta hora, en la que un solo hombre asumiera el poder y control absoluto de Rusia.

Iván IV recelaba de todo el mundo, y sólo confiaba en sus propios dictados y en el asesoramiento del metropolitano Macario, además de la devoción que sentía por Anastasia, su primer y gran amor.

Muy animado, emprendió la ampliación de su imperio, lanzando a su ejército en una operación de guerra relámpago sobre el kanato de Kazán, que apenas pudo resistir el avance incontenible y mortal de las huestes rusas, cumpliéndose así la profecía augurada por la mujer del Kan veintitrés años atrás.

Embriagado por la gran victoria, inició un nuevo ataque, esta vez sobre Astracán con idénticos resultados. Pero hubo un detalle que preocupó seriamente al Zar, la merma constante de su ejército. En consecuencia, resolvió instaurar una leva forzosa que procurara a Rusia una milicia permanentemente movilizada. Cuando esto sucedía, corría el año de 1556 e Iván IV se hizo con los efectivos militares necesarios para romper las hostilidades en los territorios de Livonia, imprescindibles para que Rusia tuviera acceso a los puertos del mar Báltico, ya que, a pesar de la enorme extensión del país, este permanecía casi encerrado, contando tan sólo con una pequeña salida al mar por el norte, que permanecía impracticable la mayor parte del año.

Livonia ocupaba las tierras de las actuales Estonia y Letonia, y en el siglo XVI pertenecía al reino Lituano polaco, con la mirada siempre vigilante de Suecia. La campaña, que arrancó en 1558, se prolongaría veinticinco años, siendo casi la tumba militar y política de Iván IV que, por aquel entonces, ya era conocido como Iván grozny.

Vorágine de maldad y conquistas

El estremecedor apelativo grozny venía a significar imponente, furioso o riguroso, lo de terrible no es más que una mala traducción, aunque ha querido el sentir popular que fuera terrible, y no imponente, el sobrenombre con el que Iván pasaría a la historia.

Porque terrible debió ser su actitud en los kanatos de Kazán y Astracán. Allí fue donde acuñó el término que desde entonces le acompañaría. Y lo cierto es que no hizo nada por rectificar las circunstancias que nutrían a la ya muy extendida leyenda negra que le acompañaba, más bien lo contrario. Iván IV disfrutaba enormemente siendo protagonista de aquella sanguinaria narración, y eso que muy pocas veces se le podía ver al frente de sus tropas, incluso en los momentos más delicados del combate, optaba por la huida o el ocultamiento en el rincón más profundo de su tienda, hasta que sus generales conseguían la victoria y entonces aparecía triunfante cortando cabezas, torturando y empalando a los pobres prisioneros.

La situación en Livonia empeoraba por momentos, los ejércitos rusos pasaron de las victorias iniciales a un estancamiento propiciado por la determinación de lituanos,

polacos y suecos. El Zar estaba enfurecido y, por si fuera poco, el 7 de agosto de 1560 moría Anastasia Romanov tras trece años de feliz unión. Anteriormente había fallecido ahogado el zarevich Dimitri. Iván IV se encontraba más solo que nunca, pero todavía le quedaba su mentor Macario, en él busco un consuelo que también duró muy poco, porque el arzobispo primado de la iglesia ortodoxa rusa moría tres años después de hacerlo Anastasia.

Iván IV se dejó llevar por el desasosiego y la ansiedad, culpando de aquellas muertes de sus seres queridos a todo el mundo, especialmente a los boyardos. Tenía 33 años, y comenzaba para Rusia un periodo lleno de horror, sangre e injusta tiranía. Iván era el juez ejecutor y su pueblo se convertía en depositario de la paranoica crueldad de un deteriorado y perturbado zar.

Tras la muerte de Macario, llegaba Afanasio. Éste, desde lo más alto de la cúpula eclesial, entró en conflicto con el líder ruso reprochándole sus atrocidades y los excesos que tenían estremecido a su pueblo. Se cuenta del zar que se abandonó a los vicios más inconfesables, haciendo de la tortura su pasión, y entregándose a una miríada de orgías como jamás se había visto en aquel viejo país. El mismo llegó a presumir de haber desflorado a más de mil doncellas, y que posteriormente había asesinado a los hijos resultantes.

Afanasio, alarmado por la situación caótica en la que se encontraba asumido el Zar, se reunió con un grupo de nobles y encabezando una delegación se dirigió al palacio donde se encontraba esperando Iván IV. Escuchó apesadumbrado las reprobaciones del metropolitano, calándole de tal manera que, a los pocos días, se enfrentó a la Duma, asegurando que abdicaría en sus hijos y que después de esto, marcharía al exilio para purgar sus penas.

Sobre el papel, bien pudiera parecer que el primado de Moscú se había apuntado un tanto, pero nada más lejos de la realidad. Iván IV era muy bruto, pero también era tremendamente inteligente. Meses antes de estos sucesos, el zar se había hecho rodear por un consejo de sabios asesores, que en previsión de lo que iba acontecer, empezaron a preparar el camino para una gran farsa en la que Iván sería, una vez más, protagonista de la obra. Fue, sin duda, la mejor actuación de Iván IV el terrible, porque todos fueron engañados.

Iván efectivamente se fue, pero a tan sólo 100 kilómetros de Moscú, refugiándose en la residencia de Alexandrova Slodova. Allí, entre oraciones y maitines, esperó pacientemente el segundo acto de su representación.

Los ciudadanos rusos, a pesar de los desmanes de su Zar, recordaban agradecidos el tiempo de bienestar que Iván les había dado y pronto empezaron a echarle de menos. Tan sólo habían transcurrido tres semanas, cuando el terrible desde su retiro movió ficha, enviando dos cartas con diferentes destinatarios.

El 3 de enero de 1565, llegaba una al metropolitano y a la Duma, en la que acusaba a las autoridades eclesiásticas y administrativas de diversos delitos contra

Rusia, tales como robo, traición, y apropiación indebida de tierras. La otra epístola es leída en todas las plazas públicas de la nación con idéntico contenido, provocando el efecto deseado, al correr la noticia como la pólvora entre las desesperadas masas ciudadanas, que pronto inician diversos alborotos con intentos de sublevación. Afanasio, temeroso ante la posibilidad de ver al país sumido en la guerra civil, se vuelve a reunir con los nobles y deciden acudir al retiro de Iván IV para pedirle perdón y, sobre todo, para que reconsidere su situación y asuma de nuevo el trono de Rusia. El zar muy complacido acepta las disculpas y anuncia su vuelta, elaborando un estricto pliego de condiciones.

La jugada había sido perfecta. El Zar se encontraba más fuerte que nunca, pues de un plumazo se había quitado toda la oposición a sus ambiciones autócratas. El escenario ruso estaba limpio para un sonriente gobernante.

Comienza el auténtico reinado de terror de Iván IV el terrible, creando dos estamentos territoriales, la zemschina (tierra) o conjunto de la nación, y dentro de ésta, la oprichnina o territorios gobernados directamente por el Zar. La oprichnina, en principio, fue conformada por unas veinte poblaciones, pero terminó abarcando más de un tercio de toda la nación rusa, convirtiéndose en un Estado dentro del Estado, siendo el vehículo de la voluntad ¡limitada y caprichosa del soberano.

Para mayor desgracia, Iván IV se rodeó de una guardia pretoriana llamada oprícliniki, terroríficos mensajeros del infierno. Los opríchniki engrosaban la nueva guardia real, y eran alistados entre las capas sociales más depauperadas. Vestían uniformes negros montando caballos del mismo color. Estos precursores de las SS hitlerianas, juraban fidelidad absoluta hasta la muerte. Su enseña, en la que se podía ver la cabeza de un perro con una escoba, recorrió todas las ciudades, propagando un mensaje fanático de horror y caos. La vigencia de los opríchniki se mantuvo durante casi ocho años. Las víctimas de estos guardias negros se pueden contabilizar en varios cientos de miles.

Cada vez que una columna de la guardia de Iván llegaba a una ciudad, la muerte y la locura imperarían durante el tiempo que los de negro estuvieran en ese sitio. Pero nada comparable con la tragedia sufrida por la ciudad de Novgorod.

En la época de la opríchnina, Iván IV trasladó su corte al que había sido su antiguo retiro de Alexandra Slodova. Allí montó una parafernalia religiosa, donde él volvía a ser protagonista, convirtiéndose en el presunto Abad de un monasterio, obligando a todos sus seguidores a levantarse a las tres de la madrugada para los maitines, rezando con tal ardor que en muchas ocasiones llegaba a golpearse víctima de su febril pasión.

Su amor a Dios no le impedía seguir ordenando ejecuciones masivas, así como el diseño de horribles ingenios de tortura que le pudieran proporcionar el placer que tanto anhelaba.

En 1570, el Zar había llegado a un grado máximo de perturbación, viviendo en la

permanente obsesión paranoica de que todo el mundo conspiraba contra él. Cualquiera era susceptible de ser considerado enemigo de Rusia, es decir, de él. Como por ejemplo, aquél príncipe que aseguró haber visto al Zar en una orgía homosexual. La respuesta a tal atrevimiento fue la pena de muerte. Ese mismo castigo fue aplicado a una ciudad entera, Novgorod, localidad donde se originó el linaje de Iván. Aunque suponemos que su ancestro, el vikingo Rürik, ni en sueños pudo imaginar el comportamiento de su descendiente.

Iván IV intuyó que Novgorod estaba a punto de levantarse contra él, y acusó a la ciudad de alta traición por una presunta alianza con el enemigo en la aburrida guerra de Livonia. El propio Zar escogió a quince mil de sus mejores soldados y los envió contra Novgorod. Las tropas rusas asediaron y tomaron al asalto la que, desde entonces, sería considerada ciudad mártir.

Las huestes del zar permanecieron en Novgorod seis semanas, decapitando, torturando y empalando a hombres, mujeres, ancianos y niños. Los historiadores nos cuentan que los muertos son difíciles de calcular, estando su cifra en una horquilla que va desde los 27.000 a los 60.000, muriendo todos de manera cruel y despiadada.

Pero el freno momentáneo a la vorágine maligna de Iván llegaría desde el exterior, cuando DevIet Girai se puso al frente de sus tártaros de Crimea. Éstos iniciaron un avance incontenible sobre Rusia, masacrando toda oposición y sometiendo a la ciudad de Moscú a un sitio tan terrible o más que el de Novgorod, provocando que el Zar buscara refugio en la mismísima Inglaterra, país con el que Iván mantenía excelentes relaciones comerciales. No en vano, el soberano llegó a proponer matrimonio a la reina Isabel I, desestimando ésta esa posibilidad para desesperación de muchos. El propio George Bernart Saw, llegó a decir que, si esta unión se hubiese consumado, hoy hablaríamos de un tal Iván IV el apesadumbrado. Pero la historia fue otra.

Los tártaros arrasaron Moscú, matando a 60.000 defensores en los combates. Y, según las crónicas, la mortandad llegó a un millón con los incendios y hambrunas posteriores.

La situación parecía perdida para Iván IV, llegando a escribir este testamento lleno de arrepentimiento: "Yo, el muy pecador y pobre esclavo de Dios, Iván, escribo esta confesión, mi entendimiento está cubierto de llagas. No hay ningún médico quepueda curarme. He esperado que alguien se apiade de mí, pero nadie me ha consolado. Desde los tiempos de Adán hasta este día, he sobrepasado a todos los pecadores. He ensuciado mi alma con mi complacencia en cosas indignas, mi boca con palabras de muerte, lujuria y otros actos viles; mi lengua con el elogio a mí mismo; mi garganta y mi pecho con el orgullo y la arrogancia; mis manos con contactos indecentes, robos y asesinatos; mis ingles con una concupiscencia monstruosa; He ceñido mis riñones para toda clase de acciones malignas y he mancillado mis pies al apresurarme a cometer crímenes y saqueos". Estas palabras de

remordimiento fueron escritas cuando el Zar tenía tan sólo 42 años, víctima de la depresión, seguramente producida por la impotencia generada en él, debido a los tártaros invasores.

La melancolía de Iván pasaría a un segundo plano, cuando las tropas de la zemschnina y la oprichnina se unieron para vencer a los descendientes de Gengis Khan, en la batalla de Molodi, rehabilitándole en el trono de Rusia.

Tras la expulsión de los tártaros, Iván IV volvió a ser el terrible, pero tuvo que aceptar las condiciones de un pueblo muy cansado de su degeneración. Muy a su pesar, disolvió su guardia negra de opríchniki, siendo esto motivo de alivio para todos. También fue suprimida la opríchnina, recuperando de esa forma, el sentido de unidad geográfica.

Sólo quedaba por resolver la situación de Livonia, pero todavía tardaría algunos años en llegar el final de aquella guerra.

Mientras Iván IV andaba ocupado en exilios forzados y en parar el avance de los tártaros de Crimea, Stefan Batori ocupaba el trono de Polonia, la siempre incómoda enemiga de Rusia. Batori intervino decisivamente en la ya muy larga guerra de Livonia, de tal suerte que forzó una paz poco honrosa para Rusia, obligando a Iván a la entrega de los territorios conquistados en Lituania, y a la renuncia definitiva de Livonia con sus magníficos puertos en el mar báltico. La contienda duró casi veinticinco años, con un coste brutal de vidas y riquezas.

El resultado final para Rusia fue humillante y le hizo perder mucha relevancia en el contexto europeo, al dejar en manos de Suecia y Polonia el control de una zona vital para el intercambio comercial y cultural con Occidente.

Viendo perdida la situación en el Báltico, Iván IV fija su atención en el territorio inmenso que hay más allá de los montes Urales. Estaba, por tanto, a punto de ofrecer a Rusia una de sus páginas más brillantes, la conquista de Siberia.

Siberia tiene una extensión de más de doce millones de kilómetros cuadrados, pero en ese tiempo, todavía no se conocía su límite.

En 1579, la familia Strógonov había creado las bases de lo que sería un imperio comercial. Su poder residía en el tráfico de pieles y otros enseres muy valorados en la época. Pero existía un pequeño problema y éste era, una vez más, la presencia de tribus tártaras al Este de los Urales. Los Strógonov, sabedores de la riqueza de aquellas tierras, sometieron a la consideración del Zar una idea defensora del avance militar sobre Oriente.

En 1581 fue contratado un cosaco que se pondría al frente de una reducida tropa conformada por 840 hombres. El nombre de este comandante era Yermak Timofélevich, y ofrecía la imagen viva del pueblo que le vio nacer.

Los cosacos no constituían en sí una etnia, pero formaban una hermandad nacida en el siglo XIV, proveniente en su mayoría de siervos y campesinos que optaron por la libertad en tierra de nadie. Fueron estupendos jinetes instruidos por los tártaros, pero

también mercenarios y bandoleros, como les enseñaron los tiempos.

Desde 1570, los cosacos asumieron el mando de Iván IV y, hasta su muerte, permanecieron fieles a él. Por tanto, le cabe a esa casta de guerreros haber iniciado una de las epopeyas más espectaculares de toda la historia, sólo comparable a la conquista de América.

Yermak y sus hombres se armaron hasta los dientes para enfrentarse a las tribus tártaras, consiguiendo gracias a las armas de fuego notables victorias. Ocuparon el kanato de Sibir, éste daría nombre a toda la región.

Durante el siglo XVII los rusos completaron la anexión, convirtiendo a Rusia en el país más grande del mundo.

Mientras sus mercenarios cosacos se adentraban en Siberia, el Terrible se internaba en el último capítulo de su oscura existencia.

Los años finales de Iván IV no fueron menos dramáticos que los anteriores. En 1581 cometió filicidio cuando, dejándose llevar por la ira, asestó con su bastón terminado en punta de hierro un golpe a su hijo Iván Ivanovich. El impacto fue tan certero como mortal y el zarievich cayó fulminado, sin que nada se pudiera hacer por él. Seguramente, Iván no pretendía matar a su heredero, pero una vez más fue incapaz de dominar el odio incontenible que había marcado toda su vida. Este hecho le sumió en una profunda depresión.

Tras la muerte de su hijo, el Zar fue invadido por un extraño sopor que le acompañaría hasta su fallecimiento. A pesar de eso, intentó establecer un nuevo matrimonio. Desde la muerte de Anastasia, su único amor, Iván había contraído seis matrimonios más y estaba preparando el octavo cuando la enfermedad se adueñó de él.

En sus últimos días abandonó su cristianismo para entregarse a rituales paganos oficiados por brujas y magos llegados a Moscú desde los poco cristianizados territorios del norte. Cuentan que los alaridos de Iván IV eran tan tremendos, que se podían escuchar en muchas calles de la ciudad. Parece ser que, el último día, se encontraba especialmente lúcido, se levantó de la cama, desayunó y conversó animadamente con la servidumbre, posteriormente entonó algunos cánticos y pidió que le trajeran su tablero de ajedrez, pero antes de iniciar el primer movimiento del peón, el zar se convulsionó cayendo de espaldas para no volver a levantarse jamás. Había muerto Iván IV el terrible. Era el 18 de marzo de 1584 y tenía 53 años.

La sucesión del Zar supuso un grave problema, el primogénito había sido asesinado por su propio padre, y tras esto, sólo quedaban dos posibles aspirantes, los hijos menores de Iván IV, Fiodor y Dimitri. Este último apenas contaba por haber nacido fuera de los tres primeros matrimonios, ya que la ley rusa no contemplaba sucesores más allá de ese límite. Por tanto, solo quedaba Fiodor y fue el elegido a pesar de su incapacidad mental manifiesta.

Fiodor I fue el último representante de la dinastía varega. Su debilidad propició

nuevas conspiraciones de los boyardos, sembrando de confusión todo el país, hasta la llegada de los Romanov en el siglo XVII.

Siglos más tarde, los científicos intentaron reconstruir el rostro de Iván IV el terrible. Tras analizar los restos óseos, descubrieron la posible causa de su perturbada personalidad.

Iván IV, a lo largo de su vida, había contraído numerosas enfermedades venéreas, en especial la sífilis. El tratamiento que los médicos del siglo XVI daban a estos males, era el de suministrar grandes dosis de mercurio. Hoy sabemos que la ingesta abusiva de ese metal líquido, crea alteraciones neurológicas que desembocan en accesos alternantes de ira y depresión. Por los análisis químicos efectuados en los restos del soberano, podemos deducir que aquella cantidad de mercurio era capaz de destrozando varias personalidades.

Ese, entre otros, puede ser el motivo que explique la desorbitada conducta de uno de los seres más despiadados y crueles de los que han poblado la tierra.

Durante el tiempo de su existencia, Europa caminaba con paso firme hacia nuevos conceptos geográficos y políticos.

España, tras el descubrimiento de América y otros avatares, se consolidaba como potencia hegemónica; los imperiales de Carlos V no encontraban rival en los campos de batalla.

Mientras para España el siglo XVI fue de oro y para Inglaterra supuso el comienzo de la gestación del futuro Imperio, para Rusia el deterioro fue más que evidente, a pesar de la conquista siberiana.

Es curioso imaginar que otras potencias de la época luchaban por metales sólidos como oro y plata, al mismo tiempo que un insignificante metal líquido como el mercurio, hacía estragos en la cada vez más aislada Rusia. En fin, son los misterios inescrutables de la química y de su influencia en las mentes humanas. Así fue, y así vivió, Iván IV el Terrible.

Lamentablemente no fue el primero, ni tampoco será el último, de los mensajeros infernales.

LA ARMADA INVENCIBLE, UN SÍMBOLO PARA INGLATERRA

"No te preocupes, primero terminamos esta partida y luego derrotamos a los españoles"

Chulesca declaración mientras jugaba una partida de bolos, de un sobrado Francis Drake tras conocer la llegada inminente de la gran Armada Española a las costas de Inglaterra.

Las circunstancias obligan

"Doy gracias a Dios de que me haya dejado recursos para soportar la pérdida, y no creo que importe mucho que nos hayan cortado las ramas, con tal de que quede el árbol de donde han salido, y de donde pueden salir otras", con estas palabras el rey Felipe II llamado el prudente, quiso minimizar la desgraciada noticia recién llegada desde el Canal de la Mancha. Sus ilusiones sobre la invasión de Inglaterra habían zozobrado junto con buena parte de la gran flota enviada a ese fin. Esto ocurría en el verano de 1588, pero antes, diversas circunstancias habían obligado al monarca a tomar una decisión que, a la postre, sería trascendental para elevar la moral y el ánimo de la que era por entonces, una pequeña potencia local.

Inglaterra, en el siglo XVI, distaba mucho de ser la nación hegemónica que nos encontraremos algún siglo más tarde. Su único poder radicaba en la fuerza de sus barcos y, sobre todo, en los marinos que los tripulaban.

En los tiempos de la erróneamente llamada Armada Invencible, los ingleses ya contaban con una formidable flota. Pero no siempre había sido así, como después veremos.

Desde 1580, España se había convertido en el Imperio más poderoso del planeta. En ese año por herencia y fuerza, Felipe II ya pudo decir orgulloso que en su reino nunca se ponía el sol, pues a las extensas posesiones españolas se sumaron las de Portugal y sus colonias. Con todo esto, los estandartes de España flameaban por la práctica totalidad de América. Solo existía un pequeño inconveniente, el número cada vez mayor de traficantes y negreros, que intentaban comerciar con las nuevas colonias americanas. Por otro lado, en Flandes, la guerra que había estallado en 1566 se estaba prolongando en demasía, alentada en buena parte por Inglaterra, que ayudaba a los independentistas flamencos con barcos, soldados y pertrechos.

La reina virgen Isabel, y el rey prudente Felipe, se habían transformado en auténticos enemigos, sobre todo, desde la muerte de María Tudor, la que fuera esposa del rey español, y que falleciera sin un primogénito que pudiera asumir el trono, propiciando que su hermanastra Isabel tomara el poder. Comenzó así, un tiempo de penumbra sobre el mundo católico inglés que por aquel entonces era todavía

importante, representando un tercio del total poblacional. Felipe II, tras quedar viudo de María Tudor, se fijó en Isabel I intentando convencer a la virgen para que se convirtiera en su esposa y de paso al catolicismo. Pero la respuesta que recibió fue negativa, para mayor desconsuelo de un monarca español que veía preocupado como la situación se complicaba por momentos.

La decisión adoptada por el papa Alejandro VI de repartir el nuevo mundo descubierto entre las dos potencias dominantes Portugal y España, no había gustado lo más mínimo a las dos potencias emergentes, Inglaterra y Holanda, que lejos de olvidarse de América, intentaron por todos los medios incorporar su presencia comercial a los nuevos territorios.

Y es aquí cuando aparecen los primeros traficantes de esclavos, llevando negros desde las costas de Africa hasta las colonias americanas, muy necesitadas por aquel entonces de mano de obra barata. Este monopolio era de exclusividad española y, por tanto, no es de extrañar que gobernadores y virreyes pusieran todos los medios a su alcance con el propósito de erradicar el negocio de aquellos mercaderes del género humano.

En 1568, una flotilla de naves negreras es interceptada por los españoles en Veracruz. Su comandante es John Hawkins, y el lugarteniente de éste, Francis Drake, que en lugar de recibir misericordia, contemplan como muchos de sus hombres son ahorcados, perdiendo también la casi totalidad de los barcos, incluido el Jesús de Lubeck. Los supervivientes logran escapar a Inglaterra, donde lamerían sus heridas para posteriormente regresar al mar con la patente de corsario entregada por la reina.

Comenzaba la era más famosa de la piratería con un objetivo fundamental, dañar desde el punto de vista económico y militar a la primera Potencia mundial.

Felipe II se ve obligado a resolver un grave problema con tres cabezas: en una de ellas, tenemos la situación de los católicos en Inglaterra, Escocia e Irlanda; en otra la guerra de Flandes alimentada por los británicos; y, finalmente, en la tercera cabeza, nos encontramos un sinnúmero de barcos corsarios haciendo presa en el comercio de Indias. Era el momento de tomar una decisión para acabar, de una vez por todas, con el nido que procuraba tantos quebraderos de cabeza a la corona española.

Aquel país de dimensiones reducidas, si lo comparamos con el imperio español, se había convertido en una avispa con un aguijón demasiado venenoso. Felipe II decidió bien asesorado por su gente que la solución pasaba necesariamente por la eliminación de Isabel I. Una vez destronada ésta, las aguas volverían a su cauce y los católicos ocuparían el poder. Los rebeldes flamencos se quedarían sin una ayuda vital y los corsarios perderían la patente. El plan no podía ser mejor, solo se necesitaba una chispa para activarlo, y esa llegó en 1587, cuando Isabel I ordenó la ejecución de la reina católica escocesa María Estuardo. Esa insolencia desató unos acontecimientos que ya se venían gestando años atrás.

Protagonistas de lujo

En nuestra narración nos encontramos con diversos protagonistas que han grabado sus nombres en los anales de la historia. Por eso, será conveniente que nos acerquemos a ellos un poco más.

En primer lugar tenemos al marqués de Santa Cruz, Don Alvaro de Bazán. Éste fue el elegido por Felipe II para dirigir la flota en la empresa de Inglaterra, pero su muerte lo impidió. ¿Quién sabe si de haberlo hecho, el final hubiese sido otro?

Don Alvaro nació en Granada en 1526 y fue sin duda, el mejor almirante español del siglo XVI. Se distinguió en diferentes combates como aquél que diezmó la escuadra francesa frente a las costas de Galicia. También tomó parte en las conquistas del peñón de la Gomera y Túnez. Siendo una de sus hazañas más notables la de participar en la batalla de Lepanto dirigiendo la cuarta escuadra compuesta por treinta galeras, que hicieron bajo su mando un sensacional alarde táctico y guerrero.

El almirante elegido por Felipe II falleció lamentablemente víctima del tifus a principios de 1588, cuando se disponía en Lisboa para ponerse al frente de la Gran Armada. Su pérdida hizo que el rey español se fijara en Don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, que solo tenía 38 años y muy poca experiencia marinera.

Don Alonso expuso toda clase de argumentos para no asumir la encomienda del rey, pero Felipe II sabedor de las buenas dotes que Don Alonso había mostrado para el mando y, sobre todo, para la gestión, le ordenó continuar con la misión. En mi humilde opinión, no hay que atribuir en su totalidad el desastre de la Armada al pobre duque, como posteriormente intentaré explicar.

Otros marineros Ilustres aportaron sus conocimientos a la empresa, tal fue el caso de Don Juan Martínez de Recalde, Don Pedro de Valdés o Don Miguel de Oquendo. En casi todos los casos, estos capitanes españoles se distinguieron por su valor y buen hacer.

Terminamos esta revista de los jefes españoles en la figura de Alejandro Farnesio, que era a la sazón el mejor militar del Imperio español. Gobernador de los Países Bajos y uno de los hombres más leales y eficientes de los que podía disponer Felipe II. Con Alejandro Farnesio y sus temibles tercios, los rebeldes flamencos nunca pudieron dormir tranquilos.

Si la misión de Medina Sidonia al frente de la flota era fundamental, la de Farnesio dirigiendo la infantería era vital, para que la invasión de Inglaterra se consumara. Solo el esfuerzo bien coordinado de barcos y hombres alcanzaría el éxito, lo contrario no tenía sentido.

En cuanto a los ingleses hay que destacar esencialmente, la figura de sus tres grandes marinos de la época. En ellos se basó el éxito de aquellas jornadas, y sus nombres se inmortalizaron para las generaciones posteriores.

Lord Charles Howard fue el jefe de la escuadra británica. Era un almirante de amplia experiencia y acreditadas dotes para el mando. En los sucesos que rodearon a

la Armada Invencible, supo estar en todo momento a la altura de las exigencias, coordinando los esfuerzos de las seis escuadras en las que se subdividió la gran flota inglesa, conformada por más de 180 naves. Fue nombrado conde de Nottingham en 1597, tras haber arrasado Cádiz. Murió en 1624 a la longeva edad de 88 años.

John Hawkins, conocido por los españoles como "el pirata aquines", nació en Plymouth en 1532. Era, sin duda, uno de los marinos más inteligentes de Inglaterra. Su vocación era el mar, y desde muy joven dedicó todo su esfuerzo al conocimiento exhaustivo de unos buques que ya empezaban a ser obsoletos. Tras intentar seguir con el negocio familiar basado en el comercio de productos alimenticios, se acomodó perfectamente en el tráfico de esclavos con las Indias. En 1568, perdió casi toda su flota en un combate librado con los españoles, pero logró escapar con tan sólo dos naves, el Minion y la Judith, que capitaneaba su joven lugarteniente Francis Drake. A su llegada a Inglaterra, la reina Isabel le nombró almirante y tesorero general de la marina. Esto propició que Hawkins modernizara la vieja flota británica e impulsara la construcción de naves más ligeras y maniobrables que, sin duda, fueron fundamentales en los combates con la gran Armada española. Murió en 1595, víctima de las fiebres cuando se hallaba en Puerto Rico. Su cuerpo fue sepultado en el mar con todos los honores.

Y por fin, nos encontramos con el mítico Francis Drake, nacido en Crowndale en 1543. En principio, el pequeño Francis no había sido llamado hacia las artes marineras, pero el destino quiso hacerle sobrino de William Hawkins, hermano del célebre pirata. Como la vida en su granja natal no le terminaba de convencer, pronto se puso bajo el amparo del corsario, iniciando un sinfín de navegaciones y aventuras que culminaron en 1577 con la primera circunvalación del mundo a cargo de un inglés. Este hecho no se realizó sin avatares ni pillajes sobre las colonias españolas. Cuando terminó el periplo en 1580, se encontró con el enojo del rey español y su nombramiento como caballero otorgado por la reina inglesa. Su nombre hacía estremecer a todos y la lista de ataques sobre nuestras posesiones fue muy abundante. Pero también los fracasos fueron sonoros, como, por ejemplo, el intento de toma de Santa Cruz de la Palma o los desastres en La Coruña o Lisboa. Murió en Portobelo (Panamá) en

1596. Su cadáver fue depositado en una caja de plomo y lanzado al mar.

La Armada Grande

En 1587 la situación se había tornado insostenible. La ejecución de María Estuardo y, sobre todo, la internada en Cádiz de Francis Drake al mando de 30 buques, eran demasiadas insolencias para tan pocos meses. Éstos galeones provocaron desbarajustes e incendios entre naves españolas de reciente construcción y almacenes provistos de toneles y alimentos para la Armada Grande. El paisaje desolador que presentaba Cádiz tras el ataque del corsario, hizo que los ingleses comentaran, jocosos "sin duda, hemos chamuscado las barbas del rey español", supongo que la frasecita no

gustó en absoluto a Felipe II, que ordenó a la flota fondeada en Lisboa lanzarse definitivamente contra la pérfida Albión.

Don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, siempre se había mostrado muy entusiasta en los preparativos de la empresa de Inglaterra, pero también, enormemente realista y sincero con su rey, al que pidió encarecidamente barcos y tripulaciones. El deseo del marqués no era descabellado, consideró que para culminar con acierto la situación, se deberían emplear no menos de 150 buques de combate, acompañados de 40 mercantes y 500 de menor calado, destinados al transporte y desembarco de tropas. Pero las arcas del reino andaban un tanto exiguas de contenido. La guerra de Flandes devoraba todo el oro americano y, en España, poco se podía recaudar. No obstante, se destacaron muchos comisarios y recaudadores que pronto recorrieron el país, buscando fondos y avituallamientos para la flota que se estaba preparando en Portugal. Entre esos delegados estaba Don Miguel de Cervantes, héroe de Lepanto y futuro abanderado de las letras españolas; por cierto, hablando de literatos, como curiosidad diremos que el mismísimo Lope de Vega fue uno de los embarcados por la Armada, que poco a poco iba incrementando su número con naves procedentes del mediterráneo y otros puntos. La flota se había convertido en un complejo entramado de navíos muy heterogéneos. Frente a Lisboa se alzaba un inmenso bosque de madera, mástiles, aparejos y velas. Soldados y tripulaciones fueron llegando durante semanas a la bella ciudad portuguesa que los recibía y alojaba como buenamente podía. Fue una operación larga y tediosa, ya que no sólo había que organizar ese grupo naval, sino también coordinarlo para su posterior ensamblaje con las fuerzas terrestres que, junto a Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, esperaban en los territorios flamencos. Las comunicaciones entre los dos contingentes se dilataban demasiado y, por si fuera poco, a principios de 1588, todo se trastocó cuando Don Alvaro de Bazán murió víctima del tifus. Había fallecido el mejor almirante de España, pero ni siquiera esa circunstancia fue capaz de frenar a un imparable Felipe II.

La gran flota estaba compuesta por barcos de diverso calado y tonelaje, que completaban un total de 130 unidades de muchos tipos. En vanguardia se situaban 20 magníficos galeones de construcción española repartidos en dos grandes escuadras, que a su vez se dividían en pequeñas flotillas con la misión de escoltar un núcleo central donde viajaban los mercantes. Estos se agrupaban bajo diferentes denominaciones, por ejemplo: había 43 naos y 25 urcas, además de un sinfín de embarcaciones más ligeras que transportaban toda clase de embalajes, munición y caballerías. La potencia de fuego radicaba en más de 2.400 piezas artilleras, de las que unas 1.100 se podían considerar cañones que, según investigaciones modernas, no eran de la mejor calidad. Las muchas peticiones a las fundiciones habían provocado una más que sobrada especulación sobre los recursos existentes. Por lo tanto, aquella armada invasora no tenía tanta fuerza como se nos hizo creer durante siglos, más bien lo contrario. El poderío agresor se justificaba con el artillado de un total de 68 naves:

los 20 galeones más los cañones incorporados a otras 48 naves gruesas, como las lentas y pesadas urcas. Además de las 4 galeras y 4 galeazas llegadas del mediterráneo muy poderosas, pero poco maniobrables en los mares atlánticos. En cuanto a tripulaciones y ejército debemos observar la presencia de unos 7.000 marineros; 19.000 soldados que ayudarían a las tropas agrupadas en Flandes para la invasión; 1.400 auxiliares de variados oficios; y unos 2.000 galeotes que servían como remeros. En total casi 30.000 hombres dispuestos a castigar la osadía del inglés. A éstos había que sumar los 30.000 que debía reunir Alejandro Famesio. Pero la guerra y las enfermedades menguaron esa cifra, dejándola establecida en unos 17.000 infantes que esperaban pacientemente la llegada de la flota desde algunos puertos del canal.

Frente a este poderío, Inglaterra no tenía las suficientes fuerzas terrestres que se pudieran oponer a la mejor infantería del mundo. Por eso, la reina Isabel sólo pudo encomendarse a su Dios anglicano y a sus lobos de mar para la defensa de su cercado país. Isabel había destinado casi todas sus reservas para la construcción de una potente flota. Destacando en ella 34 soberbios galeones de reciente aparición en el concierto naval. A éstos había que sumar varias decenas de buques muy ligeros y tremendamente marineros, hasta completar unas 180 unidades tripuladas por las mejores dotaciones de la época. Aquellos buques liderados por Howard, Hawkins y Drake, iban a someter a una prueba muy dura a los barcos españoles, sobre todo, gracias a unos eficaces artilleros que disparaban cañones y culebrinas, capaces de hacer blanco a un kilómetro de distancia; cosa que los españoles no terminaban de conseguir, dada la pésima calidad de nuestros cañones.

Avatares y Gravelinas

El 20 de mayo de 1588 llegaba, por fin, la tan ansiada orden de zarpar. Lisboa, tras muchas fiestas y desfiles, despidió a una Armada a la que ya no volvería a ver más.

A bordo del buque insignia, el galeón San Martín, se encontraba Don Alonso Pérez de Guzmán, el nuevo almirante de la flota. El duque de Medina Sidonia había intentado en vano que Felipe II no le utilizara como sustituto de Don Alvaro de Bazán. La inexperiencia marinera del duque era manifiesta, pero su buen talante y mejor gestión hizo posible que, tras el desastre, muchas naves se recuperaran. Está claro que no era el mejor marino del reino, pero su cordura en determinados momentos de la aventura consiguió que la catástrofe fuera menos exagerada.

Pronto la inmensa flota se vio envuelta en los rigores climáticos y, por si fuera poco, la velocidad de los pesados mercantes era tan lenta que las tripulaciones de los ágiles galeones, se desesperaban por tener que acomodarse a la decelerada marcha mercantil. En los primeros tres días sólo se consiguió avanzar diez millas, cundiendo el desánimo cuando los viajeros se percataron de algo con lo que no se contaba a priori, el agua contenida en los toneles de roble verde había empezado a

descomponerse. Todos se acordaron de aquellos barriles viejos quemados por Drake un año antes en Cádiz que hubiesen sido tan necesarios para evitar la corrupción del líquido elemento. Tras éstos avatares iniciales, adornados por las múltiples averías generadas principalmente en las naves mediterráneas, Don Alonso decidió fondear en La Coruña donde esperaba reparar los desperfectos, renovar el agua y reabastecer las bodegas.

El duque envió mensajeros a la corte explicando las noticias y animando al rey para que suspendiera la expedición, pero la respuesta de Felipe II fue tajante, ordenando a la flota salir inmediatamente de La Coruña rumbo a Inglaterra. Por fin, después de seis semanas, la Armada española zarpaba para cumplir su triste misión en la historia. Aquella masa de Madera fue desplazándose inexorablemente hacia las aguas del canal, sin que nada, ni nadie, pudiera pararla.

El 30 de julio de 1588, las velas españolas eran divisadas desde Plymouth, donde estaba la base naval inglesa que custodiaba la entrada occidental del Canal de la Mancha. Recordemos que Lord Howard había repartido sus naves en seis escuadras, dos de las cuales se situaron en el lado oriental frente a Flandes, desde donde esperaban la llegada de Alejandro Farnesio y sus tropas; las restantes flotillas estaban integradas por unas 90 naves, de las que 19 eran galeones de la reina y unas 70 eran mercantes artillados.

La llegada de los barcos españoles no por esperada fue menos sorprendente, ya que los ingleses pensaban que todavía faltaban algunos meses para que se produjera ese hecho. Durante unas horas, Don Alonso Pérez de Guzmán tuvo la posibilidad de intentar un ataque sobre Plymouth, donde se encontraban atracados los barcos ingleses. Pero al duque le quitó esa idea la insistencia de unos asesores que rápidamente recordaron las órdenes expresas de Felipe II: no atacar a los ingleses a menos que fuese necesario. Desde luego que el objetivo principal era contactar con Farnesio en Flandes y trasladar a su ejército hasta Inglaterra, pero también es cierto que nunca sabremos qué consecuencias hubiese reportado un ataque masivo sobre Plymouth, viendo cómo fueron las jornadas posteriores. Ahora es muy fácil criticar la actitud de Don Alonso, pero en ese 30 de julio, a muy pocos les hubiese gustado estar en su piel.

Esa misma noche la alborotada escuadra inglesa salió de Plymouth a favor de marea. Lord Howard entregó doce naves a Francis Drake para que hostigara la retaguardia de la Armada española. En esa posición, a buen seguro, encontraría a las apetecibles naves mercantes que por su escasa velocidad y protección, se convertían en unas presas muy codiciadas.

El propio Howard dirigió 60 buques hacia el grueso de la flota española, con el ánimo de infringir el mayor número de bajas posible.

Con el alba del 31 de julio, llegó el primer combate entre las dos escuadras, un choque que apenas duró dos horas, pero que dejó maltrechas a tres naves españolas y

para mayor desgracia, el galeón Nuestra Señora del Rosario, cuarto en importancia de la flota española, se averió estrepitosamente después de chocar con otra nave. El capitán de este novísimo buque de tan sólo dos años de edad, era el asturiano Don Pedro de Valdés, que viendo como perdía la mayor parte de sus principales mástiles y velas, pidió auxilio a Don Alonso. Pero éste, dado el estado de la mar, poco pudo hacer por el infortunado buque que quedaba de esa manera a merced de la suerte. Y ésta no fue buena. Un pequeño galeón británico pronto le detectó, pero el tamaño del buque español era cinco veces superior al del inglés y, tras intercambiar unos cuantos arcabuzazos, los ingleses optaron por retirarse para dar cuenta del hallazgo. La noticia era para Lord Howard, pero Francis Drake se enteró unos minutos antes y, olfateando el presunto botín, enfiló proa hacia el galeón español que, para sorpresa de todos no presentó batalla, entregándose tripulación y bagajes sin disparar un solo tiro. Los marineros españoles en número de 300, recibieron en general un buen trato que mejoró cuando Francis Drake descubrió complacido un tesoro de más de cincuenta mil ducados albergados en el camarote del capitán. Esa fortuna suponía un tercio del total destinado para cubrir los gastos de la empresa.

La noche no se iba a despedir con esa sola desgracia, ya que otro galeón español, el San Salvador, vio como le explotaba su Santa Bárbara posiblemente fruto del sabotaje de un artillero flamenco. Al día siguiente, los ingleses encontraron la malherida nave con 200 muertos sobre su borda, además de 50 heridos, de los que solo sobrevivieron 17.

En los días sucesivos las dos flotas intercambiaron miles de cañonazos con resultado incierto, pero quedaba clara en todos los casos la superioridad artillera de los ingleses. Los españoles basaban su poderío en la guerra galana, es decir la lucha al abordaje. En ese terreno nuestros soldados eran siempre superiores, por eso los británicos trataban de evitar ese tipo de combate a toda costa, confiándolo todo a la puntería de sus culebrinas de bronce que, por otra parte, estaban perfectamente abastecidas desde sus arsenales en tierra; apoyo con el que no contaban los buques españoles.

Don Alonso procuraba en todo momento evitar un combate generalizado, a la espera de noticias frescas que llegaran desde Flandes.

Pero Alejandro Farnesio, lejos de reunir la tropa precisada en torno a Dunkerque y Nieuport, los dos únicos puertos disponibles para la invasión, tan solo contaba con la mitad de los efectivos que, por cierto, tenía entretenidos en diversas escaramuzas.

El 7 de agosto, el duque de Medina Sidonia recibe por fin las desalentadoras noticias de Farnesio y decide fondear la flota (ya por entonces muy castigada y desabastecida) en el puerto de Calais, a unas diez millas de Dunkerque. Todavía esperaba el bueno de Don Alonso poder contactar con las tropas del príncipe de Parma para completar la invasión.

Pero Farnesio se hallaba bloqueado por la flota corsaria holandesa, unos 32

buques de los llamados mendigos del mar, a los que había que añadir decenas de filibotes que actuaban en la zona como auténticos moscardones. Por tanto, las ayudas solicitadas por Medina Sidonia no llegarían nunca. Y se entendió que la operación había fracasado por la escasa coordinación entre unos y otros. Solo quedaba sacar la flota de Calais e intentar llegar lo antes posible a España. Pero los ingleses acechaban demasiado cerca y no estaban dispuestos a dejar pasar una oportunidad como aquella. Calais era una ratonera y Howard quería esos ratones. En consecuencia, reunió a sus jefes para deliberar un plan que nació en forma de brulotes, los tizones del infierno, barcos kamikaze a los que se prendía fuego para ser lanzados sobre la flota enemiga con un cargamento de metralla, balas y pólvora suficiente para quebrantar cualquier resistencia. Sin esperar más, 8 buques ingleses fueron sacrificados para este fin. Y tras unir sus bordas, fueron dirigidos hacia el objetivo español que ya se había percatado con horror de su presencia.

Como contramedida a la llameante embestida, Don Alonso Pérez de Guzmán había dispuesto una línea de pequeñas embarcaciones y botes, que con pértigas y arpones intentaron en vano hacer embarrancar a las flamígeras naves. Solo pudieron hacerlo con dos de ellas, las otras seis siguieron avanzando para desconsuelo de las dotaciones españolas, que ante esa visión infernal, desorganizaron sus filas saliendo alocadamente de la bahía de Calais, sin cumplir la orden de agrupamiento dictada por el duque.

El amanecer del 8 de agosto de 1588 vio cómo la práctica totalidad de la Gran Armada andaba diseminada a lo largo de más de diez millas de costa. La salida en tromba desde Calais había propiciado la situación deseada por los ingleses. Lord Howard lanzó entonces más de cien buques sobre el disperso contingente, comenzando así lo que pasó a la historia como batalla de las Gravelinas. Una suerte de pequeños combates que se prolongaron durante más de doce horas con resultado dudoso, porque los ingleses se limitaron a rodear todos aquellos navíos que iban quedando aislados sin conseguir el efecto abrumador que pretendía su reina.

El duque de Medina Sidonia consiguió reunir unas 50 naves y con ellas fue asistiendo a todo barco que lo necesitara. Su galeón insignia San Martín, libró combate con otros tres británicos, respondiendo a todos ellos.

Otros no tuvieron tanta suerte, por ejemplo, la galeaza San Lorenzo, que después de una larga batalla, fue a quedarse varada en una playa francesa donde aguantó varios ataques. El galeón San Felipe, que fue rodeado por 17 buques enemigos, soportando un aluvión de balas y metralla, sin que ningún barco inglés consiguiera rendirle. Su capitán, Don Francisco de Toledo, hizo alarde de gallardía animando a los ingleses para que trabaran guerra galana con él. Pero siempre encontró la negativa por respuesta. Al final, tras haber perdido 260 hombres, transfirió lo que le quedaba a otros buques que acudieron para socorrerle. El galeón San Mateo tras recibir muchos impactos que provocaron diversas vías de agua, fue a parar a la zona holandesa donde

embarrancó, siendo su tripulación capturada y masacrada por los holandeses.

El balance final de la jornada arroja unos datos que la propaganda inglesa maximizó al límite. Los españoles perdieron dos galeones, una galeaza y una nao, con unos 750 muertos, quedando muchos buques tocados o averiados. Mientras que los ingleses sufrieron desperfectos en 20 naves con un saldo de 150 muertos. Conviene comentar que los ingleses no consiguieron capturar ni uno solo de los buques españoles. Excepción hecha con el San Salvador y Nuestra Señora del Rosario, que cayeron durante el primer día por los motivos que ya sabemos.

El fin del mundo sobre nosotros

Después del combate de las Gravelinas la flota española dedicó el día posterior a reunir todo lo que le quedaba, que aún era mucho. El duque de Medina Sidonia estaba determinado para volver a España con la menor pérdida posible. Pero la situación de barcos y hombres era más que lamentable. El desbarajuste era tal que las previsiones más optimistas pasaban por la supervivencia de unos pocos.

Los españoles sabían que su regreso por el Este era poco factible; en ese extremo se encontraba buena parte de la flota enemiga ayudada por los corsarios holandeses. En el Oeste, estaba la costa de Flandes con sus enormes bancadas arenosas que, a buen seguro, harían encallar muchos barcos. Solo quedaba el camino del Norte, y eso suponía bordear la costa de Inglaterra y Escocia, para bajar por Irlanda hasta desembocar en el golfo de Vizcaya. Éste era el único recorrido posible y Don Alonso, confiando en la ayuda divina, dio orden de iniciar la navegación hacia esas latitudes.

El apoyo celestial llegó de forma inesperada, en un momento en el que todo hacía pensar que el fin de aquellos hombres estaba próximo. Las tripulaciones se encontraban muy mermadas por la enfermedad y las heridas del combate. Además, los daños ocasionados por el inglés en los buques españoles habían sido cuantiosos y, por si fuera poco, las inclemencias meteorológicas seguían creciendo. En eso, la llegada de un viento favorable alivió la situación caótica de la flota, propiciando la tan ansiada salida a mar abierto.

Sin orden ni concierto, los navíos fueron iniciando un trasiego hostil por aquellas costas enemigas, recibiendo el más severo castigo que un marino pueda imaginar. Recordemos que 1588 fue uno de los años más difíciles desde el punto de vista climatológico. En ese verano precisamente, ciclones, vendavales y tempestades, se cebaron sobre aquella zona, y por ende, sobre los restos de aquella pobre Gran Armada.

Desprovistos de alimento, agua y munición sin poder recalar en puerto amigo, los barcos españoles iban siendo sometidos a las más crueles circunstancias, dejando por aquellos litorales un gran rosario de angustias, zozobras y naufragios.

Los supervivientes que ganaban la costa sufrían dispar fortuna según quienes les apresaban. Si eran ingleses o escoceses, les encarcelaban a la espera de rescate. Pero no ocurrió lo mismo con los naufragos que tuvieron la mala suerte de ir a parar a las

costas irlandesas. Allí, la muerte les esperaba en forma de gobernador británico.

Venganzas sin consecuencias

En Inglaterra quedaron instalados bajo pésimas condiciones unos 500 prisioneros, otros 1.000 lo hicieron en Escocia. Pero de los 2.000 que fueron a parar a la isla de Irlanda, 1.900 fueron ejecutados por un gobernador temeroso de que aquellos magníficos soldados se unieran a los rebeldes católicos que tantos quebraderos de cabeza le estaban ocasionando. En cuanto a los buques naufragados, es muy difícil precisar su número, tan sólo en la costa irlandesa se constataron 24 hundimientos, que se sumaron al total de 60 naves perdidas por la Armada durante toda la operación. Ya sabemos que en combate directo sólo se perdieron 4.

A pesar de todo, los 70 buques supervivientes fueron arribando a los puertos españoles del norte durante las semanas siguientes. Los últimos lo hicieron en octubre tras una calamitosa navegación. El grupo más numeroso, comandado por el galeón San Martín de Medina Sidonia, llegó el 24 de septiembre a Santander, y estaba conformado por 24 naves en muy mal estado.

Sobre las pérdidas en naves podemos decir que 25 fueron hundimientos confirmados y de otros 35 se perdió la pista para siempre.

Las bajas humanas fueron muy cuantiosas alcanzando dos tercios del total, repartidos de ésta manera: 8.500 murieron en los naufragios; 7.500 víctimas de la enfermedad y privaciones; 1.900 ejecutados en Irlanda, y 1400 muertos en los combates. En total, 19.300 hombres sobre los aproximadamente 30.000 iniciales. Frente a esto, las pequeñas pérdidas inglesas eran irrisorias.

La derrota de la Gran Armada, en contra de lo que se pueda pensar, no fue tan decisiva como humillante. Es cierto que el prestigio de España como potencia mundial sufrió un serio revés, pero el percance apenas perturbó el tráfico comercial con las Indias, más bien al contrario, pues desde entonces, se entendió que se debían fortalecer las condiciones defensivas de nuestras ciudades en América. Así se hizo, impidiendo muchas invasiones y saqueos a cargo de los corsarios británicos y holandeses.

España pudo mantener su dominio en América más de doscientos años. Firmó la paz en Flandes con las famosas tablas y a Felipe II aún le quedaron ánimos para organizar nuevas Armadas que corrieron idéntica suerte que la primera.

En cuanto a los protagonistas ingleses, uno de ellos Francis Drake fue enviado por Isabel I para acabar con los restos de la flota española, y por poco cavó su fosa en 1589, tratando de tomar La Coruña y posteriormente Lisboa.

Como vemos, aquella gesta heroica de los británicos no lo fue tanto, pero sirvió para dar el primer paso firme hacia su liderazgo mundial.

EDGAR ALLAN POE, EL POETA DEL TERROR

"Mi vida no ha sido más que capricho, ilusión, pasión, deseo de soledad, desprecio del presente, anhelo del porvenir..."

Reflexión de Poe en carta dirigida a un amigo.

Paisajes infantiles

Si viajamos a las más altas cumbres de la literatura mundial es obligado hacer parada y fonda en la casa Usher, que lejos de su hundimiento, ahora sirve para albergar el espíritu atormentado del arquitecto que la diseñó.

En el umbral, erguido, sobre un busto de Palas, se sitúa un cuervo plutónico que nos recibe con una enigmática, pero esperada frase, "nunca más". Una vez atravesada la puerta, nos internamos en las estancias brumosas y sobrecargadas, sin saber bien a que misterios reveladores nos debemos enfrentar. Al fondo, vemos una sala decorada con motivos renacentistas, donde predomina el color negro del príncipe próspero. El habitáculo dispone de una lúgubre atmósfera que refuerza el eco de unas palabras mesméricas emitidas por un hombre enfebrecido por la actividad.

Con denuedo, nuestro personaje intenta recuperar de un mortal letargo al señor Valdemar, pero sus intentos parecen estériles.

Mientras tanto, curioseamos un manuscrito que, al parecer, fue hallado en el interior de una botella. En el documento se puede leer claramente un nombre, Edgar Allan Poe, y una palabra, testamento.

Algo nerviosos, comenzamos la lectura del legajo, mientras un gato negro ronronea alrededor y sentimos como nuestro corazón delator está a punto de estallar. El texto comienza así: "No fui en la infancia como los otros, ni nunca vi como los otros vieron. Mis pasiones yo no podía hacer brotar de fuentes iguales a las de ellos; y era otro el origen de mi tristeza, y era otro el canto que despertaba mi corazón para la alegría. Todo lo que amé, lo amé solo. Así en mi infancia, en el alba de mi tormentosa vida, irguióse, desde el fondo de todo bien y todo mal, desde cada abismo, encadenándome, el misterio que envuelve mi destino..."

Tras estas líneas iniciales, unas lágrimas nublan nuestra mirada. No hay duda, se trata de él. Aferrándonos a nuestro talismán mágico, el escarabajo de oro, comenzamos a dar rienda suelta a la ensoñación, el misterio y los recuerdos del escritor más apasionante de la literatura norteamericana. Aquél que provocara un antes y un después. Poeta por vocación, prosista por devoción. Pero también periodista, crítico e impulsor de la novela detectivesca.

Sí amigos, el destino hizo de nosotros unos privilegiados al permitirnos la contemplación del mundo imaginado en más de sesenta cuentos y algunos poemas,

por uno de esos locos que nacen cada cierto tiempo para maravillarse a sus contemporáneos, así como a las generaciones futuras.

Os invitamos con emoción a descubrir el legendario universo de Edgar Allan Poe.

En los albores del siglo XIX, numerosas compañías teatrales recorrían la joven nación norteamericana con el ánimo de entretener a unos ciudadanos muy distanciados entre sí, por el enorme territorio y la escasa cultura.

En esos años, la actualidad llegaba a cuenta gotas y era muy agradable para cualquier ciudad de las antiguas colonias británicas, recibir la visita de carromatos cuajados de atrezzo, actores y actrices dispuestos a sorprender con repertorios Shakespearianos, comedias ligeras o fabulosos números de magia. Buena parte de estos comediantes eran de origen británico e irlandés. En esa situación se encontraban David Poe y Elizabeth Arnold, que llegaron a Boston, Massachusetts, en una gélida mañana invernal de 1809.

Las condiciones de vida para cualquier actor de esa época distaban mucho de las actuales. Los recursos económicos y de todo tipo brillaban por su ausencia, lo que obligaba a realizar el trabajo en situaciones muy precarias.

La compañía teatral en la que viajaba el matrimonio Poe no llegaba a Boston auspiciada por el éxito, debiendo confiar sus integrantes en la buena suerte de la convocatoria, para poder así reunir unos cuantos dólares que mejoraran el lastimoso estado de aquel teatrillo ambulante.

Elizabeth había entrado en el noveno mes de gestación de su segundo hijo, pero seguía actuando al lado de su marido David, muy aquejado de alcoholismo y tuberculosis (plagas habituales del siglo XIX en Norteamérica). Por fin, el 19 de enero de 1809, no sin esfuerzo, nace un niño al que pondrán de nombre Edgar. Hemos de suponer que lo primero que vieron los ojos grises del bebé fueron las bambalinas teatrales y los carromatos mugrientos de aquellos cómicos de la legua. Nada hacía pensar que el retoño de los Poe se convertiría años más tarde en una de las plumas consagradas para las letras de aquel país tan falto de genios.

Pronto los nómadas agotaron sus posibilidades en Boston, viéndose obligados a tomar el rumbo incierto de aquella tambaleante vida.

Elizabeth y David dejaron a su primogénito al cuidado de unas caritativas damas y con el pequeño Edgar siguieron la gira por el país.

En Norfolk nacería Rosalie, la tercera y definitiva hija de los Poe, ya que David desaparecería literalmente para unos o debido a la enfermedad para otros. No sería la única desgracia familiar, pues lamentablemente el 8 de diciembre de 1811, Elizabeth moría en Richtond, víctima también de la tuberculosis. El pequeño Edgar, sin cumplir los 3 años, ya era huérfano de padre y madre.

¿Qué futuro le esperaba?, ¿quién asumiría su tutela y educación?

Aquí entra en escena la familia Allan.

John y Frances Allan constituían un matrimonio de origen escocés, arraigado en la modesta burguesía sureña. Su negocio consistía básicamente en el tráfico de tabaco y algodón. La pareja no había conseguido tener descendencia propia, aunque bien es cierto que el señor Allan mantenía algunos vástagos ¡legítimos. El comerciante vio de buen grado que su mujer trajera a la casa al pequeño y desprotegido huérfano.

El hecho de que Edgar llegara a esa familia no es casualidad, ya que, posiblemente debido a una fugaz amistad con los Poe, John Allan habría apadrinado el nacimiento de Edgar.

El niño gozó del cariño y la consideración de sus nuevos padres, pero nunca fue adoptado legalmente por el temor a un futuro mal reparto de la herencia familiar. Esta situación influiría notablemente en la personalidad de nuestro protagonista, como veremos posteriormente.

La infancia de Edgar Allan Poe siempre estuvo bajo el amparo de su segunda madre Frances, a la que amó profundamente durante toda su vida. La señora Allan creó para su hijo un escenario protector, lo que propició que el pequeño Edgar potenciara al límite su ya desorbitada imaginación. Bajo esos estímulos, reinventó su linaje llegando a decir, para asombro de todos, que su genética estaba asociada a la del general traidor Benedict Arnold. Con tan solo 4 años, divertía a los amigos de sus nuevos padres con poemas y narraciones de Sir Walter Scott, u otros autores de moda.

La educación infantil recibida por el pequeño Edgar fue muy parecida a la de cualquier niño de clase media alta sureña. Su madre adoptiva cuidaba tan celosamente la formación cultural de su hijo, que llegaba a ser, en algunos puntos, agobiante y excluyente. Se puede decir que Edgar se convirtió gracias a su madre en un niño consentido y mimado. Años más tarde recordando su niñez diría: "Mis palabras eran ley en la casa, y a la edad en la que pocos niños se han librado de las hayas de su mamá, yo, dueño de mis actos, podía entregarme a los impulsos de mi voluntad".

De los negocios de su padre solo le interesaba uno, la representación de algunas revistas británicas, donde se ofrecían muestras llenas de erudición sobre literatura gótica de finales del siglo XVIII. En esas cultas publicaciones Edgar bebió hasta la saciedad, suponiendo su primer contacto con los cuentos de terror. No sería el último, pues estaba a punto de iniciar un viaje que marcaría su ánimo y carácter.

Corría el año de 1815 cuando con 6 años, Edgar Allan Poe junto a su familia se traslada a la vieja Europa, donde esperaban desafiantes los brumosos paisajes de Escocia e Inglaterra que ya no le abandonarían jamás.

La familia Allan permanecerá en la ancestral isla de Gran Bretaña durante cinco años. Tras una breve estancia en Irvine, Escocia, donde visitarán a sus parientes, se establecerán en Londres, intentando asentar alguna relación comercial.

En ese tiempo Edgar será inscrito en colegios privados de buena y consolidada reputación como el "Irvine Grammar School" y el "Stoke Newington", donde destacará en francés, latín, historia y literatura.

Pero también la decimonónica Inglaterra enseñará a Poe a convivir con el miedo y terror que sobre él ejercen los paisajes urbanos y naturales que contempla: "Mis recuerdos más tempranos de la vida escolar están vinculados a una inmensa y vaga casona isabelina, en un brumoso villorrio de Inglaterra, donde había una cantidad enorme de árboles gigantescos y retorcidos, y donde todas las casas eran demasiado antiguas".

Edgar desarrolla una tremenda afición por todo lo macabro y sobrenatural. Sus lecturas favoritas son los relatos góticos que contienen historias de aparecidos, muertos, lápidas y folklore medieval. Sin olvidar sus libros de cabecera de esos años, Ivanhoe, de Walter Scott, y Manfredo, de Lord Byron. Sin duda, este último sería su más favorecedora referencia romántica en lo sucesivo, mientras que de Scott heredaría la complejidad argumental y la épica narrativa.

Con todas esas huellas e influencias, Poe regresa a Norteamérica en 1820, tiene 11 años y posee una más que envidiable constitución física adquirida por imposición en los estrictos colegios británicos. Esto le distingue de los escasamente entrenados niños sureños, pero lejos de hacerse su cabecilla, Edgar opta por una exacerbada competitividad acaso motivada por un hondo trauma nacido de la falta de afectividad familiar.

El ya adolescente se siente invadido por un fuerte complejo de inferioridad, que le empuja a tratar de llamar la atención con acciones grotescas tales como nadar a contracorriente más de seis millas, o realizar fugas misteriosas.

El joven Edgar empieza a componer sus primeros versos inspirado por la figura de Lord Byron. Estos poemas serán escondidos como el más valioso de los tesoros. Llegará un primer amor para llamar al corazón del adolescente, se tratará de un afecto no correspondido pues Edgar se enamora de Mrs. Stanard, joven madre de un compañero de colegio. Este amor platónico encenderá la llama ideal de la pasión, haciéndole descubrir situaciones y sentimientos ocultos para él. Todo se derrumbará cuando en 1824, Mrs. Stanard muera inmersa en un delirio alocado, que veremos reflejado en muchas de las heroínas que Edgar Allan Poe inmortalizará posteriormente en sus célebres poemas y narraciones. Tenía 15 años y la melancolía se había instalado en su alma.

Universidad y Ejército

El abatido muchacho caminaba por el borde de la depresión más absoluta cuando conoce a Sarah Elmira Royster, una guapa jovencita (esta vez sí era de su edad) que parece corresponder a sus intenciones amorosas. Todo marchaba bien hasta que John Allan se entera de la relación, prohibiéndola tajantemente por entender que Edgar debería entregarse por entero al estudio y no al amor. Con el corazón desgarrado, el enamorado ve cómo le separan de su querida Elmira. Sus cartas apasionadas son interceptadas por los respectivos padres. Nada se puede hacer y Edgar, resignado, acepta con el estoicismo propio de sus personajes el ingreso en la universidad de

Virginia, en Charlottesville.

1826 es el único año académico en la vida de Edgar Allan Poe. Tiene 17 años y la universidad le ofrece el hábitat apropiado para sus inquietudes intelectuales. Se matricula en la facultad de Lenguas Clásicas y Modernas con la intención de convertirse en abogado, para satisfacer a su padre adoptivo con el que mantenía un difícil e injusto trato.

John Allan, a pesar de haber heredado una fuerte suma, reduce al mínimo la asignación de Edgar, lo que provoca en el joven nuevas inseguridades dado que tanto él, como sus condiscípulos, habían sido educados en una cómoda forma de vida.

El ambiente universitario era campo abonado para diversas excentricidades de los estudiantes: juego, mujeres, duelos y drogas (sobre todo, alcohol), formaban parte del repertorio de diversiones, al que los impetuosos jóvenes sureños estaban acostumbrados. Edgar no permanece ajeno a estos excesos, comenzando una cruel relación autodestructiva con toda clase de drogas (alcohol, opio, láudano). Estas tumultuosas distracciones, no le privan de su interés primordial, el estudio.

Nuestro joven se afana en la lectura de toda suerte de textos que llegan a sus manos, matemáticas, botánica, historia y, sobre todo, literatura.

Sabida es la hipersensibilidad que Edgar Allan Poe demostró durante toda su existencia hacia el alcohol. Cuentan que tras ingerir el contenido del primer vaso, alcanzaba la lucidez necesaria para una elocuencia asombrosa, pero cuando llegaba el segundo vaso, el tercero y más, la borrachera adquiría tal calibre que, el pobre Edgar tardaba varios días en recobrase. Siempre reconoció que bebía para evadirse de una soledad torturante, pero que no encontraba ningún placer en ello. Su adicción no era continua, pero cualquier pretexto positivo o negativo bastaba para volver a la botella. Posiblemente, el alcoholismo de sus ancestros tuvo que ver en el suyo propio. Años más tarde, Poe confesaba claramente lo que pensaba sobre el mal de su perdición:

"No encuentro precisamente ningún placer en los estimulantes a los que me entrego con frecuencia tan vehemente. No es verdad por amor al placer por lo que he expuesto a la ruina mi vida, mi reputación y mi razón".

En diciembre de 1826 termina el breve periplo académico. Las deudas se agolpan a su puerta, y John Allan no está dispuesto a seguir pagando los desvaríos del joven. Edgar abandona la facultad para incorporarse a la empresa familiar, situación que apenas durará ya que las disputas entre padre e hijo darán como resultado la marcha definitiva de éste último para encontrarse con su inevitable destino.

Poe deambula al límite de la supervivencia por las calles de su natal Boston. Gracias a la ayuda de su madre adoptiva y de un editor amigo, publica en 1827 Tamerlan y otros poemas, compendio de sus primeras composiciones. El libro no es bien acogido por la crítica, lo que supone un estrepitoso fracaso. La desesperación se apodera una vez más del asolado autor.

Sin recursos económicos, y más solo que nunca, se enrola en el ejército de los

EE.UU. con un nombre falso, Edgar A. Perry. Su primer destino como soldado raso será Fort Moultrie en Isla Sullivan de Carolina del Sur, de cuyos paisajes desolados obtendrá la idea para escenificar uno de sus relatos más celebrados, El escarabajo de oro.

En enero de 1829 es ascendido a sargento mayor, pero un mes más tarde su adorada madre Frances muere sin que él pueda llegar a tiempo para despedirse en su momento final. El dolor es tan fuerte que le provoca un desmayo ante la tumba de la única mujer que llegó a entenderle.

El 15 de abril Poe llega a Washington y posteriormente a Baltimore, donde, buscando sus verdaderas raíces familiares, se instala en la casa de su tía María Clem, con su hermano mayor, su abuela paterna y sus primos Henry y Virginia. En diciembre de 1829 con el apoyo del crítico literario John Neal, publica su poema largo Al Aaraaf, obteniendo discretos resultados.

Recupera el favor de su padre adoptivo para que le procure el ingreso en la prestigiosa academia militar de West Point. Hecho que se producirá en junio de 1830, cuando Poe tiene 21 años. Su estancia como cadete en la rancia institución norteamericana se prolongará hasta febrero de 1831. En esa fecha, hastiado y convencido de que su futuro no estará unido al del ejército, Edgar Allan Poe abandona West Point, después de haber provocado su expulsión. Sólo portará como recuerdo su grueso capote de cadete que le acompañará el resto de su vida.

Ese mismo año consigue publicar Tamerlán y Al Aaraaf, bajo el título de Poemas de Edgar A. Poe.

La única felicidad

1833 se revela como el año de inflexión para la carrera de Poe. Acuciado por el hambre y las deudas, se presenta al concurso literario organizado por The Baltimore Saturday Visitor. Para su propia sorpresa, gana el primer premio con su relato Manuscrito hallado en una botella. Los cincuenta dólares conseguidos le llenan de ilusión y optimismo. Estos sentimientos se acrecentarán cuando el famoso crítico J.P. Kennedy, entusiasmado por la lectura del cuento, le recomiende al director del Southern Literary Messenger de Richmond con resultado positivo.

Estaba claro que la prosa de Edgar Allan Poe recibía más halagos que su incomprendida poesía.

Más decidido que nunca, se marcha a Richmond para iniciar su etapa periodística inaugurada con la publicación de Berenice.

Mientras tanto, en el terreno familiar, Poe atraviesa varias situaciones contradictorias. En 1834 muere su padre adoptivo John Allan sin dejar herencia para Edgar, cosa que debió afectarle.

Por fin, se fija decididamente en el que será su amor más puro y apasionado, nos referimos a su prima hermana Virginia. Ésta no es más que una niña, solo tiene 13 años. Por lo que sabemos, dada su mentalidad, los tuvo siempre, pero eso no impide

que Edgar desarrolle hacia ella los sentimientos más puros y honestos. Llegó a quererla hasta la locura, el éxtasis, la pasión incontrolada. Virginia fue su referencia, lo que le unía al mundo real, el sentido a su esfuerzo. Posiblemente, el único anclaje que le impedía el paso definitivo a otro plano existencial. Poe se aferró a Virginia como un náufrago a la última madera del océano, y cuando la perdió, el también se perdió. En una ocasión escribió "Hubiera perdido yo todo coraje si no fuera por ti, mi mujercita querida. Eres, mi mayor y mi único estímulo ahora para batallar contra esta vida inconciliable, insatisfactoria e ingrata...". En 1835 se casaron en secreto. Un año más tarde ratificaron su unión ante todos. Fue un tiempo de felicidad para Poe.

Junto a su joven esposa y su tía ahora suegra, María Clem, vive dedicado a la búsqueda de prosperidad para su nueva familia.

El Messenger incrementa su tirada gracias a las críticas literarias de Edgar Allan Poe. Pero la desgracia se vuelve a cebar en él cuando, debido a su lamentable estado de salud, se hace adicto al láudano y a las malas compañías, entrando por la puerta grande en la vorágine del alcohol.

Lo inevitable se produjo. Poe pierde su trabajo y, abrumado por circunstancias y deudas, abandona Richmond para regresar, una vez más, a su eterna Nueva York. Allí la holganza propiciará el acabado de algunos relatos considerados como los mejores de su obra.

En julio de 1838, publica Las aventuras de Arthur Gordon Pym, cuando todavía se encuentra viviendo en Nueva York.

El infortunio persigue a Poe y a sus mujeres. Huyendo de él se instalan en la floreciente Filadelfia, a la sazón, principal centro artístico y cultural de la época. Nace Ligeia, uno de los relatos preferidos de Poe. Posteriormente, se publicarán otros como El hundimiento de la casa Usher o Morella.

Edgar Allan Poe acepta el cargo de asesor editorial de la pequeña publicación Burtons Gentelmanns Magazine que consigue, gracias a él, elevar considerablemente su tirada.

Puede parecer que nuestro protagonista por fin había dado sentido a su vida, pero nada más lejos de lo cierto. Recordemos que la depresión siempre sobrevoló el aire de Poe. "Mis sentimientos son en este momento, ciertamente dignos de compasión. Estoy pasando por un estado de depresión espiritual como nunca había experimentado hasta ahora. He luchado en vano contra la ingerencia de esta melancolía; debe creerme si le digo que me siento miserable todavía, a pesar de la mejora de mi situación".

A finales de 1839 reúne todos sus relatos esparcidos en diferentes publicaciones, y los ofrece bajo el título Cuentos de lo grotesco y lo arabesco.

1840 es un año en el que nos encontramos a un Edgar Allan Poe reconocido y prestigiado. Sus críticas literarias se valoran, y sus cuentos se esperan con devoción. Abandona por causas no aclaradas el Burtons Magazine. Después sufre un colapso nervioso del que se recupera para aceptar meses más tarde, la dirección editorial del

Grahams Magazine.

Durante un año el número de suscripciones se multiplica varias veces, pero Edgar quiere más. Él sueña con encabezar su propia publicación, pero la fatalidad se interpone.

Su querida Virginia cae víctima de una devastadora tuberculosis con accesos de hemoptisis. La enfermedad se manifiesta cuando la joven se encontraba cantando alegremente, y un vaso sanguíneo estalla, provocando un borbotón de sangre en su boca. La desgracia acude de nuevo al hogar de los Poe. Edgar no lo puede soportar y con el alma afligida y atenazada por el dolor, se deja llevar por el pánico incontrolado que pilota el alcohol.

Al poco abandona el Graham's. Sus borracheras son continuas. Una dramática situación difícil de ocultar para María Clem, su tía y suegra, que a duras penas cuida de los dos enfermos.

En medio de tanto desequilibrio, ocurre el milagro. Envuelto por alucinaciones, locuras y delirios, empieza a perfilarse la figura de un enigmático animal que ocupará el trono del universo Poe.

El presagio final del cuervo atormentado

La situación de Virginia empeoraba por momentos, la de Edgar también. Convulsionado, intenta aferrarse a la posibilidad de dirigir una revista con el patrocinio de un financiero. La embriaguez imposibilita todo esfuerzo. Poe vuelve a ganar un concurso literario, esta vez con su célebre relato El escarabajo de oro, precursor de la novela policiaca.

En 1844 la familia se traslada a Nueva York y allí, como no podía ser de otra forma, el 29 de enero de 1845, se publica en el Evening Mirror la obra cumbre de Edgar Allan Poe, El cuervo, un poema incubado en los tormentosos y surrealistas meses alcoholizados de Filadelfia, y eclosionado tras mil correcciones y revisiones en la sobriedad neoyorquina.

Cierta noche aciaga, cuando, con la mente cansada, meditaba sobre varios libracos de sabiduría ancestral y asentía, adormecido, de pronto se oyó un rasgido, como si alguien muy suavemente llamara a mi portal.

"Es un visitante —me dije—, que está llamando al portal; sólo eso y nada más".

¡Ah, recuerdo tan claramente aquel desolado diciembre! Cada chispa resplandeciente dejaba un rastro espectral.

Yo esperaba ansioso el alba, pues no había hallado calma en mis libros, ni consuelo a la pérdida abismal de aquella a quien los ángeles Leonor podrán llamar y aquí nadie nombrará.

Cada crujido de las cortinas purpúreas y cetrinas me embargaba de dañinas dudas, y mi sobresalto era tal que, para calmar mi angustia repetí con voz mustia: "No es sino un visitante que ha llegado a mi portal; un tardío visitante esperando en mi portal. Solo eso y nada más".

La noche miré de lleno, de temor y dudas pleno, y soñé sueños que nadie osó soñarjamás; pero en este silencio atroz, superior a toda voz, sólo se oyó la palabra "Leonor", que yo me atreví a susurrar..., si susurré la palabra "Leonor" y un eco la volvió a nombrar Solo eso nada más.

Aunque mi alma ardía por dentro regresé a mis aposentos pero pronto aquel rasgido se escuchó más pertinaz.

"Esta vez quien sea que llama ha llamado a mi ventana; veré pues de que se trata, que misterio habrá detrás. Si mi corazón se aplaca lo podré desentrañar".

¡Es el viento y nada más! Mas cuando abrí la persiana se coló por la ventana, agitando el plumaje, un cuervo muy solemne y ancestral.

Sin cumplido o miramiento, sin detenerse un momento, con aire envarado y grave fue a Posarse en mi portal, un pálido busto de Palas hay encima del umbral; fue posóse y nada más.

Esta negra y torva ave tocó, con su aire grave, en sonriente extrañeza mí gris solemnidad.

"Ese penacho rapado —le dije—, no te impide ser osado, viejo cuervo desterrado de la negrura abisal; ¿cuál es tu tétrico nombre en el abismo infernal?"

Dijo el cuervo: "Nunca más".

Que una ave zarrapastrosa tuviera esa voz virtuosa sorprendióme aunque el sentido fuera tan poco cabal, pues acordaréis conmigo que pocos habrán tenido ocasión de verposado talpájaro en suportal. Ni ave, ni bestia alguna en la estatua del portal que se llamara "Nunca más".

Mas el cuervo, altivo, adusto, no pronunció desde el busto, como si en ello lefuera el alma, ni una sílaba más.

No movió una sola pluma ni dijo palabra alguna hasta que al fin musité: "Ví a otros amigos volar; por la mañana él también, cual mis anhelos, volará".

Dijo entonces: "Nunca más".

Esta certera respuesta dejó mi alma traspuesta; "Sin duda —dije—, repite lo que a podido acopiar del repertorio olvidado de algún amo desgraciado que en su caída redujo sus canciones a un refrán":

"Nunca, nunca más".

Como el cuervo aún convertía en sonrisa mi porfía planté una silla mullida frente al ave y el portal; y hundido en el terciopelo me afané con recelo en descubrir que quería la funesta ave ancestral al repetir: "Nunca más"

Esto, sentado, pensaba, aunque sin decir palabra al ave que ahora quemaba mi pecho con su mirar; eso y más cosas pensaba, con la cabeza apoyada sobre el cojín purpúreo que el candil hacía brillar.

¡Sobre aquel cojín purpúreo que ella gustaba de usar y ya no usará nunca más!

Luego el aire se hizo denso, como si ardiera un incienso mecido por serafines de leve andar musical.

¡Miserable! —me dije— ¡Tu Dios estos ángeles dirige hacia ti con el filtro, y a Leonor te hará olvidar!, ¡Bebe, bebe el dulce filtro, ya Leonor olvidarás!

Dijo el cuervo: "Nunca más".

"¡Profeta —grité—, ser malvado, profeta eres, diablo alado! ¿Del tentador enviado o acaso una tempesta a tempesta trajo tu torvo plumaje hasta este yermo paraje, a esta morada espectral? ¡Mas te imploro, dime ya, dime, te imploro, sí existe algún bálsamo en Galaad!

Dijo el cuervo: "Nunca más".

"¡Profeta —grité—, ser malvado, profeta eres, diablo alado!

Por el Dios que veneramos, por el manto celestial, dile a este desventurado si en el Edén lejano a Leonor ahora entre ángeles, un día podré abrazar".

Dijo el cuervo: "Nunca más"

"¡Diablo alado, no hables más!" —dije—, dando un paso atrás;

" ¡Que la tromba te devuelva a la negrura abisal, ¡Ni rastro de tu plumaje en recuerdo de tu ultraje quiero en mi portal!, ¡Deja en paz mi soledad!, ¡Quita el pico de mi pecho y tu sombra del portal!".

Dijo el cuervo: "Nunca más".

Y el impávido cuervo osado aún sigue, sigue posado, en el pálido busto de Palas que hay encima del portal; y su mirada aguileña es la de un demonio que sueña; cuya sombra el candil en el suelo proyecta fantasmal; y mi alma, de esa sombra que allí flota fantasmal, no se alzaré...

¡Nunca más!

El cuervo debía ser un poema publicado a fin de aumentar los escasos ingresos de Edgar. Solo eso y nada más. Pero se convirtió en una obra aclamada por círculos literarios y lectores en general.

Poe, ebrio esta vez de gloria, inicia una gira por el país recitando sus poemas y relatos. Todos quieren estar presentes para escuchar al autor de moda. Hasta sus mayores críticos tienen que reconocer el talento del Bostoniano. Griswold afirmó: "Su conversación alcanzaba a veces una elocuencia casi sobrenatural. Modulada la voz con asombrosa destreza y sus grandes ojos de variable expresión, miraban serenos o infundían una ignea confusión en los de sus oyentes, mientras su rostro resplandecía o manteníase inmutablemente pálido, según que la imaginación apresurara el correr de su sangre o la helara en torno al corazón. Las imágenes que empleaba procedían de mundos que un mortal sólo puede ver con la visión del genio".

Ese mismo año, Edgar Allan Poe se hace con el control del Broadway Journal. Su inalcanzable sueño era ahora tangible realidad. Pero como todo en la vida del escritor, ese capítulo sería sumamente breve.

En 1846 debido a sus feroces críticas sobre la obra de los mediocres autores de la época, Poe se encuentra rodeado por envidiosos enemigos. Las arcas del Broadway Journal se muestran exiguas. Todo se conjura de nuevo para la ruina del creador, no

quedándole más remedio que asumir el cierre de la publicación. Se iniciaría así un declive que no parará hasta su muerte.

En la pequeña casa de Fordham se encuentran los cinco miembros de la familia: Edgar, su mujer Virginia, su tía María Clem, el alcoholismo y la tuberculosis. Y a éstos se añade la permanente miseria.

La salud de Virginia es cada vez peor. Edgar acosado por la desgracia, sólo ve luz entre las tinieblas cuando mira a su amor. Por ella y para ella, crea Anabel Lee, "Yo era un niño y ella una niña, en un reino a orillas del mar...". En medio de un agotador invierno, el 30 de enero de 1847 moría su amada, su querida, su esposa Virginia.

La desesperación aprisionaba el alma de un Edgar Allan Poe sobrecogido Por dolor infinito: "Sentía cada vez todas las agonías de su muerte, y en cada acceso de su mal la amaba más tiernamente y me aferraba a su vida con más desesperada terquedad. Pero soy, por constitución, sensible y nervioso en grado superlativo. Durante estos ataques de inconsciencia absoluta no hacía más que beber, sólo Dios sabe cuánto y con qué frecuencia". A duras penas, ciñe su viejo capote de cadete para escoltar al cortejo fúnebre. Lo que llegó después, es fácil imaginarlo. Meses de locura y letargo al calor de las drogas.

Poe estaba perdido y lo sabía. Sólo cabía esperar el acto final de una vida imposible.

En el campo del frenesí, germinan Ulalume y Eureka.

Con el vigor presuntamente recobrado, Poe sale de la depresión dispuesto a darse una segunda oportunidad. Busca la complicidad de alguna mujer que quiera acompañarle en esta postrera etapa. Nombres como el de Marie Louise Shew, Anne Richmond o Sarah Helen Whitman, se unirán al suyo en la amistad o en las intenciones matrimoniales. Pero nada por desgracia se concretará con éxito. Ni siquiera el reencuentro con Elmira, su antiguo amor de juventud, con la que llega a fijar el 17 de Octubre como fecha de boda. Edgar ilusionado deja de beber y drogarse, pero en el viaje hacia la ciudad donde le esperaba su futura esposa, realiza escala en Baltimore, para visitar a unos antiguos amigos dispuesto a celebrar el evento. Esto ocurría el 27 de septiembre, y ahí perdemos la pista de Poe durante unos días. Algunas hipótesis aventuran que el escritor, víctima de la borrachera, se dejó manipular por políticos que, como en otras ocasiones electorales, sobornaban a borrachos para que votaran varias veces por ellos.

Lo que sí sabemos es que el 3 de octubre apareció en un oscuro callejón aledaño a un tugurio de la peor condición. Ahí le recogieron víctima de un ataque de delirium tremens.

El talento más grande de la literatura norteamericana se había convertido en un vagabundo desfigurado y envuelto por harapos que ni siquiera le pertenecían.

Pasó cuatro días en el "Washington Hospital" de Baltimore, luchando contra

médicos y monstruos. Escupiendo a enfermeras y escapando a las peores pesadillas creadas por su mente. Todo esto alternado con momentos de lucidez extrema, donde lamentaba su odiosa existencia.

Por fin, el domingo 7 de octubre de 1849, cuando la madrugada se encontraba en su máximo esplendor, Edgar Allan Poe acertó a pronunciar sus últimas palabras: "Que Dios ayude a mi pobre alma". Así acabaron cuarenta años de absoluta desesperación. Murió un genio y nada más.

"Mi vida no ha sido más que un capricho, ilusión, pasión, deseo de soledad, desprecio del presente, anhelo del porvenir."

CUSTER, CABELLOS LARGOS

"Estos indios no están bautizados, por lo tanto no tienen alma. Entonces, al matarlos, estamos honrando a Dios"

Arenga lanzada por el teniente coronel Custer al 7º de Caballería de los EE.UU. el 21 de junio de 1876, durante los instantes previos a la batalla de Litúe Big Horn.

El último en West Point, primero en la guerra

George Arnistrong Custer era para sus detractores un megalómano buscaglorias, audaz y temerario. En cambio, sus admiradores veían en él a un líder carismático de incandescente personalidad. Desde luego, para unos y otros, Custer encontró su página en la historia el 25 de junio de 1876, cuando al frente de su famoso 7º regimiento de Caballería fue masacrado por sus menospreciados enemigos indios.

Raoul Walsh nos ofreció en la película *Murieron con las botas puestas* una visión idealizada en exceso de un personaje encarnado por el apuesto Errol Flyn. Él, que era un hijo de su tiempo, fue elevado por Hollywood a la categoría de héroe, tergiversando así la auténtica y penosa realidad del siglo XIX norteamericano.

Durante demasiados años, el cine nos vendió papeles prefijados de buenos y malos. Afortunadamente, la coherencia y sobre todo, la investigación de muchos historiadores, han podido contrastar los hechos acontecidos. Hoy sabemos que ni los chaquetas azules eran tan guapos, ni los indios eran tan feos. Al menos, eso creo.

Nuestro protagonista nace el 5 de diciembre de 1839 en New Rumley (Ohio). Durante su infancia no mostró demasiada afición hacia los estudios. Para desesperación de sus padres, el pequeño George disfrutaba enormemente con escapadas y aventuras en el afán de emular a todos sus ídolos. Aquél niño, sin duda, había venido al mundo en busca de acción, y pronto la encontraría.

Con 16 años ingresa en la prestigiosa Academia Militar de West Point. Esta legendaria institución se iba a convertir en catalizadora e impulsora de muchos nombres propios para la historia de la joven Norteamérica.

En abril de 1861 estalla la guerra de Secesión. Muchos cadetes confederados abandonan West Point. Custer se gradúa en junio, siendo el último de una menguada promoción de treinta y cuatro oficiales. A pesar de esto, la guerra necesitaba de todos los militares cualificados disponibles, y nuestro hombre se incorpora al combate.

Su primer destino en la contienda fue como segundo teniente bajo el mando del general Mc Clellan (Ejército del Potomac). De esta manera, participó en la primera batalla de Bull Run (Manasas), donde se distinguió con brillantez. Mc Clellan le nombra su ayudante en el estado mayor del 2º regimiento de Caballería, gracias a eso, pudo acompañarle a su nuevo destino en el 5º regimiento, donde alcanza en julio de 1862 el grado de primer teniente, aunque bien es cierto que Custer ya ejercía desde junio con el rango temporal de capitán.

En 1863 Custer había adquirido una merecida reputación de oficial valiente e impetuoso. Con esa aureola, es transferido al estado mayor del general Alfred Pleasanton, participando en la batalla de Aldrie con tanto éxito que, inmediatamente, es promovido al grado de general de brigada de fuerzas voluntarias, eso le convirtió en el militar más joven que ocupó ese rango de todo el ejército federal.

Se acercaba el momento culminante de Gettysburg y Custer entró por la puerta grande, dirigiendo la brigada de caballería de Michigan. En esa crucial batalla, nuestro joven general de 23 años arremete contra la caballería imbatida del reputado general confederado Jeb Stuart. Para sorpresa de todos y a costa de muchas bajas (una constante en la vida de Custer), culmina con éxito la ofensiva y los sudistas retroceden.

Gettysburg supone el punto de inflexión en la fratricida contienda norteamericana. Dejando miles de muertos sobre el campo de batalla el sureño Robert E. Lee inicia la inevitable retirada perseguido y hostigado por los potentes ejércitos de la Unión.

En junio de 1864, la unidad de Custer se incorpora a las tropas de Sheridan para la campaña de Virginia. En ese escenario nuestro personaje sigue acumulando honores. Sus arriesgadas tácticas son comentario de todos los oficiales del ejército Federal. Pero nadie osa discutir los alocados ataques de Custer, además, éste se encuentra avalado por la simpatía del general Sheridan. Poco importa si en las unidades comandadas por el joven oficial se producen más bajas que en otras dirigidas por militares más prudentes. La efervescencia de George Armstrong Custer es como la de la guerra que le vio nacer.

En la batalla de Winchester, al frente de quinientos soldados de Michigan apodados Corbatas rojas, consigue derrotar a toda una brigada de caballería confederada, capturando setecientos veinte prisioneros. La hazaña recorre las filas yanquis.

Antes de que termine 1864, el nuevo héroe de la Unión es ascendido a Mayor General. Sin haber cumplido los 25 años se encuentra al frente de una división completa de caballería con la que sigue su imparable carrera militar. Sus actuaciones comienzan a ser decisivas (Cedar Creek y Woodstock). Se une a Sherman en su marcha hacia el mar, y vence al ejército confederado de Early, provocando el adelanto del fin de la guerra.

Como no podía ser de otra manera, el Sur se rinde el 9 de abril de 1865. El mejor comandante militar de la contienda Robert E Lee, entrega en la estación de Appomatox, la bandera confederada a un exultante Custer.

El general Sheridan envió estas palabras de agradecimiento a Elizabeth, la mujer del héroe: "difícilmente ningún individuo de nuestro ejército ha contribuido más a la victoria de la Unión que su galante esposo".

Las praderas, nuevo campo de batalla

La guerra había terminado y miles de hombres estaban siendo desmovilizados. Custer asume la nueva situación eligiendo seguir vinculado al ejército a costa de perder sus estrellas de general para cambiarlas por las de capitán. Con esta graduación entra por primera vez en contacto con el 7º regimiento de Caballería que, por entonces, era comandado por el general Winfield S. Handcock. Aquí cuenta la leyenda que fueron unos meses muy duros para Custer al sentirse bastante incómodo con la presencia de oficiales superiores a él en rango, una vez probadas las mieles de la cumbre.

A finales de 1866, llega una oferta de trabajo desde el encendido territorio mejicano. El mismísimo presidente Benito Juárez, intenta contratar al héroe de la guerra de Secesión para ponerle al frente de sus tropas. Custer pidió permiso al por entonces presidente norteamericano Andrew Johnson que se lo negó.

Pero la historia estaba dispuesta a conceder una nueva oportunidad de gloria a George Armstrong Custer. Los indios de las Llanuras Centrales andaban revueltos (no les quedaba más remedio), y el general Sheridan prepara una campaña contra los temibles guerreros cheyennes. Para eso necesita la participación de valerosos oficiales determinados a una cruel victoria y piensa en su antiguo tutelado. Llama a un ansioso Custer y le asciende a teniente coronel confiándole el mando del 7º regimiento de Caballería.

Su nuevo destino será el Fuerte Riley en el territorio de Kansas. Allí, tras numerosos incidentes, sufre expediente por abandono del puesto (desobedeció una orden y volvió al fuerte para encontrarse con su mujer; siempre se comentó que la pasión por Elizabeth era tal que tenía como amuleto unas bragas usadas de ésta), manipulación del patrimonio, desatención a los heridos y ejecución sin juicio previo de soldados desertores. Estas acusaciones hacen que tenga que presentarse ante un consejo de guerra, donde le sancionan con un año de empleo y sueldo. Esta pequeña condena no llegó a cumplirse, pues la guerra con los indios no podía esperar tanto y Sheridan rehabilita a Custer en septiembre de 1868 para desgracia del jefe Marmita Negra (Black Kettle) y sus cheyennes del Sur.

En las proximidades del río Washita dentro del territorio de Oklahoma, se asentaba un poblado de tipis cheyennes, donde habitaban decenas de familias sin muchos guerreros para su protección. Custer, con unos setecientos hombres del 7º, cayó como una horda sobre el pueblo, provocando casi 200 muertos en su mayoría ancianos, mujeres y niños. El propio jefe Marmita Negra murió en el enfrentamiento. Este hecho hizo muy popular a Custer.

Los sucesos del río Washita se convirtieron con el tiempo en una de las páginas más lamentables y humillantes para el ejército federal norteamericano.

Cualquier indio de las Llanuras conocía y temía la leyenda de Custer, al que llamaban Cabellos largos. Él, lejos de preocuparse, fomentaba esas historias añadiendo la excentricidad de sus actos. La vanidad se convirtió en inseparable

compañera. Diseñaba su propio vestuario, siempre muy ornamentado y vistoso, sombreros, chaquetas de terciopelo con flecos, pantalones y pañuelos eran seleccionados escrupulosamente por Custer para mayor éxtasis de sus admiradores. Y al fondo, las impresionantes formaciones del 7º regimiento de Caballería, acompañadas siempre por estimulantes marchas militares elegidas también por el propio Custer.

El regimiento de caballería era la unidad de combate más destacada del ejército norteamericano. Constaba de unos 600 hombres repartidos en 12 escuadrones, por tanto, cada escuadrón autónomo disponía de unos 50 jinetes incluidos suboficiales y oficiales.

Cuando el regimiento salía de expedición le acompañaba una larga hilera de carros de avituallamiento guiados en ocasiones por civiles, además de los habituales exploradores indios. Custer, en este sentido siempre confió en la sabiduría de los guerreros crow, incluso llegó a hacer amistad con alguno de ellos, tal es el caso de sus inseparables Cuchillo Sangriento y Mocasines Peludos.

Tras su victoria sobre los cheyennes de Washita, el 7º regimiento de Caballería se mantuvo sobre el territorio más de dos años hasta su completa pacificación. En 1871 la unidad fue disuelta y Custer marchó a su nuevo destino en Kentucky.

1874 supondría el año del reencuentro para el viejo regimiento de Custer. Los colonos llegados de cualquier punto del país estaban enfebrecidos por una noticia que alentaba el afán de riqueza de todos. Al parecer, se había encontrado oro en las Colinas Negras de Dakota. Cientos de buscadores se dirigían hacia allí. Sólo había un pequeño problema, esas montañas eran sagradas para los indios sioux y no estaban por la labor de cederlas gratuitamente a los recién llegados.

El gobierno inició una serie de negociaciones con los propietarios legítimos; decenas de ofertas y contra ofertas. Los indios pedían respeto para sus tradiciones y una contrapartida económica de seiscientos millones de dólares. El padre blanco de Washington sólo fue capaz de ofrecer seis millones. Tras romperse las negociaciones, Washington ordenó el encierro de todos los indios en reservas, fijando el 31 de enero de 1876 como fecha tope para que esto se cumpliera. Muchos jefes dakotas (sioux) y cheyennes se negaron a cumplir la orden. La pradera estaba en guerra.

La ruptura de acuerdos entre blancos e indios es una constante en el tiempo que duró la expansión del nuevo país norteamericano. Aquellos territorios fértiles se mostraban demasiado apetecibles para unos colonos ávidos de prosperidad y futuro.

Norteamérica quería crecer, las oleadas de inmigrantes europeos eran cada vez mayores, sólo se interponían los nativos primigenios y eso no iba a suponer un gran obstáculo.

Uno tras otro, cada pacto se incumplía siempre perjudicando a los intereses de los pieles rojas. El ferrocarril avanzaba inexorablemente, invadiendo los territorios sagrados indios. Por si fuera poco, Washington consintió el exterminio de inmensas

manadas de búfalos, sustento principal para las tribus de las Llanuras. El plan estaba claro, de una manera u otra, los indios deberían ser reubicados en reservas para que no impidieran el progreso de la incipiente potencia.

En 1868 se firmó el acuerdo de Fort Laramie. En el documento se concedía a los indios a perpetuidad, libertad de acción en torno a lo que ellos consideraban sus montañas sagradas (Colinas negras), situadas éstas en el territorio de Dakota, además de los terrenos de Yellowstone en Montana. Como ya sabemos, el anuncio sobre el posible descubrimiento de oro en la zona, propició que miles de blancos se acercaran buscando su oportunidad. Los indios respondieron con enojo a lo que entendieron como una nueva agresión.

Cientos de guerreros rechazaron la orden de internamiento en reservas, y bajo el mando de jefes jóvenes y menos conciliadores que los veteranos, partieron para agruparse en el valle del río Little Big Horn. Las cabezas visibles de aquél gran grupo eran los guerreros Toro Sentado, Caballo Loco y Gall. Con ellos, una amalgama de tribus sioux, cheyennes y arapahoes, entre otras más pequeñas.

El 1 de febrero de 1876, la Casa Blanca declara hostiles a todas las tribus indias que no hayan acatado la orden de entrar en las reservas. Los cálculos estiman en 800 a los guerreros rebeldes; nada más lejos de la realidad como pronto averiguaremos. Para entonces, Custer y su 7º regimiento de Caballería se encuentran acuartelados en el Fuerte Abraham Lincoln de Dakota. La unidad se prepara para formar parte de una expedición de castigo organizada por el general Sheridan contra las llanuras del medio Oeste. El plan consistía en dividir el contingente en tres columnas a fin de crear una maniobra envolvente. Una de ellas dirigida por el general Crook, que partiría hacia el Norte desde Fuerte Fetterman, otra segunda al mando del coronel Gibbon iría hacia el Este desde Fuerte Ellis. Por último, el general de brigada Alfred Howe Terry dirigiría sus tropas hacia el Oeste desde Fuerte Lincoln.

El día en el que los indios ganaron

La expedición estaba dispuesta para la partida, pero un malhumorado presidente Ulises S. Grant niega al teniente coronel Custer la posibilidad de actuar junto a Terry. Grant estaba muy disgustado con el pendenciero Custer, pero Terry intercede solicitando permiso al presidente para incorporar al que él considera como un profundo conocedor del territorio y de los indios a los que se van a enfrentar. El viejo Grant, ante todo pragmático, decide ceder y otorga el permiso.

En mayo de 1876, la columna de Terry sale en busca de su destino. La vanguardia del grupo es ocupada por George Armstrong Custer y sus jinetes del 7º. El 21 de junio, Custer solicita a Terry la posibilidad de adelantarse al encuentro con los indios, el general accede y ofrece la ayuda suplementaria de cuatro escuadrones con dos ametralladoras Gatling, pero el impetuoso Custer rechaza los refuerzos pensando que éstos frenarán notablemente la buena marcha del grupo.

El 22 de junio, Custer inicia el viaje acompañado por 850 hombres, de los que

655 conforman el 7º regimiento de Caballería, el resto se integran en una caravana portadora de provisiones y municiones, además de un buen número de exploradores crow.

Las órdenes de Custer eran contundentes, llegar a Little Big Horn a través del río Rosebud. Una vez llegara al destino acordado, debería esperar a Terry con el resto de las tropas y juntos recibirían a Gibbon que contactaría con ellos el 26 de junio.

Custer, movido por la ilusión de ser el primero en atacar, acelera el paso y consigue cubrir ciento diez kilómetros en tan sólo dos jornadas. Hombres y caballos están agotados, pero Cabellos Largos ordena en la madrugada del 25 de junio una nueva cabalgada que sitúa con los albores del día al destacamento en las inmediaciones de Little Big Horn. La misión se había cumplido con tiempo para esperar pacientemente al resto de las tropas. Pero cuando se disponían a descansar, los exploradores crow llegaron para alertarle con sabrosas novedades, nada menos que un impresionante poblado indio a unos veinticinco kilómetros, y todo hacía ver que los indios estaban a punto de levantar el campamento. Era demasiado para la megalomanía de Custer. Su menosprecio al enemigo es evidente, piensa que cualquiera de sus soldados se puede enfrentar con éxito a tres indios, y decide dar la orden de ataque. Antes se acerca con un grupo para ver con sus propios Ojos lo que le cuentan sus patrullas.

Desde lo alto de una colina divisa perfectamente centenares de tipis indios. Custer sabe que ha llegado el momento culminante de su carrera militar.

Los crow le advierten que han visto una gran manada de caballos cerca del poblado y eso les hace pensar que no son los 800 guerreros iniciales que todos intuían, la cifra posiblemente se había incrementado hasta alcanzar el número de 1.500. Lo cierto es que se equivocaron en sus cálculos, casi 4.000 se habían agrupado en torno a sus líderes y no precisamente con piedras y palos.

Sioux y cheyennes habían hecho acopio de diferente armamento, entre esas armas se encontraban los famosos winchester 44 de repetición, rifles de 11 mm con un cargador para trece cartuchos. Los investigadores suponen que los indios tenían unos mil rifles comprados a los traficantes, además poseían sus tradicionales tomahawks, arcos y flechas y mortales cuchillos de escalpelo que les convertían en poderosos oponentes en la lucha cuerpo a cuerpo. Todo estaba dispuesto para el gran combate. Se iban a enfrentar la mejor fuerza regular del ejército norteamericano contra la mejor caballería de la época.

Custer, más decidido que nunca, reparte sus 12 escuadrones en 4 grupos a fin de someter al poblado a un ataque sorpresa por varios frentes. Entrega 3 escuadrones al mayor Marcus A. Reno, que debía cruzar el río atacando por el Sur. Otros 3 escuadrones fueron puestos bajo el mando del capitán Frederick W. Benteen, que debía combatir a los indios por su flanco izquierdo. El capitán MacDougall, tomaría un escuadrón para defender la caravana de municiones que se encontraba en la

retaguardia. Finalmente, el teniente coronel Custer, con cinco escuadrones, lanzaría un ataque masivo desde el Norte.

El impetuoso Reno cumplió la orden antes de que Custer tuviera tiempo para encontrar un paso adecuado hacia el poblado. Sus soldados cayeron sobre los primeros tipis sin excesiva oposición, pero pronto, para su sorpresa, se encontraron con una réplica inesperada de unos muy bien organizados guerreros que parecían conocer sus intenciones. El mayor Reno, desconcertado, ordena la retirada perseguido por unos 1.500 jinetes indios. Se encuentra con las tropas de Benteen y juntos organizan un cerco defensivo tras una infructuosa contraofensiva. Las compañías de Reno y Benteen han sufrido muchas bajas y parecen presa fácil para los hombres de Caballo Loco, pero esa no era la pieza codiciada por el valiente jefe. El trofeo ansiado tenía nombre, Cabellos largos, y se encontraba en el otro extremo del poblado observando abrumado toda la escena. Por fin, los soldados de Custer consiguieron un paso fiable hacia el campamento indio, pero ya era demasiado tarde; una masa de guerreros compuesta por unos 1.500 se dirigían hacia ellos. La vanguardia de Custer fue rechazada y éste, sabedor de la suerte de Benteen y Reno, inicia un repliegue táctico buscando mejor situación a la espera de refuerzos.

Custer y sus hombres transforman una retirada ordenada en una alocada carrera hacia una colina de unos sesenta metros de altitud donde pretender parapetarse. Pero Caballo Loco intuye el movimiento y ordena a los 1.500 guerreros que venían de superar a Reno, que operen por la retaguardia de Custer. En pocos minutos, los 5 escuadrones son rodeados por más de 3.000 indios. Los soldados son abatidos uno tras otro, mueren hombres y caballos en un titánico esfuerzo por la defensa de sus vidas. Los indios sin compasión, pasan sobre ellos, eran demasiados años acumulando odio y venganza. Muchos hombres piden clemencia, pero no la reciben, otros en medio de la locura optan por el suicidio. Esta es la descripción que hizo una mujer cheyenne, testigo de los acontecimientos, así fue como lo vio: "El asalto indio tuvo lugar desde todos los lados. Había centenares de guerreros, además de los que sabíamos que estaban escondidos entre los barrancos. Calculo que habría una proporción de veinte guerreros por cada soldado. Los caballos que aún les protegían acabaron desbandándose y salieron a galope hacia el río. Desde mi posición, vi como uno de los soldados puso el revólver en su sien y se voló la cabeza. Acto seguido otro hizo lo mismo y después otro. Vi como algunos se disparaban a sí mismos o al pecho del que estaba al lado. Durante unos instantes, nuestros guerreros no hicieron nada, se quedaron mirando. Al poco, reaccionaron y reanudaron el ataque. Pero no muchos llegaron a entrar en contacto cuerpo a cuerpo con los enemigos. Antes de que el grueso de nuestros guerreros llegara hasta ellos, la mayoría de los blancos estaban muertos". Todo terminó en menos de media hora. Sobre un campo de batalla de aproximadamente mil quinientos metros, yacían yermos los cuerpos de centenares de soldados e indios mezclados con sus caballos, que tampoco escaparon a la masacre,

tan sólo uno cuyo nombre era Comanche pudo salir vivo de la refriega. Este noble animal fue respetado por pertenecer a Myles Keogh, oficial de origen europeo que se había distinguido por su ardor combativo en la jornada de Little Big Horn. Su cuerpo y el de Custer fueron los únicos que no fueron mutilados por sioux y cheyennes. El cadáver de Custer fue identificado casi de inmediato por sus enemigos, lo que propició que no corriera la misma suerte de sus hombres. Los soldados habían sido despojados de armas, municiones y uniformes y posteriormente sometidos a múltiples vejaciones como desmembramientos y cortes de cabellera. Pero con nuestro protagonista se hizo de otra manera, sólo le fue amputada la falange de un dedo y practicados sendos cortes en los tímpanos para que pudiera escuchar mejor los mensajes de los espíritus sobrenaturales en su camino al más allá.

Los cinco escuadrones de Custer habían sido aniquilados por completo. Su sangre teñía de rojo la verde pradera de Montana.

El 25 de junio de 1876, pasó a la historia como el desastre más estéril sufrido por la caballería de los Estados Unidos. El parte de bajas es concluyente. Frente a los 150 muertos y 90 heridos sufridos por la confederación de sioux y cheyennes, el 7º regimiento de Caballería tuvo un total de 408 bajas incluidos 289 muertos. La masacre se había cebado especialmente con la familia de Custer. Junto al cuerpo de George se encontraban los de sus hermanos Tom, capitán de caballería, y Boston, civil, así como el de su sobrino Autie Reed. En otro punto se halló el cadáver de su cuñado el teniente Calhoun. Fue una gran victoria para los indios, pero no les sirvió de nada.

Reno y Benteen aguantaron tres días más, hasta que recibieron los refuerzos de un sorprendido general Terry que no daba crédito a lo ocurrido. Pronto la tragedia recorrió el país. Los Indios se habían retirado a sus montañas sagradas para celebrar la victoria en el combate. Y el presidente Grant tuvo que reconocer el 6 de julio la terrible noticia. Semanas más tarde confesaría a un periodista que de haber salido vivo de Little Big Horn, George Armstrong Custer se habría tenido que enfrentar a un Consejo de Guerra por desobedecer las órdenes.

La campaña contra los indios continuó hasta mayo de 1877. Después de la humillación al 7º no hubo más errores. Los indios fueron retrocediendo y perdiendo en una docena de batallas todo lo conseguido ante Custer. El jefe Toro Sentado (que, por cierto, no participó en la batalla por estar preparando medicinas en su tipi), escapó con cientos de guerreros al Canadá, le acompañaban otros jefes como Gall, que poco tiempo más tarde volvería con su tribu para internarse en una reserva.

El gran Caballo Loco se rindió con 1.000 guerreros en 1877, y al intentar escapar de su reserva fue muerto por un soldado a bayonetazos.

Por fin, el propio Toro Sentado regresó en 1881 para ser encarcelado durante dos años y posteriormente formar parte del espectáculo El salvaje Oeste de Búfalo Bill. Murió en 1890 a manos de policías indios cuando realizaba un ceremonial religioso.

Ese mismo año se ponía fin a las guerras indias con la masacre de 200 sioux en Wounded Knee. Cuatro años antes se habían rendido los últimos apaches de Gerónimo.

La venganza sobre lo ocurrido con Custer había sido tremenda y la cultura india había sido prácticamente erradicada en sus ancestrales territorios de los Estados Unidos. Por supuesto, huelga comentar que las colinas negras fueron pasto de colonos y buscadores de oro.

La figura de George Armstrong Custer debe de ser contemplada con la suficiente perspectiva histórica. Sus 36 años de vida no fueron más que el fruto de una época cruel y despiadada. El lugar donde murió fue declarado Cementerio Nacional y en 1946 pasó a la categoría de "Monumento nacional al campo de batalla de Custer".

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA PARA SABER MÁS

ALLAN POE, Edgar: El cuervo, publicado en 1845.

ALLAN POE, Edgar: Narraciones extraordinarias, Club Internacional del Libro, Barcelona, 1991.

Asimov, Isaac: Cronología del mundo, Editorial Ariel, Barcelona, 1992.

BOBRICK, Benson: Iván el terrible, Editorial Martínez Roca, Barcelona, 1990.

BuSSAGLI, Mario: Attila, Alianza, Madrid, 1988.

CARCOPINO, Jerome: La vida cotidiana en Roma, Editorial Temas de Hoy, Madrid, 1993.

CRAWFORD, M.: La República Romana, Ediciones Taurus, Madrid, 1981.

Diccionario Enciclopédico Larousse, Editorial Planeta, Barcelona, 1992.

EARL, Alan: Breve historia de Rusia, Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1975.

EDWARDS, Mike: "Gengis Khan: padre y señor de los mongoles", revista Geo, 1997.

Ejércitos y Batallas, Ediciones del Prado, 1995.

Enciclopedia Temática, "Historia de España" I y II, Lectus Vergara, 1997.

Enciclopedia Universal Multimedia, Micronet, 1999-2000.

Enciclopedia Visual Grandes Batallas, Editorial Rombo, Barcelona, 1994.

ESLAVÁ GALÁN, Juan: Grandes batallas de la historia de España, Editorial Planeta, Barcelona, 1994.

FERNÁNDEZ, Narcís: "La increíble historia de Iván el terrible", revista Muy Interesante, 1996.

FERNÁNDEZ NIETO, F. J.: Los acuerdos bélicos de la antigua Grecia, Santiago Universidad, 1975.

FERRIL, Arthur: La caída del Imperio Romano, Editorial EDAF, Madrid, 1989.

FLACELIERE, Robert: La vida cotidiana en Grecia, Editorial Temas de Hoy, Madrid, 1993.

GONZÁLEZ, Carmen: "Juana de Arco", Blanco y Negro Mujer del periódico ABC, / 2000.

GONZÁLEZ DE CRENONA, Juan M.: La cara oculta de los grandes de la historia, Editorial Planeta, Barcelona, 1993.

Grandes Descubrimientos y Exploraciones, Club Internacional del Libro, Madrid, 1992.

HEERS, Jacques: Marco Polo, Salvat Editores, 1995.

Historia de las Fuerzas Armadas, tomo primero, Ediciones Palafox, 1983.

HUBERT; PORCHER; VOLBACH: La Europa de las Invasiones, Editorial Aguilar, Madrid, 1968.

IRADIEL, P.; MORETA, S., y SARASA, E.: Historia medieval de la España cristiana, Editorial Cátedra, Barcelona, 1989.

- La Enciclopedia Católica, AC1-Prensa, 2000.
- LE GOFF, Jacques: El hombre medieval, Editorial Alianza, Madrid, 1987.
- LUCENA SALMORAL, Manuel: Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América: perros, mendigos y otros malditos del mar, Maptre, Madrid, 1992.
- MARTIN, JOS: "Pero quiénes fueron los vikingos", revista Conocer Madrid, 1993.
- MEMBA, Javier: "El pájaro Roe, la generosidad de Kublai y otros embustes", El Reportaje de la Historia del periódico El Mundo, 2000.
- MILLET, A.: Historia militar de los Estados Unidos, San Martín, Madrid, 1986.
- MONGAN, David: Los mongoles, Alianza Universidad, Madrid, 1990.
- PRAWDIN, Michel: Gengis Khan: el conquistador de Asia, Editorial Juventud, Barcelona, 1986.
- RACIONERO, Luis: Leonardo da Vinci y su obra, Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1986.
- ROLDÁN HERVÁS, J.M.: Historia de Roma, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995.
- SARGENT, Pamela: Gengis Khan: el soberano del cielo, Editorial Edhasa, Barcelona, 1994.
- VALDEÓN, J; SALRACH, J.M., Y ZALALO. J.: Feudalismo y consolidación de los reinos hispánicos, siglos XI-XV, tomo IV, de la Historia de España, ediciones Labor, Barcelona, 1980.
- VARIOS AUTORES, traducción Madroño Susana: Los nativos americanos, Editorial Libsa, Madrid, 1992.
- VILA-SAN JUAN, José L.: Memorias de Atila, Editorial Planeta, Barcelona, 1994.
- VILLENA, Luis Antonio de: Leonardo da Vinci, Editorial Planeta, Barcelona, 1993.
- W.AA.: Historia del mundo antiguo, Editorial Akal, Madrid, 1990.
- Wow, Louis de: El azote de Dios, Atila, Editorial Palabra, Madrid, 1988.

Table of Contents

[Juan Antonio Cebrián Pasajes de la Historia](#)

[PRIMER PRÓLOGO](#)

[SEGUNDO PRÓLOGO](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[LEÓNIDAS Y LAS TERMÓPILAS](#)

[CÉSAR O NADA](#)

[ETIL, PADRE UNIFICADOR DE LOS HUNOS](#)

[MARCO POLO, UN VIAJERO ILUSTRADO](#)

[JUANA DE ARCO, LA DONCELLA DEL CIELO](#)

[IVÁN IV, EL TERRIBLE](#)

[LA ARMADA INVENCIBLE, UN SÍMBOLO PARA INGLATERRA](#)

[EDGAR ALLAN POE, EL POETA DEL TERROR](#)

[CUSTER, CABELLOS LARGOS](#)

[BIBLIOGRAFÍA BÁSICA PARA SABER MÁS](#)